



La
BIBLIA
Popular

Jonás

Miqueas

Nahum

Habadud

Sofonías

Hageo

Zaaraías

Malaquías

Mateo

Marcos

Lucas

Juan

G.J. Albrecht / M.J. Albrecht

La Biblia Popular

JOHN A. BRAUN

Editor General

ARMIN J. PANNING

Editor del Nuevo Testamento

CURTIS A. JAHN

Editor del Manuscrito

Mateo

G. Jerome Albrecht

Michael J. Albrecht

EDITORIAL NORTHWESTERN

Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

El mapa fue preparado por el Dr. John C. Lawrenz.

Todos los pasajes bíblicos son tomados de la Santa Biblia, versión Reina Valera Estándar 1995 [América Latina], derechos reservados.

Derechos Reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o archivada, ni transmitida por ningún medio—ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado o de cualquier otra forma—sin permiso de la editorial, excepto si se trata de breves citas para revisión.

Library of Congress Control Number 2002117530
Northwestern Publishing House
1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226 3284
© 2000 Northwestern Publishing House
Publicado en 2002
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 0-8100-1538-2

CONTENIDO

<i>Prefacio del Editor</i>	v
<i>Prefacio a la edición en español</i>	vi
<i>Prólogo del editor</i>	vii
Introducción	1
Nacimiento y niñez de Jesús (1:1–2:23)	8
Comienzo del ministerio de Jesús (3:1–4:25)	32
Jesús predica el sermón del monte (5:1–7:29)	58
Jesús sana a muchos y envía a los doce (8:1–10:42).....	113
Jesús oculta su reino a unos y lo revela a otros (11:1–13:52)	155
Jesús prepara a sus discípulos para edificar su iglesia (13:53–18:35)	200
Jesús les da a sus discípulos la segura esperanza de la salvación (19:1–25:46)	258
Jesús sufre, muere y resucita (26:1– 28:20)	357

ILUSTRACIONES

Los magos viajan a Belén	28
Jesús es tentado en el desierto.....	44
Los discípulos de Jesús recogen espigas en sábado.....	168
La transfiguración	237
¡Crucifícale!	394
Los guardias en frente a la tumba.	416

MAPAS

Territorio del ministerio de Jesús.....	427
---	-----

PREFACIO DEL EDITOR

La Biblia Popular es precisamente lo que su nombre implica: una Biblia para el pueblo. Ella incluye el texto completo de la versión Reina-Valera, Revisión de 1995. (El comentario original en inglés se basó en la *New International Version*). Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen el trasfondo histórico y explicaciones del texto, así como también aplicaciones personales.

Los autores de la Biblia Popular son eruditos con una visión práctica, adquirida en los años de experiencia en los ministerios de la enseñanza y la predicación. Por esto han querido evitar el vocabulario técnico, que ha hecho de otras series de comentarios solamente material útil para especialistas en temas bíblicos.

La característica más relevante de estos libros es que están centrados en Cristo. Hablando de las escrituras del Antiguo Testamento, Jesús mismo declaró: “Ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de la Biblia Popular dirige nuestra atención a Jesucristo. Él es el centro de toda la Biblia. Él es nuestro único Salvador.

Los comentarios están provistos de mapas y de ilustraciones, e incluso de información arqueológica cuando se considera conveniente. Todos los libros disponen de encabezamiento en las páginas, lo que permite al lector encontrar fácilmente el pasaje que busca.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura Cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Es nuestra oración que este empeño continúe tal como comenzó. Dedicamos esta obra a la gloria de Dios y al bienestar de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la versión Reina-Valera, revisión de 1995.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la *New International versión*, no concuerda plenamente con el de la versión Reina-Valera de 1995, se cita la Nueva Versión Internacional (en español) o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión inglesa no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

Los traductores de este volumen son el Lic. Gonzalo Delgadillo y la Sra. Irene Acuña de Bogotá, Colombia. La revisión fue hecha por la Sra. Ruth Haeuser y su esposo, el misionero David Haeuser, de Lima, Perú. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

La Navidad de 2002
Paul Hartman, coordinador
Ronald Baerbock, editor de teología
Publicaciones Multilingües
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin
El Paso, Texas

PRÓLOGO DEL EDITOR

G. Jerome Albrecht y Michael J. Albrecht, padre e hijo, comparten la autoría de este comentario de *Mateo*. A G. Jerome se le pidió que escribiera todo el volumen, pero en mayo de 1992 el Señor lo llamó a su descanso eterno y sólo había terminado los primeros 18 capítulos. Muy poco después de su muerte, Michael, su hijo, fue comisionado para terminar el trabajo. Con el propósito de reflejar de la mejor manera posible el pensamiento y la visión que tenía su padre en la boca, Michael comenzó por investigar en los archivos de sermones de Jerome los textos de *Mateo*.

Este volumen se les dedica a

Delores M. Albrecht

y

Donna M. Albrecht

DONACIÓN ESPECIAL

La Comisión para Coordinar las Publicaciones del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin, WELS Kingdom Workers, la Sociedad Misionera de Damas Luteranas (LWMS) y dos compañías de seguros—Lutheran Brotherhood y Aid Association for Lutherans—contribuyeron con sus donaciones especiales a Publicaciones Multilingües para apoyar la publicación de este volumen. Agradecemos su generoso aporte.

INTRODUCCIÓN

Ni una sola de las palabras que dijo Mateo se encuentra escrita en su evangelio ni en ningún otro libro de la Biblia, pero las palabras que escribió constituyen uno de los libros más importantes, más poderosos, más ampliamente leídos que jamás se hayan escrito. Oramos para que este volumen de la Biblia Popular aumente su aprecio por el evangelio según Mateo como un extraordinario y precioso regalo de Dios.

Aunque todos los libros de la Biblia fueron escritos por inspiración del Espíritu Santo, el orden en el que están dispuestos no fue inspirado; sin embargo, es claro que Mateo está apropiadamente puesto como el primer libro del Nuevo Testamento.

Mateo establece el puente sobre los cuatro siglos de distancia que hay entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento y demuestra claramente que Jesús no vino a abolir la Ley y los Profetas, sino a cumplirlos. El cristianismo no es una nueva religión que reemplaza al judaísmo; más bien, cumple las promesas que se hacen en el Antiguo Testamento desde el mismo huerto de Edén. Mateo lo pone en claro citando directamente o haciendo alusión a más de 60 profecías del Antiguo Testamento e indicando cómo Jesucristo las cumplió.

Los milagros de Jesús no son sólo demostraciones de su divino poder para probar que es el Hijo de Dios, también son precisamente las obras poderosas que los profetas predijeron que haría el Mesías prometido. Los profetas dijeron que el Mesías haría a los sordos oír, a los mudos hablar, a los ciegos ver, a los cojos caminar y aun resucitar a los muertos, y que los demonios se le sujetarían, y que realizaría todas estas portentosas obras por el poder de su Palabra.

Aunque este evangelio es significativo para todo el que lo lea, fue dirigido especialmente a personas familiarizadas con las Escrituras del Antiguo Testamento. Esto incluye a los judíos creyentes en Cristo y también a los judíos que aún no reconocían a Jesús como el Mesías prometido. También es especialmente útil para todos los judíos de hoy que deseen investigar con una mentalidad abierta la afirmación de que Jesús de Nazaret es en verdad el Mesías prometido, el Hijo de Dios, el Rey de los judíos.

Los cuatro evangelios son relatos de la vida, las enseñanzas; y el sufrimiento, la muerte y la resurrección de Cristo. Tienen mucho en común, aunque cada uno pone el énfasis en algo diferente. Los cuatro contienen el testimonio de Juan el Bautista acerca de Jesús, el ministerio inicial de Jesús en Galilea, el entusiasmo de las multitudes y la creciente oposición, la milagrosa alimentación de la multitud, la confesión de Pedro, el último viaje de Jesús a Jerusalén, su entrada triunfal a la ciudad el Domingo de Ramos, la Última Cena, lo que ocurrió en el huerto de Getsemaní, la traición de Judas, la negación de Pedro; y la crucifixión, muerte y resurrección de Jesús.

Como ya hemos dicho, Mateo les dirigió su evangelio principalmente a los judíos. Marcos escribió sobre todo para los gentiles romanos destacando las obras poderosas de Jesús, que demostraron que él es el Hijo de Dios. Lucas les escribió en particular a su amigo Teófilo y a los gentiles griegos; su estilo es el más literario de los cuatro. Su evangelio contiene la narración más familiar del nacimiento de Jesús, también el Magníficat de María y el Benedictus de Zacarías. Juan escribió para todo el mundo y su evangelio fue el último que se escribió, así que pudo suponer que sus lectores en general estaban familiarizados con los tres primeros. Incluye algunos de los discursos más largos de Jesús, que no se encuentran en los tres primeros. En Juan leemos que Jesús se describe a sí mismo como nuestro Buen Pastor. Además Juan escribe la oración sacerdotal de Jesús.

Los cuatro evangelistas (escritores del evangelio) seleccionaron y organizaron su material pensando en sus objetivos

particulares. Ninguno de ellos pretendió presentar un recuento estrictamente cronológico de la vida y el ministerio de Jesús, más bien organizan su material de acuerdo con el tema; se complementan mutuamente y nunca se contradicen.

Se han escrito muchos libros que tratan de armonizar los evangelios. Al comparar los cuatro evangelios, encontramos variaciones en las palabras pronunciadas por Jesús, así como en los detalles de algunas de sus obras. Eso es apenas natural, y no es un problema; esas variaciones no son contradicciones. Cuando cuatro personas escriben sobre un mismo suceso, pueden presentar detalles diferentes, pero todo lo que escriben puede ser verdadero y correcto. Por ejemplo, cuando dos evangelistas (Mateo y Marcos) mencionan sólo un ángel en la tumba vacía de Jesús en la mañana de la Pascua y otro evangelista (Lucas) menciona dos, sabemos que hubo dos, aunque dos de los evangelistas mencionen sólo al ángel que habló.

Las pequeñas diferencias en las palabras del relato del Padrenuestro (Mateo 6 y Lucas 11) tampoco son un problema. Jesús pudo haber dicho la oración en más de una ocasión y él mismo pudo haber variado un poco las palabras para recordarnos que no es necesario que usemos exactamente los mismos términos siempre que oramos. Nos estaba enseñando a orar, no nos estaba dando palabras para memorizar y repetir. Quizás Jesús estaba hablando en arameo cuando les dio a sus discípulos esta oración y ellos la escribieron en el griego del Nuevo Testamento. Ahora tenemos la oración en español y es posible que pueda aparecer en dos formas ligeramente diferentes sin que ninguna de ellas esté equivocada o sea inexacta.

Es posible armonizar de la misma forma toda la información de los cuatro evangelios. No hay problemas sin solución ni contradicciones. En cada caso se pueden sugerir una o más posibilidades de solución.

No es posible determinar con exactitud cuándo escribió Mateo su evangelio, pero lo más probable es que haya sido antes del año 70 d.C., el año en el que los romanos destruyeron el

Templo y la ciudad de Jerusalén. Mateo habla de esos acontecimientos como si estuvieran en el futuro. Pudo haber escrito su evangelio cerca del año 50 d.C., pero no es posible determinar una fecha exacta.

Algunos estudiosos de la Biblia opinan que Marcos escribió su evangelio primero y que le sirvió de fuente principal a Mateo, pero eso es muy improbable. Mateo fue uno de los doce, testigo presencial de la mayor parte del ministerio de Jesús. Por otra parte, Marcos al parecer recibió mucha de su información principalmente de Pedro. ¿Por qué un testigo presencial querría usar información de segunda mano de un escritor que a su vez la había recibido de segunda mano?

Parece más probable que Mateo escribió primero. Es evidente que fue un observador agudo de las obras de Jesús y un atento oyente de sus palabras. Como cobrador de impuestos en Capernaúm, estaba acostumbrado a conservar registros exactos y estaba familiarizado con el hebreo, el arameo y el griego. Estaba bien preparado para darnos un recuento preciso de la vida de Jesús, de sus enseñanzas, su sufrimiento, su muerte y su resurrección.

Sin embargo, no tuvo que depender de su excelente memoria ni de notas que hubiera conservado; Jesús había prometido que el Consolador, el Espíritu Santo, les iba a ayudar a los apóstoles a recordar exactamente todo lo que iban a registrar en la Escritura para las generaciones posteriores. Mateo escribió inspirado por el Espíritu Santo, así que sus escritos son siempre exactos, correctos y verdaderos, como los escritos de los otros tres evangelistas.

Sabemos muy poco de Mateo como persona, excepto su nombre y su ocupación anterior. También es llamado Leví y era publicano (cobrador de impuestos). Se menciona sólo cuando Jesús lo llamó al discipulado (Mateo 9:9-13 y Marcos 2:14-17) y en varios lugares donde se da la lista de los nombres de todos los apóstoles.

Mateo relata que Jesús lo encontró en su puesto de cobrador de impuestos y le dijo: “Sígueme”, y Mateo “se levantó y lo siguió”. Podemos suponer que Mateo había visto y oído a Jesús

antes de esa ocasión. Creía las promesas del Señor acerca del Mesías que vendría, y reconoció que Jesús debía ser ese Mesías tanto tiempo esperado. Así les que dejó todo a sus subalternos y se fue con Jesús. En honor a Jesús, invitó a sus amigos y socios a comer en su casa, quería que ellos también se relacionaran con Jesús.

En esa ocasión algunos fariseos criticaron a Jesús por relacionarse con “publicanos y pecadores”. Jesús les recordó que los sanos no necesitan médico, pero los enfermos sí. Les explicó: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores”.

Después de esta ocasión, Mateo menciona su nombre nuevamente sólo en el capítulo 10, donde hace la lista de los doce; se llama a sí mismo “Mateo, el publicano”. Marcos, en 3:18, no usa el término negativo “publicano” en su lista, simplemente menciona el nombre Mateo; en la misma forma Lucas en 6:15. Lucas también narra (5:28) que cuando Jesús llamó a Leví (Mateo) al discipulado, Mateo “dejándolo todo, se levantó y lo siguió”.

Como cobrador de impuestos, Mateo parecería un candidato inapropiado para ser un apóstol de Cristo. La mayor parte de los judíos odiaban a los cobradores de impuestos y se apartaban de ellos, porque trabajaban para el opresor gobierno romano y eran generalmente conocidos por su deshonestidad, porque les cobraban demasiado a los contribuyentes siempre que podían y se embolsaban la diferencia.

Podríamos llegar a opiniones parecidas respecto al resto de los doce, porque nos parece que ninguno de ellos estaba bien preparado. Jesús los pudo usar porque se dieron cuenta de su propia debilidad y de sus limitaciones. Por eso, podían salir en *su* nombre, proclamar *su* Palabra y confiar en *su* poder para realizar su misión: glorificar a Dios llevando a los pecadores al arrepentimiento y dejando a los pecadores impenitentes sin excusa.

Algunos estudiosos de la Biblia opinan que Mateo escribió su evangelio originalmente en hebreo o arameo y que después alguien lo tradujo al griego del Nuevo Testamento. La única base para esta teoría parece ser una declaración de Papías, un alumno

del apóstol Juan, en el sentido de que Mateo escribió en hebreo algunos dichos de Jesús. Tal vez lo hizo, pero eso no prueba que su evangelio sea una traducción de ese documento. No existe ningún documento de alguien que alguna vez haya escuchado acerca de ello o haya visto una copia de un evangelio escrito por Mateo en hebreo. Entonces, podemos confiar en que Mateo escribió su evangelio en griego, y que tenemos sus palabras inspiradas, no las palabras de algún traductor o compilador anónimo, en el Nuevo Testamento griego.

Hay varias maneras lógicas de dividir o bosquejar el evangelio de Mateo. Nuestra tarea no es encontrar una forma lógica para dividir el libro, sino decidir cuál de esas sugerencias vamos a seguir. Parece que lo mejor es buscar en el libro de Mateo estas sugerencias; él no deja de darnos alguna guía, indica cinco divisiones mencionando cinco veces: “Cuando Jesús había terminado estas palabras”, o algo similar. Antes de estos cinco discursos tenemos los relatos del nacimiento y la niñez de Jesús y el comienzo de su ministerio. Después de estos cinco discursos tenemos documentados el sufrimiento, la muerte y la resurrección de Jesús.

Por lo tanto, dividiremos este evangelio en ocho secciones principales. En la mayor parte, las subdivisiones están de acuerdo con los subtítulos de la Versión Reina-Valera de 1995. El propósito de todo el libro es demostrar que Jesús de Nazaret es el Mesías prometido durante todo el Antiguo Testamento. Así que aquí está el bosquejo que seguiremos:

El tema: Jesús es el Mesías

- I. Nacimiento y niñez de Jesús (1:1–2:23)
- II. Comienzo del ministerio de Jesús (3:1–4:25)
- III. Jesús predica el sermón del monte (5:1–7:29)
- IV. Jesús sana a muchos y envía a los doce (8:1–10:42)
- V. Jesús oculta su reino a algunos y lo revela a otros (11:1–13:52)

- VI. Jesús prepara a sus discípulos para edificar su iglesia (13:53–18:35)
- VII. Jesús les da a sus discípulos la segura esperanza de la salvación (19:1–25:46)
- VIII. Jesús sufre, muere y resucita (26:1–28:20)

PRIMERA PARTE

Nacimiento y niñez de Jesús

(1:1–2:23)

Genealogía de Jesucristo

1 Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham:

El primer libro del Antiguo Testamento es el registro que hace Dios del génesis, del principio, de los cielos y la tierra y de todas las criaturas de Dios.

Mateo, el primer libro del Nuevo Testamento, es el registro que hace Dios del génesis de Jesucristo el Hijo de David. El Hijo de Dios existía desde la eternidad junto con el Padre y el Espíritu Santo; él siempre fue y siempre será; es eterno. Mateo cuenta cómo él, que era el Hijo de Dios desde la eternidad, vino a ser el Hijo de David en el tiempo, cómo realizó su misión en este mundo y cómo regresó a su hogar celestial.

El pueblo de Dios del Antiguo Testamento creía que a su debido tiempo Dios iba a enviar a su Hijo para redimir a todos los pecadores del mundo. No obstante, cuando cumplió esa promesa, muchos se negaron a creer lo que veían y oían. Jesús dijo claramente que él era el Mesías prometido, habló con evidente autoridad y realizó las obras maravillosas que los profetas predijeron que iba a hacer el Mesías. Sin embargo, la mayor parte de los de su pueblo lo rechazaron, exigieron que fuera ejecutado como un blasfemo, intimidaron a Poncio Pilato para que lo condenara a muerte y después de su resurrección, al tercer día, se negaron a creer que en realidad estaba vivo.

Por eso Mateo, cuando les escribe a sus compañeros judíos, dice: “Volvamos al principio y les voy a mostrar claramente que Jesús es el Hijo de Dios, el Mesías prometido.” Tiene en cuenta ese propósito en los 28 capítulos de su evangelio, y lo lleva a cabo

únicamente mediante la inspiración del Espíritu Santo.

“Hijo de David” era un nombre que por lo común se usaba para el Salvador prometido. El Mesías sería un descendiente físico del rey David; por eso, Mateo comienza su evangelio demostrando que Jesús de Nazaret, a quien conocían todos en la tierra de los judíos, era descendiente de David. José, el padre legal de Jesús, era descendiente directo de David. El capítulo 3 de Lucas traza la genealogía de Jesús a través de la línea de María hasta Adán y Eva, quienes fueron los primeros en recibir la promesa del Salvador. Todo el Antiguo Testamento lleva esa promesa de generación en generación. El Nuevo Testamento anota el cumplimiento de la promesa de Dios.

A Jesús, así como a David, se le llama correctamente “hijo de Abraham”. Abraham recibe el nombre de padre de los creyentes, Dios lo llamó para que saliera de su tierra, Ur de los caldeos, y que viajara hacia un destino que le iba a mostrar a su debido tiempo. Dios le hizo una promesa: que haría una gran nación de sus descendientes, y que un descendiente especial suyo sería bendición para gente de todas las naciones de la tierra. Aunque Abraham y su esposa Sara no tuvieron hijos hasta una edad avanzada, Abraham creyó la promesa de Dios, y la Biblia dice que su fe le fue contada por justicia (Génesis 15:6 y Romanos 4:3). Abraham fue declarado justo, fue justificado mediante la fe en las promesas de Dios.

Esa es la única forma en que cualquier ser humano pecador puede ser o ha sido justificado antes o después del tiempo de Abraham. Este es el principal mensaje de toda la Biblia: todos somos culpables delante de Dios por nuestros pecados, pero somos perdonados, justificados, es decir, declarados “no culpables”, por medio de la fe en la persona que Mateo llama “Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham”, el Hijo de Dios.

A continuación tenemos la genealogía de Jesucristo desde Abraham hasta José, el padre de crianza de Jesús. Mateo divide esta genealogía en tres listas de 14 personas cada una. Los primeros catorce se encuentran en los versículos 2-6.

² Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob, y Jacob a Judá y a sus hermanos. ³ Judá engendró, de Tamar, a Fares y a Zara, Fares a Esrom, y Esrom a Aram. ⁴ Aram engendró a Aminadab, Aminadab a Naasón, y Naasón a Salmón. ⁵ Salmón engendró, de Rahab, a Booz, Booz engendró, de Rut, a Obed, y Obed a Isaí. ⁶ Isaí engendró al rey David.

El rey David engendró, de la que fue mujer de Urías, a Salomón.

Los judíos estaban orgullosos de su padre *Abraham*, y conocían las promesas que Dios le hizo; esperaban a un Mesías que naciera de los descendientes de Abraham. Lamentablemente, el concepto que tenían del Mesías se distorsionó mucho con los siglos, de tal manera que buscaban un Mesías político, alguien que en realidad reinara sobre el trono de David y restableciera una nación poderosa en Israel. Sin embargo, ése no era el Mesías que Dios les prometió.

El evangelio de Mateo tenía el propósito de recordarle al pueblo judío las promesas mesiánicas de Dios, para demostrarle que sus expectativas con frecuencia contradecían las promesas de Dios, y para convencerlo de que Jesús era precisamente el Mesías que los profetas de Dios habían predicho. El evangelio de Mateo muestra que Jesús estableció su reino mediante su sacrificio en la cruz por los pecados del mundo, su resurrección al tercer día y su regreso a su hogar celestial 40 días más tarde. No habrá otro Hijo de David que venga para ser el Mesías político que ellos esperaban.

Conocemos algunos de los nombres en la genealogía de Mateo; otros son sólo nombres para nosotros.

Isaac fue el hijo que Abraham y Sara tuvieron en su vejez, cuando él tenía 100 años y ella 90. Fue un nacimiento milagroso por la gracia de Dios, un recordatorio de que Dios siempre cumple sus promesas, aunque nos puede hacer esperar mucho tiempo.

Jacob y *Esaú* fueron hijos gemelos de Isaac y Rebeca. Aunque Esaú nació primero, Dios escogió a Jacob para que fuera

el portador de la promesa; de sus descendientes nacería el Mesías.

Judá fue uno de los 12 hijos de Jacob, que también se llamó Israel. Las 12 tribus de Israel recibieron su nombre de los 12 hijos de Jacob.

Fares y *Zara* fueron hijos gemelos de Judá y Tamar. Ésta última fue nuera de Judá, no su esposa, y los hijos gemelos nacieron cuando ella se hizo pasar por ramera. Toda la sórdida historia se encuentra en Génesis 38.

Esrom, Aram, Aminadab, Naasón, Salmón, Booz, Obed e *Isaí* se mencionan en otras genealogías como la que tenemos en Ruth 4:18-22. Naasón es llamado “jefe de los hijos de Judá” en Números 2:3, y en Números 7:12-17 se mencionan las ofrendas que él llevó para la dedicación del Tabernáculo. Salmón se casó con Rahab de Jericó, la mujer que escondió a los espías que Josué envió a la ciudad; a ella y a su familia los perdonaron cuando los muros se derrumbaron y los israelitas destruyeron la ciudad de Jericó. Su hijo Booz se casó con Ruth la moabita, que regresó a Belén con su suegra Noemí. El hijo de ellos fue Obed, cuyo hijo fue Isaí, el padre del rey David.

La mayoría de las genealogías del Antiguo Testamento demuestran que se ha conservado una línea de descendencia sin contaminación gentil; esta genealogía hace exactamente lo opuesto. Mateo relaciona a algunos antepasados de Jesús de quienes nadie estaría orgulloso. Nos recuerda que Jesús, el Mesías sin pecado, descendió de pecadores y vino para pecadores (9:13). Martín Lutero hizo la siguiente observación: “Cristo es la clase de persona que no se avergüenza de los pecadores; de hecho, los pone en su árbol genealógico... Si el Señor hace eso aquí, entonces nosotros no debemos despreciar a nadie... sino que por los pecadores debemos ponernos en medio de la batalla y debemos ayudarlos.”

Las cuatro mujeres que Mateo menciona son notables. Tamar se hizo pasar por ramera, como ya hemos dicho; Rahab de Jericó era prostituta, pero aprendió a conocer al Dios de Israel y su fe y los frutos que produjo se citan como ejemplo para todos nosotros

(Hebreos 11:31 y Santiago 2:25); Rut era moabita, no israelita, fue descendiente de Lot el sobrino de Abraham, mediante una relación incestuosa que Lot tuvo con su hija mayor (Génesis 19:36,37). Betsabé era la esposa de Urías el heteo cuando David la deseó y la tomó para él y hasta planeó que Urías muriera en batalla.

¿Le sorprende y le ofende que personas culpables de tan graves deslices morales estén incluidas entre los antepasados del Salvador? ¿Preferiría no haberlo sabido? ¿Piensa que hubiera sido mejor que el Espíritu Santo no hubiera inspirado a Mateo para que mencionara esos nombres en esta genealogía?

Si esta información nos hace sentir incómodos, así debe ser, porque nos recuerda nuestros pecados e indignidad personal. Al mismo tiempo, esta lista de pecadores puede ser un consuelo para nosotros, nos puede dar confianza en que Jesús, que no se avergonzó de revelar los pecados de sus antepasados humanos, que vino a buscar y a salvar a los que se habían perdido, derramó su sangre por los pecados de todo el mundo, y nos incluye a usted y a mí entre aquellos por quienes murió. “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:18).

⁷ Salomón engendró a Roboam, Roboam a Abías, y Abías a Asa. ⁸ Asa engendró a Josafat, Josafat a Joram, y Joram a Uzías. ⁹ Uzías engendró a Jotam, Jotam a Acáz, y Acáz a Ezequías. ¹⁰ Ezequías engendró a Manasés, Manasés a Amón, y Amón a Josías. ¹¹ Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos, en el tiempo de la deportación a Babilonia.

Esta segunda lista de 14 incluye algunos nombres conocidos, porque todos esos hombres fueron reyes de Israel y de Judá o de éste último.

Salomón, hijo de David y Betsabé, fue conocido por su sabiduría y riqueza. Construyó el majestuoso templo de Jerusalén, para el cual David había hecho preparativos (2 Samuel 7:13; 1

Reyes 5). Sin embargo, Salomón se casó con muchas esposas extranjeras: “Y tuvo setecientas mujeres reinas y trescientas concubinas; y sus mujeres le desviaron el corazón... sus mujeres le inclinaron el corazón tras dioses ajenos” (1 Reyes 11:3,4). Eso disgustó al Señor, que le informó a Salomón que, por causa de su idolatría, sus hijos no reinarán sobre todas las doce tribus de Israel (1 Reyes 11:11-13).

Cuando *Roboam*, el hijo de Salomón, llegó a ser rey, 10 de las 12 tribus se separaron de Israel con Jeroboam como rey, y Roboam gobernó solamente a Judá y Benjamín. Durante su reinado “Judá hizo lo malo ante los ojos de Jehová” (1 Reyes 14:22). En el quinto año de su reinado, Sisac, rey de Egipto, atacó a Jerusalén y se llevó los tesoros del Templo y del palacio real (1 Reyes 14:25,26).

Abiam sucedió a Roboam como rey de Judá. “Anduvo en todos los pecados que su padre había cometido antes de él” (1 Reyes 15:3).

Asa sucedió a Abiam y reinó 41 años. “Hizo lo recto ante los ojos de Jehová” (1 Reyes 15:11).

Josafat “anduvo en el camino de Asa, su padre,... haciendo lo recto ante los ojos de Jehová” (2 Crónicas 20:32). No obstante, en su reinado construyó una flota de barcos mercantes en compañía del impío rey Ocozías de Israel. El Señor mostró su disgusto en cuanto a este proyecto conjunto destruyendo los barcos antes de que pudieran navegar (2 Crónicas 20:35-37).

Joram se casó con una hija de Acab y siguió el mal ejemplo de los reyes de Israel. Después de reinar sólo ocho años, murió de “una enfermedad incurable en los intestinos” (2 Crónicas 21:18,19).

La genealogía de Mateo omite los nombres de Azael, Joas y Amasías. Joram fue en realidad el tatarabuelo de *Uzías*, que se menciona a continuación. No hay duda de que Mateo omitió estos tres nombres a propósito; él conocía bien las escrituras del Antiguo Testamento, y los judíos a quienes les escribió también las conocían. Sin embargo, no dice por qué no menciona a esos tres

hombres. Usted puede aprender más sobre estos tres reyes leyendo 2 Crónicas 22-25. Uzías fue un caso singular porque reinó 52 años e “hizo lo recto ante los ojos de Jehová” (2 Crónicas 26:3,4).

Jotam siguió el buen ejemplo de su padre, Uzías, pero su hijo Acaz “no hizo lo recto ante los ojos de Jehová” (2 Crónicas 28:1).

Ezequías fue un buen rey a quien el Señor bendijo grandemente. Cuando una seria enfermedad lo afligió y el Señor le dijo por medio del profeta Isaías que no se recuperaría, oró fervientemente al Señor y el Señor le prolongó la vida otros 15 años (2 Reyes 20:1-11).

Manasés tenía sólo 12 años cuando se hizo rey, y reinó 55 años. Siguió “las abominaciones de las naciones que Jehová había expulsado de delante de los hijos de Israel” (2 Reyes 21:2). El resto de 2 Reyes 21 proporciona más detalles relacionados con la maldad de Manasés; sin embargo, casi al final de su vida ocurrió algo sorprendente: los Asirios “apresaron con grillos a Manasés, y atado con cadenas, lo llevaron a Babilonia” (2 Crónicas 33:11). Finalmente, Manasés experimentó un cambio de corazón, le pidió perdón al Señor y él efectivamente le dio otra vez el trono de Jerusalén. Manasés entonces se esforzó realmente por quitar la idolatría de su nación.

Amón reinó sólo dos años (2 Reyes 21:19). Siguió el mal ejemplo de los primeros días de Manasés, renunciando al Señor y adorando ídolos. Un oficial lo asesinó en el palacio.

Joaac y Joacim no están incluidos en la genealogía de Mateo (2 Reyes 23:31–24:7). *Josías* y *Jeconías* (Joaquín) se mencionan a continuación. Durante el reinado de Joaquín, Nabucodonosor, rey de Babilonia, conquistó Jerusalén. Se llevó todos los tesoros del Templo y del palacio real a Babilonia, dejando atrás sólo a los judíos más pobres (2 Reyes 25:12). Hizo rey de Judá al tío de Joaquín, Matanías, a quien le cambió el nombre por el de Sedequías. En el noveno año de su reinado, Sedequías se rebeló neciamente contra Babilonia, y como resultado, los babilonios destruyeron Jerusalén y el Templo y llevaron todo lo de valor a Babilonia. Mataron a los hijos de Sedequías en su presencia y

luego le sacaron los ojos y lo llevaron encadenado a Babilonia (2 Reyes 25:7). Era el año 586 a.C.

¹² Después de la deportación a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel, y Salatiel a Zorobabel. ¹³ Zorobabel engendró a Abiud, Abiud a Eliaquim, y Eliaquim a Azor. ¹⁴ Azor engendró a Sadoc, Sadoc a Aquim, y Aquim a Eliud. ¹⁵ Eliud engendró a Eleazar, Eleazar a Matán, Matán a Jacob. ¹⁶ Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo

Jeconías (Joaquín) es mencionado de nuevo, esta vez como el primer hombre de la tercera lista de 14. El exilio en Babilonia fue el siguiente período significativo de la historia de Judá. Al pueblo del reino del norte de Israel lo habían llevado al exilio a Asiria; ese fue el final de su historia, dejaron de existir como pueblo independiente. Pero Dios se encargó de que los judíos sobrevivieran en Babilonia, porque había prometido que iban a sobrevivir y regresarían a su patria después de 70 años, y que en el tiempo apropiado el Mesías nacería de la casa de David. La providencia de Dios se hizo evidente cuando, en el año 37 del exilio, Joaquín fue liberado de la prisión y tratado magníficamente por el resto de su vida (2 Reyes 25:27-30).

Tenemos poca información acerca de la mayoría de los 14 hombres que están incluidos en la tercera lista de Mateo. A *Salatiel* se le menciona como media docena de veces en la Biblia, pero sólo sabemos que fue el padre de *Zorobabel*, en realidad el abuelo de *Zorobabel* (1 Crónicas 3:17-19).

Esdras 2:2 menciona a *Zorobabel* como uno de los dirigentes del pueblo que regresaron del exilio a Jerusalén y que ayudaron a dirigir la reconstrucción del Templo.

Respecto a los siguientes nueve hombres, sólo conocemos sus nombres. Pueden haber pasado inadvertidos ante el mundo, pero Dios los honró mucho como antecesores de Cristo: *Abiud, Eliaquím, Azor, Sadoc, Aquim, Eliud, Eleazar, Matán, Jacob*.

Eso nos lleva hasta “José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el *Cristo*”. Así tenemos la genealogía de José, el padre legal de Jesús, aunque en el griego original la expresión “la cual” claramente se refiere sólo a María. El nacimiento virginal de Cristo ya se indica aquí y se menciona específicamente en los versículos que siguen. Jesús era un nombre común entre los judíos, pero este Jesús es el único llamado Cristo, el Mesías.

¹⁷ De manera que todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce; desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce; y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce.

“De manera que”, dice Mateo, hubo tres grupos de 14 generaciones cada uno. Él sabía, y también lo sabían sus lectores, que había omitido deliberadamente algunas generaciones; y sabemos que “padre” puede significar abuelo u otro antecesor masculino, de la misma manera que nosotros hablamos de la “fe de nuestros padres”. Así que cuando Mateo dice “de manera que” tenemos 14 generaciones tres veces, es como decir: “como he escogido mencionar esas generaciones”.

Como ya hemos notado, Jeconías (Joaquín) es la última persona que se menciona en el segundo grupo de 14 y la primera en el tercer grupo. Jeconías vivió al final de la segunda era de la genealogía y al comienzo de la tercera y última, el exilio. Mateo también ha mencionado a David dos veces y esto es muy razonable si consideramos la prominencia del rey David. En la Escritura a Jesús se le llama “hijo de David”. “Hijo de David” era una clara referencia al Mesías; las Escrituras nunca llamaron al Mesías hijo de Salomón ni de Josafat ni de Zorobabel ni de ninguno otro de sus antepasados.

¿Por qué organizó Mateo la genealogía de Jesús en tres grupos de 14, comenzando con Abraham? Sólo podemos especular acerca de eso. Algunos han sugerido: $3 \times 14 = 42$; 42 son $\frac{6}{7}$ de 49. Con el nacimiento de Jesús comienza el último $\frac{1}{7}$. Para el Israel

del Antiguo Testamento, después de cada 49 años venía un año de jubileo, en el que los esclavos eran liberados y las propiedades que habían sido vendidas les eran devueltas a sus propietarios originales, para que ninguna familia perdiera de forma permanente su herencia. El nacimiento de Cristo introdujo el verdadero jubileo para todo el mundo, porque Jesús vino para liberar a todos los esclavos del pecado (toda la raza humana) y permitirles regresar a la casa de su Padre celestial.

Ese es un pensamiento interesante y apropiado, pero Mateo no lo afirma de manera directa, sino que permite que nos preguntemos, reflexionemos y nos maravillamos sobre la manera tan ordenada como Dios dirigió los asuntos de su pueblo y preservó a los descendientes de David hasta que nació el Salvador.

Es interesante comparar la genealogía de Cristo en Mateo con la que se menciona en el capítulo 3 del evangelio de Lucas; haremos sólo unas pocas y breves observaciones. Evidentemente, Mateo registra los antecesores de José, y Lucas los de María; los dos fueron descendientes directos de David. Después de David, la línea de José incluyó a los reyes de Judá, pero la línea de María consistió en plebeyos menos conocidos, que eran descendientes de David pero no estuvieron en la línea de sucesión real.

Sin embargo, es muy claro que la madre de Jesús, María, y su padre legal, José, fueron descendientes del rey David. En toda la extensión de la palabra, Jesús fue en efecto el hijo de David, el Mesías prometido.

El nacimiento de Jesucristo

¹⁸ El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando comprometida María, su madre, con José, antes que vivieran juntos se halló que había concebido del Espíritu Santo.

¹⁹ José, su marido, como era justo y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente. ²⁰ Pensando él en esto, un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en

ella es engendrado, del Espíritu Santo es. ²¹ Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.» ²² Todo esto aconteció para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta:

**²³ «Una virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Emanuel»
(que significa: «Dios con nosotros»).**

²⁴ Cuando despertó José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado y recibió a su mujer. ²⁵ Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito, y le puso por nombre Jesús.

Estos versículos son la breve narración que hace Mateo de la conocida historia del nacimiento de Jesús. Mateo le dedica 17 versículos a la genealogía humana de Jesús desde Abraham hasta José; ahora menciona la genealogía divina de Jesús en un sólo versículo: María “se halló que había concebido del Espíritu Santo”. Así expone un hecho sin hacer el intento de explicar cómo sucedió. Relata un nacimiento que fue único en toda la historia de la humanidad y nos dice que el eterno Hijo de Dios, que “estaba en el principio con Dios” y que “todas las cosas por medio de él fueron hechas” (Juan 1:2,3), tomó carne y sangre humanas en el vientre de la virgen María. Él es verdadero Dios desde la eternidad y también es verdadero hombre desde que fue concebido y nació de una madre humana hace aproximadamente 2,000 años.

María estaba “comprometida... con José” en ese tiempo. La condición de comprometida era más de lo que nosotros llamamos comúnmente compromiso; lo más probable es que hubieran hecho votos de matrimonio en presencia de testigos y eran considerados marido y mujer. Según la costumbre de la época, la celebración del matrimonio sucedía algunos meses después del compromiso y sólo entonces el novio y la novia comenzaban su vida juntos como una sola carne.

Cuando José se enteró del embarazo de María, sólo pudo llegar a la conclusión de que le había sido infiel. Si eso fuera verdad, no la podría llevar al hogar como su esposa. Sólo podemos imaginar el dolor y la desilusión que sintió José. Mateo dice únicamente lo que hizo José; era un hombre justo. Era justo ante Dios mediante su fe humilde en la promesa divina del Salvador que vendría y por eso estaba interesado en llevar una vida justa. Por lo tanto, no deseaba vengarse ni deseaba “infamarla”. En lugar de eso decidió “dejarla secretamente”.

No obstante, el Señor intervino y le envió a José en sueños un ángel (cuyo nombre no se menciona, pero probablemente fue Gabriel). José no sólo soñó con un ángel que le traía un mensaje; un ángel verdadero vino a él y le habló. Le dijo: “Lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es”. María iba a dar a luz un hijo y José, como padre legal, debía ponerle por nombre Jesús.

Jesús era un nombre común entre los judíos, era el mismo nombre (hebreo) que conocemos como Josué en el Antiguo Testamento. El nombre Jesús significa “Dios (Jehová) salva”. Cuando se le daba este nombre a un niño corriente, podía ser un recordatorio de la promesa que hizo Dios de un Salvador. En el caso de Cristo, identificaba al único Salvador del mundo. El nombre de Jesús dice quién es (Dios) y qué hace (salva).

El pueblo judío, en general, en ese tiempo quería un Salvador diferente. Querían un Mesías que los salvara de la opresión de los romanos y que restableciera un reino como el de David y Salomón. Pero el ángel prometió el mismo salvador que los profetas del Antiguo Testamento habían anunciado, alguien que iba a salvar a su pueblo de sus pecados. “Su pueblo” no era sinónimo de la nación terrenal de Israel, sino que incluía gente de toda raza y nación sobre la tierra.

Muchos judíos querían sólo un Mesías terrenal que les diera seguridad y bienes materiales para esta vida, y algunos trataron de obligar a Jesús para que fuera ese rey (Juan 6:15). Del mismo modo, hoy existen “teólogos” que buscan en Cristo sólo la

liberación de la pobreza y la opresión y no de las consecuencias pavorosas y eternas del pecado. Hay iglesias que consideran que su misión es hacer de este mundo un lugar mejor y le prestan poca atención a la vida perfecta y abundante que podemos tener eternamente por causa de Jesús. Como cristianos, queremos hacer del reino de Cristo y su justicia nuestra más alta prioridad, confiando en que nos dará las cosas materiales que necesitamos (Mateo 6:33).

Mateo escribió ante todo para los judíos, que conocían las Escrituras del Antiguo Testamento y esperaban el cumplimiento de las promesas de los profetas del Señor. Por eso destaca que el nacimiento de Jesús ocurrió exactamente como el Señor prometió por medio de su profeta (Isaías 7:14).

Las circunstancias insólitas de esta profecía son muy interesantes: al rey Acaz de Judá lo amenazaron el rey Peka de Israel y el rey Rezín de Siria. Esos reyes querían destruir la dinastía de Acaz, que era la línea de la cual iba a nacer el Salvador. Acaz personalmente no merecía nada mejor, pero la indignidad de Acaz no podía evitar que Dios cumpliera sus promesas de gracia. Así que Isaías fue a Acaz y le aseguró que el Señor lo preservaría de sus poderosos enemigos. Incluso le ofreció la oportunidad de pedirle una señal especial al Señor para probarle que era una promesa de Dios que con toda seguridad se cumpliría. Con falsa humildad, Acaz se negó a pedir la señal, pero el Señor dijo que de todas maneras se la daría. Aunque Acaz nunca viera esta señal por sí mismo y no apreciara la promesa de una señal especial de Dios, sería una fuente de consuelo y confianza para muchas otras personas a lo largo de los tiempos.

La señal fue que “una virgen concebirá y dará a luz un hijo”. Esto ocurriría sólo una vez en toda la historia humana, de modo que el hijo especial de la madre virgen pudiera ser verdaderamente identificado y reconocido. Este niño especial se llamaría Emanuel, que significa “Dios con nosotros”. Este niño sería Dios encarnado, el Dios eterno visible entre nosotros en carne y sangre humanas.

¡Qué revelación tan increíble fue para José el mensaje del ángel! Las dudas que tenía respecto de la fidelidad de María desaparecieron por completo y en su lugar recibió las sorprendentes noticias de que ¡tendría el privilegio de cuidar al Hijo de Dios, el Mesías prometido, el Redentor del mundo!

Hay quienes sostienen que la palabra hebrea (*almah*) en la profecía de Isaías significa sólo “mujer joven” y que Isaías no predijo de ninguna manera un nacimiento virginal; pero el nacimiento de un niño común y corriente no se podría considerar como una señal especial. Martín Lutero una vez pronunció el siguiente desafío: “Si un judío o cristiano me puede probar que en algún pasaje de la Escritura *almah* significa mujer casada, yo le daré cien florines, aunque sólo Dios sabe de dónde los puedo sacar.” Nadie recibió esa recompensa jamás y estamos seguros de que nunca nadie la recibirá.

El nacimiento virginal de Cristo se enseña claramente en la Biblia y es artículo de fe que confiesa toda la iglesia cristiana de la tierra en el Credo Apostólico: “Creo en Jesucristo... concebido por obra del Espíritu Santo, nacido de la virgen María”. La explicación de Martín Lutero del segundo artículo declara que “Jesucristo, verdadero Dios, engendrado del Padre en la eternidad, y también verdadero hombre, nacido de la virgen María, es mi Señor”.

José le creyó al ángel y obedeció sus instrucciones: “como el ángel del Señor le había mandado... recibió a su mujer”, pero no tuvo relaciones sexuales con ella antes de que Jesús naciera. Jesús fue el “primogénito” de María (Lucas 2:7), pero eso no indica si María y José tuvieron otros hijos o no. La piadosa opinión de que María permaneció virgen toda su vida no se puede demostrar con la Escritura, ni tampoco se puede demostrar lo contrario. Sin revisar todos los argumentos a favor y en contra, simplemente estableceremos que preferimos creer que María y José tuvieron otros hijos; eso no disminuye el honor que María merece de nuestra parte, más bien nos recuerda que el matrimonio es una

bendición especial de Dios y que María y José honraron el matrimonio disfrutando de todas sus bendiciones.

La visita de los sabios de oriente

2 Cuando Jesús nació, en Belén de Judea, en días del rey Herodes, llegaron del oriente a Jerusalén unos sabios, ² preguntando:

—¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?, pues su estrella hemos visto en el oriente y venimos a adorarlo.

³ Al oír esto, el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él. ⁴ Y, habiendo convocado a todos los principales sacerdotes y escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo. ⁵ Ellos le respondieron:

—En Belén de Judea, porque así fue escrito por el profeta:

⁶ »«Y tú, Belén, de la tierra de Judá,
no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá,
porque de ti saldrá un guiador,
que apacentará a mi pueblo Israel.»

⁷ Entonces Herodes llamó en secreto a los sabios y se cercioró del tiempo exacto en que había aparecido la estrella.

⁸ Y enviándolos a Belén, dijo:

—Id allá y averiguad con diligencia acerca del niño y, cuando lo halléis, hacédmelo saber, para que yo también vaya a adorarlo.

⁹ Ellos, habiendo oído al rey, se fueron. Y la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que, llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño. ¹⁰ Y al ver la estrella, se regocijaron con muy grande gozo. ¹¹ Al entrar en la casa, vieron al niño con María, su madre, y postrándose lo adoraron. Luego, abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra. ¹² Pero siendo avisados por revelación en sueños que no volvieran a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.

Los artistas con frecuencia pintan a los sabios (magos en otras versiones) adorando al niño Jesús con los pastores en el establo de Belén. Es un cuadro bello, pero contradice los hechos que Mateo ha anotado para nosotros. No conocemos los nombres de esos hombres (la tradición los llama Melchor, Gaspar y Baltasar), ni cuántos eran, ni de dónde procedían con exactitud, ni precisamente cuando llegaron.

Sabemos que llegaron unos meses después del nacimiento de Jesús, porque Jesús ya había sido circuncidado y presentado en el Templo, y María y José vivían ahora en una casa en Belén, no en el establo. Los registros seculares dicen que el rey Herodes murió en el año 4 a.C. Eso indicaría que Jesús pudo haber nacido en el año 5 o 6 a.C. según nuestro calendario.

Los sabios o magos que se mencionan aquí eran una clase de sacerdotes, astrónomos y astrólogos, consejeros influyentes en el rey, muy probablemente en Babilonia. Algunos estaban involucrados en varias prácticas ocultas. Durante los 70 años de la cautividad de los judíos en Babilonia (586-516 a.C.), Daniel fue el jefe de la casta de los magos, y seguramente aprendieron de él acerca del Mesías que esperaban los judíos. También tuvieron oportunidades de aprender lo que los profetas de Israel habían predicho sobre el Mesías. Tomaron muy en serio esas promesas y creyeron en el Dios de Israel; de otra manera, muy difícilmente hubieran podido emprender el largo y peligroso viaje para ir a buscar y adorar a Jesús.

La estrella que los guió fue una creación especial de Dios, no se parecía a las otras estrellas ni se desempeñaba como ellas. No resultan satisfactorios los intentos para explicarla como una conjunción de los planetas Júpiter, Saturno y Marte o como un meteoro o un cometa.

Los magos vieron la estrella especial en el oriente, la vieron nuevamente cuando viajaban de Jerusalén a Belén y los guió a la casa donde María y José estaban con el niño Cristo.

¿Cómo supieron los magos que esa estrella especial significaba que el Mesías había nacido? Todo lo que podemos

decir es que Dios se lo reveló. En la profecía de Balaam de que “Saldrá ESTRELLA de Jacob” (Números 24:17), la estrella es el Mesías, no un cuerpo celeste que anunciaba su nacimiento.

Era natural que los magos fueran a Jerusalén, que era la capital. Esperaban que allí todos supieran del nacimiento del Mesías y se sorprendieron cuando preguntaron y no recibieron información. Después de un tiempo, el rey Herodes oyó acerca de los magos y lo que buscaban. Para entender la reacción traicionera y después violenta de Herodes, debemos saber algo sobre este hombre, y los registros seculares cuentan todavía más de lo que quisiéramos saber.

Herodes el Grande era edomita o idumeo, descendiente de Esaú. Por lo tanto, no era verdaderamente israelita. Fue el primero de varios Herodes, guerrero hábil y capaz, orador y diplomático. Durante la gran hambruna del año 25 a.C., fundió algunos de los elementos de oro del palacio con el fin de conseguir dinero para ayudar a los pobres. Construyó teatros y pistas de carreras para el entretenimiento del pueblo y en el año 19 a.C. comenzó a reconstruir el Templo, que después fue conocido como el templo de Herodes. También construyó la ciudad portuaria de Cesárea y la fortaleza de Masada, donde en el año 73 d.C. cerca de mil judíos se suicidaron para evitar que los romanos los capturaran. Herodes en realidad fue uno de los grandes constructores en la historia de los judíos, tal vez el más grande desde el rey Salomón.

También fue cruel, no tuvo piedad y fue celoso. Había ahogado al hermano de su esposa, Aristóbulo, el sumo sacerdote; después pretendió llorar su muerte durante el magnífico funeral que organizó. Mandó matar a su propia esposa Marian, así como a la madre de ella y a tres de sus hijos. Muy poco antes de su muerte, puso presos a los más distinguidos ciudadanos de Jerusalén y dio orden de que fueran ejecutados en el momento en que él muriera. De esa forma se quiso asegurar de que habría lamentos en la ciudad a la hora de su muerte, porque sabía que de otro modo sólo habría regocijo entre la población.

Por eso es fácil ver por qué Herodes se turbó al oír las noticias del nacimiento de Jesús, que era llamado Rey de los judíos. A pesar de que estaba cerca del final de su vida (murió en el año 4 a.C.), se sintió amenazado por el informe de un rey recién nacido. Y como toda Jerusalén sabía lo violento que podía ser Herodes, el pueblo se turbó cuando él se enojó.

Cuando Herodes reunió a los expertos en las Escrituras del Antiguo Testamento, inmediatamente le dijeron que Belén de Judá era el lugar donde nacería el Mesías; el profeta Miqueas lo había predicho claramente (Miqueas 5:2). Aunque Belén era una aldea pequeña y mediocre, Dios la había escogido como el lugar donde había de nacer su Hijo, el Mesías. El “pueblecito de Belén” obtendría una distinción que la ciudad más grande sobre la tierra nunca podría alcanzar.

La hipocresía de Herodes engañó a los magos; ellos le creyeron cuando les pidió que le informaran después de encontrar al niño en Belén. Aparentó que quería adorar también al recién nacido rey. En realidad, quería usar a los magos para que le ayudaran a localizar e identificar al niño Cristo y así poder destruir con facilidad esta amenaza a su autoridad.

Con la guía de la estrella especial, los magos localizaron al niño Cristo, junto con María y José, en una casa de Belén. Lo adoraron y le presentaron regalos costosos. Podemos ver un rico simbolismo en los tres regalos. El oro precioso sugiere realeza, porque Jesús era el Rey de los judíos. El incienso nos recuerda la deidad de Cristo; el incienso se usaba normalmente en la adoración en el Templo y su humo aromático que se elevaba a los cielos simbolizaba las oraciones del pueblo agradables a Dios que ascendían a su trono. La mirra simboliza la humanidad de Jesús y señalaba su sufrimiento y su muerte; era una resina aromática que se usaba en perfumería y en el embalsamamiento. Servía de anestésico cuando se mezclaba con vino; por eso los soldados romanos le ofrecieron a Jesús vino mezclado con mirra cuando estaba colgado en la cruz (Marcos 15:23), pero él se negó a beberlo.

Ése es el simbolismo que vemos en los regalos de los sabios. No podemos decir en qué medida ellos, en esa época, entendieron el simbolismo que ahora resulta tan claro para nosotros, cuando vemos los regalos que le llevaron al niño Cristo. Quizás sólo quisieron darle al niño Jesús los regalos más especiales que pudieron llevar de su patria.

Cuando Dios les advirtió en un sueño, los magos no regresaron a Herodes en Jerusalén; tomaron una ruta diferente para regresar a casa, y el niño Cristo fue protegido de la ira asesina de Herodes.

La huida a Egipto

¹³ Después que partieron ellos, un ángel del Señor apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Permanece allá hasta que yo te diga, porque acontecerá que Herodes buscará al niño para matarlo.»

¹⁴ Entonces él, despertando, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto. ¹⁵ Estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta, cuando dijo: «De Egipto llamé a mi Hijo.»

¹⁶ Herodes entonces, cuando se vio burlado por los sabios, se enojó mucho y mandó matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén y en todos sus alrededores, conforme al tiempo indicado por los sabios. ¹⁷ Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías, cuando dijo:

**¹⁸ «Voz fue oída en Ramá,
grande lamentación, lloro y gemido;
Raquel que llora a sus hijos
y no quiso ser consolada, porque perecieron**

Belén estaba como a dos horas de camino de Jerusalén. Por lo tanto, podemos suponer que los sabios llegaron allí el mismo

día que hablaron con Herodes. Es posible que hubieran salido de Belén esa misma noche, antes de la madrugada, como salieron también José y María y el niño Cristo. Así que en la mañana tanto los sabios como la pequeña familia de José se habían ido sencillamente. En Belén nadie podía decir dónde estaban, porque nadie lo sabía.

Después de todos los problemas y los sufrimientos que tuvieron los israelitas en Egipto antes del éxodo, podría parecer que ese era un lugar extraño para que José y María fueran con el niño Cristo. Sin embargo no era nada raro; ante todo, debemos darnos cuenta de que Egipto había sido tradicionalmente un lugar de refugio. Abraham había ido a Egipto durante una época de hambre (Génesis 12:10); Jacob y su familia, formada por 70 almas, se refugiaron en Egipto por la misma razón (Génesis 46); allí llegaron a ser una nación poderosa. Permanecieron en Egipto hasta que Dios los sacó bajo el liderato de Moisés 400 años más tarde. Jeroboam huyó a Egipto cuando Salomón trató de matarlo (1 Reyes 11:40), y Urías también huyó a Egipto (Jeremías 26:21-23).

En esta época había muchos judíos en Egipto, de tal manera que allí María y José se podían sentir como en casa y seguros. Es probable que usaran los costosos regalos de los magos para financiar el viaje y su estadía en Egipto.

Además, Mateo dice que la huida a Egipto (y el regreso a la tierra de Israel) fue el cumplimiento de una profecía de Oseas (11:1). Dios sacó a los israelitas de Egipto, y su éxodo fue un presagio de la llamada del Hijo de Dios de Egipto. Mateo afirma claramente que Oseas no sólo escribió un acontecimiento en la historia de Israel, sino que también predijo un suceso en la vida del Hijo de Dios, el Mesías.

Cuando el rey Herodes se dio cuenta de que los sabios no iban a regresar, reaccionó en la forma característica de su reinado asesino. Según el informe de los sabios acerca del tiempo cuando vieron por primera vez la estrella especial, Herodes calculó qué edad podía tener el niño Cristo. Seis meses más o menos parece



Los magos viajan a Belén

razonable, aunque es imposible estar seguros de su edad. De todos modos, Herodes se dio suficiente margen de seguridad cuando les ordenó a sus soldados que mataran a todos los infantes varones hasta de dos años de edad en Belén y en sus alrededores. Como Belén era un pueblo pequeño, podemos calcular que el número total de asesinados fue de unos 15 o 20. Esas víctimas de Herodes se llaman a menudo *los inocentes* (no porque no tuvieran pecado, sino porque con seguridad no habían cometido ningún crimen digno de muerte).

El crimen atroz de Herodes nos recuerda la deliberada y sistemática destrucción de miles y miles de niños no nacidos por causa del aborto en nuestros días. ¿Acaso no es éste un crimen mayor? Herodes percibió una amenaza real contra su autoridad cuando cometió su crimen y pudo haber deducido que era mejor sacrificar 15 o 20 niños en lugar de permitir una revolución sangrienta que sucediera cuando este “rey recién nacido” tratara de tomar el trono algunos años más tarde. Muchos de nuestros conciudadanos asesinan por conveniencia a sus hijos no nacidos, y las leyes de algunos países lo permiten. Insisten en que son más amables y considerados con sus hijos de lo que serían si permitieran el nacimiento de niños no deseados o de niños para quienes no pueden proveer. El egoísmo puede hacer que el asesinato parezca una buena obra.

La matanza de los infantes en Belén fue también el cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento. Mateo cita Jeremías 31:15. Ramá estaba a 8 kilómetros al norte de Jerusalén, en la frontera de Israel, fue el lugar donde reunieron a los judíos cautivos para deportarlos a Babilonia (Jeremías 40:1). Raquel fue la esposa favorita de Jacob, no tuvo hijos por años, finalmente fue madre de José y Benjamín; murió dando a luz. El lloro de Raquel por sus hijos representó a todas las madres judías que lloraron por la tragedia de Israel en los días de Jeremías. Ella también tipifica a las madres afligidas de Belén, como lo señala Mateo.

El regreso de Egipto

¹⁹ Pero después que murió Herodes, un ángel del Señor apareció en sueños a José en Egipto, ²⁰ y le dijo: «Levántate, toma al niño y a su madre, y vete a tierra de Israel, porque han muerto los que procuraban la muerte del niño.»

²¹ Entonces él se levantó, tomó al niño y a su madre, y se fue a tierra de Israel. ²² Pero cuando oyó que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo temor de ir allá. Y avisado por revelación en sueños, se fue a la región de Galilea ²³ y se estableció en la ciudad que se llama Nazaret, para que se cumpliera lo que fue dicho por los profetas, que habría de ser llamado nazareno.

Pudo ser que José, María y el niño Cristo permanecieron sólo unos pocos meses en Egipto. Herodes murió aproximadamente en la época de la Pascua del año 4 a.C. El historiador judío Josefo en su obra *Antigüedades* informa que Herodes “murió de... entrañas ulceradas, órganos putrefactos y lleno de gusanos, convulsiones constantes, aliento inmundos y ningún médico ni baños termales lo llevaron a recuperarse”. Por tanto, José pudo llevar a su familia a casa con seguridad. Cuando se enteró de que Arquelao reinaba en lugar de su padre Herodes, regresó a Nazaret de Galilea.

No podemos señalar un pasaje específico de los profetas del Antiguo Testamento donde se llame Nazareno al Mesías; sin embargo, Mateo establece claramente que algunos de los profetas lo habían predicho. La explicación más natural pareciera ser que más de un profeta había hecho esa declaración y que ese era un hecho conocido entre los judíos, aunque no estaba directamente anotado en ninguna parte en las Escrituras del Antiguo Testamento.

Llamar a alguien nazareno no era un cumplido entre los judíos; Nazaret era un lugar ordinario. Cuando Felipe fue a buscar a Natanael y le dijo que habían encontrado al Mesías en la persona de Jesús de Nazaret, la respuesta de Natanael fue: “¿De Nazaret

puede salir algo bueno?” (Juan 1:46). Natanael estaba familiarizado con Nazaret, él era de Caná, situada a unos cuantos kilómetros al sur. El hecho de que Jesús haya sido llamado nazareno es una indicación de su humildad y humillación. Poncio Pilato también lo consideró un sarcasmo cuando redactó la inscripción para la cruz de Jesús: “JESÚS NAZARENO, EL REY DE LOS JUDÍOS” (Juan 19:19).

SEGUNDA PARTE

Comienzo del ministerio de Jesús

(3:1–4:25)

Juan el Bautista prepara el camino

3 En aquellos días se presentó Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, ² y diciendo: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado», ³ pues éste es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo:

«Voz del que clama en el desierto:
“¡Preparad el camino del Señor,
enderezad sus sendas!”»

⁴ Juan estaba vestido de pelo de camello, tenía un cinto de cuero alrededor de su cintura, y su comida era langostas y miel silvestre. ⁵ Acudía a él Jerusalén, toda Judea y toda la provincia de alrededor del Jordán, ⁶ y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados.

⁷ Al ver él que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: «¡Generación de víboras!, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? ⁸ Producid, pues, frutos dignos de arrepentimiento, ⁹ y no penséis decir dentro de vosotros mismos: “A Abraham tenemos por padre”, porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. ¹⁰ Además, el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego. ¹¹ Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento, pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. ¹² Su aventador está en su mano para limpiar su era. Recogerá su trigo en el granero y quemará la paja en fuego que nunca se apagará.»

La designación de la época que hace Mateo es muy general cuando dice que Juan el Bautista comenzó a predicar en el desierto “en aquellos días”. Lucas dice exactamente cuándo ocurrió: “En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisaniás tetrarca de Abilene, y siendo sumo sacerdotes Anás y Caifás” (Lucas 3:1,2).

Juan empezó a predicar en la región desértica cerca al mar Muerto, a lo largo del río Jordán. Esta región era árida, deshabitada, salvaje y montañosa.

Ese territorio era un símbolo apropiado del estado espiritual del pueblo de Israel y también recuerda el desierto donde anduvieron errantes los israelitas durante 40 años, cuando debido a su incredulidad tuvieron que demorar la entrada en la Tierra Prometida. En el desierto, Juan el Bautista llamó al pueblo a que se arrepintiera de sus pecados y señaló al Mesías, él único que podría llevar a las personas al reino de Dios.

El mensaje de arrepentimiento que proclamaba Juan era la repetición del llamado que hicieron todos los profetas del Antiguo Testamento, y pronto Jesús también iba a llamar a su pueblo al arrepentimiento. El arrepentimiento implica un cambio en la mente y en el corazón y un cambio de dirección en el comportamiento en la vida diaria. La definición completa del arrepentimiento implica reconocer el pecado como desobediencia a los mandamientos de Dios, sentir verdadero pesar por el pecado, tener el deseo sincero de enmendar los caminos pecaminosos y confiar solamente en el Señor Jesucristo para el perdón y la salvación.

El arrepentimiento no es un acto de una sola vez. En sus famosas 95 Tesis, que marcan el comienzo de la Reforma, Martín Lutero dijo que toda la vida del cristiano se debe caracterizar por el arrepentimiento. En el Catecismo Menor, Lutero dice que el bautismo nos debe recordar que hay que ahogar el viejo Adán a diario, por medio de la contrición y el arrepentimiento. No puede haber un cristiano impenitente y no es posible arrepentirse sólo de

unos pecados. El arrepentimiento incluye todos los pecados, aún aquellos de los que no podamos ser conscientes, y el perdón de Jesús es también total; cuando nos perdona, todo está perdonado. Algo menos no tendría valor, ya que la culpa de un solo pecado condenaría al pecador al tormento eterno en el infierno.

El reino de los cielos y el reino de Dios son expresiones sinónimas. Estos términos no se refieren a una extensión de tierra ni a ciudadanos ni súbditos que podamos ver y contar; se refieren al gobierno misericordioso de Dios en el corazón de la gente. Estos términos describen el proceso por el cual Dios salva a los pecadores. El punto culminante del proceso de salvación estaba a la mano, porque el Salvador prometido había venido al mundo. Jesús estaba a punto de comenzar su ministerio público. Después de llevar una vida obedeciendo a la perfección todos los mandamientos de Dios, dará su vida voluntariamente en la cruz del Calvario para expiar los pecados del mundo. Al tercer día se levantará de nuevo, probando que el reino de Dios ha triunfado sobre el reino de Satanás. Esos acontecimientos trascendentales iban a suceder pronto, por eso Juan pudo proclamar: “El reino de los cielos se ha acercado”.

Mateo identifica a Juan como la “voz del que clama en el desierto” de quien habló el profeta Isaías (Isaías 40:3). “Preparad el camino del Señor” y “enderezad sus sendas” era esencialmente una descripción del arrepentimiento al que llamó Juan. Así como el camino tenía que ser allanado, enderezado y nivelado para el paso de un monarca oriental, también los oyentes de Juan debían quitar todo lo que presentara un obstáculo para la venida de Cristo a ellos. Era como decir: “¡Cristo viene, dejen todo y prepárense para darle la bienvenida!”

La comida y el vestido de Juan no eran tan extraños como pudiéramos pensar. El vestido de pelo de camello y el cinturón de cuero eran característicos de los profetas de Dios. Por ejemplo, vea la descripción de Elías en 2 Reyes 1:8. Esos vestidos rústicos eran especialmente apropiados para hombres que Dios enviaba con

un mensaje de juicio y una llamada severa al arrepentimiento. Hoy un abrigo de pelo de camello puede ser costoso y lujoso, pero la vestidura de Juan no cabe en esa descripción.

La miel silvestre abundaba en esa región desértica, y la gente pobre comía langostas cuando no disponía de algo mejor; les tenían que quitar las alas y probablemente las patas, luego las secaban y las tostaban, o las molían y las horneaban. La ley de Moisés les había dicho específicamente a los israelitas: Ustedes pueden comer “toda clase de langosta, de langostín, de grillo y saltamontes” (Levítico 11:22), pero permitirlo no lo hizo popular.

Es probable que los evangelistas modernos alquilen un estadio, un coliseo o un auditorio y distribuyan mucha publicidad para atraer una gran audiencia, pero Juan no hizo nada de eso. Predicó en el desierto y la gente fue a él desde Jerusalén, de toda Judea y de toda la región. Escucharon su mensaje, confesaron abiertamente sus pecados, se arrepintieron y fueron bautizados por Juan en el río Jordán.

El bautismo de Juan era algo nuevo, pero los judíos conocían muchas clases de lavamiento ceremonial, por eso no les pareció extraño. No podemos decir exactamente cómo aplicaba Juan el agua cuando bautizaba, pero la opinión de que bautizaba por medio de la inmersión no se puede probar. La palabra *bautizar* se usaba para referirse a numerosos métodos de lavar con agua, no necesariamente significa sumergir.

Algunos comentaristas de la Biblia dicen que el bautismo de Juan era un acto simbólico y creen que quienes más tarde se hicieron miembros de congregaciones cristianas fueron bautizados de nuevo. Pero es evidente que no hay diferencia esencial entre el bautismo de Juan y el bautismo que Jesús ordenó más tarde (Mateo 28:19). El teólogo Luterano J. Ylvisaker afirmó claramente: “El bautismo de Juan era un sacramento eficaz, que servía de medio para la regeneración y la remisión de los pecados.” Eso dice Marcos cuando narra que Juan el Bautista “bautizaba...y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados” (Marcos

1:4). Los discípulos de Jesús y Juan el Bautista estaban bautizando simultáneamente (Juan 3:22,23) y no hay indicación de que hubiera alguna diferencia entre sus bautismos. Por eso, cuando Jesús les mandó a los apóstoles ir y hacer discípulos bautizando y enseñando (Mateo 28:19,20), no les dijo que hicieran algo nuevo y diferente, sino que siguieran con lo que ellos y Juan el Bautista ya habían estado haciendo; sólo que ahora iban a extender su ministerio a todas las naciones.

Juan no bautizó a todos los que fueron a él para que los bautizara; les mandó a las personas que se arrepintieran y les exigió que mostraran frutos visibles de arrepentimiento. Cuando muchos fariseos y saduceos fueron para ser bautizados, se negó absolutamente porque no había frutos de arrepentimiento en su vida. Los llamó “generación de víboras”. Los fariseos y los saduceos tenían poco en común, excepto que se oponían a Jesús y a su mensaje. Los fariseos creían que eran justos ante Dios porque guardaban la ley y hasta habían agregado muchas leyes suyas a la ley de Moisés, y así pensaban que no se acercaban al punto en que Dios los podía condenar. El arrepentimiento era muy bueno para otros, pero ellos no pensaban que lo necesitaban personalmente. Por otra parte, los saduceos no creían ni en la resurrección ni en la existencia de los ángeles, sólo les interesaba esta vida y este mundo y no les interesaba el reino de los cielos que proclamaba Juan.

Entonces, ¿por qué iban los fariseos y saduceos para que Juan los bautizara? Al parecer, vieron que muchísimas personas acudían a Juan y no querían ser excluidos. Eran los líderes religiosos de los judíos y esperaban mantener su poder y su prestigio yendo con la multitud y no oponiéndose abiertamente a tan popular mensajero de Dios. Pero no pudieron engañar a Juan.

Cuando Juan los llamó “generación de víboras”, fue como llamarlos hijos del demonio. Génesis 3:15, la primera promesa del Salvador que vendría, habla de la enemistad que habría entre la simiente de la mujer (Jesús) y la simiente del demonio, que le había hablado a Eva por medio de una serpiente. La enemistad se

hizo cada vez más evidente durante el ministerio de Jesús y alcanzó su punto culminante en su juicio y crucifixión. La “ira venidera” de la que trataban de huir se describe en los siguientes versículos como fuego del juicio divino. Así como las serpientes huyen del fuego de los matorrales o de un campo de rastrojo que se quema, también estas gentes trataban de escapar del juicio de Dios yendo a bautizarse, pero no lo lograron. El bautismo sólo habría aumentado su culpabilidad delante de Dios, así como se les advierte a los comulgantes indignos que sólo traen el juicio de Dios sobre ellos (1 Corintios 11:27-30).

Ser descendiente de Abraham no significa la aceptación automática en el reino de Dios, aunque estos fariseos y saduceos y muchos más de los judíos creían que no se requería nada más de ellos. Nadie puede llegar al cielo por la fe o la piedad de sus antepasados. En efecto, los hijos y descendientes incrédulos e impenitentes de padres y abuelos piadosos son doblemente culpables ante Dios. Tuvieron oportunidades especiales para conocer a su Señor y su camino de salvación, pero despreciaron la palabra de Dios y al Salvador que se revela en ella. Así como Dios hizo a Adán del polvo de la tierra (Génesis 2:7) y a Eva de la costilla de Adán (Génesis 2:22), también puede hacer hijos de Abraham de las piedras del desierto si así lo deseara. No toleraba a los fariseos y saduceos incrédulos sólo porque eran descendientes físicos de Abraham.

Dios tampoco necesita a ninguno de nosotros. Si insistimos en seguir nuestro camino o en tratar de llegar al cielo por nuestros propios medios, Dios nos rechazará y encontrará muchas otras personas para poblar el cielo completamente. No imaginemos que Dios nos necesite. Al mismo tiempo, no olvidemos nunca que él nos *ama* y que Jesús ha hecho todo lo necesario para nuestra salvación eterna.

Los árboles sin fruto se marcan para destruirlos, se arrancan de raíz, se echan al fuego y queda espacio disponible para árboles productivos. De la misma manera, los cristianos declarados que no producen frutos de fe serán separados de los creyentes en el día

del juicio y serán lanzados al lago de fuego que nunca se apagará. Jesús hace la misma observación en la parábola de la fiesta de bodas. Quienes no quisieron vestirse con ropa de boda que el novio les ofreció e insistieron en ser admitidos en sus propios términos fueron echados a las tinieblas de afuera, donde es el lloro y el crujir de dientes (Mateo 22:1-14).

El propósito del ministerio de Juan no era ganar seguidores para él, sino guiar a las personas a Jesús, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Desde el comienzo de su ministerio, Juan habló de alguien más poderoso, a quien no podría servir ni como el más humilde sirviente. El que es más poderoso “os bautizará en Espíritu Santo y fuego”, predijo Juan. Ésta es una clara promesa del envío del Espíritu Santo en Pentecostés. Antes de su ascensión a los cielos, Jesús les dijo a los apóstoles: “Juan ciertamente bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días” (Hechos 1:5).

Juan termina este discurso con otra descripción del juicio de Dios cuando habla de un granjero que separa el grano de la paja en su granero. Cuando un granjero lanza al aire el grano trillado, la brisa se lleva la paja liviana, y los granos más pesados caen al piso. De la misma manera, Cristo separará a los creyentes y a los incrédulos (penitentes e impenitentes). Entregará a los impenitentes al infierno y reunirá a los penitentes en las mansiones celestiales.

El mensaje de Juan y de Jesús es eterno y universal. Nadie podrá escapar del juicio de Dios y no habrá apelación en otra corte. “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). De eso trata toda la Biblia.

El bautismo de Jesús

¹³ Entonces Jesús vino de Galilea al Jordán, donde estaba Juan, para ser bautizado por él. ¹⁴ Pero Juan se le oponía, diciendo:

—Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú acudes a mí?

¹⁵ Jesús le respondió:

—Permítelo ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia.

Entonces se lo permitió. ¹⁶ Y Jesús, después que fue bautizado, subió enseguida del agua, y en ese momento los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma y se posaba sobre él. ¹⁷ Y se oyó una voz de los cielos que decía: «Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.»

La situación fue completamente diferente cuando Jesús vino para ser bautizado. Juan se había negado a bautizar a los fariseos y a los saduceos porque no mostraban frutos de arrepentimiento. Estaba renuente a bautizar a Jesús, porque Jesús no tenía pecados que confesar, nada de qué arrepentirse.

No podemos decir qué tan bien conocía Juan a Jesús en ese momento. Desde luego que lo conocía, ya que sus madres estaban emparentadas y la madre de Jesús, María, había visitado a la madre de Juan, Elizabet, antes de que Juan y Jesús nacieran. No hay anotaciones bíblicas acerca de algún contacto entre Jesús y Juan durante los siguientes 30 años. Juan dice: “Yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: ‘Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo’. Y yo lo he visto y testifico que éste es el Hijo de Dios” (Juan 1:33,34).

Jesús no estuvo en desacuerdo con la afirmación que hizo Juan, de que necesitaba que Jesús lo bautizara y lo perdonara. Era verdad que Juan era pecador y Jesús no tenía pecado, pero Jesús le dijo a Juan que de todas maneras lo bautizara. La única explicación que le dio fue: “conviene que cumplamos toda justicia”. Pero ¿qué quiso decir con eso? No era una exigencia legal como el que Jesús guardara los diez mandamientos, porque el bautismo es evangelio, no ley. Simplemente Jesús estaba

diciendo que el Padre quería que ellos hicieran esto, y esa explicación fue suficiente para Juan.

El bautismo identificó a Jesús con el mundo de pecadores. Pablo describe la sustitución de Cristo por los pecadores diciendo: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21). Dios el Padre por supuesto puso su sello de aprobación en el bautismo de Juan e indicó que también quiere que nosotros recibamos las bendiciones del bautismo. El bautismo de Jesús y el testimonio del Padre y del Espíritu Santo identificaron públicamente a Jesús como el Cordero de Dios, que había venido a quitar el pecado del mundo.

Mateo no narra el bautismo de Jesús, simplemente declara que se llevó a cabo. No se indica cómo le aplicó Juan el agua a Jesús y esto de nuevo nos dice que no estamos sujetos a un método particular de aplicar el agua cuando bautizamos. Jesús “subió enseguida del agua”, lo cual significa simplemente que ascendió de la ribera del río y no indica claramente cómo aplicó Juan el agua a Jesús en su bautismo.

La apertura de los cielos después del bautismo de Jesús fue mucho más que una separación de las nubes para que el sol alumbrara plenamente. Fue más como la experiencia que tuvo el profeta Ezequiel: “Los cielos se abrieron y vi visiones de Dios” (Ezequiel 1:1). O pensemos en Esteban, el primer mártir cristiano: “Veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está a la diestra de Dios” (Hechos 7:56). No podemos decir si sólo Jesús vio los cielos abiertos o si Juan también los vio.

No obstante, Juan sí vio al Espíritu Santo que descendió sobre Jesús en forma de paloma (Juan 1:32). Martín Lutero creía que el Espíritu Santo usó una paloma natural, pero eso es más de lo que indica la Biblia. Todo lo que podemos decir con seguridad es que el Espíritu Santo tomó la forma visible de una paloma. Eso se puede comparar con las ocasiones en las que los ángeles aparecieron en forma humana; no se convirtieron en seres humanos ni tomaron prestados cuerpos de seres humanos,

simplemente tomaron esa forma visible, aparecieron y desaparecieron.

La forma corporal de una paloma era apropiada para el Espíritu Santo, porque la paloma se usa en la Escritura como símbolo de inocencia y de paz. Esta paloma nos recuerda a la paloma que Noé envió desde el arca. La paloma regresó con una rama de olivo, un símbolo de paz. Pedro dice que las aguas del diluvio son símbolo del bautismo (1 Pedro 3:21). Crisóstomo, padre de la iglesia, hizo la observación de que la paloma (Espíritu Santo) que descendió sobre Jesús simboliza que ha cesado el diluvio de la ira de Dios sobre el pecado y que la paz se estaba ofreciendo al hombre. Ojalá que cada paloma que veamos nos traiga a la mente estos pensamientos de consuelo.

Jesús no estaba sin el Espíritu Santo antes de esto. Después de todo, había sido concebido por el Espíritu Santo antes de nacer de la virgen María. En este momento el Espíritu Santo le dio a Jesús los dones especiales que iba a necesitar para cumplir las responsabilidades de su ministerio como el Mesías. El profeta Isaías había predicho cuáles serían esos dones: “Y reposará sobre él el espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová” (Isaías 11:2). En Isaías 61:1 Cristo habla personalmente: “El espíritu de Jehová, el Señor, está sobre mí, porque me ha ungido Jehová. Me ha enviado a predicar buenas noticias a los pobres.” Jesús citó estas palabras en la sinagoga de Nazaret y se las aplicó a sí mismo, diciendo: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (Lucas 4:21).

Después el Padre habló desde los cielos, reconociendo a Jesús como su Hijo amado. Unos tres años más tarde, casi al final del ministerio de Jesús, el Padre habló palabras similares desde el cielo en el monte de la transfiguración (Mateo 17:5). El Padre estaba complacido con todo lo que su amado Hijo hizo y sufrió por nuestra salvación. Por lo tanto, podemos tener la seguridad de que estamos reconciliados con Dios y somos herederos de la vida eterna por causa de Jesús.

El bautismo de Jesús es una de las ocasiones en que Dios se reveló como trino. La Biblia nunca usa las palabras *trino* o *Trinidad*, pero la iglesia cristiana las ha empleado durante mucho tiempo y de manera apropiada para expresar lo que el único verdadero y viviente Dios ha revelado en cuanto a sí mismo en las Escrituras, a saber, que él existe en tres personas: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Estas tres personas distintas son un solo Dios y comparten por igual todas las obras y todos los atributos de Dios. Sin embargo, hablamos apropiadamente de la creación como la obra especial del Padre, la redención como la obra especial del Hijo y la santificación como la obra especial del Espíritu Santo. En estas verdades están de acuerdo todos los cristianos.

Tentación de Jesús

4 Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. ² Después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, sintió hambre. ³ Se le acercó el tentador y le dijo:

—Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan.

⁴ Él respondió y dijo:

—Escrito está: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.”

⁵ Entonces el diablo lo llevó a la santa ciudad, lo puso sobre el pináculo del Templo ⁶ y le dijo:

—Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, pues escrito está: “A sus ángeles mandará acerca de ti”, y “En sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra.”

⁷ Jesús le dijo:

—Escrito está también: “No tentarás al Señor tu Dios.”

⁸ Otra vez lo llevó el diablo a un monte muy alto y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, ⁹ y le dijo:

—**Todo esto te daré, si postrado me adoras.**

¹⁰ **Entonces Jesús le dijo:**

—**Vete, Satanás, porque escrito está: “Al Señor tu Dios adorarás y sólo a él servirás.”**

¹¹ **El diablo entonces lo dejó, y vinieron ángeles y lo servían.**

Inmediatamente después del bautismo y de las palabras de aprobación que el Padre dijo, Jesús enfrentó las tentaciones del demonio. Jesús vino al mundo para vencer a Satanás por nosotros, y en el mismo comienzo de su ministerio público se enfrentó a él. Aunque Mateo dice que el Espíritu Santo llevó a Jesús al desierto, es claro que Jesús fue por su propia voluntad, nunca hubo conflicto entre la voluntad de Jesús y la voluntad del Padre o del Espíritu Santo.

Cada tentación es una prueba y la persona que es puesta a prueba la pasará o caerá. Las tentaciones vienen de muchas formas diferentes. Primero pensemos en algo que trata de llevarnos al pecado, como las oportunidades de conducta inmoral o de robo. Pero también debemos incluir experiencias desagradables como dolor, sufrimiento, enfermedad, desilusión, pobreza y duelo, que pueden hacer que pongamos en duda la sabiduría y el amor de Dios. A veces el éxito, la buena salud, la fortaleza física, la inteligencia, el talento, o el ser bien parecido pueden ser tentaciones aún más serias, porque no estamos dispuestos a reconocerlas como pruebas que no seamos capaces de manejar sin caer en graves pecados de uno u otro tipo. Si enfrentamos todas las tentaciones correctamente, confiando con humildad en las promesas de Dios y en su misericordia, Dios de seguro nos dará la capacidad para soportarlas y, aún más, hará que se conviertan en bendiciones para nosotros.

Las tentaciones que Jesús enfrentó fueron serios intentos del demonio para robarle al mundo su Redentor. Satanás pudo llevar al primer Adán al pecado y por eso era necesario un Redentor. Ahora atacó al segundo Adán, Jesucristo, con el objeto de frustrar su obra redentora.



Jesús es tentado en el desierto

Satanás fue creado como un santo ángel de Dios, pero ahora era un ángel caído. Se había rebelado contra Dios y fue echado de los cielos con muchos otros ángeles que lo siguieron en su rebelión. No podemos decir exactamente cómo o cuando sucedió eso, ni podemos explicar por qué permitió Dios que sucediera eso y no destruyó por completo a Satanás y a sus ángeles malos. Lo importante es que recordemos que Dios es mucho más sabio y poderoso que Satanás y que Satanás no nos puede dominar mientras tengamos puesta la confianza en nuestro Señor y Salvador.

La palabra griega que se usa aquí para diablo es *diabolos* (de la cual derivamos la palabra *diabólico*); el significado de esta palabra es calumniador o mentiroso. El demonio no es sólo un hábil mentiroso ni un mentiroso habitual, sino que es un mentiroso constante. Es el padre de la mentira, inventó la idea de mentir y dijo la primera mentira. Hace promesas maravillosas como se las hizo a Eva (“no moriréis” Génesis 3:4), pero nunca ha cumplido una sola, ni lo hará. Si ocasionalmente habla unas cuantas palabras verdaderas, las distorsiona o las aplica mal o las saca del contexto o procede inmediatamente a contradecirlas.

Aunque sabemos eso sobre el demonio, seguimos cayendo en sus mentiras. Dice que la vida será mucho más agradable si desobedecemos los mandamientos de Dios. Por tanto, nos persuade a mentir, engañar, robar y cometer adulterio y dice que no hay nada malo en codiciar, desear, decir groserías y usar mal el nombre de Dios, mientras que en verdad no le hagamos daño a nadie. Sus mentiras llevan a toda clase de problemas, dolor, pesar y lamentos. Sin embargo, convence a la gente de que en *su* caso será diferente. Pero en cada uno de los casos las promesas del demonio no son para nuestro bien ni beneficio. Su sola y única meta es separar y mantener a la gente separada de Dios y conducirla a los tormentos eternos del infierno con él.

Al considerar las tentaciones que Jesús tuvo que resistir, tenemos presente una pregunta que nos perturba: ¿Qué tal si Jesús se hubiera dado por vencido y hubiera pecado? Eso hubiera hecho

imposible que nos redimiera. Pero ¿pudo haber sucedido eso? La respuesta es que el pecado era imposible para él como el Hijo de Dios. Así que el resultado nunca estuvo en duda. Sin embargo, fue una tentación verdadera y una batalla para Jesús. A fin de cuentas, debemos admitir humildemente que esto está más allá de nuestra comprensión.

Jesús ayunó 40 días y 40 noches. No tuvo absolutamente nada para comer. Y como Éxodo 34:28 dice que Moisés no tuvo comida ni agua en el monte Sinaí, parece que Jesús tampoco tuvo comida ni bebida durante su ayuno. Sólo después tuvo hambre. Durante los 40 días el Padre lo sustentó. Durante esos 40 días Jesús fue tentado constantemente por el demonio, aunque no tenemos información precisa sobre esas tentaciones.

Es interesante notar que el número 40 aparece con frecuencia en la Biblia. El diluvio comenzó con un aguacero que duró 40 días y 40 noches, Israel pasó 40 años en el desierto en su camino desde Egipto hasta la tierra de Canaán, el profeta Elías ayunó una vez durante 40 días, y el profeta Jonás amenazó con que la ciudad de Nínive iba a ser destruida a los 40 días si el pueblo no se arrepentía. Jesús ascendió a los cielos 40 días después de la Pascua. Tal vez no podamos reconocer algún aspecto común que se les pueda aplicar a todos estos cuarentas, aunque hay mucha especulación sobre esos números en comentarios de la Biblia, pero sí podemos ver que Dios lleva a cabo sus planes en períodos definidos y limitados. Él controla los asuntos de su iglesia y del mundo y sus planes se realizarán.

Cuando el tentador le dijo a Jesús: “Si eres Hijo de Dios...”, no significa necesariamente que ponía en duda este hecho o que pensaba que podía hacer dudar a Jesús; sólo pudo haber sugerido: como eres Hijo de Dios, no tienes por qué sentir hambre, puedo darte una solución fácil, convierte unas de estas piedras en pan. Los israelitas fueron alimentados con maná, comida milagrosa que recogieron del suelo durante 40 años, así que no hay razón para que tú no proveas para ti mismo de esta forma milagrosa.

Sin embargo, había una razón para que Jesús rechazara esta sugerencia. Fue tentado a usar su divino poder para aliviar su hambre física y no confiar en el Padre, que lo había sostenido milagrosamente durante 40 días. Durante todo su ministerio, Jesús no usó ni una sola vez su poder divino para su bien personal. Los milagros que realizó siempre fueron en beneficio de otros. Vino a vivir en humillación como un hombre entre los hombres y así vivió toda su vida terrenal.

El versículo 4 contiene las primeras palabras registradas de Jesús después de su bautismo. Es significativo que citó la palabra de Dios escrita en Deuteronomio 8:3. Usó la misma espada del Espíritu que nosotros tenemos para enfrentar las tentaciones, declarando que la obediencia al Padre era más importante que conseguir comida para su cuerpo. En otra ocasión Jesús les dijo a los discípulos, cuando le insistieron en que comiera algo: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió y que acaba su obra” (Juan 4:34).

Es interesante el contraste entre la tentación de Adán en Edén y la tentación de Cristo en el desierto. En ambos casos Satanás usa algo de comer para despertar desconfianza en Dios. Lo logró en Edén, tierra de plenitud, donde no había hambre insatisfecha. Sin embargo, fracasó en el desierto estéril donde Jesús estaba muy hambriento. Las tentaciones y los sufrimientos que Jesús padeció durante toda su vida terrenal fueron versiones grandemente aumentadas de las pruebas que nosotros soportamos. Pero nunca vaciló, aunque nosotros seguimos cayendo en el pecado. Sufrió voluntariamente el castigo que merecemos por todas nuestras faltas y nos atribuyó el mérito y las bendiciones de todos sus triunfos. Fue herido por nuestras transgresiones y molido por nuestras iniquidades. Con sus llagas somos sanados (Isaías 53). Él murió para que tengamos vida.

En la segunda gran tentación Satanás llevó a Jesús al punto más alto del Templo de Jerusalén. Eso sucedió literalmente, aunque no podamos explicar exactamente cómo. También es

evidente que Jesús fue por su propia voluntad, porque Satanás tenía poder limitado y no podía forzar a Jesús a hacer algo en contra de su voluntad. El punto más alto del Templo pudo estar en el costado oriental mirando al valle del Cedrón. El historiador Josefo dice que la caída tenía unos 140 m, y que quizás nadie podría sobrevivir a una caída desde allí sin la protección divina.

En este caso Satanás también citó la Escritura, como si hubiera querido arrebatarse de las manos de Jesús la espada del Espíritu y utilizarla para atacarlo.

Citó el Salmo 91:11,12. Estas palabras parecían acomodarse exactamente a la situación y Satanás trataba de decirle a Jesús que estaría demostrando falta de confianza en el Padre si no aceptaba el reto. Pero Satanás torcía sutilmente la promesa de Dios.

Ésa no es una promesa de protección angélica ilimitada en toda circunstancia; más bien es la seguridad de la protección del Señor mientras su pueblo pasa por las responsabilidades que Dios le da cada día. Martín Lutero observó: “Si el demonio no puede robarnos nuestra confianza en Dios, irá al otro extremo y tratará de hacernos sentir falsa confianza y demasiada osadía.” Tentar a Dios de esta manera no es un acto de fe, es más bien una demostración de duda.

La primera tentación tuvo el propósito de producir desconfianza; la segunda, falsa confianza. Jesús respondió de nuevo citando la Escritura, sólo que él la aplicó correctamente: “No tentaréis a Jehová, vuestro Dios, como lo tentasteis en Masah” (Deuteronomio 6:16). Masah significa probar. Allí los israelitas pusieron a prueba al Señor exigiéndole que les diera agua, y el pueblo estaba casi a punto de apedrear a Moisés porque no tenían agua ni para ellos ni para su ganado. Moisés le suplicó al Señor y él le dijo que tomara su vara y golpeará la roca en Horeb. El agua fluyó de inmediato y satisfizo la sed de todo el pueblo y de sus animales (Éxodo 17:1-7).

En Masah el pueblo puso a prueba a Dios demandándole un milagro que no había prometido. Todos los milagros anteriores relacionados con el viaje de salida de Egipto y a través del mar

Rojo deberían haber convencido al pueblo de que Dios podría y seguiría proveyendo para sus necesidades. Sus exigencias mostraron que no confiaban en Dios. En lugar de eso lo tentaron.

Sin embargo, por medio del profeta Malaquías el Señor nos invita, casi nos desafía a que lo pongamos a prueba y nos dice: “Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi Casa: Probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, a ver si no os abro las ventanas de los cielos y derramo sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (Malaquías 3:10).

La diferencia entre estas dos situaciones es, por supuesto, el mandato claro de Dios. Él nos manda que le traigamos nuestras ofrendas generosas y promete que nos recompensará por gracia y en abundancia. Cuando con confianza hacemos como Dios dice y valientemente clamamos a él para que cumpla sus promesas, no estamos tentando a Dios, sino más bien estamos ejercitando y expresando fe en él y en su Palabra. Esto complace a Dios.

Es importante que tengamos presente esta diferencia. Los cristianos a veces sin darse cuenta siguen el ejemplo que Satanás pone y tientan a Dios de manera pecaminosa. A veces se exponen al peligro sin necesidad y excusan o defienden sus actos diciendo: “Creo que cuando la hora llega, llega. Mientras tanto Dios con toda seguridad me mantendrá seguro.” Eso es tentar a Dios, y en esa forma pueden perder algunos de los días y de los años que Dios quería regalarles en esta vida. No debemos confundir el fatalismo con la fe cristiana. El fatalismo es la actitud de que todo está preordenado y nada de lo que hagamos lo cambiará. La fe cristiana confía en que Dios hará que todas las cosas resulten para nuestro bien y bendición, a pesar de nuestras faltas y errores. Eso incluye la responsabilidad de ser guardianes conscientes de todas las bendiciones del Señor, incluyendo todos los días y años que él nos concede.

Después de que las dos primeras tentaciones de Satanás fracasaron, procedió con la tercera y última en el desierto. Ofreció hacer un trato con Jesús. De una manera que no se explica y que tampoco podemos entender, Satanás llevó a Jesús a un monte muy

alto, le mostró todos los reinos del mundo y le dijo: “Todo esto te daré, si postrado me adoras.” Satanás conocía la promesa del Padre al Hijo en el Salmo 2: “Pídeme, y te daré por herencia las naciones y como posesión tuya los confines de la tierra” (Salmo 2:8). Pero Satanás exigió la autoridad de Dios Padre para él y pretendió que deseaba hacer las cosas mucho más fáciles para Jesús. Jesús no tendría que sufrir y morir para redimir al mundo, sólo tenía que postrarse y adorar a Satanás cuando estaban en el desierto donde nadie más podría enterar.

Por supuesto, Satanás mentía otra vez. No podía cumplir su promesa aunque quisiera. La propuesta de Satanás no fue otra cosa sino mentiras astutas desde el principio hasta el fin. El atajo que Satanás le ofreció a Jesús hubiera sido un callejón sin salida.

Es una tragedia que todavía la gente caiga en las mentiras de Satanás. Él hace que todos nos extraviemos de vez en cuando. A pesar de nuestro mejor entendimiento, nos convence de que estaremos mejor, seremos más ricos, más felices, tendremos más éxito, si desobedecemos los mandamientos de Dios y seguimos sus sugerencias. Le encanta que nos fijemos en las personas que han hecho abierta y exactamente eso y que parecen haber prosperado, pero quiere que olvidemos su destino eterno. Es alarmante notar que parece haber un número creciente de personas que realmente adoran a Satanás, ofreciéndole sacrificios sangrientos, luciendo símbolos satánicos y hasta haciéndose llamar iglesia. De ese modo desechan la gracia de Dios en Cristo Jesús y se hacen herederos de la eterna condenación en el infierno.

Esas formas de satanismo nos pueden parecer repulsivas pero no nos damos cuenta de que es demasiado peligroso interesarse superficialmente en cualquier práctica del ocultismo. Los horóscopos, la ouija, la adivinación del futuro y cosas semejantes exponen a la gente a la influencia de Satanás y pueden tener lamentables consecuencias para toda la eternidad. Un cristiano que se involucra en esas cosas, “sólo por diversión”, es culpable de tentar a Dios. Necesitamos orar así: “Tu santo ángel me acompañe para que el maligno no tenga ningún poder sobre mí”. Si ésa es

nuestra sincera oración, queremos seguir el ejemplo de Jesús y diremos: “¡Vete, Satanás!” Y Santiago nos asegura: “Resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Santiago 4:7).

Jesús otra vez citó la palabra de Dios en Deuteronomio: “Al Señor tu Dios adorarás y solo a él servirás” (refiriéndose a Deuteronomio 6:13). Entonces Satanás tuvo que irse: “Y vinieron ángeles y lo servían”. Ellos sin duda le llevaron comida y bebida, y como mensajeros del Padre, lo animaron con sus palabras.

No obstante Satanás no desistió, siguió buscando oportunidades para atacar. Por ejemplo, cuando Jesús les habló a sus discípulos sobre su inminente sufrimiento y muerte, Pedro reprendió a Jesús e insistió que esas cosas nunca deberían pasar. No se dio cuenta pero habló exactamente como Satanás, y Jesús se lo dijo claramente: “[Jesús]... dijo a Pedro ¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo” (Mateo 16:23). También se nos dice que Satanás entró en Judas Iscariote antes de que saliera a la oscuridad para entregar a Jesús en manos de sus enemigos. Pedro se arrepintió del pecado de haber reprendido a Jesús y del pecado que cometió después de negarlo tres veces, pero Judas perdió la esperanza de ser perdonado, se suicidó y se lanzó a la eterna condenación en el infierno. El infierno es el destino de todos los que sucumben ante las depravadas mentiras de Satanás.

Debemos recordar que Satanás tratará de engañarnos mientras vivamos y especialmente a la hora de la muerte, pero con el poder de la palabra de Dios, la espada del Espíritu, lo podemos rechazar y permanecer seguros con nuestro Salvador por la eternidad.

Jesús comienza a predicar

Mateo 4:12-17

¹² Cuando Jesús oyó que Juan estaba preso, volvió a Galilea. ¹³ Dejando Nazaret, fue y habitó en Capernaúm, ciudad marítima, en la región de Zabulón y de Neftalí, ¹⁴ para que se cumpliera lo que dijo el profeta Isaías:

**15 «¡Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí,
camino del mar, al otro lado del Jordán,
Galilea de los gentiles!**

**16 El pueblo que habitaba en tinieblas vio gran luz,
y a los que habitaban en región de sombra de muerte,
luz les resplandeció.»**

**17 Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir:
«¡Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado!»**

Transcurrió aproximadamente un año entre la tentación de Jesús en el desierto y su regreso a Galilea. Los acontecimientos que sucedieron en ese año se encuentran escritos en los primeros cuatro capítulos del evangelio de Juan. En Judea, durante esos meses, Jesús experimentó considerable oposición y hostilidad, y Juan el Bautista fue puesto en prisión (leeremos más acerca de las circunstancias en el capítulo 14).

Jesús entonces se retiró de Judea y fue a Galilea, no sólo por la oposición sino principalmente porque el profeta Isaías predijo su ministerio en Galilea. Nazaret de Galilea fue el hogar de la niñez de Jesús, pero ahora decidió hacer de la ciudad de Capernaúm su hogar y la sede de su obra. Capernaúm estaba localizada centralmente a la orilla del mar de Galilea y en el camino entre Damasco y el mar Mediterráneo, en el territorio que se les había asignado a las tribus de Zabulón y de Neftalí cuando los israelitas ocuparon la tierra, dirigidos por Josué. Algunos de los parientes y discípulos de Jesús también vivían allí.

Galilea estaba poblada por muchos gentiles, además de los judíos que vivían allí. No todos los cananitas habían sido expulsados cuando Israel ocupó la tierra. Además, en el siglo VIII a.C., los asirios guiados por Tiglat-pileser habían llevado a muchos galileos en cautividad y los reemplazaron con asirios y otros gentiles. Esa mezcla de judíos y gentiles afectó la vida religiosa del pueblo; el Dios de Israel no era desconocido allí, pero la adoración se había alejado considerablemente de las formas que

la ley de Moisés había establecido. El pueblo estaba viviendo “en tinieblas” como había predicho Isaías.

La oscuridad simboliza maldad, ignorancia e incredulidad. La mayor parte del pueblo no conocía el camino de la salvación. Pero entonces Jesús, la luz del mundo, fue a Galilea. Proclamó la verdad salvadora a través de toda esa tierra y atrajo inmensas muchedumbres de gente, que lo siguieron de un lugar a otro para oírlo predicar y verlo hacer milagros.

El mensaje que Jesús proclamaba era el mismo de Juan el Bautista: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”. El arrepentimiento implica un cambio radical del corazón y de la mente, y le sigue un cambio correspondiente en el comportamiento. El llamado de Jesús al arrepentimiento era una invitación y un mandato. La gente no podía responder afirmativamente a esa invitación a menos que el Espíritu Santo impulsara esa respuesta por medio del poder del evangelio. Arrepentirse y creer en el evangelio no es una decisión que alguien pueda tomar por sí mismo.

El entusiasmo inicial de los galileos no duró mucho tiempo, muchos abandonaron a Jesús cuando entendieron que no quería ser el Mesías que ellos deseaban. Finalmente Jesús pronunció este veredicto sobre el pueblo de Capernaúm: “Si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy” (Mateo 11:23). Sodoma era sinónimo de maldad, pero Jesús dijo que Capernaúm merecía un destino peor que el que habían experimentado Sodoma y Gomorra (Génesis 19). Las oportunidades que tuvo Capernaúm para conocer al Salvador fueron mayores, porque él estaba corporalmente presente entre ellos y les enseñó en las sinagoga y en las calles de ellos. Eso hizo que su culpa por haber rechazado a Jesús fuera mayor y mucho más inexcusable. Entonces, ¿qué diría usted acerca de los que crecen en una tierra de libertad religiosa, que tal vez hasta son bautizados e instruidos en la palabra de Dios y que finalmente niegan al Salvador y van por su propio camino?

Llamamiento de los primeros discípulos.

¹⁸ Pasando Jesús junto al Mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, que echaban la red en el mar, porque eran pescadores. ¹⁹ Y les dijo:

—Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.

²⁰ Ellos entonces, dejando al instante las redes, lo siguieron.

²¹ Pasando de allí, vio a otros dos hermanos, Jacobo, hijo de Zebedeo, y su hermano Juan, en la barca con Zebedeo, su padre, que remendaban sus redes; y los llamó. ²² Ellos, dejando al instante la barca y a su padre, lo siguieron.

En el primer capítulo de Juan vemos a Juan el Bautista dirigiendo sus discípulos a Jesús, el Cordero de Dios. Andrés y Pedro, que eran hermanos, siguieron inmediatamente a Jesús. Al principio eso no implicaba abandonar su ocupación como pescadores y permanecer tiempo completo con Jesús. Aquí en el evangelio de Mateo, Jesús los llama con el fin de instruirlos y capacitarlos para que salgan y les hablen a otras personas sobre él. Más tarde, cuando Jesús instaló formalmente a los doce apóstoles, les dio autoridad para echar fuera a los espíritus inmundos y para sanar enfermos cuando salieran en su nombre (Mateo 10:1).

Andrés y Simón Pedro no tenían preparación especial para llegar a ser apóstoles de Jesús; eran pescadores. No es probable que hayan tenido mucha educación formal, y muchos incidentes que ocurrieron durante el tiempo que siguieron a Jesús demuestran que su entendimiento acerca de los asuntos espirituales era a menudo deficiente y hasta equivocado. Jesús los llamó no porque fueran muy buenos, sino porque él era muy misericordioso.

Cuando Jesús los llamó, estaban ocupados en sus tareas echando una red en el lago, el mar de Galilea. Al parecer era una red redonda con pesas de plomo adheridas a sus extremos. Cuando una red de ese tipo se lanzaba con habilidad, se extendía en forma de círculo y se hundía, atrapando lo que había debajo de ella. Por

lo general ese tipo de red se lanzaba desde la costa hacia las aguas profundas.

Pedro y Andrés entendieron exactamente a Jesús cuando dijo que los haría pescadores de hombres. En su nuevo llamamiento también debían ser pacientes y perseverar, sin saber nunca con seguridad cuál iba a ser el resultado de su trabajo. Seguirían las instrucciones de Jesús y confiarían en él para obtener los resultados que tenía en mente. Usarían la “red” que él les dio; nosotros llamamos a esa red *los medios de gracia*, el evangelio de Cristo en Palabra y sacramento. No existe otro poder en todo el mundo que pueda llevar a los pecadores al reino de Cristo. Sólo la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, limpia a la gente de todos sus pecados, y sólo los pecadores limpios son recibidos en el reino de Dios, ahora y en la eternidad.

Pedro y Andrés no tuvieron que pedir tiempo para considerar la invitación de Jesús, ya lo conocían como el Mesías y consideraron la invitación como un privilegio especial que se debía aceptar sin demora. Así “dejando al instante las redes, lo siguieron”.

Después, Jesús encontró otro par de hermanos, Jacobo y Juan, que estaban ocupados pescando con su padre Zebedeo. Estaban en una barca preparando las redes para su siguiente faena pesquera. Jacobo y Juan también dejaron todo y siguieron de inmediato a Jesús. No hay indicación de que su padre se opusiera a que lo dejaran; podía seguir con el negocio de pesca de la familia junto con otros hombres contratados para trabajar.

Jesús sana a los enfermos

²³ Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, predicando el evangelio del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. ²⁴ Se difundió su fama por toda Siria, y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y paralíticos, y los

sanó. ²⁵ Lo siguió mucha gente de Galilea, de Decápolis, de Jerusalén, de Judea y del otro lado del Jordán.

El versículo 23 es una descripción general del ministerio de Jesús en Galilea, en el que hizo muchos viajes. A dondequiera que iba, Jesús enseñaba en las sinagogas y anunciaba las buenas noticias del reino. A esas buenas noticias las llamamos el evangelio de Cristo. Después de llevar a sus oyentes a que se dieran cuenta de su condición pecadora y a que reconocieran su incapacidad para salvarse a sí mismos, Jesús les aseguraba el perdón misericordioso de Dios. El Mesías por tanto tiempo esperado estaba a punto de cumplir las promesas anunciadas por los profetas del Antiguo Testamento; el reino de Dios estaba siendo establecido y Jesús estaba invitando a la gente de Galilea, tanto a judíos como a gentiles, a recibir las bendiciones del reino.

No podemos calcular cuántos enfermos sanó Jesús o cuántos fueron liberados de la posesión de demonios, pero en los cuatro evangelios leemos repetidas referencias a los milagros realizados por Jesús. Algunos enfermos fueron a él individualmente, a otros los llevaron amigos o parientes, algunos fueron en grandes muchedumbres. Había ciegos, sordos, mudos, paralíticos, epilépticos, inválidos, cojos, leprosos, afiebrados. Él los sanó a todos, y en algunos casos ni siquiera los tocó ni los vio. Y las curaciones fueron inmediatas y completas.

Asimismo ningún espíritu inmundo pudo resistir la orden de salir. Así como le mandó a Satanás que se apartara de él después de las tentaciones en el desierto, les ordenó a los espíritus inmundos de Satanás que se apartaran de otros. Después consideraremos situaciones específicas, cuando llegemos a ellas; aquí tenemos sólo una descripción general de la obra de Jesús. Estos milagros hicieron más que ayudar a personas enfermas y afligidas, también dieron testimonio de que Jesús era verdaderamente el Mesías prometido, ya que los profetas habían predicho que el Mesías haría exactamente este tipo de obras grandiosas.

Juan el Bautista había atraído grandes multitudes de toda la región, ahora pasaba lo mismo en el ministerio de Jesús. Las multitudes acudían no sólo de Galilea sino también de Decápolis, que era una desarticulada federación de diez ciudades situadas al oriente del mar de Galilea y del río Jordán, habitadas en su mayor parte por gentiles. Las personas provenían hasta de Jerusalén y Judea. Normalmente las gentes de Jerusalén y de Judea despreciaban a los galileos como gente del campo sin educación, como judíos no practicantes en el pleno sentido de la palabra. Fue sorprendente que los judíos se dignaran a ir al norte de Galilea para ver los milagros de Jesús y para oírlo predicar y enseñar.

Este último versículo del capítulo 4 establece el escenario para el sermón del monte, que está escrito en los siguientes tres capítulos.

TERCERA PARTE

Jesús predica el sermón del monte

(5:1–7:29)

Las bienaventuranzas

5 Viendo la multitud, subió al monte y se sentó. Se le acercaron sus discípulos, ² y él, abriendo su boca, les enseñaba diciendo:

³ «Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

⁴ Bienaventurados los que lloran, porque recibirán consolación.

⁵ Bienaventurados los mansos, porque recibirán la tierra por heredad.

⁶ Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

⁷ Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia.

⁸ Bienaventurados los de limpio corazón, porque verán a Dios.

⁹ Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios.

¹⁰ Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

¹¹ Bienaventurados seréis cuando por mi causa os insulten, os persigan y digan//toda clase de mal contra vosotros mintiendo.

¹² »Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos, pues así persiguieron a los profetas que vivieron antes de vosotros.

No hay duda de que el sermón del monte que predicó Jesús es el más famoso jamás predicado y es tal vez también el que más ha sido mal interpretado. No es un resumen de toda la fe cristiana; en realidad, es seguro decir que una persona que pretenda encontrar toda su religión en este sermón ni siquiera es cristiana; y ninguna persona que oye o lee este sermón sin conocer el resto de la Escritura podrá entender la fe cristiana.

Con el fin de entender este sermón, es necesario tener presente el auditorio al que se le predicó y el propósito que había en la mente de Jesús. El auditorio eran principalmente los discípulos, aunque una gran muchedumbre que lo había seguido al parecer estaba en el trasfondo escuchando. El propósito del sermón fue darles a los creyentes una mejor comprensión de la vida cristiana que agrada a Dios.

Lo más probable es que un incrédulo interprete las palabras de Jesús como una fórmula para hacerse justo y así ganar un lugar en el reino de Dios. Al analizar con cuidado los requisitos, puede decidir que no vale la pena. O tal vez sólo puede considerarlo superficialmente y convencerse de que puede salvarse por sus propias obras, que puede lograr la justicia que Dios nos demanda.

Las bienaventuranzas (declaración de bendiciones) son la introducción a este sermón. No nos dicen cómo llegar a ser bendecidos; más bien describen la felicidad que ya les pertenece a todos los creyentes en Cristo. No describen ocho clases de creyentes, mencionan ocho maneras en que todos los cristianos reciben bendición. Todos los cristianos son pobres en espíritu, lloran y son mansos, tienen hambre y sed de justicia, y son misericordiosos y limpios de corazón; son pacificadores y perseguidos por causa de la justicia.

Al examinarnos a nosotros mismos, debemos confesar que tenemos esas características sólo en proporción limitada y debemos darnos cuenta de que perdemos muchas bendiciones por no vivir según los ideales que Jesús expresa aquí. Por tanto, les daremos una mirada a las bienaventuranzas para obtener a una comprensión más profunda de las bendiciones que ya poseemos

como cristianos y crecer en santificación, lo que resultará en más bendiciones de nuestro misericordioso Dios.

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (versículo 3). Los pobres en el espíritu reconocen su pobreza espiritual, su culpabilidad y su indignidad ante Dios. Reconocen que a diario pecan y no merecen sino el castigo de Dios. Admiten que sus mejores intenciones para vivir de acuerdo con las normas de Dios como se expresan en los Diez Mandamientos son lamentablemente insuficientes. Saben que por ellos mismos no pueden hacer ni una sola cosa que sea buena y aceptable delante de Dios.

Dios exige el cumplimiento del cien por ciento, pero nos quedamos estancados en cero. Entonces ¿cómo nos califica eso para ser partícipes del reino de los cielos? Éste es sólo el punto de partida, la vasija vacía lista para llenarse. Los pobres en espíritu también saben que son ricos delante de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús. La obediencia perfecta de Jesús a todos los mandamientos de Dios y su muerte sacrificial en la cruz por todos los pecados del mundo lograron lo que nosotros nunca podríamos alcanzar por nuestros esfuerzos. Y Dios nos atribuye el mérito de la justicia perfecta de Jesús; por lo tanto, los pobres se convierten en ricos. Después de todo son muy bendecidos.

En relación con esto es importante notar que la Biblia no considera la pobreza de cosas materiales como una virtud especial. Ser pobre o hacer voto de pobreza no califica a nadie para el reino de los cielos, ni las riquezas descalifican a nadie. El reino de los cielos les pertenece a los pobres en espíritu, sean ricos o pobres. Pero Jesús sí señala que es generalmente más difícil para los ricos entrar en el reino de Dios.

El capítulo 4 de Lucas dice que Jesús leyó del libro de Isaías cuando se levantó para leer en la sinagoga en Nazaret: “Porque me ha ungido Jehová. Me ha enviado a predicar buenas noticias a los pobres, a vendar a los quebrantados de corazón” (Isaías 61:1). Los pobres y los quebrantados de corazón son los mismos. Jesús

les dijo a los que se encontraban en la sinagoga que él estaba cumpliendo aquellas palabras de Isaías que oían ese mismo día. Él cumplió esta profecía nuevamente cuando predicó el sermón del monte.

“Bienaventurados los que lloran, porque recibirán consolación” (versículo 4). Ese lloro expresa principalmente la tristeza por el pecado, por los propios pecados. También expresa dolor por las consecuencias del pecado en este mundo, eso incluye todos los problemas y tribulaciones de esta vida y finalmente la justa paga del pecado, es decir, la muerte. El pecado merece las dos muertes, la temporal y la eterna, y no puede haber pesar más grande que ese.

Sin embargo, los que lloran ahora pueden ser consolados. Como cristianos, no lloramos como los que no tienen esperanza, porque Dios nos ha dado esperanza, promete y da consuelo y fortaleza en cualquier tribulación y finalmente vida eterna por los méritos de Jesús. “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos” (Apocalipsis 21:4). Quienes no reconocen sus pecados ni se afligen por ellos en esta vida, sufrirán las consecuencias del pecado pero no recibirán consuelo verdadero. Llorarán toda la eternidad en ese lugar donde hay constante lloro y crujir de dientes.

“Bienaventurados los mansos, porque recibirán la tierra por heredad” (versículo 5). Los mansos son amables y pacientes, no son escandalosos ni exigentes, no insisten en sus derechos sin considerar a los demás, y soportan el maltrato sin tomar represalias. Como Jesús, desean dejar la venganza en manos de Dios: “vuelven la otra mejilla”, “van un poco más allá” y poseen una fortaleza interna que el “macho” sólo pretende tener. Y para sorpresa de muchos, heredarán la tierra. Por causa de ellos la tierra ha sido preservada hasta ahora; Dios dirige los asuntos de los hombres y de las naciones para beneficio de ellos, él hace que todas las cosas obren juntas para su bien. Heredarán los nuevos cielos y la nueva tierra cuando Cristo venga de nuevo y resucite sus cuerpos y les dé su parte en la gloria eterna.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados” (versículo 6). Los que tienen hambre y sed de justicia están interesados ante todo en ser justificados mediante la fe en Cristo Jesús (6:33). Por supuesto, desean llevar una vida justa y que agrade a Dios, y les interesa compartir la justicia de Cristo con todo el mundo. Creen que cuando ponen en primer lugar las cosas de su Padre celestial, él cumplirá la promesa que hizo de darles todo lo que necesitan para su cuerpo y para su vida.

También saben cómo satisfacer su hambre y su sed espirituales. Conocen al Señor Jesús como el pan de vida y beben del agua que él da. En otras palabras, usan con fidelidad los medios de gracia, el evangelio de Cristo en Palabra y sacramento. Desean hacer de la palabra de Dios parte de su vida diaria. Les agrada reunirse regularmente con sus amigos creyentes para escuchar la proclamación de la palabra de Dios. No dejan pasar negligentemente las oportunidades de recibir la Santa Cena del Señor, y a diario reconocen las bendiciones de su bautismo; así siguen siendo bendecidos y fortalecidos por el pacto de gracia que el Señor hizo con ellos mediante el Santo Bautismo. Saben que Dios perdona todos sus pecados cada día y que estarán entre los justos a la derecha de Cristo en el día del juicio.

“Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia” (versículo 7). Ellos aprecian la misericordia de Dios, que los perdona y los salva por los méritos de Jesús, y ellos a su vez son misericordiosos con quienes pecan contra ellos y con todos los que tienen necesidades. Quieren ser como el samaritano que se detuvo para sanar las heridas del judío que encontró medio muerto en el camino. Aunque los samaritanos y los judíos se despreciaban mutuamente y no tenían nada que ver unos con otros, este samaritano sólo vio una persona necesitada y la ayudó sin esperar recompensa alguna.

Tenemos muchas oportunidades de mostrar personalmente misericordia con las personas que tienen necesidades, y podemos mostrar misericordia con personas necesitadas de todo el mundo apoyando agencias de caridad de la iglesia u otras causas que lo

ameriten. La misericordia pregunta sólo lo que una persona menos afortunada necesita, no lo que merece.

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque verán a Dios” (versículo 8). Ser limpio de corazón es ser como Natanael, de quien Jesús dijo: “¡Aquí está un verdadero israelita en quien no hay engaño!” (Juan 1:47). El limpio de corazón habla y actúa sin motivos ocultos ni intereses egoístas escondidos. Lo que usted ve en ellos es lo que obtiene de ellos, y lo que dicen es la verdad; lo que prometen, eso harán. Las manos limpias y el corazón limpio van juntos (Salmo 24:4).

Nuestro corazón es por naturaleza pecaminoso e impuro, así que necesita constante limpieza. Es apropiado que, después de que escuchemos la proclamación de la palabra de Dios, acudamos al Espíritu Santo pidiéndole: “Crea en mí un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí.” Los limpios de corazón verán a Dios, podrán estar de pie delante de él en el juicio y habitarán en su presencia por toda la eternidad.

“Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios” (versículo 9). Los pacificadores no sólo se sientan tranquila y pacíficamente sino que se abstienen de crear problemas. Procuran con rapidez lograr la paz donde hay enemistad u hostilidad, ofrecen sus servicios como mediadores entre naciones que están en guerra o parientes que están en disputa o vecinos hostiles. Hasta donde es posible, luchan por vivir en paz con todos (Hebreos 12:14), pero también están listos a pelear por la verdad y la justicia de Dios cuando las circunstancias lo ameriten. Aunque la paz siempre es deseable, la paz a cualquier precio no es aceptable. Jesús incluso dijo que su evangelio perturbará la paz cuando unos lo acepten y otros lo rechacen. Su evangelio es el aspecto que muchas veces divide a las familias, así como a grandes grupos de personas.

Sabemos que la paz con Dios sólo es posible mediante la fe en Cristo. Queremos ofrecerle esa paz a todo el mundo. Los que por su incredulidad la rechazan tendrán que responder delante de Dios en el juicio y no tendrán excusa. Dios envió a su Hijo a este

mundo como el Príncipe de paz, y llamará hijos a las personas que en el espíritu de su Hijo hacen la paz. El unigénito Hijo de Dios es el pacificador esencial, y todos los que por adopción son hijos de Dios también quieren ser pacificadores.

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos” (versículo 10). Si nos persiguen o nos castigan por hacer el mal, no tenemos razón para quejarnos, pero en ocasiones también debemos esperar sufrimiento por decir y hacer lo correcto. Eso le pasó a Jesús, y nos advierte que no debemos esperar mejor trato del mundo incrédulo. Pedro nos anima con estas palabras: “Amados, no os sorprendáis del fuego de la prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciera. Al contrario, gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo” (1 Pedro 4:12,13).

No queremos estar en contra de la gente a propósito y provocar persecución, pero tampoco queremos salir corriendo cuando se nos pida que soportemos sufrimiento por causa de la verdad y de la justicia de Dios. Cuando Pablo sufría persecución en un lugar, se trasladaba a otro, pero su interés primordial siempre fue la difusión del reino de Cristo, antes que su comodidad o conveniencia personales. El ejemplo de Pablo puede ser una inspiración para nosotros.

Todos los profetas de Dios del Antiguo Testamento sufrieron persecución a manos de quienes debieron honrarlos y darles la bienvenida. Eso no cambiará, porque la naturaleza pecaminosa de la humanidad no cambia. Aun miembros de congregaciones cristianas que públicamente confiesan que estiman las Sagradas Escrituras como la palabra inerrante de Dios, la máxima autoridad en todos los asuntos que habla, a veces persiguen a quienes les proclaman el pleno consejo de Dios. Por ejemplo, si no les gusta lo que la palabra de Dios (y su pastor) les dice sobre el divorcio o sobre la pureza sexual que Dios exige, muchos simplemente buscan un ministro y una congregación que estén dispuestos a pasar por alto o acomodan lo que Dios dice claramente, y al pastor

que Dios les ha dado lo acusarán de ser anticuado, fanático, de mentalidad cerrada, intolerante y poco caritativo.

Sin embargo, todos los que permanezcan fieles a la verdad de Dios serán grandemente recompensados en los cielos. Estas recompensas serán por gracia, no por méritos, y serán adicionales a la salvación que es suya sólo por los méritos de Cristo. Las recompensas serán sorpresas agradables para quienes las reciban.

Por tanto, las bienaventuranzas nos recuerdan la felicidad que les pertenece a todos los creyentes en Cristo, y también la mayor felicidad que ya puede ser nuestra en esta vida si luchamos con más diligencia para seguir el ejemplo de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, cuyo único interés fue ser fiel al realizar la misión de gracia para la que vino a este mundo.

Sal y luz

¹³»Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y pisoteada por los hombres.

¹⁴»Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. ¹⁵Ni se enciende una luz y se pone debajo de una vasija, sino sobre el candelero para que alumbre a todos los que están en casa., ¹⁶Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

La sal era el único conservante que la gente de la época de Jesús tenía para conservar los alimentos, especialmente la carne, que se podía echar a perder. También es un elemento para sazonar, por supuesto, pero aquí pensamos principalmente en su utilidad como conservante. Los cristianos sirven como conservantes en este mundo corrupto y pecador. Dios preserva el mundo por causa de ellos. Él hubiera perdonado a Sodoma si sólo hubieran existido diez personas justas en ella. Ahora conserva todo el mundo para

que los cristianos puedan servirle aquí, y su mayor responsabilidad es rescatar de la destrucción a otras almas perdidas trayéndolas al evangelio de Cristo.

No obstante, el cristiano que pierde la fe no es útil para ese propósito, es como la sal que ha perdido su salinidad. Técnicamente, eso no le puede pasar a la sal ahora, pero sí le podía pasar a alguna sal impura del tiempo de Jesús. Esa sal no se regaría en el campo porque secaría la vegetación. Desde luego que no era apta para comer ni servía para ese propósito. Por lo menos en los caminos y veredas no haría ningún daño, ya que de todas maneras nada podía crecer allí.

Jesús es la luz del mundo y vino para vencer las tinieblas del pecado, la maldad, la ignorancia y la incredulidad. Los cristianos son la luz del mundo en el sentido de que reflejan la luz de Cristo, así como la luna refleja la luz del sol.

La naturaleza de la luz es alumbrar; no existe tal cosa como una luz que no alumbrar, eso sería imposible, como frío caliente o agua seca. Pero la luz se puede cubrir completamente para que nadie la pueda ver. Jesús nos dice que no hagamos eso, nos dice que vivamos la vida cristiana de tal manera que el mundo pueda ver la diferencia que Cristo hace en nosotros. Entonces los incrédulos que saben lo que es correcto e incorrecto serán movidos a glorificar a nuestro Padre celestial por el bien que él obra por medio de nosotros.

Jesús no nos dice que hagamos un espectáculo de nuestras buenas obras ni que hagamos alarde de nuestra piedad como un fariseo; nos llama a vivir la fe aún en presencia de los impíos. Mientras tengamos presente que deseamos glorificar a Dios, y no a nosotros mismos, sabremos cómo hacerlo. La diferencia no estará en los actos externos, sino en el corazón que los produce.

Note que Jesús no dice que quiere que seamos sal y luz, dice que eso somos; no podemos dejar de ser sal y luz y seguir siendo cristianos. Aunque los impíos ridiculicen nuestros piadosos caminos ahora, llegará un momento en el que tendrán que

reconocer que nuestras obras son buenas. Mirando con esperanza el futuro, al día del juicio, Pedro nos anima con estas palabras: “Mantened buena vuestra manera de vivir entre los gentiles, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras” (1 Pedro 2:12).

El cumplimiento de la Ley

¹⁷»No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolir, sino a cumplir, ¹⁸ porque de cierto os digo que antes que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la Ley, hasta que todo se haya cumplido. ¹⁹ De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos.

²⁰»Por tanto, os digo que si vuestra justicia no fuera mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

En esta sección encontramos el tema del sermón del monte: La justicia que marca a los verdaderos discípulos de Cristo. La justicia es lo que les preocupa a todas las religiones, la justicia entre la gente y especialmente la justicia ante Dios.

Todas las religiones, excepto el cristianismo, enseñan que la gente debe encontrar un camino que la haga suficientemente justa para ser aceptable ante Dios, para ganar su propia salvación. Pero la Biblia nos dice, y todos los cristianos creen, que los pecadores son justos ante Dios sólo por medio de la fe en Cristo Jesús. Él es nuestra justicia, vivió la vida perfecta que Dios exige y que ni siquiera podemos comenzar a tener, y nosotros recibimos el mérito por la obra de Jesús. Ahora queremos esforzarnos por ser justos en nuestros pensamientos, palabras y obras.

Jesús no estableció una nueva religión, no vino a abolir la Ley o los profetas. La expresión “la Ley o los profetas”, es una denominación para todas las Escrituras del Antiguo Testamento, los mismos 39 libros que tenemos hoy en la sección del Antiguo Testamento. Desde Génesis hasta Malaquías hay un mensaje fundamental: toda persona es pecadora y merece el castigo de Dios, pero Dios prometió enviar un Salvador del pecado. Por medio de la fe en el Salvador que vendría, la gente que vivió antes del tiempo de Cristo recibió el perdón y la salvación eterna de Dios.

Jesús era (y es) ese Salvador prometido. Vino para cumplir la Ley y los profetas, vino a guardar perfectamente todos los mandamientos de Dios y a cumplir todas las promesas sobre el Salvador que se encuentran en todo el Antiguo Testamento. Esto no dejará de cumplirse, les asegura a sus discípulos aquí, porque ni una palabra, ni la letra más pequeña de la Escritura se puede hacer a un lado mientras dure este mundo. La Escritura es la palabra inspirada de Dios, y Dios es la verdad personificada. Jesús dijo en otra ocasión: “La Escritura no puede ser quebrantada” (Juan 10:35). Decimos correctamente que la Biblia es inerrante e infalible, así lo dice Jesús aquí y en muchas otras partes.

Cualquier contradicción a la palabra de Dios es algo muy serio. Los que enseñan la palabra de Dios tienen una gran responsabilidad. Jesús dijo: “Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres” (Juan 8:31,32).

Aquí Jesús nos advierte que el que no permanece en sus enseñanzas “muy pequeño será llamado en el reino de los cielos”. Cualquiera que sepa la verdad de Dios y la contradiga deliberadamente no puede ser cristiano. Pero incluso un creyente sincero puede ser culpable de enseñar inconscientemente en contra de la palabra de Dios; puede ser por ignorancia o por una forma imperfecta de interpretar las Escrituras, como tratar de explicar en forma lógica los misterios de Dios que están con claridad más allá de nuestra comprensión. Por ejemplo, Jesús dice explícitamente

que nos da su cuerpo y su sangre para comer y beber en la Santa Cena del Señor, y como no podemos explicar cómo ocurre, algunos enseñan que el pan y el vino son sólo símbolos del cuerpo y la sangre de Cristo. De igual manera, algunos consideran el Santo Bautismo sólo simbólico, ya que no podemos entender cómo este sacramento puede producir la fe salvadora y limpiar del pecado.

Esos falsos maestros no están excluidos del reino de los cielos por su falsa enseñanza mientras reconozcan a Jesús como su Salvador, pero Dios los considerará como “muy pequeño en el reino de los cielos”. Tendremos que esperar hasta que estemos en el reino de los cielos para ver cómo mostrará Dios el estado de ellos en su reino. Por ahora lo importante es que sólo nos demos cuenta de que cualquier desviación de la verdad de Dios nos expone al peligro de perder más de ella y finalmente de perder por completo la eterna salvación. Por lo tanto, los que enseñan la palabra de Dios deben evaluar todas las enseñanzas sobre la base de su estudio personal de las Escrituras.

Los fariseos y los maestros de la ley eran por lo común considerados como ejemplos de justicia; creían que Dios debía estar completamente satisfecho con su justificación personal, y que su puesto en el reino de Dios estaba asegurado. Pero Jesús declara que tenemos que ser mejores que ellos para entrar en el reino de los cielos. Si usted quiere usar el sistema de los fariseos y de los maestros de la ley, Jesús dice que tendrá que superarlos, guardando la Ley perfectamente. Sigue explicando que eso incluye no sólo los actos externos, sino también las palabras y hasta los pensamientos y los deseos más íntimos.

Esa perfección obviamente está más allá de la capacidad de cualquiera de nosotros; por lo tanto, necesitamos buscar más allá de nosotros la justificación que sirve delante de Dios. Sólo Cristo el Salvador nos puede dar la justicia perfecta; el Señor nos atribuye el mérito de su obediencia perfecta a la ley de Dios, y él nos da la bienvenida en su reino celestial.

Homicidio

²¹ »Oísteis que fue dicho a los antiguos: “No matarás”, y cualquiera que mate será culpable de juicio. ²² Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga “Necio” a su hermano, será culpable ante el Concilio; y cualquiera que le diga “Fatuo”, quedará expuesto al infierno de fuego.,

²³ »Por tanto, si traes tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, ²⁴ deja allí tu ofrenda delante del altar y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces vuelve y presenta tu ofrenda. ²⁵ Ponte de acuerdo pronto con tu adversario, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al guardia, y seas echado en la cárcel. ²⁶ De cierto te digo que no saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante.,

Jesús procede ahora a demostrar lo deficientes que eran los fariseos y los maestros de la ley en la observación de los mandamientos. De acuerdo con sus tradiciones, podían guardar el quinto mandamiento simplemente absteniéndose del acto externo de asesinar; pero Jesús señala que el mandamiento también se puede quebrantar con palabras y hasta con pensamientos.

Jesús se refiere a los tres niveles de las cortes que funcionaban en Israel. Las cortes bajas se hacían cargo de los asuntos civiles y las cortes intermedias de los casos criminales. La corte suprema era el sanedrín, que estaba integrado por 70 hombres presididos por el sumo sacerdote. Sólo esta corte podía considerar los temas relacionados con la guerra o la imposición de la pena de muerte, aunque en la época de Jesús cualquier pena de muerte tenía que ser aprobada e impuesta por la corte romana.

Existe la ira justa, que tiene que ver con el honor y la verdad de Dios, pero aquí Jesús habla de la ira pecaminosa, que tiene que ver con la venganza y puede incluir el odio. Esa ira puede no ser evidente para otras personas, pero Dios la conoce y merece su

castigo. Es difícil traducir exactamente la palabra *Raca*, traducida en nuestro texto como necio, y la palabra que Jesús utilizó para “fatuó”, pero es evidente que la última expresión es más fuerte que la anterior. Se ha sugerido que *Raca* no era ni siquiera una palabra verdadera, sino sólo un sonido de disgusto o de desprecio, acompañado de gestos correspondientes.

Lo que Jesús ilustra aquí es que hasta los deseos pecaminosos o las palabras malvadas que no llegan a la acción de asesinar son transgresiones a los mandamientos de Dios y merecen el castigo más severo. “Todo aquel que odia a su hermano es homicida y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanentemente en él” (1 Juan 3:15).

Así que no se acerque a Dios en oración o en alabanza con odio en el corazón o con ira justa contra usted en el corazón de alguien. Si ha pecado contra alguien, vaya donde esa persona y trate de reconciliarse con ella antes de acercarse al altar de Dios. El pecador sin arrepentimiento es una barrera para cualquier clase de adoración que le agrade a Dios, y estas palabras se aplican apropiadamente a la preparación para recibir la cena del Señor. El verdadero arrepentimiento siempre conducirá a un esfuerzo sincero para deshacer el mal del que alguien ha sido culpable.

Lo que hay que hacer: “Ponte de acuerdo pronto con tu adversario, entre tanto que estás con él en el camino”, la persona a quien has ofendido. Hay que hacerlo antes de aparecer ante del juez. Un criminal convicto en prisión no podía, en esa época, pagarle su deuda a la sociedad simplemente con el tiempo que pasaba en prisión; tenía que restituir vendiendo su propiedad o tal vez su esposa, o sus hijos tenían que hacer lo posible para pagar su deuda; hasta algunos miembros de la familia podrían ser vendidos como esclavos para pagar la deuda. Pero el que sea condenado por Dios y sea lanzado a la prisión del infierno nunca podrá recuperar su libertad, no importa lo que los miembros de su familia quieran hacer por él. Esa es la suerte de cualquiera que siga el ejemplo de los fariseos y de los maestros de la ley. La justicia de los discípulos de Jesús tenía que sobrepasar la de los falsos

maestros. Eso sólo es posible cuando la perfecta justicia de Cristo se les atribuye a los pecadores mediante la fe.

Adulterio

²⁷»Oísteis que fue dicho: “No cometerás adulterio.” ²⁸ Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.

²⁹»Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti, pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno.

³⁰Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala y échala de ti, pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno.

Jesús continúa y hace observaciones similares acerca del Sexto Mandamiento. Los maestros religiosos de los judíos condenaban legítimamente el acto del adulterio, pero Jesús señaló que la lujuria sexual, el deseo de tener relaciones sexuales con alguien diferente que la propia esposa o el propio esposo, es también una violación de este mandamiento a la vista de Dios. Alguien seguramente responderá: “Eso es lo normal y lo natural; no puedo evitar que en mi corazón se despierten deseos cuando veo una persona del sexo opuesto.” Eso puede ser verdad, pero no por eso es correcto.

Los comentarios que hizo Jesús sobre este tema con frecuencia se consideran lenguaje figurado. ¿En verdad quería decir que debemos sacarnos un ojo o cortarnos una mano? ¡Sí, quería decir exactamente eso! Si en realidad si su ojo o su mano hace que usted cometa un pecado que lo pueda condenar al infierno, ¿no querría usted deshacerse de esa parte de su cuerpo que ofende, en lugar de que todo su cuerpo sea lanzado al infierno? Usted no dudaría en que le extirparan un miembro canceroso de su cuerpo antes de que el cáncer destruyera todo su cuerpo. La gente hace eso todo el tiempo. Así también, extirpar un miembro

muypreciado de su cuerpo será un precio muy pequeño para salvar su alma de los eternos tormentos del infierno. Lo razonable sería hacer eso.

Sin embargo, el punto de Jesús era que esa mutilación del cuerpo no sería la verdadera solución. Si su ojo y su mano derechos hacen que usted peque y se deshace de ellos, ¿acaso el ojo y la mano izquierdos no le causarán todavía el mismo problema? Si una persona se amputara las extremidades, se sacara los ojos y se tapara los oídos, ¿se podría mantener pura? ¿No es más probable que su corazón piense demasiado en actos que se han vuelto físicamente imposibles para ella?

La solución es la limpieza del corazón. Debemos orar sin cesar: “Crea en mi, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí.” Y cualquiera que diga esta oración sinceramente usará el poder que Dios da para la limpieza de nuestro corazón pecaminoso, el evangelio de Cristo en Palabra y sacramento.

Divorcio

³¹»También fue dicho: “Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de divorcio.” ³² Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere, y el que se casa con la repudiada, comete adulterio.

Dios instituyó el matrimonio y une a la pareja en el matrimonio. Sólo Dios tiene derecho a ponerle fin a un matrimonio, y lo hace quitando la vida terrenal del esposo o de la esposa. El divorcio siempre es pecado. Aunque el esposo o la esposa puede ser el responsable principal del divorcio, un cierto grado de culpabilidad también puede pesar sobre quien se considera “la parte inocente”. Con frecuencia ambos cónyuges son culpables de contribuir a la desintegración del matrimonio.

Cuando un esposo o una esposa han roto el vínculo del matrimonio cometiendo adulterio, el cónyuge “inocente” puede hacerlo reconocer legalmente para obtener el divorcio. Esa persona también será libre para volverse a casar, si así lo desea y tiene la oportunidad.

La práctica del divorcio entre los judíos de la época de Jesús era en extremo laxa. El hombre se podía divorciar de su esposa por casi cualquier razón y el certificado era un testimonio público y oficial de que el divorcio se había llevado a cabo. Eso podría haber hecho legal el divorcio, pero nunca lo haría agradable delante de Dios. Las prácticas preponderantes en relación con el matrimonio y el divorcio entre los judíos se habían desviado mucho de los mandamientos de Dios.

La traducción del versículo 32 en la RVR de 1995 es incorrecta: “hace que ella adúltere” sugiere que una mujer cuyo esposo se ha divorciado de ella es automáticamente adúltera y es culpable de adulterio por lo *que ha hecho su esposo*. También indica que cualquier hombre que se case con ella después es también responsable de adulterio.

La forma pasiva del verbo en griego no tiene equivalente real en español, pero una traducción muy toscamente literal podría decir así: Un hombre que se divorcia de su esposa la convierte en “adulterada”. Ella ha sido víctima del adulterio de él, aunque no haya tenido parte en eso. Es estigmatizada como persona que pudo haber cometido adulterio, porque algunos supondrán eso de ella aunque su esposo no la acuse de esa ofensa. Y cualquier hombre que se case con ella también será sospechoso.

Por eso Jesús aquí no declara juicio sobre gente inocente, más bien nos recuerda que un divorcio siempre es una separación muy seria tanto para el esposo como para la esposa. Sin considerar el grado de responsabilidad que cada uno pueda tener en el divorcio, éste los mancha a ambos y uno o los dos pueden llegar a perder su lugar en el reino de Dios por causa del divorcio.

La infidelidad matrimonial destruye la relación de “una carne” del matrimonio, y lo mismo se aplica al abandono

intencional. La obtención del divorcio en esas circunstancias es sólo cuestión del reconocimiento legal lo que ha sucedido; el cristiano tiene derecho de hacerlo, aunque aún en esas circunstancias es apropiado que el cristiano agraviado ponga todo lo que esté de su parte para salvar su matrimonio.

También es necesario que recordemos que leyes laxas y la inmoralidad popular no hacen que el divorcio y los pecados sexuales sean permisibles para el cristiano. Las leyes del estado pueden expresar la voluntad del pueblo, pero como cristianos nos debemos someter a todos los mandamientos de Dios. Es una tarea difícil en una sociedad corrupta, pero Dios ayudará y bendecirá a todos los que la procuran sinceramente.

Juramentos

³³ »Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: “No jurarás en falso, sino cumplirás al Señor tus juramentos.”

³⁴ Pero yo os digo: No juréis de ninguna manera: ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ³⁵ ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey., ³⁶ Ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer blanco o negro un solo cabello. ³⁷ Pero sea vuestro hablar: “Sí, sí” o “No, no”, porque lo que es más de esto, de mal procede.,

El juramento es un asunto serio; la persona que hace un juramento pone a Dios por testigo de que dice la verdad o de que cumplirá su promesa. Eso significa también pedirle a Dios que lo castigue si no es fiel a su palabra.

Los fariseos y los maestros de la ley habían establecido un sistema en el que se consideraba que algunos juramentos obligaban más a su cumplimiento que otros. Pensaban que tenían menos responsabilidad si no usaban directamente el nombre del Señor en un juramento, y por lo tanto, podían jurar por los cielos, por la tierra, por Jerusalén, por el Templo o también por su propia cabeza.

Pero Jesús dijo que aún así Dios estaba presente como testigo, sin que importara la fórmula que pudieran pronunciar. No tenía sentido decir, como ellos lo hacían: “Si alguno jura por el Templo, no es nada; pero si alguno jura por el oro del Templo, es deudor” (Mateo 23:16).

Todo el concepto que tenían sobre los juramentos ofendía a Dios. Para ellos era una forma de evitar decir toda la verdad o de ser responsables de sus palabras. Se había convertido en lo opuesto a lo que un juramento agradable a Dios tenía el propósito de ser. Por eso Jesús les dijo que simplemente dijeran “sí” o “no”. Algo más que eso es inspirado por el mismo diablo, que es mentiroso y el padre de las mentiras.

Hay ocasiones en las que el juramento es apropiado y agradable a Dios. Pablo puso a Dios como testigo de que estaba diciendo la verdad en más de una ocasión (Romanos 1:9 y Gálatas 1:20). El gobierno tiene derecho de poner a los ciudadanos bajo juramento cuando dan testimonio en la corte, cuando se alistan en las fuerzas armadas o cuando se posesionan en un cargo público. En esas circunstancias el cristiano no debe dudar en hacer un juramento y seguramente estará obligado a cumplirlo.

No obstante, los juramentos están completamente fuera de lugar en las conversaciones ordinarias. “Por Dios”, “juro por Dios” o expresiones similares resultan ofensivas a Dios. Los cristianos en ocasiones son culpables de emplear este tipo de lenguaje, tal vez sin pensar siquiera en lo que dicen. Como cristianos, nunca debemos ser culpables de usar en vano el nombre de Dios.

Ojo por ojo

³⁸ »Oísteis que fue dicho: “Ojo por ojo y diente por diente.”

³⁹ Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; ⁴⁰ al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; ⁴¹ a cualquiera que te obligue

a llevar carga por una milla, ve con él dos.⁴² Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo niegues.

Hoy muchos consideran la expresión “ojo por ojo y diente por diente” como la descripción de un sistema legal cruel e injusto; en la época de Jesús, los fariseos y los maestros de la ley consideraban que esas palabras eran una fórmula de venganza personal, pero las dos opiniones están equivocadas. En primer lugar, cuando Moisés dijo: “Vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe” (Éxodo 21:23-25), no les estaba dando a los israelitas una fórmula para vengarse personalmente: la palabra de Dios prohíbe con claridad cualquier forma de venganza. “No digas: Haré con él como él hizo conmigo; pagaré a ese hombre según merece su obra” (Proverbios 24:29). La cuestión está en manos de Dios. Esas eran normas de uso en las cortes, eran una forma de declarar que el castigo debía corresponder siempre al crimen cometido y que no fuera excesivo. Es obvio que el Señor nunca tuvo la intención de que esas normas fueran aplicadas literalmente, y no hay evidencia de que eso se hubiera hecho alguna vez.

La mejor respuesta que se le puede dar a una persona malvada es aceptar el maltrato en lugar de vengarse. Una bofetada es un insulto, una expresión de desprecio. La respuesta más eficaz es simplemente soportarla y eso por sí mismo puede avergonzar al ofensor.

El versículo 40 habla de alguien que lo quiere llevar a usted a la corte para quedarse con su túnica. Antes de que llegue tan lejos, dice Jesús, déjale también la capa. Hoy podríamos decir, si quiere tu camisa, dale también tu abrigo. Ni siquiera discutas sobre el asunto.

La cuestión de ir un poco más allá se refiere, en primer lugar, al derecho legal que tenían los antiguos mensajeros persas de solicitar animales o cualquier otra cosa que pudieran necesitar para

llegar a su destino. Los romanos, que habían ocupado la tierra de los judíos, les dieron a sus soldados el derecho de obligar a cualquier civil a llevar su carga por una milla. Cuando eso sucediera, dijo Jesús, voluntariamente ve dos millas. Pensemos en Simón de Cirene, a quien lo obligaron a cargar la cruz de Jesús.

Con estas normas Jesús no les estaba dando a sus discípulos una lista de requisitos legales para que los obedecieran al pie de la letra y mecánicamente; eso no hubiera sido mejor que las tradiciones de los fariseos. Más bien les hablaba de la actitud que los cristianos deben tener hacia los que los ofenden o abusan de ellos: él quiere que encontremos formas para mostrar amor como respuesta a las ofensas. Una forma es aceptar el doble de la ofensa o hacer el doble de lo exigido. El versículo 42 no dice que demos el doble de lo que alguien nos pida o quiera tomar prestado, pero claramente dice que estemos dispuestos a ayudar a las personas que tienen necesidades sin esperar necesariamente algo a cambio.

Respecto a todas las situaciones concretas que se mencionan en estos versículos, existen otros principios en la Escritura que también deberíamos tener presentes. Debemos dar testimonio contra la maldad aunque permitamos que la hagan contra nosotros. Martín Lutero comentó: “Se debe distinguir estrictamente entre la mano y la boca. La boca nunca se debe abrir para el mal; la mano se debe mantener quieta y no tomar venganza ella misma.” Así lo mostró Jesús en su juicio y crucifixión.

La Biblia también establece claramente que el que no quiera trabajar tampoco merece comer. No nos tenemos que sentir culpables por no darle algo a alguien que obviamente puede trabajar y tiene la oportunidad de ganarse la vida, pero prefiere no hacerlo. En efecto, nos debemos sentir culpables si animamos a alguien a ser perezoso e inútil, parásito de la sociedad, agotando recursos que se pueden destinar para los que verdaderamente tienen necesidad sin que sea su culpa.

Por lo tanto aquí, y en todo el sermón del monte, Jesús no nos da respuestas simples para que las apliquemos mecánicamente cuando alguien nos ofenda o trate de aprovecharse de nosotros.

Antes de responder, nos dice, examina tu corazón, busca una forma de responder que muestre el amor cristiano hacia los demás y que glorifique a Dios. La reacción no siempre será la misma en situaciones que parezcan iguales. También es cierto que dos cristianos pueden responder conscientemente a la misma situación en formas diferentes. Así que debemos examinar nuestro corazón, evaluar nuestros motivos y nunca juzgar el corazón de otra persona.

El amor a los enemigos

⁴³»Oísteis que fue dicho: “Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo.” ⁴⁴Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen,, ⁴⁵ para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos. ⁴⁶Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? ⁴⁷Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? ⁴⁸Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.

Este capítulo concluye con más ilustraciones acerca de cómo la justicia de las personas en el reino de Dios debe sobrepasar y sobrepasará la justicia de los fariseos. Los fariseos tenían razón cuando decían: “Ama a tu prójimo”, pero no entendían quiénes eran su prójimo; les dirigían su amor, como efectivamente hacían, sólo a las personas que les respondían amándolos; su amor era muy egoísta, pero el verdadero amor es absolutamente desinteresado.

Los fariseos estaban equivocados cuando decían: “Odia a tus enemigos”. Debían saber que las Escrituras del Antiguo Testamento contienen muchas exhortaciones a amar a los

enemigos. Por ejemplo: “Si encuentras el buey de tu enemigo o su asno extraviado, regresa a llevárselo” (Éxodo 23:4). Y Pablo nos recuerda las palabras de Dios en Proverbios 25:21,22: “Si el que te aborrece tiene hambre, dale de comer pan, y si tiene sed, dale de beber agua; pues, haciendo esto, harás que le arda la cara de vergüenza” (Romanos 12:20). Hacer que le arda la cara de vergüenza significa hacerlo sentir apenado por su mala conducta. El resultado deseado es que el enemigo verdaderamente se arrepienta de sus actos hostiles, reciba el perdón de Dios y llegue a ser amigo en vez de enemigo.

La palabra griega que Jesús usa aquí no significa amar en el sentido de gustar o tenerle cariño a alguien; quiere decir reconocer a los enemigos tales como son y hacer lo que se pueda para hacerlos como Dios quiere que sean. Significa preocuparse no por la venganza, sino por el bienestar, en especial el bienestar eterno de los enemigos.

Es necesario que consideremos el amor que Dios nos mostró cuando éramos sus enemigos y lo desagradábamos con todo lo que hacíamos. Estaba tan preocupado por nosotros que envió a su Hijo al mundo para que fuera uno de nosotros. El Hijo de Dios pagó el precio de todos nuestros pecados y ganó para nosotros el privilegio de ser recibidos (adoptados) como hijos de Dios. Ahora, como hijos de Dios, vemos que todavía bendice a toda la humanidad con el sol, la lluvia y la provisión para otras necesidades, y queremos mostrar la misma preocupación por todas las personas. Queremos hacerlo no porque tengamos interés en las buenas cosas que puedan hacer a cambio por nosotros, sino como gratitud por todas las bendiciones inmerecidas que ya hemos recibido de nuestro Padre celestial.

En el versículo 48, Jesús resume sus anteriores declaraciones diciendo: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.” Sabemos que no podemos alcanzar esa perfección en esta vida, pero deseamos progresar constantemente hacia ese ideal. Y, ¡milagro de milagros!, ¡mientras tratamos y seguimos sin alcanzar esa perfección, nuestro Padre

celestial se complace con nuestros débiles intentos y nos declara perfectos por la perfecta justicia de Cristo que es nuestra mediante la fe!

Dar a los necesitados

6»Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. ² Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. ³ Pero cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, ⁴ para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público.

En el capítulo 5 Jesús ha tratado ciertas falsas enseñanzas y la conducta equivocada que resulta de ellas; en el capítulo 6 habla sobre la falsa piedad sin relacionarla con alguna enseñanza en particular. En el versículo 5:16 exhorta a sus discípulos a que dejen brillar la luz de sus buenas obras para que la gente la vea. En el 6:1 les dice que se guarden de hacer su “justicia” para ser vistos por otros.

¿Se contradice? ¡De ninguna manera! En primer lugar, les dijo a sus discípulos que hicieran buenas obras para glorificar a su Padre celestial; ahora les dice que no hagan buenas obras para glorificarse a sí mismos. Expresa el lado positivo y el lado negativo de la cuestión. El comentarista luterano, F. W. Wenzel, nos da una guía práctica cuando comenta: “Debemos dejar que nuestra luz brille y mostrar nuestras buenas obras cuando estamos tentados a esconderlas; y las debemos esconder cuando estamos tentados a mostrarlas.”

Los que quieren que otras personas los admiren o los alaben por sus demostraciones de piedad no recibirán recompensa del

Padre; les interesa la recompensa de otras personas, y esa será la única recompensa que recibirán. Dios recompensa las buenas obras verdaderas, obras que se hacen sin buscar ninguna recompensa.

Las obras que agradan a Dios se hacen como gratitud por las bendiciones recibidas, en especial por el perdón gratuito de todos los pecados y la segura esperanza de la salvación eterna por los méritos de Jesús. Ninguna obra que podamos hacer para Dios puede jamás recompensar las bendiciones ya recibidas y con toda seguridad no ganará ninguna recompensa. Si hiciéramos todo lo que Dios nos dice que hagamos, aún tendríamos que confesar que somos siervos inútiles, ya que sólo hemos hecho lo que Dios tiene derecho de esperar de nosotros. Por lo tanto, cualquier recompensa que Dios nos dé es una expresión de su gracia, de su amor inmerecido.

Las recompensas que recibimos por la gracia de Dios unas veces se pueden experimentar en esta vida, o las podemos recibir sólo en la vida eterna en los cielos. En día del juicio, nuestro Señor Jesucristo recordará las buenas obras que habíamos olvidado por completo. “Entonces los justos le responderán diciendo: ‘Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber?’” (Mateo 25:37). Si recordamos nuestras buenas obras, si nos mantenemos al tanto de ellas para asegurarnos de que seremos recompensados apropiadamente, Dios se olvidará de ellas y las rechazará por no ser buenas en ninguna forma. Pero si las olvidamos, Dios las recordará y nos recompensará con misericordia.

Jesús da tres ejemplos de “obras de justicia”: las limosnas, la oración y el ayuno. En cuanto a las limosnas, dice que no hagamos alarde de las dádivas que se aportan para ayudar a los necesitados. No llame la atención a sus regalos, no pida reconocimiento por ellos y no llame al periódico local para que envíen un fotógrafo que publique ante todo el mundo su generosidad. Sólo dé a los necesitados en silencio, de acuerdo con su capacidad y con las necesidades de ellos.

Si su mano izquierda no sabe lo que su mano derecha hace, con toda seguridad usted no está haciendo alarde de su piedad. Una acción no es buena ni mala en sí misma, pero lo que hace la diferencia ante Dios es el motivo que hay detrás de ella. Pablo les escribió a los corintios: “Y si repartiera todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve” (1 Corintios 13:3).

La oración

⁵»Cuando ores, no seas como los hipócritas, porque ellos aman el orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. ⁶Pero tú, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público.

⁷Y al orar no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. ⁸No os hagáis, pues, semejantes a ellos, porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad antes que vosotros le pidáis.

⁹Vosotros, pues, oraréis así:

**»“Padre nuestro que estás en los cielos,
santificado sea tu nombre.**

¹⁰Venga tu Reino.

Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

¹¹El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.

**¹²Perdónanos nuestras deudas,
como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.**

**¹³No nos metas en tentación,
sino líbranos del mal,
porque tuyo es el Reino, el poder y la gloria,
por todos los siglos. Amén”.**

¹⁴»Por tanto, si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; ¹⁵pero si no perdonáis sus ofensas a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.

La segunda “obra de justicia” de que habla Jesús es la oración. No quiere que los discípulos hagan un espectáculo público de sus oraciones. Las oraciones que se hacen para impresionar a otras personas por la piedad personal no impresionarán a Dios. Podríamos decir que las oraciones las escuchan aquellos a quienes van dirigidas; si en realidad les estamos hablando a otras personas cuando oramos, la única respuesta o recompensa que legítimamente podemos esperar es su admiración.

Los judíos oraban por costumbre tres veces al día: a las 9 de la mañana, al mediodía, y a las 3 de la tarde; cuando llegaba la hora, oraban, sin importar dónde estuvieran. Los hipócritas a quienes se refirió Jesús procuraban estar en la esquina de alguna calle congestionada a la hora de la oración cuando fuera posible, para que muchas personas pudieran ver sus demostraciones de piedad personal.

No dejaban de orar *aunque* hubiera muchas personas alrededor; oraban en voz alta *porque* había mucha gente allí que los escuchaba. En contraste, recordemos a Daniel en Babilonia, oraba públicamente tres veces al día, *aunque* la gente lo viera (Daniel 6:10). No dejó su costumbre de orar aunque sabía que estaba en peligro de lo lanzaran al foso de los leones por esa razón. Los fariseos de la época de Jesús oraban para glorificarse a ellos mismos, mientras que Daniel oraba para glorificar a Dios; sus motivos lo cambiaban todo. Dios juzga nuestras oraciones de la misma manera.

Jesús les dijo a sus discípulos que, en lugar de seguir el ejemplo de los fariseos, debían orar en privado y les aseguró que Dios los escucharía y respondería sus oraciones. También los previno para que evitaran la práctica pagana de repetir oraciones

sin pensar una y otra vez. Podemos pensar en las largas oraciones de los profetas de Baal (1 Reyes 18:26) o en las oraciones repetitivas de los rosarios que ordena la Iglesia Católica Romana, pero es mejor que consideremos nuestras oraciones memorizadas que a veces decimos sin pensar. El error no está en las oraciones memorizadas, que pueden ser muy útiles y agradables a Dios, sino en las actitudes y los motivos de nuestro corazón. También debemos recordar que Jesús, que condenó a los fariseos, alabó las constantes peticiones de una viuda (Lucas 18:1-8) y las consideró como modelo para imitar en nuestras oraciones. Jesús nos dice que oremos en privado, pero su Palabra también nos dice que no dejemos de reunirnos para adorar (Hebreos 10:25).

El Padrenuestro

El Padrenuestro es un modelo de oración. No es sólo una oración para que nosotros repitamos; es una lección sobre cómo orar y por qué orar. Cubre todas las necesidades del cuerpo y del alma, pero también tiene que ver con las necesidades de todos nuestros compañeros cristianos y de los incontables millones que todavía no conocen al Señor Jesús como su Salvador. Es una oración apropiada para toda ocasión que llame a la oración; pone primero lo primero y no deja nada fuera.

Padre nuestro que estás en los cielos. Dios es el Padre de todos los seres humanos en el sentido de que él los creó y les dio la vida. Pero sólo los que lo conocen como su Padre celestial por medio de la fe en Jesucristo tienen el privilegio de acudir a él en oración. Aunque nos separen serias diferencias doctrinales de cristianos de otras denominaciones en este mundo, oramos con y por toda la iglesia cristiana de la tierra, la iglesia invisible, cuando decimos: “Padre *nuestro*”. Le podemos pedir a nuestro Padre con audacia y plena confianza todo lo bueno, así como los niños no dudan en llevarles sus peticiones a sus padres terrenales, que los aman y los cuidan.

Las siete peticiones abarcan todo. Las tres primeras piden bendiciones espirituales; sólo la cuarta menciona bendiciones materiales. Después, las tres últimas piden liberación de cualquier mal del cuerpo y del alma. Cuando oramos el Padrenuestro, le podemos presentar a nuestro Padre celestial todas nuestras ansiedades y preocupaciones, todas nuestras peticiones, así como toda nuestra gratitud y alabanza. Cuanto mejor entendamos este modelo de oración, podemos decir más eficazmente todas nuestras oraciones y servirán mucho mejor de canales para las bendiciones de Dios para nosotros, nuestros compañeros creyentes y el mundo entero.

Santificado sea tu nombre. El nombre de Dios significa mucho más que los diversos nombres con los cuales nos dirigimos a él, como Señor, Salvador, Redentor, Espíritu Santo, etc. Cuando decimos que una persona tiene buen o mal nombre nos referimos a todo lo que sabemos acerca de esa persona; de la misma manera, el nombre de Dios se refiere a todo lo que sabemos de él. Lo conocemos como se nos ha revelado en toda su creación y especialmente como se hace conocer en su Palabra, las Escrituras inspiradas. Por lo tanto, el nombre de Dios y la palabra de Dios son casi sinónimos.

Santificamos (mantenemos santo) el nombre de Dios cuando conocemos, creemos y obedecemos su Palabra. Cuando oramos esta petición le pedimos a nuestro Padre celestial que nos ayude a obedecer el Primer Mandamiento. En cierto sentido, el Primer Mandamiento resume todos los diez, y esta petición resume todo el Padrenuestro. Las siguientes peticiones sólo desarrollan la primera. Después de todo, si la palabra de Dios se conoce, se cree y se obedece universalmente, ¿qué más podríamos pedir?

Venga tu Reino. El reino de Dios es su reinado, especialmente su reinado en el corazón de la gente por medio del poder de su evangelio salvador. Dios reinará con nuestras oraciones o sin ellas; en esta petición le solicitamos a nuestro Padre que fortalezca su misericordioso reino en nuestro corazón. Al mismo tiempo oramos para que nos use en la obra de su reino, que lleve a otros a la fe

salvadora por medio de nuestro testimonio y nuestro apoyo a la obra de su iglesia en la tierra. Ésta es una oración en beneficio de las misiones en todo el mundo.

Los que oran esta petición con sinceridad desearán hacer todo lo que puedan para impulsar y apoyar toda esta importante obra. Dios no nos necesita para ese trabajo pero nos da el privilegio de participar en él. En esta petición reconocemos ese privilegio y le damos gracias a Dios por él.

Hágase tu voluntad. La voluntad de Dios es, sobre todo, que todos lleguen al conocimiento de la verdad y sean salvos. En otras palabras, la voluntad de Dios es que su nombre sea santificado y que venga su reino; en todo su trato con nosotros, él mantiene eso presente. No siempre entendemos por qué Dios obra en nuestra vida de la manera en que lo hace, y con frecuencia imaginamos que podríamos ser siervos mucho más eficaces en este mundo si él fuera más generoso y nos diera dones materiales, poder intelectual, salud y fortaleza física. Pero cuando usamos fielmente los diversos dones que nos han sido dados para el servicio de nuestro Señor y Salvador, nos sometemos a su voluntad, y sus planes buenos y misericordiosos se cumplen.

El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. El pan nuestro de cada día incluye todo lo que necesitamos para este cuerpo y esta vida. Dios provee para todas sus criaturas, y proveerá para nuestras necesidades corporales ya sea que oremos por ellas o no; él “hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos” (Mateo 5:45). Cuando oramos por el pan nuestro de cada día, también reconocemos que Dios nos provee por medios naturales. A la mayoría de nosotros nos da la capacidad y la oportunidad de ganarnos el pan de cada día y nos dice que cualquiera que pueda pero no desea trabajar no merece comer.

En esta petición también reconocemos las necesidades de los pobres, de los ancianos y de los incapacitados. Cuando oramos por el pan *nuestro* de cada día, los incluimos a ellos. ¿No es evidente por sí mismo que entonces debemos compartir nuestra abundancia con los que tienen necesidades? “Y si un hermano o una hermana

están desnudos y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: ‘Id en paz, calentaos y saciaos’, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?’ (Santiago 2:15,16). Si les decimos a los necesitados: “Yo oraré por ti”, pero nos negamos a ayudarlos directamente, ¿de qué sirve nuestra oración? No es mejor que las oraciones de los hipócritas que Jesús condenó.

Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Nuestras deudas son nuestros pecados o transgresiones. Reconocemos que somos miserables pecadores que no alcanzamos la perfección que Dios exige y que no merecemos nada diferente de su castigo. Pero sabemos que Jesús murió por todos nuestros pecados y que nos ofrece el perdón total y gratuito. Pecamos a diario, por eso buscamos diariamente el perdón de Dios y sabemos que cuando Dios perdona, perdona todos los pecados. Si nos perdonara todos los pecados menos uno, ¿qué bien nos haría? Un solo pecado no perdonado nos condenaría a los tormentos eternos del infierno.

En el santo bautismo, Dios lava todos nuestros pecados, pasados, presentes y futuros. En la Santa Comunión también nos perdona todos los pecados. La absolución que pronuncia el pastor u otro hermano en la fe, que es simplemente la declaración de la verdad del evangelio de que Dios perdona todos nuestros pecados por los méritos de Jesús, también nos otorga el perdón completo.

Lo que más necesitamos es el perdón de todos los pecados. Cuando nos damos cuenta de que seguimos pecando a pesar de nuestras mejores intenciones, podemos estar propensos a dudar que seamos perdonados. Por eso Dios nos asegura y nos vuelve a asegurar una y otra vez mediante el evangelio en la Palabra y en el sacramento que por supuesto, por los méritos de Jesús, ha apartado de nosotros todos nuestros pecados tan lejos como está el oriente del occidente y los ha lanzado en las profundidades del mar. El Dios omnisciente ha olvidado todos nuestros pecados, aunque no podamos evitar recordarlos. Cuando apreciamos la forma tan misericordiosa como él nos ha perdonado, ¿cómo nos

podemos negar a perdonar a alguien que nos haya ofendido? Si no perdonamos al otro, decimos que creemos que la gente debe pagar o sufrir las consecuencias de sus pecados y también le decimos a Dios que tampoco nos perdone. Un espíritu inclemente no puede coexistir con la humilde fe cristiana y sin fe no tenemos perdón ni salvación.

No nos metas en tentación. La tentación significa prueba de alguna clase. A veces Dios pone a prueba nuestra fe permitiendo que el sufrimiento, la desilusión y los problemas nos acosen; pero nos asegura que siempre estará con nosotros en las tribulaciones. Dios nos fortalecerá y siempre hará que los problemas resulten para nuestro bien y bendición. “Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien” (Romanos 8:28). Nada nos puede separar del amor de Dios en Cristo Jesús. En esta petición oramos a Dios que nos guarde y nos proteja de modo que el diablo, el mundo y nuestra carne pecaminosa no nos hagan pecar. Mientras vivamos en esta tierra nos asaltarán tentaciones de toda clase, pero con la ayuda de Dios ganaremos la victoria sobre ellas.

Sinos libranos del mal. El malo es el diablo, pero ésta puede ser una referencia al mal en general. Cualquier traducción es gramaticalmente aceptable y dicen esencialmente lo mismo. Todo el mal de este mundo es consecuencia de la obra de Satanás, así que ser librado del mal es ser librado del diablo. Esta última petición resume por lo menos las dos anteriores (así como la tercera petición resume la primera y la segunda). La séptima petición pide la liberación de todo mal del cuerpo y del alma ahora y por la eternidad. Reconocemos que Dios nos puede librar quitando de nosotros el mal o haciendo que nos ayude para un buen propósito o sacándonos del mal y llevándonos a él en el cielo. Dejamos que él decida cómo contestará esta última petición, así como todas las anteriores.

Porque tuyo es el Reino, el poder y la gloria, por todos los siglos. Amén. En algunas Biblias estas palabras sólo aparecen como nota al pie de la página; algunos de los antiguos manuscritos

del evangelio de Mateo no las incluyen. Es posible que fueran añadidas por copistas posteriores. Ya sea que hayan sido incluidas originalmente o no, son por completo bíblicas y apropiadas como conclusión o doxología del Padrenuestro. Nos recuerdan que Dios, que reina sobre todas las cosas, tiene el poder para contestar todas nuestras oraciones y merece toda la gloria ahora y para siempre. Él nos ha mandado orar y ha prometido escucharnos, así que podemos estar seguros de que escuchará y contestará nuestras oraciones. Con el “Amén” confesamos: Sé que todo esto es verdad.

Todos estos comentarios sobre el Padrenuestro sólo son superficiales; las riquezas de esta oración especial son inagotables. Mientras que la sigamos usando, haremos bien en seguir con su estudio y reflexión. ¡Solo el Hijo de Dios pudo habernos dado una oración tan corta, sencilla, profunda y suficiente!

El ayuno

¹⁶»Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas que desfiguran sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. ¹⁷Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, ¹⁸para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público.

La tercera “obra de justicia” sobre la cual habla Jesús es el ayuno. Parece que la ley de Moisés había exigido cuando mucho un día de ayuno por año (Levítico 16:29 en RVR habla de afligirse en el día de la expiación, lo cual se supone que es una referencia al ayuno). Los fariseos, por otro lado, ayunaban dos veces a la semana y se jactaban de eso; les gustaba mostrar que sufrían profundamente cuando ayunaban, y sus actos impresionaban a mucha gente, pero no impresionaban a Dios de ninguna manera.

A los creyentes del Nuevo Testamento no se les exige ningún ayuno. Sin embargo, si usted desea ayunar, dice Jesús, si le parece

que eso lo ayudará a mantener su carne pecadora bajo control y a concentrar su atención en los asuntos espirituales, ayune por supuesto. Pero no se lo mencione a nadie. Deje que eso sea exclusivamente entre usted y su Dios. Martín Lutero en su Catecismo Menor dice que algunos cristianos pueden encontrar útil el ayuno cuando se preparan para recibir la Santa Cena, pero eso no hace digno a nadie. El pecador penitente que cree que en el sacramento recibe el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo en, con y bajo el pan y el vino para el perdón de todos sus pecados, esa persona en verdad es digna y está bien preparada para ir a la mesa del Señor.

Tesoros en el cielo

¹⁹»No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el moho destruyen, y donde ladrones entran y hurtan; ²⁰ sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el moho destruyen, y donde ladrones no entran ni hurtan, ²¹ porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

²²»La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; ²³ pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que hay en ti es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?

²⁴»Ninguno puede servir a dos señores, porque odiará al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.

El consejo que Jesús nos da aquí es obviamente razonable y sensato, pero resulta muy difícil de ponerlo en práctica. Nuestro problema es el egoísmo y la avaricia de nuestra carne pecaminosa, a lo cual no nos podemos sobreponer por completo; no siempre podemos distinguir como es debido entre guardar con responsabilidad para nuestras necesidades futuras y atesorar con

egoísmo. Por eso necesitamos que se nos recuerde que los tesoros terrenales no nos pueden dar ninguna seguridad verdadera.

Cualquier cosa que poseamos se puede perder o alguien la puede robar, se puede arruinar con el óxido o el moho, o el fuego o una inundación la pueden destruir. Es un principio de la naturaleza que las cosas que no se utilizan tienden a deteriorarse y finalmente no sirven. También debemos recordar que nos pueden pasar muchas cosas que nos impidan disfrutar o usar nuestras posesiones. Lesiones, enfermedad, parálisis, ceguera u otras incapacidades pueden sobrevenir en cualquier momento, y la muerte siempre está a la puerta.

Es mucho más razonable guardar tesoros en el cielo, donde todo es seguro e imperecedero y estaremos allí para disfrutar esos tesoros por toda la eternidad. Pero ¿cómo guardamos tesoros en el cielo? Sin duda no podemos enviar por anticipado dinero, joyas, comida ni vestidos. Esas posesiones no serían útiles allí aunque de alguna manera las pudiéramos enviar o llevar.

Guardamos tesoros en el cielo siendo buenos mayordomos de las posesiones terrenales, utilizándolas en forma responsable y agradable a Dios, haciendo todo para su gloria. Cuando nuestro propósito principal en la vida es permanecer en el reino de Dios mediante la fe en Cristo y hacemos todo lo que podemos para compartir las bendiciones del reino con personas de todo el mundo, estamos guardando tesoros en el cielo.

No estamos ganando bendiciones celestiales especiales, pero Dios misericordiosamente nos bendecirá con la felicidad perfecta en el cielo, la comunión con todos los santos de todos los tiempos, salud perfecta y fortaleza, la liberación total del dolor, la tristeza, el sufrimiento y todas las consecuencias del pecado. ¿No tiene sentido concentrarse en alcanzar esa meta y evitar cualquier cosa que pueda interferir?

Cuando Jesús habla de ojo bueno y maligno se refiere a una determinación de la persona. Los ojos espirituales buenos ven y evalúan las cosas correctamente y permanecen fijos en la meta de la vida; los ojos malignos crean juicios, decisiones y actos malos

e incorrectos y hacen que nos precipitemos de cabeza en el desastre eterno.

Por naturaleza, todos tenemos “ojos malignos”, somos ciegos espirituales y necesitamos que el Espíritu Santo nos ilumine. Cuando el Espíritu nos ilumina mediante el evangelio de Cristo, podemos ver las cosas como realmente son. Nos podemos dar cuenta de la enormidad de nuestros pecados, podemos ver con claridad a Jesucristo como el único Salvador del pecado, podemos creer que somos limpios de todos los pecados y las culpas por medio de la preciosa sangre de Cristo, y podemos confiar en que somos herederos de los tesoros imperecederos de los cielos. Con esa visión espiritual, podemos evaluar como es debido los tesoros terrenales temporales y perecederos. Sin esto, caminamos en las tinieblas: “¡Y esas tinieblas son muy profundas!”

Con la mentalidad así determinada, no intentaremos servir a dos señores: a Dios y a las riquezas (otras versiones traducen literalmente adorar a Dios y a Mammon. Mammon es el dinero y las posesiones materiales en general, con la connotación de egoísmo y codicia; la NVI, versión inglesa, expresa la misma idea cuando escribe “Dinero” con mayúscula).

Las riquezas en sí mismas no son malas, son un regalo de Dios, y se pueden usar de muchas maneras agradables a él. Pero con frecuencia les damos mal uso a los buenos regalos de Dios. Tendemos a pensar que una gran cantidad de dinero resolvería todos nuestros problemas y nos haría en gran manera felices. Necesitamos que se nos recuerde que las mejores cosas en la vida en realidad son gratuitas; no hay nada de más valor que el aire puro y la luz del sol, el aire para respirar y el agua para beber, el clima agradable, la amistad, la capacidad de ver, oír, sentir y pensar, las bellezas de la creación de Dios, y sobre todo, la seguridad del amor de Dios, el pleno perdón en Cristo Jesús y la garantía de un lugar en las gloriosas mansiones celestiales, también por los méritos de Jesús.

Debemos luchar constantemente para mantener nuestra riqueza en sujeción como servidora y no permitir que se vuelva

nuestro amo. ¡Puede ser un amo muy cruel! La gente sacrifica salud, fortaleza, familia y amigos esforzándose por reunir tanto dinero como sea posible, y entonces descubren que las riquezas, en lugar de ser un bien, pueden ser un problema y una preocupación. El trabajo duro y la ambición pueden ser virtudes cristianas loables, pero debemos estar constantemente en guardia para que no se conviertan en obsesiones pecaminosas.

Las observaciones que Jesús hace aquí son obviamente razonables, prudentes y verdaderas, y necesitamos que se nos recuerden una y otra vez, ¡aunque tal vez no nos agrada que nos las recuerden! Tendemos a quejarnos cada vez que el pastor predica sobre el dinero, ¿no es cierto? En lugar de quejarnos y ponernos a la defensiva, pongámosle mayor atención a lo que dice; sus palabras sin duda estarán de acuerdo con lo que Jesús dice aquí. ¿Cómo, entonces, podemos hacerles objeciones como cristianos? ¡Démonos cuenta que es nuestra carne egoísta y pecaminosa la que está resentida, y ahogemos ese viejo Adán mediante la contrición y el arrepentimiento diarios! No hay nada más práctico o aplicable a la vida diaria que la guía para el uso apropiado de nuestro dinero. Dios deja mucho a nuestro albedrío, conciencia y libertad cristiana, pero los principios cristianos nos deben de guiar.

Con relación a esto, será aconsejable echarle una mirada al vicio del juego de azar que está invadiendo nuestro país. ¿Por qué la gente apuesta en los partidos? ¿Por qué a la gente le gusta ir a las carreras de caballos o de perros? ¿Por qué viajan grandes distancias y forman colas para comprar billetes de lotería? En ocasiones el juego de pequeñas cantidades puede ser un entretenimiento inocente, pero muy fácilmente el juego se puede convertir en obsesión, en un derroche que interfiere con las obligaciones familiares y con el reino de Dios. No podemos amar a las riquezas sin odiar a Dios, nos dice Jesús. Es obviamente una advertencia para nuestro bien.

No tenemos derecho de juzgar la fe de nadie sobre la base de la cantidad de dinero que le da a la iglesia o para obras de caridad,

pero es bueno que todos nos examinemos a nosotros mismos, teniendo en cuenta que la manera como consideramos y usamos nuestro dinero es un indicador preciso de nuestra condición espiritual. ¿Es el dinero nuestro siervo para glorificar a Dios y ayudar al prójimo, o le hemos permitido que se convierta en nuestro amo? ¡Dios es un Señor mucho más misericordioso de lo que jamás pudieran ser las riquezas!

No os afanéis

²⁵»Por tanto os digo: No os angustiéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? ²⁶Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y, sin embargo, vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ²⁷¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se angustie, añadir a su estatura un codo? ²⁸Y por el vestido, ¿por qué os angustiáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; ²⁹pero os digo que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos. ³⁰Y si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se quema en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, hombres de poca fe? ³¹No os angustiéis, pues, diciendo: “¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?”, ³²porque los gentiles se angustian por todas estas cosas, pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas ellas. ³³Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.

³⁴»Así que no os angustiéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propia preocupación. Basta a cada día su propio mal.

Si confiamos en Dios y no en las riquezas, no nos preocuparemos por las necesidades de esta vida. Preocuparse por estas cosas es pecado, porque expresa duda de que Dios hará lo que claramente ha prometido. No obstante, con frecuencia nos preocupamos, por la debilidad de nuestra carne. Aquí Jesús nos dice cómo tratar con nuestros afanes; primero dice que no nos preocupemos por la vida, la comida, la bebida o el vestido y luego nos dice por qué no nos debemos preocupar.

Su primer argumento compara lo mayor con lo menor. Si Dios le ha dado a usted la vida, que es mucho más grande que cualquier posesión material, ¿no le dará los regalos menores de comida, bebida, vestido y protección? ¿Tendría algún sentido que Dios nos diera la vida y después no le interesara sostenerla? La respuesta obvia es que no.

Luego compara lo menor con lo mayor. Si Dios provee para las necesidades de las aves del cielo, que no siembran ni siegan ni recogen en graneros, ¿no proveerá sus necesidades? Usted tiene la ventaja sobre las aves de que puede sembrar, segar y almacenar los frutos del campo en graneros. También usted tiene la ventaja de ser mucho más valioso ante Dios, ya que él lo creó con un alma inmortal. ¿Se puede imaginar que él está menos interesado en usted que en las aves? O mire los lirios del campo, no trabajan ni hilan; sin embargo, Dios los viste tan finamente que ni Salomón con todo su esplendor puede competir con ellos. Nosotros podemos “trabajar e hilar”. Tenemos esa ventaja sobre los lirios. Entonces ¿por qué nos afanamos por tener el vestido necesario? La hierba del campo se usaba como combustible para cocinar en áreas donde la leña era escasa; estaba ahí hoy, y mañana ya no, y aún así Dios también hizo de los campos cubiertos de hierba algo bello. ¿Nos podemos imaginar que Dios tenga menos interés por nosotros? ¡Imposible!

Al tener esas observaciones y reafirmaciones en mente, Jesús nos da un consejo que bien puede servir como lema para vivir la vida cristiana día a día: “Buscad primeramente el reino de Dios y

su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Versículo 33). Jesús dice que hagamos de su reino y su justicia la prioridad número uno en la vida. Debemos recordar que Dios gobierna todo el mundo para el bien de su iglesia, sus creyentes. Él es todopoderoso e infinitamente misericordioso y lleno de gracia, y su sabiduría no tiene límite.

Por eso queremos servirle en todo lo que hacemos. Queremos llevar vidas justas porque sabemos que somos justos delante de Dios en virtud de la vida perfecta de Jesús y su inocente sufrimiento y muerte. Dios nos ha recibido como hijos amados y queremos permanecer como sus hijos ahora y en la eternidad. Por eso queremos usar fielmente los medios que nos ha dado para preservarnos y fortalecernos en la fe, su evangelio en Palabra y sacramento, los únicos medios que necesitamos.

El evangelio nos habla del amor de Dios, pero es más que un mensaje, el poder salvador de Dios está en él. Los herederos de la salvación tenemos el feliz privilegio de servir como mensajeros de Dios para darles a conocer esa poderosa verdad salvadora a los pecadores perdidos sobre toda la tierra. Ése es el propósito principal por el que Dios mantiene y prolonga nuestra vida terrenal y podemos participar en esta bendita obra de una manera u otra mientras estemos con vida.

Cuando dejamos que lo primero sea primero en nuestra vida, lo secundario vendrá casi automáticamente. Dios cumplirá la promesa que nos hizo de darnos comida, bebida, vestido y protección. No tenemos derecho a esperar que lo haga sin esfuerzo ni trabajo de nuestra parte. Por lo general, él provee nuestras necesidades por medio de los procedimientos normales de la naturaleza. Envía los rayos del sol y la lluvia y hace que los campos, los bosques, los huertos y viñedos sean productivos. Y normalmente nos da la capacidad y la oportunidad de hacer trabajo útil y así ganar la porción que necesitamos de su generosidad.

Quienes no pueden ganarse el pan de cada día por una u otra razón, tienen derecho a esperar que otros los ayuden, porque Dios

nos ha dicho que debemos compartir nuestros bienes con ellos. Dios también dice sencillamente que cualquiera que no quiera trabajar y ganarse el pan de cada día no tiene derecho a esperar que otros le ayuden en sus necesidades.

Jesús no nos promete una vida sin dificultades y sin las consecuencias del pecado, ellas nos mantienen conscientes de nuestro pecado e indignidad y de nuestra diaria necesidad del perdón misericordioso de Dios por causa de Jesús. También nos ayudan a poner la atención en la meta de nuestra fe y esperar la vida sin problemas en los cielos, que nunca terminará. Él, que nos ha dado esta herencia gloriosa, dice que no nos afanemos por las cosas de esta vida, porque con toda seguridad nos llevará a esa meta.

Juzgar a otros

7 »No juzguéis, para que no seáis juzgados, ² porque con el juicio con que juzgáis seréis juzgados, y con la medida con que medís se os medirá. ³ ¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ⁴ ¿O cómo dirás a tu hermano: “Déjame sacar la paja de tu ojo”, cuando tienes la viga en el tuyo? ⁵ ¡Hipócrita! saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano. ⁶ »No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen y se vuelvan y os despedacen.

“No juzguéis” no es una prohibición absoluta. Juzgar no está prohibido en todas las circunstancias. En realidad, hay ocasiones en las que tenemos la responsabilidad de juzgar, y si no lo hacemos o nos negamos a juzgar en esas ocasiones, pecamos. Jesús nos recuerda que juzgar es un asunto serio, no algo que se toma o se descarta a la ligera. En el Padrenuestro le pedimos a Dios que nos

perdone nuestros pecados así como nosotros perdonamos a quienes pecan contra nosotros. Aquí se expresa la situación opuesta: así como condenamos a otros, debemos esperar ser condenados.

Otras palabras de la Escritura indican los momentos y las circunstancias en los que Dios nos da la responsabilidad de pronunciar juicios. Romanos 13 dice que quienes sirven en nuestras cortes civiles tienen la responsabilidad de juzgar a los malhechores. Mateo 18 dice que los cristianos individuales y las congregaciones cristianas deben juzgar a los pecadores abiertamente impenitentes. El apóstol Juan nos exhorta: “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido por el mundo” (1 Juan 4:1). Por tanto, Dios nos dice que juzguemos las acciones y las doctrinas sobre la base de su Palabra.

Cuando es claro que alguien desobedece un mandamiento de Dios o enseña evidentemente una doctrina contraria a la palabra de Dios, él ya ha juzgado a esa persona y quiere que estemos de acuerdo en ese juicio y que lo demos a conocer. No tenemos derecho a condenar los motivos ni a juzgar la sinceridad de otras personas, pero debemos condenar y advertir en contra de cualquier cosa o cualquier persona que desobedezca o rechace lo que Dios dice.

Por tanto, no debemos considerar a la ligera las enseñanzas de iglesias falsas o religiones paganas con comentarios populares pero incorrectos de que todos tenemos derecho a nuestras propias opiniones en asuntos espirituales; que una religión es tan buena como la otra y que hay muchos caminos para llegar al cielo: sólo decida lo que usted desea creer y practíquelo sinceramente. La sinceridad no hace correcto lo incorrecto o verdadero lo falso, ni que los ídolos sean alternativas aceptables al único verdadero y viviente Dios.

Por otro lado, cuando no conocemos todos los detalles, Dios quiere que le demos la mejor interpretación a todo, y nunca tenemos derecho de condenar los motivos de alguien sobre la base

de nuestros propios sentimientos. Sólo Dios puede mirar el corazón de la persona e identificar motivos falsos o insinceridad, y ese juicio se lo dejamos a Dios.

Los demás tienen derecho de aplicarnos las normas que usamos para juzgarlos y no les podemos negar ese derecho, pero nuestra mayor preocupación debe ser el juicio de Dios que hacemos venir sobre nosotros cuando somos culpables de juzgar injustamente.

Jesús ilustra el juicio hipócrita con la imagen de la paja y la viga. Es una figura literaria (hipérbole), pero el punto es claro. La persona cuyo juicio moral está totalmente oscurecido por una viga en su ojo, no tiene ni el derecho ni la capacidad para sacar un pequeño trozo de paja (una falla relativamente menor en la percepción moral) del ojo de otro. Es como si un ciego tratara de guiar a alguien que es sólo miope. No es sólo necio y ridículo; es peligroso para los dos.

Sin embargo, hay momentos en los que tenemos el deber de juzgar a otros. Hay ocasiones en las que Dios nos dice que consideremos y tratemos a algunas personas como perros o cerdos. Los perros con los que estaban familiarizados los discípulos de Jesús no eran mascotas atractivas que se podían acariciar; eran sucios, callejeros, animales fieros de carroña. Los cerdos eran animales ceremonialmente inmundos para los judíos, por eso no los criaban, pero había algunos por allí. Esos cerdos eran codiciosos, animales peligrosos que comían en los basureros y no dudaban en atacar al que se pusiera en su camino. Jesús dice que no se les debe dar a esos perros nada sagrado ni se debe arrojar perlas a esos cerdos.

“Lo santo” se puede referir a la carne de los sacrificios que se ofrecían en el Templo. Una parte de ella se daba para que los sacerdotes la comieran, otra la consumía totalmente el fuego del altar, y otra se llevaba al hogar de la persona que llevaba la ofrenda. Era comida para la familia y a nadie se le hubiera ocurrido echarla a los perros.

Las perlas eran adornos hermosos y costosos. Una dama elegante las usaría en ocasiones especiales, pero los cerdos no tendrían ningún aprecio por ellas porque no se las podían comer. Así que los cerdos pisotearían las perlas en el barro y atacarían a la persona que se las ofrecía. Echar las perlas a los cerdos no sólo sería necio sino peligroso. Ninguna persona razonable haría tal cosa.

La carne sagrada y las perlas preciosas representan las verdades salvadoras de la santa palabra de Dios. El evangelio se debe proclamar a todo el mundo porque Cristo murió por todos y quiere que todos se salven, pero a veces aquellos a quienes se les ofrece reaccionan como los depravados animales que se han mencionado. Cuando vemos esa reacción, ya no es nuestra responsabilidad ofrecer las bendiciones del evangelio a esas personas. Cuando las personas muestran desprecio por el evangelio, deshonoramos el evangelio y al Salvador mismo si se lo seguimos ofreciendo. Es el momento de retirarnos e ir a otra parte.

Seguiremos orando para que finalmente el Señor encuentre la manera de llevar a esas personas al arrepentimiento, pero no someteremos el evangelio al ridículo y al desprecio por más tiempo. Tampoco quiere el Señor que nos exponamos a peligros personales en esos casos. Habrá peligros y adversidades suficientes cuando fielmente tratemos de compartir el evangelio dondequiera que nuestro Señor nos llame para continuar en esta obra bendita. Él no quiere que busquemos problemas.

Cuando Jesús envió a sus discípulos por toda la tierra a proclamar la venida de su reino, les dijo: “Si alguno no os recibe, ni oye vuestras palabras, salid de aquella casa o ciudad y sacudid el polvo de vuestros pies” (Mateo 10:14). El apóstol Pablo también siguió ese consejo. En Corinto por ejemplo, proclamó el evangelio: “Pero oponiéndose y blasfemando estos, les dijo, sacudiéndose los vestidos: ‘Vuestra sangre sea sobre vuestra propia cabeza. Mi conciencia está limpia; desde ahora me iré a los gentiles’” (Hechos 18:6). Jesús practicó este mismo principio en presencia del

incrédulo rey Herodes. Cuando “le hizo muchas preguntas,...él nada le respondió” (Lucas 23:9).

Pedid, buscad, llamad

⁷»Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá, ⁸ porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ⁹ ¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¹⁰ ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? ¹¹ Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan? ¹² Así que todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos, pues esto es la Ley y los Profetas.

Si nos juzgamos a nosotros mismos sobre la base de la ley de Dios, tenemos que decir que somos pecadores indignos y no tenemos derecho de pedirle nada a Dios. Sin embargo, Jesús nos dice que, por la gracia de Dios, tenemos derecho de pedirle todo lo bueno y que podemos estar seguros de que Dios nos escuchará y nos responderá. “Pedid... buscad... llamad” son imperativos presentes en griego, así que el significado exacto es que debemos seguir pidiendo, buscando y llamando. Debemos orar sin cesar, sin dejar de hacerlo cada vez más. Buscar es más dinámico que pedir, y llamar es como ir a la casa de alguien a media noche y hacer que se levante de la cama para que nos ayude en nuestras necesidades.

Jesús no promete que siempre obtendremos exactamente lo que pedimos en oración; sólo dice que nuestras oraciones serán contestadas. Cuando pidamos algo, se nos dará; cuando busquemos, hallaremos; cuando llamemos, la puerta se abrirá. Dios nos permitirá ir ante él para presentarle nuestras peticiones, nos escuchará con imparcialidad y nos tratará conforme a nuestras necesidades y a su inmensa sabiduría y misericordia.

Para destacar que Dios contestará nuestras oraciones de la mejor manera, Jesús nos recuerda cómo responden los padres terrenales a las peticiones de sus hijos. Si un niño le pide pan, ningún padre terrenal le dará una piedra. La piedra puede tener tamaño y forma similares a las de un pan, pero sería un sustituto cruel. Una serpiente no se parece a un pescado, pero una serpiente y un pescado se pueden parecer si se cortan y se cocinan; la serpiente puede incluso tener sabor parecido al pescado, pero la serpiente era ceremonialmente inmunda para los judíos, y tenían prohibido usarla como alimento.

En Lucas 11:12 Jesús también usa el ejemplo de un escorpión en lugar de un huevo. Un escorpión totalmente enroscado puede tener forma similar a la de un huevo pequeño, pero nunca servirá para reemplazarlo; sería dañino y peligroso. Sólo un padre terrenal pervertido respondería a las peticiones de su hijo en una de esas formas. Los hijos normalmente pueden confiar en que sus padres les darán lo que necesitan de la mejor manera posible.

Entonces, ¿no es evidente que nuestro Padre celestial nos dará algo mucho mejor? Él nos ha dado el regalo más precioso, su Hijo para ser nuestro Salvador del pecado, así que podemos con toda seguridad contar con él para la provisión de todas las necesidades menores. Por nuestra imperfecta comprensión, a veces pedimos “piedras”, “serpientes” o “escorpiones”. En cambio él nos da pan, pescado y huevos. Nos da algo diferente de lo que pedimos porque nos ama y sabe qué es lo mejor para nosotros ahora y para la eternidad.

¿Qué tal si Dios le diera exactamente lo que le pidiera y se lo diera de inmediato? Cuando alguien se detiene a pensar en esto, se da cuenta de que tendría miedo de orar, porque con toda seguridad pediría cosas que pueden ser dañinas o hasta desastrosas. Se haría usted mismo el amo y a Dios su siervo. ¿No es absurdo pensar que somos más sabios que Dios y que por eso sería bueno que él aceptara órdenes de nosotros?

En el versículo 12 Jesús resume todo lo que les ha enseñado a los discípulos acerca de sus relaciones con otras personas: “Así que todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos”. Este dicho es popularmente conocido como la regla de oro. En otras religiones del mundo se encuentran expresiones similares, pero todas ellas están por debajo de la regla de oro de Jesús, y sólo el creyente en Cristo puede vivir completamente de acuerdo con ella. Jesús no dice que tratemos bien a otros para que ellos nos traten bien, aunque por lo general así ocurre. Tampoco dice que tratemos al prójimo como él nos trata. Más bien, dice que en toda situación nos preguntemos: ¿qué me gustaría que mi prójimo hiciera por mí si yo estuviera en su lugar? Entonces se debe proceder de acuerdo con eso, y seguir tratando al prójimo de esa manera sin considerar cómo nos trata él a nosotros. No lo debemos hacer para ganarnos la buena voluntad de nuestro prójimo, sino porque apreciamos la gracia y la misericordia con la que nuestro Señor nos ha tratado.

Muchas personas que no son cristianas piensan que pueden hacer de esta regla de oro toda su religión y así ganar la salvación por sus obras. Desde luego, pueden ganar algunos beneficios terrenales como resultado de tratar de obedecer la regla de oro externamente, pero Dios no reconocerá sus obras, porque sus motivos serán muy egoístas, porque tratan de obedecer esperando ganar una recompensa. Su justicia será como la de los fariseos, y recordemos que Jesús nos dice que requiere un grado de justicia mucho más alto y noble para entrar en el reino de Dios. Sólo la justicia perfecta de Cristo, que se atribuye a los que confían en él, es aceptable a Dios. Por la gracia de Dios tenemos esa justicia y por eso nos esforzamos para vivir de acuerdo con la regla de oro.

La puerta estrecha y la puerta angosta

¹³»Entrad por la puerta angosta, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son

los que entran por ella; ¹⁴pero angosta es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.

Es esencial recordar que estas palabras les fueron dirigidas originalmente a personas que ya creían en Cristo, los discípulos. No son un llamado a los incrédulos para que tomen una decisión por Cristo, ni una descripción de las dificultades que deben vencer. Entrar por la puerta estrecha es una descripción de lo que es entrar en el reino de Dios y es un recordatorio de que sólo podemos entrar en los términos de Dios, que son estrechos y concretos. Eso implica reconocer los pecados, arrepentirnos de ellos, confiar sólo en Cristo para el perdón y estar decididos, con la ayuda de Dios, a enmendar nuestros caminos pecaminosos. Es lo que llamamos arrepentimiento, y sólo Dios el Espíritu Santo obra el arrepentimiento en el corazón. El cristiano es por definición un pecador penitente y el arrepentimiento no es asunto de una sola vez. No es como si los indignos pecadores nos arrepintiéramos una vez y ya no necesitáramos preocuparnos más por arrepentirnos.

Martín Lutero señala en sus 95 Tesis que el arrepentimiento debe ser una forma de vida para nosotros, que la vida entera del cristiano se caracteriza por el arrepentimiento. Por la debilidad de nuestra naturaleza humana pecamos diaria y gravemente, a pesar de todas nuestras buenas intenciones. Esto nos entristece, pero al mismo tiempo estamos felices de saber que nuestro Salvador nos sigue perdonando. Nuestra lucha contra el pecado y contra Satanás durará mientras vivamos en esta tierra, pero nuestra victoria final es una certeza mientras pongamos la confianza en Cristo nuestro Salvador.

Desde luego que es un camino estrecho. El mundo está lleno de otras religiones y muchas de ellas prometen vida eterna, pero sus promesas siempre se basan en algún esfuerzo o mérito humano. Le dicen a la gente lo que debe hacer o soportar para ganar la vida eterna, imponen mandamientos de hombres, como hacían los fariseos; o le dicen a la gente que establezca sus propias

normas y haga su propio camino a los cielos, que no hay diferencia en el nombre que use para Dios o cómo lo adore, mientras sea sincero y no ofenda deliberadamente a otras personas.

Todos los que practican esas religiones de origen humano están en el camino ancho que lleva a la destrucción. Es una autopista de muchos carriles y está llena todo el tiempo. Como la vasta mayoría de la humanidad viaja por este camino, se imaginan que debe ser la vía correcta, porque ¿cómo es posible que tantas personas estén equivocadas? Al menos están dispuestos a arriesgarse.

La mayoría puede sostener esas opiniones y considerar a Cristo como sólo uno de los caminos a la vida eterna, pero nadie tiene derecho de decir que la fe cristiana le permite esas libertades. Lo que Jesús dice no puede ser más claro, dice que él es el único camino a la vida eterna y nos advierte que el camino estrecho a la vida eterna puede ser difícil y doloroso a veces, pero promete que desde luego nos conducirá a la vida eterna en los cielos. Nos amonesta a todos para que no nos desviemos del camino estrecho.

Un árbol y sus frutos

¹⁵»Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. ¹⁶Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? ¹⁷Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. ¹⁸No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. ¹⁹Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. ²⁰Así que por sus frutos los conoceréis.

²¹»No todo el que me dice: “¡Señor, Señor!”, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. **²²Muchos me dirán en aquel día: “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos**

muchos milagros?”²³ Entonces les declararé: “Nunca os conocí. ¡Apartaos de mí, hacedores de maldad!”

Los falsos profetas llevan a las personas a través de la puerta ancha y por el camino ancho que lleva a la destrucción eterna; por eso Jesús dice que tengamos cuidado con ellos. Eso implica que debemos reconocerlos y evitar que nos lleven por el mal camino. No será fácil reconocerlos a primera vista, porque vienen vestidos de ovejas; en otras palabras, parecen inofensivos, como si fueran de los nuestros.

Pueden ser cordiales y perfectamente sinceros, pueden estar convencidos por completo de que proclaman la verdad de Dios sobre la base de las Sagradas Escrituras. Y habrá quienes afirmen que han recibido revelaciones especiales del Señor además de las verdades reveladas en la Escritura.

Por otro lado, habrá mentirosos y engañadores deliberados que saben que no son honestos con sus oyentes, interesados sólo en ganancias y enriquecimiento personal, que distorsionan la palabra de Dios para engañar en vez de iluminar. Hay muchas variedades y grados de falsos profetas, pero lo que todos tienen en común es que engañan a sus oyentes.

Por eso Jesús dice que “por dentro son lobos rapaces”. Sin tener en cuenta su sinceridad ni sus intenciones, el resultado final de su enseñanza es que dañan y destruyen a las personas en lugar de salvarlas. En vez de conducir a la gente por el camino estrecho a la vida eterna, los extravían para que vayan por el camino ancho que lleva a la destrucción. No importa que sean amables, serviciales y caritativos, ni las obras maravillosas que puedan hacer, ni tampoco si les dan de comer a los hambrientos o atienden a los enfermos y les dan alojamiento a los desamparados, todo eso es de poco valor si aquellos a quienes sirven terminan en el tormento eterno del infierno.

Esto no equivale a decir que a los cristianos no nos deben interesar las necesidades físicas de las personas, pero les haremos

mucho daño si no las encaminamos a Jesucristo, que es el único camino a la vida eterna. Después de todo ¿de qué le sirve a una persona ganar, o recibir, todo el mundo, si pierde su alma?

Tenemos que conocer sus frutos para distinguir entre los falsos profetas y los verdaderos mensajeros de Dios. Sus frutos son principalmente las doctrinas que proclaman y no los éxitos externos que puedan alcanzar. Si alguien profetiza y sus predicciones no se cumplen, sabemos que es un falso profeta. Las promesas de Dios siempre se cumplen. Si alguien le agrega algo a la palabra de Dios o le quita algo, también podemos identificar a esa persona como falso profeta. Y cualquiera que enseñe algo contrario a la palabra de Dios es un falso profeta. Tenemos que evaluar el mensaje de un predicador sobre la base de las Sagradas Escrituras. Si su mensaje contradice el mensaje de Dios, sabemos quién tiene la razón y quién está equivocado.

Por lo tanto, cualquiera que niegue que Dios creó los cielos y la tierra por el omnipotente poder de su Palabra, o que Adán y Eva fueron creados a la imagen de Dios y que perdieron esa imagen cuando cayeron en el pecado, o que hubo un diluvio universal en la época de Noé, o que un gran pez se tragó a Jonás y éste vivió para contarlo, o que Jesús nació de una virgen, o que realizó obras milagrosas de curación y de alimentación y que resucitó muertos, o que resucitó al tercer día y 40 días después ascendió a los cielos, o que Jesús derramó su sangre para expiar los pecados de todo el mundo; cualquiera que niegue alguna de estas claras enseñanzas de la Biblia por ello se identifica como falso profeta.

Algunas de estas falsas enseñanzas no rechazan a Cristo como Salvador por sí mismas ni privan a la persona de su salvación eterna, pero cualquier enseñanza que rechace alguna verdad de la Escritura socava la autoridad de la palabra de Dios y amenaza con privar a las personas de su salvación. Por lo tanto, debemos hacer caso del consejo de Jesús: “Guardaos de los falsos profetas”.

Después de exhortarnos a no permitir que los falsos profetas nos engañen, Jesús nos advierte que no nos engañemos a nosotros mismos: “No todo el que me dice: ‘¡Señor, Señor!’, entrará en el reino de los cielos”. Se refiere a tener sólo las características externas de religioso y asegura que algunos convencerán a otros y hasta se convencerán a ellos mismos. Cuando sean llamados ante el trono de juicio de Cristo el último día, señalarán sus obras religiosas, clamarán que profetizaron en el nombre de Jesús, que en su nombre echaron fuera demonios y que realizaron muchos otros milagros.

En muchos casos, esas personas pudieron hacer milagros aparentes, como falsas curaciones; pudieron haber engañado a mucha gente, pero no podrán engañar a Cristo. También debemos admitir la posibilidad de que en algunos casos realmente hayan hecho obras poderosas, pudieron haber tenido dones especiales del Espíritu Santo que hicieron posibles esas obras, pero los usaron para glorificarse a ellos mismos en vez de señalar al Señor Jesucristo como el verdadero hacedor de los milagros y el único Salvador de los pecadores. Su principal problema es que nunca reconocieron su pecado y su indignidad y no buscaron humildemente a Jesús para el perdón y la salvación. Así que, a pesar de todas las cosas sorprendentes que hayan hecho, el veredicto final de Jesús es señalarlos como “hacedores de maldad”.

Es significativo que aquellos a quienes Jesús rechaza en el juicio mencionan sus propias obras y por eso esperan que los reciban en el cielo. Por otra parte, los salvos se sorprenden al oír que Jesús menciona las buenas obras que ellos habían olvidado. Las obras que Dios considera buenas son evidencia de la fe salvadora y de los frutos de esa fe. Pero la salvación es sólo por la fe y todas las obras meritorias y salvadoras las realizó el Redentor. ¡Tenga cuidado de que alguien trate de decirle algo diferente!

Edificadores prudentes e insensatos

²⁴»A cualquiera, pues, que me oye estas palabras y las pone en práctica, lo compararé a un hombre prudente que edificó su casa sobre la roca. ²⁵Descendió la lluvia, vinieron ríos, soplaron vientos y golpearon contra aquella casa; pero no cayó, porque estaba cimentada sobre la roca. ²⁶Pero a cualquiera que me oye estas palabras y no las practica, lo compararé a un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena. ²⁷Descendió la lluvia, vinieron ríos, soplaron vientos y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina.»

²⁸Cuando terminó Jesús estas palabras, la gente estaba admirada de su doctrina, ²⁹porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas.

Al concluir su sermón, Jesús les recuerda a los discípulos que no es suficiente oír sus palabras, ni hacer gestos de aprobación; debemos poner en práctica sus palabras. Somos salvos sólo por la fe en Cristo, pero la fe salvadora siempre encuentra formas de expresarse en buenas obras. Las buenas obras no tienen mérito en sí mismas, pero dan evidencia de la presencia de una fe viva. Como la fe no es visible, en el día del juicio Cristo señalará los frutos de la fe de todos los creyentes como evidencia de que han sido recibidos en el reino de los cielos. Aquí hace lo mismo.

Durante todo el sermón, Jesús ha señalado lo que significa poner sus palabras en práctica. Sobre la base de esas palabras, podemos decir que el hombre prudente que construye su casa sobre la roca es pobre en espíritu, que está afligido, es humilde, que tiene hambre y sed de justicia, que es de corazón puro, que es pacificador y perseguido por causa de la justicia. Es la sal de la tierra y la luz del mundo. Su justicia supera a la de los fariseos y los maestros de la ley. No resiste al malo sino que vuelve la otra mejilla, que da más de lo que se le pide. Ama aún a los enemigos y les da a los necesitados sin que su mano izquierda sepa lo que

hace su mano derecha. Ora humilde y sinceramente. Almacena tesoro en los cielos y trata de no servir a dos señores: a Dios y a las riquezas. Confía en que Dios proveerá para todas sus necesidades. No juzga el corazón de otras personas. Se cuida de los falsos profetas y entra por la puerta estrecha. Todas estas obras agradables a Dios están incluidas cuando Jesús habla del hombre prudente que edificó su casa sobre la roca.

Una persona así está preparada para soportar los problemas, los peligros y las dificultades de esta vida. Su casa es sólida y estable. Tarde o temprano sufrirá la prueba de la lluvia que cae sobre el tejado, de los vientos que golpean las paredes y las crecientes aguas que amenazan socavar los cimientos. No obstante su casa seguirá en pie. Ese hombre prudente sobrevivirá, porque toda su vida se apoya en el sólido fundamento de Jesucristo y su Palabra. Sabe que Dios está y estará con él en las circunstancias difíciles; sabe que tenemos que pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios. Sabe que le pertenece al Señor, que lo ha redimido y que nada lo podrá separar del amor de Dios.

La casa del insensato parece que está construida de la misma manera. El edificador insensato también oye las palabras de Cristo, pero en realidad no las pone en práctica. Aparentemente puede llevar una vida decente y respetable, como los fariseos y maestros de la ley, pero en realidad no reconoce su pecado personal y su indignidad y no mira sólo a Cristo para el perdón y la salvación. Confía fundamentalmente en sus obras y méritos propios. Cuando se enfrenta a las mismas pruebas que el otro hombre, toda su casa se derrumba. El fundamento sobre el que está construida su vida se desplazará como arena movediza. “Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Corintios 3:11). Hay muchos sustitutos atractivos disponibles, entre los cuales están todos los sistemas de justicia por obras y todas las religiones creadas por hombres, pero todo eso conducirá al terrible desastre eterno.

“Y cayó, y fue grande su ruina”, son las palabras finales de Jesús en el sermón del monte. Describen la destrucción eterna de

todos los que confían en cualquier salvador diferente de Cristo. Jesús con toda seguridad les dio a sus oyentes algo en qué pensar, y la multitud que escuchaba cuando Jesús les dirigió sus palabras principalmente a los discípulos “estaba admirada de su doctrina”. Pudieron percibir la autoridad divina con la que habló, no pudieron contradecir nada de lo que dijo, ya que Jesús fundamentalmente sólo les reveló las Escrituras. Sus maestros de la ley se basaban demasiado en su propia autoridad y no eran muy convincentes. Necesitamos predicadores que hablen con la misma autoridad. “Así dice el Señor” debe ser el fundamento de nuestra predicación y no filosofías ni especulaciones de sabios ni eruditos de este mundo.

CUARTA PARTE
Jesús sana a muchos y envía a los doce
(8:1–10:42)

El leproso

8 Cuando descendió Jesús del monte, lo seguía mucha gente. ² En esto se le acercó un leproso y se postró ante él, diciendo:

—Señor, si quieres, puedes limpiarme.

³ Jesús extendió la mano y lo tocó, diciendo:

—Quiero, sé limpio.

Y al instante su lepra desapareció. ⁴ Entonces Jesús le dijo:

—Mira, no lo digas a nadie, sino ve, muéstrate al sacerdote y presenta la ofrenda que ordenó Moisés, para testimonio a ellos.

Poco antes del sermón del monte de Jesús, Mateo dice que grandes multitudes lo seguían (4:25). Aquí habla de grandes multitudes que seguían a Jesús cuando bajó del monte. Cuando oyeron hablar a Jesús, reconocieron que hablaba con autoridad, y ahora sus palabras serán confirmadas por las obras poderosas que realizará. En la siguiente narración, Mateo relata tres grupos de tres milagros y la reacción de la gente a cada uno de ellos.

El primero de los milagros fue la curación de un leproso. La palabra que usa Mateo para lepra se puede referir a veces a enfermedades de la piel menos severas, pero en este caso Lucas dice literalmente que el hombre estaba “lleno de lepra”; evidentemente era esa enfermedad espantosa en estado avanzado. A este hombre le podían faltar dedos de las manos o de los pies, total o parcialmente, y la piel de todo su cuerpo pudo haber estado hinchada y manchada. A una persona así no se le permitía vivir con su familia y el enfermo tenía que advertirles a los demás que mantuvieran su distancia. Por lo tanto, este hombre necesitó

mucho valor para acercarse a Jesús en presencia de una gran multitud. Sin embargo, no tenía nada que perder, ya que su enfermedad se consideraba incurable y no le quedaba mucha vida. Tal vez nadie lo podría ayudar, pero creyó que Jesús sí podía.

Las palabras que le dijo a Jesús son un modelo de oración: “Señor, si quieres, puedes limpiarme”. No le pidió nada directamente, simplemente expresó su confianza en el Señor Jesús y estaba dispuesto a someterse a su voluntad. Sabía que si Jesús quería lo podía sanar, pero no sabía cómo iba a responder a su oración. Estaba dispuesto a recibir una respuesta negativa, si así hubiera contestado Jesús.

Inmediatamente Jesús reveló su voluntad sobre el asunto y le dijo al leproso: “¡Quiero, sé limpio!” Esas poderosas palabras sanaron al hombre instantánea y completamente. El poder del Señor siempre es inherente a sus palabras, todo lo que él dice es verdadero y cualquier cosa que promete debe suceder. No puede ser de otra forma, el que creó el universo y estableció las leyes de la naturaleza sigue siendo el Señor sobre todo lo que hizo. Puede responder a cualquier petición que llevemos ante él y contestará todas nuestras oraciones de la mejor forma.

Marcos 1:45 dice que el leproso curado entonces desobedeció al claro mandato que le dio Jesús de que no le dijera a nadie de este milagro. Ese mandato puede parecer extraño porque mucha gente fue testigo de esa poderosa obra de Jesús. Sólo podemos especular por qué Jesús le dio el mandato, tal vez no quería que el informe les llegara a los sacerdotes de Jerusalén hasta después de que hubieran visto al hombre y lo hubieran declarado sano. Cuando consideramos la actitud hostil que la mayoría de los sacerdotes tuvieron hacia Jesús, entendemos que un sacerdote no estaría muy dispuesto a verificar un milagro realizado por él, pero ese problema no existiría si el sacerdote no estuviera enterado de la participación de Jesús en el suceso.

Este leproso sanado pudo haber pensado en honrar a Jesús contándoles a otros el milagro, pero el hecho es que el Señor pensó de otra manera. Las buenas intenciones no hacen agradable a Dios

un acto de desobediencia, aunque Dios todavía tiene el control y puede hacer que todo resulte para bien. Honramos a nuestro Señor de la mejor manera confiando incondicionalmente en sus promesas y obedeciendo de igual forma sus mandamientos.

La fe del centurión

⁵ Al entrar Jesús en Capernaúm, se le acercó un centurión, que le rogaba ⁶ diciendo:

—Señor, mi criado está postrado en casa, paralítico, gravemente atormentado.

⁷ Jesús le dijo:

—Yo iré y lo sanaré.

⁸ Respondió el centurión y dijo:

—Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra y mi criado sanará, ⁹ pues también yo soy hombre bajo autoridad y tengo soldados bajo mis órdenes, y digo a éste: “Ve”, y va; y al otro: “Ven”, y viene; y a mi siervo: “Haz esto”, y lo hace.

¹⁰ Al oírlo Jesús, se maravilló y dijo a los que lo seguían:

—De cierto os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe.

¹¹ Os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; ¹² pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujiir de dientes.

¹³ Entonces Jesús dijo al centurión:

—Vete, y como creíste te sea hecho.

Y su criado quedó sano en aquella misma hora.

Un centurión, por definición, era el comandante de 100 hombres en el ejército romano. En el Nuevo Testamento se mencionan varios centuriones, todos ellos hombres honorables. Jesús elogia a este hombre como modelo de fe que los cristianos deben imitar. Su fe fuerte y humilde es evidente en este relato. Lucas 7:1-10 proporciona unos cuantos detalles adicionales: el

centurión no se acercó personalmente a Jesús, sino que le envió unos ancianos judíos para que le presentaran su petición. Ellos estaban alegres de hacerlo, porque reconocían a ese centurión como amigo especial del pueblo judío. Hicieron énfasis en el mérito de ese hombre diciéndole a Jesús que había construido una sinagoga en Capernaúm para el pueblo judío.

De la misma manera que el leproso en los versículos anteriores, el centurión sencillamente hizo que Jesús viera su necesidad y confió en que él haría lo mejor por su siervo. Jesús prometió ir de inmediato a la casa del centurión y sanar al siervo. Sin embargo, el centurión reconocía que un judío piadoso nunca entraría en la casa de un gentil y quería evitarle a Jesús cualquier molestia. Por eso envió a unos amigos para que le aseguraran que no esperaba que él entrara en la casa de un gentil; tenía la certeza de que Jesús podía sanar a su siervo sin siquiera verlo. Como oficial del ejército, comprendía que podía mandar a los soldados a su cargo y que le obedecerían de inmediato sin dudar, y de la misma manera, Jesús, como el Hijo de Dios, tenía poder sobre cualquier enfermedad y sobre cualquier fuerza de la naturaleza. Él ejerció ese poder sanando al siervo del centurión sin verlo y también puede sanar todas nuestras enfermedades.

Jesús alabó la fe de este centurión y prometió que muchos más gentiles de toda la tierra serán recibidos en su reino. También, advirtió que muchos “hijos del reino”, es decir, descendientes físicos de Abraham que no compartían la fe de Abraham en el Salvador, serán echados a las tinieblas de afuera. Estarán separados permanentemente de la presencia de su Señor y Salvador y sufrirán los dolores de la eterna condenación en el infierno. Su “lloro y crujir de dientes” nunca terminará.

Jesús sana a muchos

¹⁴Fue Jesús a casa de Pedro y vio a la suegra de éste postrada en cama, con fiebre. ¹⁵Entonces tocó su mano y la fiebre la dejó; ella se levantó, y los servía.

16 Al caer la noche le llevaron muchos endemoniados, y con la palabra echó fuera a los demonios y sanó a todos los enfermos, 17 para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías: «Él mismo tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias.»

No conocemos el estado civil de la mayoría de los discípulos de Jesús, pero es evidente que Pedro era casado; en su casa, su suegra padecía de fiebre. Lucas (4:38) añade que tenía fiebre alta. Cuando Jesús la sanó, la fiebre inmediatamente se le quitó. A veces una fiebre puede desaparecer de repente durante el curso normal de una enfermedad, pero en esas circunstancias la persona necesita tiempo para recobrar las fuerzas. En este caso, la suegra de Pedro se levantó de la cama de inmediato y sirvió a Jesús. Por lo tanto es claro que fue una curación milagrosa, no una coincidencia.

El siguiente versículo menciona de manera general que esa tarde le llevaron a Jesús mucha más gente poseída por el demonio o que sufría de alguna enfermedad corporal. Jesús echó fuera todos los espíritus inmundos y sanó a todos los enfermos. Los relatos de la vida de Jesús en los cuatro evangelios nos impresionan porque Jesús nunca rechazó a nadie que se presentara delante de él o que le llevaran para que lo sanara. Algunos comentaristas bíblicos han sugerido que la tierra de Israel estaba prácticamente libre de enfermedades y posesiones demoníacas durante los años del ministerio de Jesús, ya que Jesús nunca rechazó a nadie. Puede ser una exageración, pero es cierto que la reputación de Jesús como sanador se extendió por toda la tierra de Israel y más allá. Todos los milagros de curación que Jesús realizó lo identificaron no sólo como gran profeta del Señor, sino como el Mesías prometido. Él cumplió la profecía mesiánica de Isaías 53:4.

El precio de seguir a Jesús

18 Viéndose Jesús rodeado de mucha gente, dio orden de pasar al otro lado. 19 Se le acercó un escriba y le dijo:

—**Maestro, te seguiré adondequiera que vayas.**

²⁰ **Jesús le dijo:**

—**Las zorras tienen guardidas, y las aves del cielo, nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde recostar su cabeza.**

²¹ **Otro de sus discípulos le dijo:**

—**Señor, permíteme que vaya primero y entierre a mi padre.**

²² **Jesús le dijo:**

—**Sígueme; deja que los muertos entierren a sus muertos.**

Aunque Jesús nunca rechazó a nadie que le pidiera ayuda, se retiró ocasionalmente de las muchedumbres para descansar y dedicar tiempo para orar a su Padre celestial. En ese momento su estrategia fue cruzar al otro lado del lago (el mar de Galilea). Antes de que se pudiera ir, un maestro de la ley se ofreció a acompañarlo adondequiera que fuera. Los maestros de la ley (escribas) eran, en su mayoría, enemigos acérrimos de Jesús, porque lo veían como una amenaza a su autoridad entre el pueblo. Tenían razón en eso, porque Jesús a menudo denunciaba a los escribas y fariseos por tantas leyes de hombres que le habían agregado a la ley de Moisés, así como por su hipocresía y la justificación que pretendían por las obras. Lo puso muy en claro en el sermón del monte y por eso este maestro de la ley era una obvia excepción.

No cuestionamos la sinceridad de ese hombre, pero evidentemente no era consciente de todas las repercusiones que tenía su promesa. Jesús era muy popular en ese tiempo y el hombre pudo pensar que era buen momento para adherirse al movimiento político de Jesús. Por eso Jesús le recordó que la vida de un discípulo no iba a ser agradable ni fácil. Tenía que esperar adversidades y privaciones, porque Jesús ni siquiera tenía un lugar que pudiera llamar propio. En ese sentido, tenía menos que los animales como las zorras o las aves del cielo.

No se nos dice cómo respondió el maestro de la ley. ¿Estaba dispuesto a comprometerse en una vida tan dura? ¿Qué cree usted que hizo? ¿Qué hubiera hecho usted en su lugar? ¿Qué sacrificios

está dispuesto a hacer para servir a su Salvador y seguir con el trabajo de su reino?

Otro hombre, que ya era uno de los discípulos de Jesús (pero no uno de los doce), le pidió a Jesús que lo esperara para seguirlo: “Señor, permíteme que vaya primero y entierre a mi padre”, le pidió. Parece ser una petición razonable, y la respuesta de Jesús es sorprendente, por no decir estremecedora. No conocemos todas las circunstancias, por eso no tenemos derecho a juzgar. Jesús estaba familiarizado con la situación y podía leer la mente y el corazón del hombre, y sobre la base de eso le dijo que lo siguiera de inmediato. Algunos comentaristas opinan que el padre del hombre estaba vivo aunque tal vez avanzado en años y con precaria salud. En ese caso, eso hubiera tomado un tiempo indefinido y es fácil entender la respuesta de Jesús. Sin embargo, parece más natural suponer que el hombre acababa de recibir la noticia de la muerte de su padre y sabemos que era costumbre entre los judíos enterrar al muerto dentro de pocas horas. Por eso el hombre solicitó sólo una corta demora.

Jesús sabía qué era lo mejor para este hombre en particular en ese momento y en ese lugar. Lo trató así por su bienestar espiritual. Es evidente que el padre del hombre murió incrédulo y Jesús correctamente estableció que los muertos (muertos espirituales, otros incrédulos) podían encargarse del entierro. Jesús y sus discípulos tenían mucho trabajo urgente por hacer y querían rescatar a tanta gente como les fuera posible de la muerte espiritual y de la condenación eterna. Era muy tarde para rescatar al padre fallecido de este discípulo.

Jesús calma la tempestad

²³ Entró él en la barca y sus discípulos lo siguieron. ²⁴ Y se levantó en el mar una tempestad tan grande que las olas cubrían la barca; pero él dormía. ²⁵ Se acercaron sus discípulos y lo despertaron, diciendo:

—¡Señor, sálvanos, que perecemos!

²⁶ Él les dijo:

—¿Por qué teméis, hombres de poca fe?

Entonces, levantándose, reprendió a los vientos y al mar, y sobrevino una gran calma. ²⁷ Los hombres, maravillados, decían:

—¿Qué hombre es éste, que aun los vientos y el mar lo obedecen?

Las tempestades repentinas y violentas no eran raras en el mar de Galilea. La mayoría de los 12 discípulos de Jesús habían sido pescadores profesionales y con seguridad habían experimentado esas tempestades y podían controlar un barco en una tormenta. Pero esta tormenta era especialmente violenta y los discípulos de inmediato se dieron cuenta de que la situación estaba fuera de su control. Mientras tanto, Jesús dormía plácidamente en la popa del barco. Por eso los atemorizados discípulos lo despertaron. Primero, Jesús reprendió a los discípulos por la pequeñez de su fe. Después de haber visto la autoridad de la enseñanza de Jesús y tantos milagros que hizo, debían haberse dado cuenta de que estaban perfectamente a salvo mientras él estuviera con ellos. Es obvio que él no estaba atemorizado ni preocupado, entonces ¿por qué deberían estarlo ellos?

Es fácil que critiquemos la falta de fe de los discípulos en esta situación, pero ¿cómo hubiéramos reaccionado usted o yo? Después de todo, sabemos que Jesús también está siempre con nosotros, no importa dónde estemos o qué peligros nos amenacen. ¿Podemos afirmar que nuestra fe nunca se debilita en momentos de dificultad y peligro? También debemos confesar que nuestra fe a veces es lamentablemente débil. En momentos como ése podemos aprender también de los débiles discípulos de Jesús e ir a nuestro Señor en oración y confiar en él para la liberación.

Segundo, Jesús reprendió los vientos y las olas. Cuando Jesús les ordenó a las fuerzas de la naturaleza que se calmaran, por supuesto que eso sucedió sin demora. El poder omnipotente de Jesús como el Hijo de Dios estaba en las palabras que dijo. Así

como el centurión de Capernaúm podía esperar obediencia inmediata cuando le daba una orden a un soldado que estuviera bajo su mando, también el viento y las olas tenían que obedecer a quien los había creado y había establecido todas las leyes de la naturaleza. Eso es cierto respecto a todas las promesas que nuestro Señor nos da en las inspiradas Escrituras. Cada una de las amenazas que ha hecho de castigar la maldad y la incredulidad desde luego que se llevará a cabo; y cada una de las promesas de perdonar, bendecir y salvar a los pecadores penitentes no puede dejar de cumplirse. Por eso nuestra salvación es segura, porque tenemos la palabra de Jesús y depende enteramente de su sufrimiento y muerte como nuestro sustituto y no de algo que hayamos hecho.

“Los hombres” que se mencionan en el versículo 27 por lo visto incluyen más que a los 12 discípulos. El relato de Marcos (4:35-41) menciona personas en otras barcas que zarparon al mismo tiempo con Jesús, y aunque ellos todavía no entendían completamente quién era Jesús, estaban muy impresionados por este milagro sorprendente.

Nosotros tenemos ventaja sobre toda la gente que estaba en la barca con Jesús o en las barcas vecinas, porque sabemos que Jesús es el Hijo de Dios y que murió voluntariamente por nuestros pecados, resucitó al tercer día y ascendió a los cielos cuarenta días después. Él ha prometido que un día volverá y resucitará a todos los muertos y nos llevará a nosotros y a todos los creyentes a él en los cielos. Nuestra llegada al destino celestial es tan cierta como fue la segura llegada de los discípulos al otro lado del mar de Galilea. Nosotros también debemos esperar que encontraremos tormentas en el camino.

Curación de dos endemoniados

(Mc 5.1-20; Lc 8.26-39)

²⁸ Cuando llegó a la otra orilla, a la tierra de los gadarenos, vinieron a su encuentro dos endemoniados que salían de los

sepulcros, feroces en gran manera, tanto que nadie podía pasar por aquel camino. ²⁹Y clamaron diciendo:

—¿Qué tienes con nosotros, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?

³⁰Estaba paciendo lejos de ellos un hato de muchos cerdos.

³¹Y los demonios le rogaron diciendo:

—Si nos echas fuera, permítenos ir a aquel hato de cerdos.

³²Él les dijo:

—Id.

Ellos salieron y se fueron a aquel hato de cerdos, y entonces todo el hato de cerdos se lanzó al mar por un despeñadero, y perecieron en las aguas. ³³Los que los apacentaban huyeron y, llegando a la ciudad, contaron todas las cosas y lo que había pasado con los endemoniados.

³⁴Entonces toda la ciudad salió al encuentro de Jesús y, cuando lo vieron, le rogaron que se fuera de su territorio.

Al otro lado del lago dos hombres poseídos por demonios se encontraron con Jesús. En el caso de ellos, los demonios les daban fuerza sobrenatural, así que no los podían controlar ni con cadenas. La gente tenía miedo hasta de acercarse a ellos. Vivían en tumbas que evidentemente eran como cuevas excavadas en la ladera del monte. Esos dos hombres poseídos por demonios reconocieron que Jesús era el Hijo de Dios y que tenía mucho más poder que ellos. No le podían hacer frente a su poder, sólo podían suplicarle misericordia. También reconocieron que a partir del día del juicio estarían confinados al dominio de Satanás, donde iban a sufrir el tormento eterno. Tenían miedo de que Jesús los lanzara a ese reino de las tinieblas de afuera ese mismo día.

Los que andan en los caminos de Satanás en este mundo, que no quieren arrepentirse de sus pecados y rechazan a Jesucristo como el único camino de salvación, deben sentir el mismo temor. La conciencia les dice que son culpables de muchos pecados y merecen que Dios los condene al tormento eterno en el infierno. Al parecer no se preocupan por el hecho de que el castigo eterno

les pueda sobrevenir en cualquier momento, repentina e inesperadamente. No tienen garantía de sobrevivir 70 años y ni tan solo un día más, y parece que no aprecian que sus días en la tierra son su tiempo de gracia, que Dios todavía los llama al arrepentimiento de sus pecados, a confiar en Jesús su Salvador y a recibir las bendiciones de la vida eterna en el cielo, a pesar de su vida pecadora anterior. Satanás y sus ángeles malvados no tendrán otra oportunidad para volver al reino de los cielos del que fueron echados, pero la gente pecadora en este mundo tiene esa oportunidad hasta el día de su muerte (a menos de que Dios ya haya terminado su tiempo de gracia, haya endurecido su corazón y hecho imposible el arrepentimiento para ellos debido a su terquedad y persistente desprecio de su gracia).

Los demonios que Mateo menciona aquí le rogaron a Jesús que les permitiera entrar en una manada de cerdos que pacía cerca. Su petición nos puede confundir; sin embargo, debió ser la única solución o refugio que se les ocurrió en su desesperación. También nos puede sorprender mucho que Jesús les haya concedido su petición. Pero su nueva morada era muy provisional, porque los cerdos, unos 2,000, se precipitaron por un despeñadero al agua y se ahogaron.

No sabemos quiénes eran los dueños de esos cerdos, pero sí sabemos que los cerdos eran animales inmundos para los judíos, de acuerdo a la ley de Moisés, y también sabemos que ese era un territorio judío. Si los dueños de los cerdos eran judíos, Jesús permitió un justo juicio para ellos. Nos recuerda las ocasiones en las que expulsó del Templo a los mercaderes y a los cambistas. No importa de quién fueran los cerdos, el Señor todavía es el verdadero dueño de todo en este mundo y más allá, y tiene el derecho de hacer con sus posesiones lo que le plazca.

Es significativo que nadie culpara a Jesús por lo que permitió que les pasara a los cerdos. Después de que los porquerizos fueron al pueblo e informaron sobre su pérdida, la ciudad salió al encuentro de Jesús. No le exigieron que restituyera la pérdida, sólo le rogaron que se fuera. Mientras Jesús se iba, uno de los hombres

que había sido liberado de los demonios quería seguirlo. No obstante, Jesús le aconsejó que se quedara con su familia y que diera testimonio a su propia gente acerca de la obra poderosa que había hecho por él.

No sabemos lo que hizo el maestro de la ley (versículo 19) en cuanto a seguir a Jesús ni lo que hizo el discípulo (versículo 21), pero este hombre hizo exactamente lo que Jesús le dijo (Lucas 8:39).

Jesús sana a un paralítico

9Entonces, entrando Jesús en la barca, pasó al otro lado y vino a su ciudad. ²Y sucedió que le llevaron un paralítico tendido sobre una camilla. Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico:

—Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados.

³Entonces algunos de los escribas se decían a sí mismos: «Éste blasfema». ⁴Conociendo Jesús los pensamientos de ellos, dijo:

—¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ⁵¿Qué es más fácil, decir: “Los pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate y anda”? ⁶Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados —dijo entonces al paralítico—: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.

⁷Entonces él se levantó y se fue a su casa. ⁸La gente, al verlo, se maravilló y glorificó a Dios, que había dado tal potestad a los hombres.

El viaje de regreso en la barca al otro lado del mar de Galilea fue tranquilo. “Su ciudad” era Capernaúm, porque allí estableció su sede durante la mayor parte de su ministerio, como año y medio. No podemos decir con seguridad si la curación del paralítico se llevó a cabo inmediatamente después de su regreso a Capernaúm o si fue un poco más tarde.

Sin embargo, resulta claro que grandes multitudes seguían a Jesús. Muchos estaban impresionados por la autoridad con que hablaba; algunos sin duda iban sólo por curiosidad o con la esperanza de verlo hacer más milagros. Y por lo menos unos cuantos estaban allí para criticar a Jesús. Su oposición se convirtió en enemistad y finalmente en odio asesino. En ese momento la mayoría parecía ser al menos amigable con Jesús.

Los relatos de Marcos y de Lucas dan más detalles de esta curación. Mateo no menciona la forma interesante en que le llevaron al paralítico a Jesús. La casa estaba tan llena que los cuatro hombres que lo cargaban no pudieron pasar por la puerta, así que lo subieron al techo de la casa, abrieron el tejado, y lo bajaron exactamente delante de Jesús. Mateo no tenía que mencionar estos detalles porque estaba más interesado en las repercusiones teológicas que en los detalles interesantes de este acontecimiento.

Jesús, en su omnisciencia, reconoció la fe del paralítico y la de los cuatro hombres que lo cargaban. Sabía que la mayor necesidad de ese hombre era el perdón de sus pecados. Eso es cierto para nosotros y para todos los pecadores, por supuesto, pero Jesús supo que este hombre sentía una necesidad especial de perdón. Muchos judíos suponían que quien sufriera una gran aflicción debía haber cometido un pecado terrible y que estaba sufriendo el castigo. Algunos pecados tienen consecuencias naturales que aterrorizan. No podemos evitar pensar en el SIDA y otras enfermedades devastadoras que se propagan principalmente por actos de inmoralidad sexual. No tenemos derecho de juzgar el corazón de nadie que sufra una aflicción extraña, nuestro deber cristiano es hacer lo que podamos por quienes necesitan ayuda y no sólo por los que consideramos que la merecen.

Por caridad cristiana no queremos juzgar a ese paralítico. Su sufrimiento pudo haber aumentado porque sabía lo que muchos pensaban de su aflicción. Algunos, como los amigos de Job, tal vez lo hayan acusado de terribles pecados secretos y lo hayan acosado para que los confesara. Al dejar a un lado todo esto, como

ser humano pecador, pudo pensar en muchos pecados “ordinarios” por los cuales Dios justamente lo podía castigar. Mientras yacía sin esperanza día tras día, tuvo mucho tiempo para reflexionar acerca de su pecado, por eso Jesús satisfizo la más grande necesidad de este hombre cuando le declaró: “Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados.”

Durante todo el episodio, todos excepto Jesús permanecieron en silencio; por lo menos no están escritas otras palabras que se hayan dicho. Los fariseos y los maestros de la ley no tuvieron el valor para hablar en voz alta, pero Jesús podía leer sus corazones y sus mentes y conocía los malos pensamientos que había en ellos. El hecho de que no pudieron le esconder ni sus pensamientos a Jesús era evidencia de la deidad de Jesús, porque sólo Dios puede mirar el corazón del hombre y juzgarlo justamente. No negaron lo que Jesús dijo de ellos. Por supuesto que lo acusaban de blasfemia, porque afirmaba que tenía autoridad divina para perdonar los pecados. Podían ver que Jesús hablaba como sólo Dios tiene derecho de hablar, pero se negaban a creer que todas sus obras poderosas probaban que era el Hijo de Dios.

Por eso Jesús les hace una pregunta: “¿Qué es más fácil decir: ‘Los pecados te son perdonados’, o decir: ‘Levántate y anda’?” Obviamente, es más fácil decir lo primero, porque es imposible que alguien pueda ver si esas palabras son eficaces. Pero para el paralítico la orden de levantarse y caminar resultaría inútil si el por su condición no pudiera seguir esas instrucciones. En ambos casos, sólo Dios tendría la autoridad y el poder para hablar eficazmente, en verdad quitar los pecados y hacer que un paralítico se levante, tome su lecho y vaya a su casa. Así que Jesús sanó al hombre afligido y sus adversarios no pudieron responder nada.

La mayoría de los que presenciaron estas obras divinas de Jesús “se asombraron y glorificaron a Dios” (Marcos 2:12). Puede que no hayan entendido completamente que Jesús era verdadero Dios y verdadero hombre, el Mesías prometido, el único Salvador del mundo, pero era claro para ellos que Jesús glorificaba a Dios, no blasfemaba de él, y alabaron a Dios por las cosas que habían

oído y visto. También nosotros adoramos a Dios por perdonar nuestros pecados y darles a todos los cristianos la autoridad de perdonar los pecados de los pecadores penitentes en el nombre de Jesús.

Llamamiento de Mateo

⁹ Saliendo Jesús de allí, vio a un hombre llamado Mateo que estaba sentado en el banco de los tributos públicos, y le dijo:

—Sígueme.

Él se levantó y lo siguió. ¹⁰ Aconteció que estando él sentado a la mesa en la casa, muchos publicanos y pecadores, que habían llegado, se sentaron juntamente a la mesa con Jesús y sus discípulos. ¹¹ Cuando vieron esto los fariseos, dijeron a los discípulos:

—¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?

¹² Al oír esto Jesús, les dijo:

—Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. ¹³ Id, pues, y aprended lo que significa: “Misericordia quiero y no sacrificios”, porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.

En el capítulo anterior (8:19) leímos de un maestro de la ley que se ofreció voluntariamente a seguir a Jesús, pero él lo disuadió. Después, otro hombre, que ya era discípulo, quiso esperar y enterrar a su padre antes de ir con Jesús y él le dijo que viniera de inmediato. Ahora Jesús toma la iniciativa y recluta a Mateo como discípulo, y Mateo se levanta enseguida y sigue a Jesús. Jesús trató a cada uno de esos hombres de manera diferente; los trató como individuos. Sabía lo que había en el corazón y en la mente de ellos, y procedió de acuerdo con eso, teniendo en cuenta el mejor provecho para ellos y el bienestar de su reino.

Jesús apenas acababa de sanar al paralítico. Entonces procedió a llamar a Mateo de su puesto de cobrador de impuestos. Mateo parecía el candidato menos probable para convertirse en discípulo de Jesús. Como cobrador de impuestos (publicano), trabajaba para el gobierno romano. Los cobradores de impuestos tenían un contrato con las autoridades romanas para cobrar los impuestos en una región determinada. Acordaban enviarles una cantidad fija a los romanos. Lo que pudieran recoger aparte de esa cantidad lo dejaban para ellos.

En general, los cobradores de impuestos tenían reputación de deshonestos, recogían cantidades exageradas y así se enriquecían. No es de extrañar que sus paisanos los consideraran como los pecadores más viles. Los cobradores de impuestos estaban excluidos de la sinagoga y tenían prohibido mantener algún contacto religioso o social con los judíos “respetables”, porque los consideraban traidores y mentirosos. Por eso Mateo era un candidato para el discipulado muy parecido a Saulo de Tarso, que había tomado el liderazgo en la sangrienta persecución a los cristianos antes de que Jesús lo llamara y lo transformara en el gran apóstol Pablo.

Cuando Jesús vio a Mateo, sólo le dijo: “Sígueme”, e inmediatamente, “levantándose, lo siguió”. Dejó sus negocios y su estilo de vida; estaba dispuesto a perder su vida para salvarla. No fue una orden imperiosa del omnipotente poder de Jesús; fue una invitación de gracia, y Mateo la aceptó con gusto. Debió haber visto y oído a Jesús antes. Debió impresionarle mucho la autoridad con que hablaba y las obras poderosas que hacía. No hubiera esperado recibir una invitación personal de esta naturaleza, pero ahora no pidió tiempo para pensarlo ni para ir a poner en orden sus asuntos personales. Se levantó y siguió a Jesús sin dudar.

Para celebrar la ocasión, Mateo preparó en su casa una cena en honor de Jesús y para presentarlo a sus amigos y socios. Los fariseos que vieron esto criticaron mucho a Jesús por reunirse con personas tan indeseables. No tuvieron el valor de enfrentarlo directamente, así que se dirigieron a sus discípulos,

preguntándoles: “¿Qué es esto, que él come y bebe con los publicanos y pecadores?” Ésta fue tanto una acusación como una pregunta.

Aunque no se dirigieron directamente a Jesús, él les respondió. Hizo la observación evidente de que los enfermos necesitan médico, no los que están completamente sanos. De la misma manera, los que se consideran sanos en lo espiritual no buscarán médico para su alma. Los que se creen justos ante Dios por sus propias obras no están interesados en arrepentirse de sus pecados. En cambio, los que reconocen su pecado e indignidad personal pueden apreciar las buenas noticias del perdón por medio de la fe en Cristo Jesús. Así se sentía Mateo y estaba ansioso de compartir su alegría con sus amigos y socios.

El Señor dijo por medio del profeta Oseas: “Porque misericordia quiero y no sacrificios, conocimiento de Dios más que holocaustos” (6:6). Samuel también le dijo al desobediente rey Saúl: “¿Acaso se complace Jehová tanto en los holocaustos y sacrificios como en la obediencia a las palabras de Jehová? Mejor es obedecer que sacrificar; prestar atención mejor es que la grasa de los carneros” (1 Samuel 15:22). Agradamos a Dios obedeciendo conscientemente sus mandamientos y no haciendo nuestras propias normas ni jactándonos del cumplimiento de rituales establecidos por hombres. Aun la cuidadosa obediencia externa a los mandamientos de Dios no es suficiente. Dios quiere que reconozcamos nuestro pecado y nuestra indignidad personal, para buscar su misericordioso perdón mediante la obra de Jesús, y entonces, por gratitud a su misericordia, nos esforcemos para obedecer todos sus mandamientos.

La pregunta sobre el ayuno

¹⁴ Entonces se le acercaron los discípulos de Juan y le preguntaron:

—¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan?

¹⁵ Jesús les dijo:

—¿Acaso pueden los que están de bodas tener luto entre tanto que el esposo está con ellos? Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán. ¹⁶Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo, porque tal remiendo tira del vestido y se hace peor la rotura. ¹⁷Ni echan vino nuevo en odres viejos; de otra manera los odres se rompen, el vino se derrama y los odres se pierden; pero echa el vino nuevo en odres nuevos, y lo uno y lo otro se conservan juntamente.

El ayuno era una práctica religiosa común entre los judíos, especialmente entre los fariseos. Pensaban que ayunando dos veces a la semana servían a Dios de manera excepcional. La ley de Moisés parece que exigía el ayuno como máximo una vez al año el día de la expiación (Yom Kippur). El ayuno voluntario en otras ocasiones se debió practicar como expresión de pesar o de dolor por el pecado.

Los discípulos de Juan el Bautista estaban confundidos respecto de la práctica del ayuno. Juan les había enseñado a ayunar, y en ese aspecto se parecían externamente a los fariseos. Pero se dieron cuenta de que los discípulos de Jesús no guardaban todos esos días de ayuno.

Lo más probable es que los discípulos de Juan le preguntaron a Jesús acerca del ayuno con toda sinceridad, mientras que las preguntas de los fariseos se hacían generalmente para hacer caer a Jesús en lo que decía, para deshonrarlo y desacreditarlo. No obstante, Jesús siempre tuvo la respuesta correcta para ellos. En esta ocasión se comparó él y sus discípulos con un novio y sus invitados a la boda. Una boda es ocasión para festejar y celebrar. Esta comparación era muy apropiada, porque las Escrituras hablan de Cristo frecuentemente como el novio y sus creyentes, la iglesia, como su novia. Cuando finalmente nos lleve a estar con él en el cielo, será como la celebración de una boda que nunca terminará, habrá alegría y placer completos para siempre.

El sistema de superioridad moral de los fariseos era simplemente incompatible con el evangelio de Jesús y su reino. La gracia y las obras no se pueden combinar; el que insista en ganar su salvación, totalmente o en parte, por sus propias obras, rechaza la gracia de Dios en Cristo Jesús. Y el que confía sólo en los méritos de Cristo no intenta añadir sus propias obras de justicia al precio pagado por su salvación. Esa combinación es como “remiendo de paño nuevo en vestido viejo”. El remiendo será inútil, porque se encogerá y se soltará. De la misma manera, el vino nuevo no se guarda en un odre viejo. El cuero viejo es rígido y frágil, y la presión de la fermentación del vino nuevo reventará el odre, dañando tanto el recipiente como el contenido.

No hay sustituto para la gracia de Dios en Cristo Jesús. Él es el único camino a la vida eterna y el evangelio de Cristo es el único poder que puede salvar a los pecadores. Cualquier sustituto o combinación resulta desastroso.

La hija de Jairo y la mujer que tocó el manto del Señor Jesús

¹⁸ Mientras él les decía estas cosas, llegó un dignatario y se postró ante él, diciendo:

—Mi hija acaba de morir; pero ven y pon tu mano sobre ella, y vivirá.

¹⁹ Jesús se levantó y lo siguió con sus discípulos. ²⁰ En esto, una mujer enferma de flujo de sangre desde hacía doce años se le acercó por detrás y tocó el borde de su manto, ²¹ porque se decía a sí misma: «Con sólo tocar su manto, seré salva.»

²² Pero Jesús, volviéndose y mirándola, dijo:

—Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado.

Y la mujer fue salva desde aquella hora.

²³ Cuando entró Jesús en la casa del dignatario y vio a los que tocaban flautas y a la gente que hacía alboroto, ²⁴ les dijo:

—Apartaos, porque la niña no está muerta, sino que duerme.

Y se burlaban de él. ²⁵ Pero cuando la gente fue echada fuera, entró y tomó de la mano a la niña, y ella se levantó. ²⁶ Y se difundió esta noticia por toda aquella tierra.

Lucas dice que el nombre de este dirigente de la sinagoga era Jairo, y agrega que Jairo primero le pidió a Jesús que sanara a su hija, que estaba gravemente enferma. Luego recibió la noticia de que la niña había muerto y a partir de ese instante Mateo sigue con la narración. Jairo se postró delante de Jesús y con valor le pidió que la resucitara. Jesús había realizado muchos otros milagros, pero hasta ese momento no había resucitado a nadie. Jairo creyó que Jesús podía hacer también ese milagro. Jesús no prometió nada, simplemente fue con Jairo y sus discípulos los siguieron.

Debe de haber sido muy difícil para Jairo que una mujer que había sufrido de flujo de sangre durante 12 años los interrumpiera en el camino. Esta mujer había sufrido durante toda la vida de la hija de Jairo, había gastado su dinero en médicos pero sólo había empeorado. Ella también confiaba en que Jesús la podía ayudar. Se acercó en medio de la multitud y únicamente esperaba estar lo suficiente cerca como para tocar una de las borlas del manto de Jesús. El manto que los hombres judíos usaban era parecido a una sábana cuadrada con una borla en cada esquina (Deuteronomio 22:12). Se ponían el manto de tal manera que dos de las borlas colgaban por la espalda.

Esta mujer no tenía una promesa especial de que pudiera ser sanada de esta forma, pero confiaba en que podía dar resultado, y ¡así fue! Las borlas del manto de Jesús desde luego que no tenían poder para curar. Jesús hizo la curación cuando se dio cuenta de que ella se le acercó y decidió sanarla de esa forma.

No podemos decir por qué esta mujer no quiso hablarle a Jesús y pedirle que la sanara. Se ha sugerido que quizás sentía vergüenza por la índole de su enfermedad, o que se consideraba ceremonialmente impura y no quería que Jesús se hiciera impuro tocándola. Por eso, esperaba poder desaparecer en medio de la multitud. No obstante Jesús la detuvo, le aseguró que en realidad

estaba curada y que él lo sabía. No quería que esa mujer ni ninguna otra persona aceptara la idea supersticiosa de que la gente se puede sanar tocando las borlas del manto de Jesús sin decírselo a él. El poder de curar le pertenecía a Jesús, no a su manto, y él ejerció ese poder como vio que convenía, pero siempre estuvo al mando de la situación. Por lo tanto, esta mujer entendió que Jesús quiso sanarla. Él le dijo: “Tu fe te ha salvado”. Su fe, desde luego, no tenía poder de curación en sí misma, fue sencillamente el canal por el cual Jesús curó su cuerpo.

Nosotros también debemos confiar en Jesús para toda curación corporal. Junto con el rey David, podemos confesar esta fe: “Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas [mis] iniquidades, el que sana todas [mis] dolencias” (Salmo 103:2,3). Los médicos, las drogas, los procedimientos quirúrgicos y toda clase de tratamientos terapéuticos son regalos preciosos de Dios y deseamos usarlos así. Sin embargo, nos damos cuenta de que ninguna curación se realiza sin la bendición de Dios. Recordamos esto cuando dos personas con los mismos síntomas reciben el mismo tratamiento y una de ellas mejora completamente, mientras que a la otra no le ayuda para nada. El Señor creó nuestro cuerpo, nos dio la vida y sostiene nuestra fortaleza y salud como considera apropiado. Es de gran consuelo darnos cuenta de que nuestro omnisciente y todopoderoso Salvador, que nos amó hasta morir por nosotros, tiene nuestra vida en sus manos misericordiosas. Podemos confiar en que él nos tratará en esta vida de tal forma que finalmente heredaremos la vida perfecta y eterna en el reino de su gloria.

Cuando Jesús llegó a casa de Jairo, las plañideras ya estaban allá. Eran personas que lloraban y tocaban la flauta. Habían visto muchas personas muertas, y se rieron cuando Jesús les dijo que la niña sólo estaba dormida. La Biblia con frecuencia habla de la muerte de los hijos de Dios como un sueño. Eso es muy apropiado porque nuestra resurrección de la muerte según el horario de Dios es tan cierto y aun más que nuestro despertar cada mañana. Mucha gente muere mientras duerme, pero cada uno de los cristianos se

levantará definitivamente de la muerte cuando Cristo venga de nuevo y nos llame de la tumba. Él nos dio una muestra de ese día glorioso cuando demostró su poder sobre la muerte resucitando a la hija de Jairo. A su debido tiempo ella tuvo que morir otra vez, pero volverá a resucitar junto con nosotros y todos los creyentes en Cristo en el día del juicio; así lo dice la palabra de Jesús.

Jesús sana a ciegos y a mudos

²⁷ Cuando salió Jesús, lo siguieron dos ciegos, diciéndole a gritos:

—¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David!

²⁸ Al llegar a la casa, se le acercaron los ciegos y Jesús les preguntó:

—¿Creéis que puedo hacer esto?

Ellos dijeron:

—Sí, Señor.

²⁹ Entonces les tocó los ojos, diciendo:

—Conforme a vuestra fe os sea hecho.

³⁰ Y los ojos de ellos fueron abiertos. Jesús les encargó rigurosamente, diciendo:

—Mirad que nadie lo sepa.

³¹ Pero cuando salieron, divulgaron la fama de él por toda aquella tierra.

³² Tan pronto ellos salieron, le trajeron un mudo endemoniado. ³³ Una vez expulsado el demonio, el mudo habló. La gente se maravillaba y decía:

—Nunca se ha visto cosa semejante en Israel.

³⁴ Pero los fariseos decían:

—Por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios.

Estos dos ciegos fueron las primeras personas en el evangelio de Mateo que se dirigieron a Jesús como el Hijo de David; con esas palabras lo reconocieron como el Mesías esperado. Obviamente esperaban que Jesús les devolviera la vista, pero todo

lo que le pidieron fue que tuviera misericordia de ellos. Estaban dispuestos a dejar que él decidiera lo que iba a hacer por ellos en su misericordia. Aquí otra vez Jesús mostró su preocupación por las necesidades espirituales así como por las físicas y los trató de la manera más provechosa.

Jesús llevó a los dos ciegos adentro, donde estuvieran apartados de la interrupción de otras personas. Les preguntó sobre la fe en él y les dio la oportunidad de confesar esa fe. Entonces procedió a devolverles la vista. Como en ocasiones anteriores, Jesús les dijo que no hablaran de este milagro a nadie. Jesús todavía estaba más interesado en tratar las necesidades espirituales de la gente y ante todo no quería que lo conocieran por curar los males corporales, ni quería dedicar mucho de su tiempo a esa clase de servicio. En la tierra había muchas personas afligidas físicamente y Jesús nunca rechazó a nadie que necesitara curación corporal. Por otro lado, *todo el mundo* necesita curación espiritual, y ésa era la misión y el mensaje principal de Jesús.

“Pero cuando salieron, divulgaron la fama de él por toda aquella tierra”; pudieron tener buenas razones, pero el hecho es que le desobedecieron directamente a Jesús. Los buenos motivos no hacen que la desobediencia deliberada sea buena, y los motivos impuros arruinan los actos externos más ejemplares de obediencia a Dios.

Mateo relata otro milagro en este capítulo. Jesús sanó a un endemoniado, que no podía hablar por causa del demonio que lo poseía. Mateo simplemente cuenta que Jesús sanó al hombre, sin darnos más detalle. Otra vez la gente común respondió con asombro, pero los fariseos acusaban a Jesús de estar aliado con el demonio. La acusación era irrazonable y un ejemplo de la necesidad que hay en la incredulidad obstinada.

Los obreros son pocos

³⁵ Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, predicando el evangelio del Reino y

sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. ³⁶ Al ver las multitudes tuvo compasión de ellas, porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor. ³⁷ Entonces dijo a sus discípulos: «A la verdad la mies es mucha, pero los obreros pocos. ³⁸ Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies.»

Jesús siguió viajando de pueblo en pueblo, predicando, enseñando y sanando, y las multitudes lo seguían. Cuando vio las multitudes, se compadeció de ellas; las vio como ovejas sin pastor que iban al infierno, y se propuso rescatar a tantas como le fuera posible. También las vio como un campo de cultivo listo para la cosecha. Después de que el grano ha alcanzado ese punto, debe ser cosechado, porque de otra manera caerá al suelo y se desperdiciará.

Jesús les pidió a sus discípulos, y también nos pide a nosotros, que compartamos su compasión y nos dice que lo primero que quiere que hagamos es que mostremos esa compasión. “Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies.” Ése es el campo de la cosecha del Señor, y él hará lo necesario para traer a los obreros a la cosecha. También nos asegura que ninguno de sus elegidos perecerá. Todas las ovejas serán reunidas en su rebaño y lo hará con o sin nosotros. No nos necesita, pero quiere usarnos. Con misericordia quiere darnos el privilegio de participar en esta obra tan importante, obra con resultados benditos que durarán para toda la eternidad, y lo primero que nos pide que hagamos es algo muy sencillo y que no nos costará sino una pequeña parte de nuestro tiempo. Nos dice que oremos pidiendo obreros para su mies. En respuesta a nuestra oración él los dará.

Cuando le ofrecemos con sinceridad esas oraciones a nuestro Padre celestial, seguramente estamos dispuestos a permitir que él nos use como respuesta a nuestras oraciones. Nuestro Señor nos usará de una u otra manera en esta obra tan bendita, porque es privilegio de todos los creyentes en Cristo. Es un alto privilegio orar por esta obra, apoyarla y participar personalmente en ella.

Satanás quiere que la consideremos como una carga pesada que debemos evitar.

Jesús envía a los doce

Les da autoridad para sanar y echar fuera demonios

10 Entonces, llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus impuros, para que los echaran fuera y para sanar toda enfermedad y toda dolencia.

En el último versículo del capítulo 9 Jesús les dijo a los discípulos: “Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies.” No dudamos que los discípulos tomaron muy en serio estas palabras de Jesús y oraron por obreros, y el Señor primero respondió a su oración enviándolos a los campos de la cosecha espiritual. Habían orado con sinceridad y estaban felices de ser parte de la respuesta a sus oraciones.

Siempre que oramos por los paganos, por los que sufren, por los afligidos y por nuestros enemigos, queremos que el Señor nos use para aliviar los sufrimientos, para proclamar las buenas noticias del reino de Dios, o para vencer a nuestros enemigos mediante la bondad. Cuando oramos por las misiones, no sólo le pedimos al Señor que abra los corazones y las manos de otros cristianos para apoyar la obra misionera, también expresamos nuestra disposición a dar generosas ofrendas para la obra de la iglesia de Cristo. De otra manera, nuestras oraciones son hipócritas y es mejor no hacerlas.

En este momento Jesús les dio a sus discípulos una autoridad especial: “Sobre los espíritus inmundos, para que los echaran fuera y para sanar toda enfermedad y toda dolencias”. La gente había visto a Jesús hacer esos milagros; cuando sus discípulos hicieron milagros semejantes, se demostró que la autoridad de Jesús también acompañaba a las palabras de ellos. Quienes proclaman el evangelio después del tiempo de los apóstoles no necesitan milagros para autenticar su mensaje. Mientras que enseñen lo que

Cristo y los apóstoles enseñaron, los milagros de Cristo y de los apóstoles siguen autenticando el mensaje.

Jesús nos manda que juzguemos a los predicadores sobre la base del mensaje que proclaman. Si el mensaje es fiel a las Escrituras inspiradas, son verdaderos representantes de Jesús. Si enseñan lo contrario a la palabra de Dios, son falsos profetas, aunque parezca que pueden hacer curaciones milagrosas y otras maravillas. A Satanás le gusta usar su gran poder para engañar a la gente con prodigios mentirosos. A él no le interesa cuántas cosas maravillosas le suceden al cuerpo de las personas y a su vida terrenal, mientras pueda tener su alma prisionera y finalmente llevarlos en cuerpo y alma a la muerte eterna.

Elección de los doce

² Los nombres de los doce apóstoles son estos: primero Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; Jacobo hijo de Zebedeo, y su hermano Juan; ³ Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo, el publicano, Jacobo hijo de Alfeo, Lebeo, por sobrenombre Tadeo, ⁴ Simón, el cananita, y Judas Iscariote, el que también lo entregó.

Los nombres de los 12 apóstoles se citan también en Marcos 3, Lucas 6 y Hechos 1. Aunque hay pequeñas diferencias en el orden y hasta en los nombres que se les dan a algunos de ellos, se mencionan con regularidad en tres grupos de cuatro. En cada uno de los tres grupos se mencionan los mismos cuatro apóstoles.

Simón Pedro siempre se menciona primero y es claramente el más prominente de los doce. Era un líder natural que generalmente era el primero en hablar, y a veces hablaba y actuaba sin pensar y después lo lamentaba. Sólo debemos mencionar que Pedro se jactó con orgullo de que nunca iba a abandonar a su Señor, sin que importara lo que pudiera pasar, y luego lo negó vergonzosamente. O recordemos la ocasión en la que Pedro se atrevió a reprender a Jesús cuando habló sobre su inminente

sufrimiento y muerte, y Jesús tuvo que reprenderlo duramente, aún llamándolo Satanás.

Andrés era hermano de Pedro. Él y Juan fueron los primeros discípulos, y Andrés fue quien llevó a Pedro a Jesús.

Jacobo el mayor era hermano de Juan, y eran hijos de Zebedeo. Juan fue discípulo de Juan el Bautista antes de convertirse en seguidor de Jesús. En una ocasión (Lucas 9:54) Jesús llamó a Jacobo y a Juan “Hijos del trueno” (*Boanerges*) porque quisieron hacer caer fuego del cielo sobre unos samaritanos que no los quisieron recibir.

Sin mencionarse por su nombre, Juan en su evangelio frecuentemente se refiere a él mismo como el discípulo a quien Jesús amaba. La relación especial que existió entre Juan y Jesús se hizo evidente cuando Juan fue el único discípulo que permaneció con Jesús en el Calvario y Jesús le pidió que cuidara a María de allí en adelante como a su propia madre.

Pedro, Jacobo y Juan fueron el círculo íntimo de los discípulos. Los tres estuvieron con Jesús cuando resucitó a la hija de Jairo, cuando se transfiguró y cuando oró en el huerto de Getsemaní.

El segundo grupo de cuatro comienza con *Felipe*. Como Pedro, Andrés, Jacobo y Juan, Felipe era de Betsaida y llevó a Natanael (Bartolomé) a Jesús. Mateo, Marcos y Lucas lo mencionan sólo cuando hacen la lista de los doce. Juan nos dice que Felipe inmediatamente llevó a Natanael a Jesús (1:45), que no sabía qué hacer cuando los 5,000 necesitaban alimento (6:5,7) y que consultó con Andrés antes de llevar a unos griegos ante Jesús (12:21,22).

Natanael (Bartolomé) era de Caná, la aldea de Galilea donde Jesús hizo su primer milagro. A *Tomás* lo identificamos como el que duda, pero sería más caritativo creer que quería estar seguro. Se convenció de la resurrección de Cristo y pudo hablar valientemente de él. *Mateo* (Leví) ya ha sido presentado como autor de este evangelio y era cobrador de impuestos (publicano) antes de ser discípulo. Las Escrituras no dicen nada acerca de su

vida posterior. Podemos llamarlo el discípulo silencioso, porque no tenemos escritas en ninguna parte palabras que haya dicho.

El tercer grupo de cuatro comienza con Jacobo, hijo de Alfeo. A veces nos referimos a él como Santiago el menor, para distinguirlo del otro *Santiago el mayor*. Pudo haber sido “menor” en edad, tal vez en estatura, y de seguro en importancia como discípulo. Su madre (María) era hermana de María la madre de Jesús.

A *Tadeo* también se le llama Lebeo o Judas (no Iscariote). No era extraño referirse a un hombre en Israel empleando más de un nombre. Algunos tenían un nombre judío y uno griego. Otros adoptaron o les dieron un nombre nuevo después de una experiencia que cambió su vida (por ejemplo, Saulo de Tarso llegó a ser conocido como el apóstol Pablo).

Simón el zelote fue miembro de un partido político (los zelotes) que se proponía expulsar a las autoridades romanas de la tierra de Judá. Pudo haber sido atraído a Jesús originalmente porque esperaba que él liderara al pueblo en una revolución y se estableciera como rey terrenal en un Judá independiente. Sabemos que a veces todos los discípulos parecían asociar esas falsas expectativas con Jesús el Mesías.

Al último discípulo que se menciona en todas las listas es “*Judas Iscariote*, el que también lo entregó”. Su nombre siempre sugiere traición cuando lo oímos. Siempre se menciona como último en las listas de los discípulos. Las únicas palabras que se mencionan de él en las Escrituras están en Mateo 27:4: “He pecado entregando sangre inocente”, y en Juan 12:5: “¿Por qué no se vendió este perfume por trescientos denarios y se les dio a los pobres?” Juan agrega inmediatamente este comentario: “Pero dijo esto, no porque se preocupara por los pobres, sino porque era ladrón y, teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella” (12:6). A pesar de que la desertión de Judas había sido predicha por el salmista y por Jesús, y aunque Satanás lo usó como instrumento, Judas fue responsable de sus hechos malvados. Aquí tenemos un ejemplo extraordinario de cómo puede Dios usar

hechos malvados de personas perversas para llevar a cabo sus planes misericordiosos. Dios usó a Judas (y a Caifás y a Poncio Pilato, entre otros) para llevar a cabo su plan de redención del mundo mediante el sacrificio de su Hijo en la cruz del Calvario.

Se han escrito libros enteros sobre los 12 apóstoles, pero mucho de lo que se ha escrito es sólo tradición, leyenda o especulación. Sabemos bastante de ellos como grupo, pero muy poco de la mayoría de ellos como individuos. Sólo incluiremos unos comentarios más.

Aunque Jesús tuvo 12 discípulos principales, también tuvo un círculo más amplio de 70, y a todos los cristianos se les puede llamar con propiedad discípulos de Jesús. Un discípulo es simplemente el que aprende de otro como su maestro. Sólo hubo 12 apóstoles. Para ser apóstol, era necesario haber visto a Jesús, ser testigo presencial de su resurrección y tener el poder y la autoridad para hacer milagros en el nombre de Jesús. Todos fueron directamente llamados por Jesús o por el Espíritu Santo. Estos requisitos son claros cuando leemos cómo fue escogido Matías para reemplazar a Judas Iscariote (Hechos 1:12-26) y cómo defendió Pablo su oficio apostólico (Gálatas 1:11-24).

Es interesante notar que de los 12 discípulos había dos que se llamaban Simón, dos Jacobo y dos Judas. La mayoría de los doce habían sido pescadores galileos. Sólo Judas Iscariote era de Judea. (Iscariote significa “hombre de Queriot”, una aldea de Judea).

La mayoría de los 12 apóstoles no dejó nada escrito, pero como grupo están bien representados como autores de los libros del Nuevo Testamento. Pedro escribió dos epístolas; Juan escribió un evangelio, tres epístolas y el Apocalipsis; y Mateo escribió este evangelio. Tenemos suficiente información de primera mano para saber exactamente lo que los apóstoles creyeron y enseñaron.

Hasta donde sabemos, la mayoría de los apóstoles murieron como mártires. La tradición dice que a Pedro lo obligaron a ver cómo mataron a su esposa y después lo crucificaron cabeza abajo (por petición propia, porque se consideraba indigno de morir como

había muerto Jesús). Se dice que Andrés fue clavado a una cruz inclinada y que sufrió allí durante tres días antes de morir. Santiago el mayor fue el primero en ser martirizado; el rey Herodes Agripa I lo decapitó. Natanael supuestamente fue desollado (aún vivo le quitaron la piel) y luego crucificado con la cabeza hacia abajo. A Santiago el menor tal vez lo arrojaron desde el pináculo del Templo y luego lo golpearon con garrotes hasta matarlo. Judas Iscariote se suicidó.

Sólo Juan vivió hasta una edad avanzada y murió de muerte natural. Vivió cerca de cien años pero pasó sus últimos años exiliado en la isla de Patmos. Mientras vivió ahí, tuvo el privilegio de ver revelaciones extraordinarias. De acuerdo con las instrucciones de Jesús, las escribió para nosotros en el libro de Apocalipsis, que se encuentra apropiadamente ubicado como el último libro del Nuevo Testamento.

Jesús los instruye para su misión Id a las ovejas perdidas de Israel

⁵ A estos doce envió Jesús, y les dio instrucciones diciendo: «Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, ⁶ sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel. ⁷ Y yendo, predicad, diciendo: “El reino de los cielos se ha acercado.”

“Estos doce” eran hombres de quienes no se podría esperar que cambiaran el mundo. En cuanto a ellos, no tenían mucha educación ni eran muy sofisticados, tenían una fe débil y eran lentos para aprender. Sólo pudieron realizar su misión mediante la autoridad y el poder de su Señor. El mensaje del evangelio que debían proclamar era más que un relato de acontecimientos, era un mensaje vivo y poderoso que el Espíritu Santo usaría para producir la fe salvadora en el corazón de quienes lo escucharan. Así que era muy importante que los discípulos cumplieran con exactitud las instrucciones de Jesús y que proclamaran fielmente

su mensaje. Así no fracasarían y no podrían fracasar. Por eso Jesús les dio instrucciones muy claras y precisas.

Jesús los envió de dos en dos para que cada uno apoyara y animara a su compañero. Les dijo que por ahora no fueran a los gentiles sino que se concentraran en las ovejas perdidas de Israel. Jesús vino a redimir a todo el mundo y posteriormente les dijo a sus discípulos que predicaran el evangelio a toda criatura y que hicieran discípulos en todas las naciones. No es que Jesús amara menos a los gentiles que al pueblo de Israel, sino que los discípulos tenían que comenzar en alguna parte y necesitaban un plan. Para ellos tenía sentido comenzar entre su propia gente. Se podían relacionar más fácilmente con los de su pueblo y toda la vida les habían enseñado a evitar relaciones innecesarias con los gentiles. Aun después de que entendieron que el evangelio era tanto para los gentiles como para los judíos, se les hizo difícil invitar a los gentiles al reino de Dios. Por ahora tenían las manos llenas tratando de alcanzar a las ovejas perdidas de Israel, ya que la mayoría de los israelitas eran esas ovejas perdidas. Dirigentes religiosos como los fariseos y los saduceos condujeron al pueblo por el camino equivocado debido a que se apartaron de las verdades de la palabra de Dios y enseñaron sus propias tradiciones y filosofías. Los verdaderos profetas de Dios usualmente eran despreciados, perseguidos y rechazados por su propio pueblo.

“El reino de los cielos se ha acercado.” Ésa era la esencia del mensaje que debían proclamar. Fue el mensaje que predicaron Juan el Bautista y Jesús. Debían llamar al pueblo al arrepentimiento, prevenirlo de las consecuencias de seguir pecando y asegurarle que Dios estaba llevando a cabo su promesa para la redención del mundo. El Mesías tan esperado había venido. Jesús de Nazaret era el Hijo de Dios y el Salvador prometido. No hay salvación para los pecadores sino por la fe en él. Los acontecimientos trascendentales de la pasión, resurrección y ascensión de Jesús se iban a realizar en medio de ellos en el futuro cercano. ¡En verdad se había acercado el reino de los cielos!

Sanad enfermos y echad fuera demonios

⁸ Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia.

Los milagros de curación y de echar fuera demonios eran iguales a los milagros que Jesús hizo. Eso le demostraba a la gente que los discípulos eran voceros autorizados de Jesús y que sus obras milagrosas confirmaban su mensaje. Aunque Jesús les dijo que levantarían muertos, no hay constancia de que alguno de los discípulos hubiera resucitado algún muerto en ese tiempo. La autoridad y la mayoría de las instrucciones que Jesús les dio a los discípulos se aplicaron a todo su ministerio, no sólo al esfuerzo inicial. Sin embargo, con el pasar del tiempo los apóstoles sí resucitaron muertos.

De ningún modo habían ganado, merecido ni pagado por la habilidad de hacer milagros; Jesús les confirió esta autoridad sin precio. Ellos debían ahora dispensar las extraordinarias bendiciones de Dios gratuitamente, sin cobrar nada ni recibir nada a cambio. Los evangelistas de hoy que afirman que tienen el poder de sanar es más probable que se quieran enriquecer con el dinero de aquellos a quienes prometen ayudar. La gran presión para conseguir fondos y la vida extravagante y lujosa son las marcas de muchos falsos profetas.

No os afanéis por la comida, el vestido, o el refugio

⁹ No llevéis oro, ni plata, ni cobre en vuestros cintos; ¹⁰ ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón, porque el obrero es digno de su alimento. ¹¹ Pero en cualquier ciudad o aldea donde entréis, informaos de quién en ella es digno y quedaos allí hasta que salgáis.

Aunque debían servir a la gente sin exigir nada a cambio, podían confiar en que el poder del evangelio conmovería el

corazón de sus oyentes para que proveyeran voluntariamente para sus necesidades. Como podían confiar en que el Señor proveería de este modo para sus necesidades, no tenían que llevar ropa, dinero ni provisiones extras, sino que debían viajar llevando poco peso y confiando en el Señor.

Estas instrucciones eran para esa misión en particular y no para todos los futuros viajes misioneros. Al cambiar las circunstancias, también debían cambiar los métodos. En una ocasión posterior, Jesús les dio instrucciones muy diferentes a los discípulos: “Pues ahora el que tiene bolsa, tómelala, y también la alforja; y el que no tiene espada, venda su capa y compre una” (Lucas 22:36). Eso nos enseña a no sacar conclusiones generales basadas sólo en un pasaje de la Escritura sino escudriñarlas diligentemente antes de sacar muchas conclusiones.

Abandonen y adviertan a los que rechacen su mensaje

¹² Al entrar en la casa, saludad. ¹³ Y si la casa es digna, vuestra paz vendrá sobre ella; pero si no es digna, vuestra paz se volverá a vosotros. ¹⁴ Si alguien no os recibe ni oye vuestras palabras, salid de aquella casa o ciudad y sacudid el polvo de vuestros pies. ¹⁵ De cierto os digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma y de Gomorra que para aquella ciudad.

Shalom (la paz sea con vosotros) era el saludo común entre los judíos. Cuando los discípulos decían este saludo en un nuevo lugar, no les deseaban a sus oyentes una paz vaga y general, les deseaban la paz de Dios que viene sólo por medio de la fe en el Mesías para el perdón y la salvación. Cuando se aceptaba esa paz, los discípulos se quedaban; cuando era rechazada, debían seguir su camino, amonestándolos mientras se iban. La advertencia se debía resaltar con la demostración visual de sacudir el polvo de sus pies.

A Sodoma y Gomorra no les irá bien en el día del juicio, porque sus ciudadanos eran excesivamente malvados y habían despreciado y rechazado las amonestaciones y los llamados del Señor al arrepentimiento. Pero Jesús dijo que a esas ciudades perversas les irá mejor el día del juicio que a la gente de Israel que rechazó el mensaje de Jesús y de sus apóstoles. Los israelitas tuvieron mayor oportunidad, por eso tendrían mayor responsabilidad. Los israelitas incrédulos y los pecadores impenitentes de Sodoma y Gomorra o de cualquier otra parte serán condenados el día del juicio al tormento eterno del infierno. No habrá diferencia en cuanto a eso.

Por otra parte, estas palabras de Jesús parecen sugerir que habrá diferentes grados de castigo en el infierno. Los que alguna vez creyeron y más tarde se apartaron de su Señor y Salvador y los que tuvieron muchas oportunidades de escuchar el evangelio pero lo rechazaron tercamente estarán de alguna forma peor que los que tuvieron menos oportunidades. De la misma manera, las Escrituras sugieren que puede haber diferentes grados de gloria entre los santos en el cielo. Tenemos que esperar y ver con nuestros ojos exactamente en qué consistirán esas diferencias, pero podemos estar seguros de que en el cielo no habrá sentimientos de envidia ni de injusticia.

Esperen oposición y persecución

16»Yo os envío como a ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas.

17Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios y en sus sinagogas os azotarán; 18y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa mía, para testimonio a ellos y a los gentiles. 19Pero cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis, porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar, 20pues no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. 21El hermano

entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo. Los hijos se levantarán contra los padres y los harán morir.

²² Seréis odiados por todos por causa de mi nombre; pero el que persevere hasta el fin, éste será salvo. ²³ Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra. De cierto os digo que no acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del hombre.

²⁴ »El discípulo no es más que su maestro ni el siervo más que su señor. ²⁵ Bástale al discípulo ser como su maestro y al siervo como su señor. Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¡cuánto más a los de su casa!

Un lobo que entra en un rebaño puede destruir muchas ovejas. Una oveja que se arriesgue a enfrentarse a una manada de lobos tendrá una muerte segura. Pero Jesús les dijo a sus discípulos que los enviaba como ovejas en medio de lobos. Ellos también iban a enfrentar enemistad y peligro. Podían ir con confianza sólo porque Jesús era quien los enviaba y estaría con ellos. Sin embargo, eso no quería decir que no tuvieran la responsabilidad de su propia seguridad y de su bienestar. Debían ser prudentes como las serpientes, que huyen silenciosamente del peligro pero también se quedan y se defienden si es necesario. Debían ser sencillos como palomas, que son un símbolo muy apropiado de la paz. No deberían atacar a nadie ni originar problemas. Y si les surgían problemas, se podía tener la seguridad de que ellos no eran la causa.

No importa lo cuidadosos que pudieran ser, los discípulos serían víctimas de persecución. Serían acusados falsamente y castigados por su propio pueblo, al cual los romanos le permitían manejar sus propios asuntos y aplicar la justicia hasta cierto punto. Cuando sus compatriotas querían castigar a los apóstoles más de lo que les estaba permitido, los acusaban ante los funcionarios y las cortes romanas. Cuando eso sucedió, los apóstoles no lo consideraron una calamidad, sino más bien una oportunidad para llamar a los gentiles al arrepentimiento y contarles acerca del único

Salvador del mundo. No tenían que sentirse intimidados por los funcionarios gentiles, porque Jesús les prometió que el Espíritu Santo les daría las palabras apropiadas. Por eso hablaban con autoridad y decían lo correcto. El libro de los Hechos habla de muchas ocasiones en las que se dio esta situación y el Espíritu Santo vino a ayudar a los apóstoles (Hechos 4:8, por ejemplo).

Los embajadores de Cristo pueden estar en peligro aun en su propio círculo familiar. Los padres pueden tener más motivos para temer que la desobediencia y la falta de respeto de sus hijos; los hijos pueden temer de sus padres más que la disciplina y el castigo. La incredulidad no tolera la fe cristiana, se le opone con violencia. Los incrédulos pueden llegar hasta a traicionar y acusar a miembros de su familia e incluso hasta ejecutarlos. Así ocurrió literalmente durante las persecuciones a los cristianos desde el tiempo de los apóstoles hasta un pasado reciente, y puede estar ocurriendo en algunos lugares todavía. Bajo regímenes comunistas, donde el ateísmo es oficial y se prohíbe cualquier práctica religiosa, muchos cristianos han sido condenados a muerte por confesar y practicar su fe. Estos actos atroces seguirán hasta el final.

Aunque Jesús nos advierte que todos sus seguidores fieles deben esperar persecución, no nos dice que nos debemos acarrear persecución innecesariamente, sino que huyamos a un lugar más seguro cuando estemos amenazados. Les dijo a los doce que al huir de un lugar a otro, al escapar de la persecución: “No acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del Hombre.” Siempre habrá otros lugares para que los discípulos vayan como testigos de Cristo. Ésta era una tarea que no se completaría “antes que venga el Hijo del Hombre”. Estas palabras sugieren la segunda venida de Cristo al final del mundo; los primeros apóstoles habrían muerto mucho tiempo antes de que viniera el día del juicio. Ahora eso es obvio para nosotros, aunque en ese tiempo ellos no pudieron haberlo visto claramente. Así que los apóstoles y sus sucesores hasta el final de los tiempos siempre

tendrán más lugares para ir y proclamar la ley de Dios y el evangelio.

Estas palabras de Jesús también se pueden entender en un sentido mucho más limitado. Algunos comentaristas de la Biblia opinan que Jesús se refería al tiempo en que él se revelaría claramente como el Hijo del Hombre (y el Hijo de Dios) por medio de su muerte voluntaria en la cruz y su victoriosa resurrección al tercer día. Otra opinión es que Jesús se refería al terrible juicio que impondría a la incrédula Jerusalén cuando los romanos destruyeran la ciudad en el año 70 d.C. Ninguna de estas opiniones contradice la palabra de Dios ni hechos históricos, así que tenemos la libertad de considerar o preferir cualquiera de ellas.

Nos podemos sentir frustrados cuando encontramos pasajes de la Escritura que son difíciles de entender. Si no encontramos una solución o una interpretación definitiva, podemos pensar que somos estudiantes ineficientes de la Biblia. No obstante, podemos adoptar una actitud mucho más positiva ante esos problemas de interpretación. Si escudriñamos las Escrituras desde el Génesis hasta el Apocalipsis para tratar de comprender una declaración particular de la Biblia y no encontramos la respuesta, eso no significa que nuestros intentos han sido inútiles. Sólo piense en toda la información que se puede obtener en el proceso.

Al mismo tiempo, podemos tener la certeza de que la Biblia nunca nos dejará con dudas en cuanto a alguna verdad que afecte la eterna salvación. Cuanto más escudriñemos las Escrituras, sea al azar o buscando información específica, tanto más creceremos en la fe y en la seguridad de nuestra salvación. El Espíritu Santo ha dispuesto las Escrituras de manera que las podamos estudiar toda la vida y sigamos aprendiendo más acerca de nuestro misericordioso Dios y sus obras extraordinarias y sus caminos hasta el día de nuestra muerte. Sólo en el cielo tendremos la bendición del perfecto entendimiento y las respuestas a todas nuestras preguntas.

No se dejen intimidar

²⁶»Así que no los temáis, porque nada hay encubierto que no haya de ser descubierto; ni oculto que no haya de saberse. ²⁷Lo que os digo en tinieblas, decidlo a plena luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde las azoteas. ²⁸No temáis a los que matan el cuerpo pero el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno. ²⁹¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin el permiso de vuestro Padre. ³⁰Pues bien, aun vuestros cabellos están todos contados. ³¹Así que no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos.

³²»A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. ³³Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos.

Los enemigos de Cristo pueden perseguir a su pueblo sólo dentro de los límites que él ha establecido. Como Cristo está a cargo de nuestra vida, no tenemos que temer a quienes se nos oponen por causa de nuestra fe y de la fiel confesión del evangelio de Cristo. Así que podemos proclamar con valor todo el consejo de Dios. Podemos proclamarlo desde las azoteas, sabiendo que nuestro Señor reconocerá el fiel servicio que le prestamos a él y a su reino, y en el día del juicio reconocerá delante de todas nuestras obras. Al mismo tiempo, a los que se han opuesto y han rechazado el evangelio salvador de Cristo los señalará públicamente sin que tengan excusa por su incredulidad.

Nuestros enemigos, hasta Satanás, sólo pueden matar el cuerpo. Eso puede ser terrible, pero cuando parezca que prevalecen sobre nosotros, escaparemos victoriosamente de su opresión y nuestro Señor y Salvador nos recibirá en su gloria en los cielos.

Por eso, ante todo resulta imprudente preocuparnos por escapar de los perseguidores terrenales dejando que nos intimiden. Más bien, debemos interesarnos en cómo estamos delante de nuestro santo Dios, porque él es el único que puede lanzar el alma y el cuerpo al infierno. Él es nuestro juez, no Satanás, y nos asegura que ha preparado un lugar para nosotros en el cielo. Jesús, el Buen Pastor, nos promete que nadie nos podrá arrancar de su mano.

Jesús dirige nuestra atención a las aves comunes para asegurarnos el cuidado providencial de Dios. Desde entonces y hasta el día de hoy, los pajarillos (gorriones según algunas versiones) no son tan apreciados como muchas otras aves. En la época de los apóstoles, los gorriones se usaban a veces como alimento. Algunos dicen que los consideraban exquisitos, pero su bajo precio parece indicar que servían de comida para los pobres cuando no podían comprar algo mejor (el salario normal de un trabajador era un denario por día; un cuarto era 1/16 de un denario). No obstante, el Dios que creó los gorriones cuida de ellos y ni uno caerá a tierra sin su consentimiento.

De manera semejante, Dios cuida a todas sus criaturas. Cada ser humano es mucho más precioso para Dios que cualquier animal, porque tiene un alma inmortal. ¿Podría ser posible que Dios se olvidara o se despreocupara de quienes son sus hijos amados por la fe en Cristo? ¿No es inconcebible? Dios está tan interesado en nuestro bienestar que sabe cuántos cabellos tiene cada quien en la cabeza, y si uno de ellos se cae, él sabe cuál fue. Nada en lo absoluto escapa de su atención ni está fuera de su poder de control. Estamos seguros en sus manos.

Las familias se dividirán

³⁴»No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada, ³⁵ porque he venido a poner en enemistad al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra. ³⁶ Así que los enemigos

del hombre serán los de su casa. ³⁷ El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; ³⁸ y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. ³⁹ El que halle su vida, la perderá; y el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.

La noche del nacimiento de Jesús los ángeles les anunciaron a los pastores: “y en la tierra paz; buena voluntad para con los hombres” (Lucas 2:14). Jesús, el Príncipe de paz, vino a establecer la paz entre Dios y la humanidad pecadora. Él nos reconcilió con Dios ofreciéndose como el sacrificio perfecto para expiar todos los pecados. Pero la mayoría de la gente de este mundo prefiere pensar que puede hacer lo necesario para establecer su propia paz con Dios y se ofende con alguien que le diga algo diferente. Por eso, una consecuencia de la venida de Jesús no es paz sino espada.

Los enemigos de Cristo están en contra de los cristianos y a veces la hostilidad llega hasta el derramamiento de sangre. Lamentablemente, las víctimas de los incrédulos pueden ser los miembros de su propia familia. Con el fin de evitar esa situación, los cristianos están tentados a esconder su fe o a negar a su Señor, pero cualquiera que esté más interesado en la relación que tiene con sus familiares que en la relación que tiene con su Señor toma una decisión desastrosa.

La cruz que Jesús nos pide llevar no se refiere a problemas y sufrimientos en general, sino sólo al sufrimiento que se nos llama a soportar por causa de la fe. Algunos cristianos llevan cruces mucho más pesadas que otros, pero nuestro Señor ha prometido que nos dará la fortaleza que necesitamos para que nuestras cruces no nos aplasten, sino que nos lleven más cerca de nuestro Salvador. Perder la vida por causa de Jesús es entregarse por completo en sus manos, en cuerpo y alma; es hacerse sacrificio vivo al Señor. Con ello, los cristianos ahora viven abundantemente y vivirán en la gloria eterna con su Salvador en la otra vida. Pero los que se concentran en las cosas de esta vida ponen en peligro su eterna

salvación. ¡El que gana todo el mundo pero pierde su alma ha hecho un mal negocio!

Aquellos que los reciban serán recompensados grandemente

⁴⁰»El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió. ⁴¹El que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá; y el que recibe a un justo por cuanto es justo, recompensa de justo recibirá. ⁴²Y cualquiera que dé a uno de estos pequeños un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa.»

Jesús concluye las instrucciones para los discípulos indicando que serán una bendición para otros. Los que acogen a los mensajeros de Jesús y proveen para ellos sirven al Señor, y él reconocerá y recompensará misericordiosamente ese servicio. La recompensa del profeta o la del justo no es la salvación eterna; no ganamos el cielo por lo que hacemos para Dios o para alguno de sus mensajeros. Más bien compartimos las bendiciones que reciben por medio de la palabra de Dios: paz con Dios, paciencia en tiempo de tribulación, confianza al orar y cosas semejantes. Recibimos la salvación eterna sólo mediante la fe en Cristo, pero aquí Jesús habla de las bendiciones con las que Dios misericordiosamente recompensa nuestros frutos de fe, nuestras buenas obras, hasta algo como la simple acción de darle un vaso de agua fría a un niño sediento. Cuando hacemos esto como expresión de nuestra fe cristiana, Dios se agrada y encontrará la manera de recompensarnos. Podemos olvidar, pero nuestro Señor recordará cada acto de servicio. Pero quien haga las llamadas obras de caridad para obtener reconocimiento o alguna otra recompensa se frustrará lamentablemente. Sin fe es imposible agradar a Dios, y la fe no busca reconocimiento.

Todos los cristianos son embajadores de Cristo, sean empleados de tiempo completo en la iglesia de Cristo o que se

Mateo 10:40-42

ganen la vida en otra ocupación. Por tanto, hacemos bien en recordar y valorar las advertencias, las instrucciones y las promesas que Jesús les dio a sus discípulos cuando los envió a invitar a la gente a su reino.

QUINTA PARTE
Jesús oculta su reino a algunos y
lo revela a otros
(11:1–13:52)

Jesús alaba a Juan el Bautista

11 Cuando Jesús terminó de dar instrucciones a sus doce discípulos, se fue de allí a enseñar y a predicar en las ciudades de ellos.

² Al oír Juan en la cárcel los hechos de Cristo, le envió dos de sus discípulos ³ a preguntarle:

—¿Eres tú aquel que había de venir o esperaremos a otro?

⁴ Respondiendo Jesús, les dijo:

—Id y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. ⁵ Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres es anunciado el evangelio; ⁶ y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí.

⁷ Mientras ellos se iban, comenzó Jesús a hablar de Juan a la gente:

«¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? ⁸ ¿O qué salisteis a ver? ¿A un hombre cubierto de vestiduras delicadas? Los que llevan vestiduras delicadas, en las casas de los reyes están. ⁹ Pero ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta, ¹⁰ porque éste es de quien está escrito:

»«Yo envió mi mensajero delante de ti,
el cual preparará tu camino delante de ti.»

¹¹ »De cierto os digo que entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; y, sin embargo, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él.

¹²»Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan. ¹³Todos los profetas y la Ley profetizaron hasta Juan. ¹⁴Y si queréis recibirlo, él es aquel Elías que había de venir. ¹⁵El que tiene oídos para oír, oiga.

Las palabras “Cuando Jesús terminó...” marcan la siguiente gran división del evangelio de Mateo según nuestro bosquejo. En el capítulo anterior leímos las instrucciones que Jesús les dio a los doce cuando los envió a proclamar la venida de su reino. Después de eso no se quedó sin hacer nada esperando a que regresaran y le informaran, viajó de pueblo en pueblo por Galilea, predicando el mismo mensaje que les había dicho a los doce que proclamaran. Hoy, como entonces, todo el mundo necesita saber acerca de sus propios pecados y del misericordioso perdón que Dios nos da por los méritos de Jesús, y los que conocen las verdades básicas de la fe cristiana tienen la responsabilidad de compartir el camino de la salvación de Dios con el resto del mundo.

En la prisión, Juan el Bautista oyó de las actividades de Jesús y estaba algo perplejo y confundido. Por eso envió a dos de sus discípulos para que le preguntaran a Jesús: “¿Eres tú aquel que había de venir o esperaremos a otro?” ¿Sería posible que Juan dudara de Jesús en ese momento? Si no, ¿por qué envió a dos de sus discípulos para hacerle esa pregunta?

Los comentaristas de la Biblia no están de acuerdo en la respuesta; algunos opinan que lo hizo por causa de sus discípulos. La situación era ésta: Juan el Bautista reprendió sin temor al rey Herodes por tomar a la esposa de su hermano Felipe (14:3). Eso enfureció a Herodes, así que arrestó a Juan y lo puso en prisión. Jesús hizo muchas obras poderosas, pero no hizo nada para sacar a Juan de prisión. Eso tal vez desanimó a los discípulos de Juan, se pudieron preguntar si en verdad Juan era el mensajero especial de Dios. Si tenían dudas acerca de Juan, también podían dudar de Jesús, a quien Juan había señalado como el Mesías prometido. Muchos creen que bajo esas difíciles circunstancias Juan quiso que

sus discípulos fueran a Jesús para tranquilizarlos, aunque Juan mismo no tenía dudas acerca de Jesús.

Sin embargo, parece preferible considerar que Juan estaba preocupado y no tenía seguridad sobre este punto. Estaba enterado de las obras extraordinarias de misericordia que Jesús estaba haciendo, pero ¿dónde estaban sus juicios? Aun antes de bautizarlo, Juan describió la obra de Jesús en términos de un hacha a punto de cortar los árboles desde la raíz, o como un aventador para separar la paja del trigo y para quemar la paja en un fuego inextinguible (3:10,12). Pero esos juicios no se habían realizado, y Juan, el precursor del Mesías, estaba en la prisión de Herodes. Juan era un valiente hombre de Dios pero tenía debilidades humanas. El profeta Elías, con quien las Escrituras comparan a Juan, también tuvo momentos de debilidad. En una ocasión estuvo convencido de que su fiel ministerio había sido un fracaso y quiso morir. ¿Supone usted que haya existido un hombre de Dios que nunca haya tenido dudas sobre sí mismo o al menos de alguna de las promesas de su Señor? ¿No sería esperar lo imposible de alguien que tiene naturaleza humana pecadora?

Entonces, decir que Juan tuvo dudas sobre Jesús como el Mesías no es juzgarlo como si hubiera rechazado a Jesús. Las dudas pueden amenazar la fe, pero no la excluyen ni la destruyen automáticamente. Es importante notar lo que hizo Juan con sus dudas. ¡Las llevó a Jesús! Cuando las dudas asaltan nuestra fe cristiana, también debemos acudir a Jesús para tener tranquilidad. Al considerar lo que soportó por nuestro bien y lo que hizo para demostrar sus poderes divinos, como su muerte voluntaria y su victoriosa resurrección al tercer día, volvemos a estar seguros de que podemos confiar en todas sus promesas y confiar en que nos llevará seguros a él en los cielos a su debido tiempo.

Note cómo Jesús le dio tranquilidad a Juan. No dijo: “Sí, yo soy el Mesías prometido”, sino señaló sus obras extraordinarias. Dio vista a los ciegos, hizo caminar a los cojos, curó a leprosos, hizo oír a los sordos y hasta levantó a los muertos. Ésas no sólo eran obras extraordinarias que demostraban el poder divino de

Jesús, también eran obras que Isaías el profeta predijo que realizaría el Mesías (Isaías 35:5,6). El mismo profeta (61:1) prometió que los pobres en espíritu serían evangelizados. Jesús empezó su sermón más famoso diciendo: “Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mateo 5:3).

Jesús describió a la misma gente cuando dijo: “Bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí.” Juan el Bautista en prisión pudo estar en peligro de caer, pero Jesús le recordó las bendiciones guardadas para quien permanezca fiel hasta la muerte: ¡la corona de la vida eterna! Con esa meta delante de él, Juan podía perseverar.

Antes de que los discípulos de Juan estuvieran fuera del alcance del oído, Jesús se dirigió a la muchedumbre allí reunida con palabras que también tranquilizarían a esos discípulos. Le recordó a la gente el ministerio de Juan y cómo le habían respondido ellos. Por lo general, los profetas tenían que ir a la gente para que los oyeran, pero en el caso de Juan, la gente acudía masivamente a él, aunque estaba en el desierto por el río Jordán. Si hubiera sido una persona inestable, como las cañas en la ribera que se inclinan hacia atrás y hacia delante con cualquier brisa, muchos no se hubieran tomado la molestia de ir a escucharlo. Si hubiera usado vestidos lujosos, en lugar de vestidos de pelo de camello y cuero, lo hubieran considerado como otro lacayo del rey Herodes y sólo hubiera recibido desprecio. No, lo reconocieron como un profeta, un mensajero de Dios, aunque no siempre les gustó lo que les dijo.

Jesús dijo que la gente había evaluado a Juan correctamente, porque en realidad era un profeta muy especial. Los profetas Isaías y Malaquías habían profetizado acerca de él. Fue el profeta que tendió el puente entre el abismo del Antiguo y del Nuevo Testamento. A diferencia de los profetas del Antiguo Testamento, que podían hablar sólo de un Mesías que aparecería en un futuro distante, Juan preparó el camino del Salvador. Fue su precursor y señaló a Jesús como el Cordero de Dios que quita los pecados del

mundo. Cuando Jesús estaba a las puertas de su ministerio público, Juan tuvo el honor de bautizarlo. Por razones como éstas, Jesús elogió a Juan como el más grande de los profetas de Dios.

No obstante, ¿qué quiso decir Jesús con: “De cierto os digo que entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; y, sin embargo, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él”? Aquí otra vez los comentaristas ortodoxos de la Biblia están en desacuerdo sobre la interpretación. Hay quienes dicen que Juan no vivió para ver todo el ministerio de Jesús, su sacrificio voluntario en la cruz por los pecados del mundo y su victoriosa resurrección al tercer día. En ese sentido, cada uno de nosotros, hasta el más pequeño de los cristianos, tiene ventajas sobre Juan. Esas observaciones son obviamente la verdad.

Martín Lutero, entre otros, creyó que aquí Jesús se refirió a sí mismo. En su estado de humillación, cuando el Hijo de Dios fue “despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en sufrimiento” (Isaías 53:3), cuando con crueldad fue ridiculizado y maltratado e injustamente murió en la cruz, en esas circunstancias pareció ser “el menor en el reino de los cielos”. Cuando con humildad lavó los pies de sus discípulos, también demostró que la humildad es el camino a la grandeza en el reino de Dios. Por eso Jesús finalmente demostró ser mayor que Juan o que cualquier otro héroe de Dios.

Al leer esto, tal vez usted no acepte la opinión de Martín Lutero ni la de otros eruditos de la Biblia. Sin embargo no es un problema serio. Recuerde las dos interpretaciones cuando oiga y estudie las Escrituras. Con ello crecerá en su fe cristiana, aunque no llegue a una conclusión definitiva sobre este punto.

Jesús señaló el gran significado del ministerio de Juan para el reino de Dios. Al empezar la poderosa predicación de Juan, el reino de Dios avanzaba incesantemente. Al escuchar el llamado de Juan y de Jesús al arrepentimiento, mucha gente común: publicanos, pecadores, prostitutas y otros se arrepintieron y entraron al reino. Martín Lutero observó: “Los hombres cuyas conciencias se han despertado escuchando el evangelio son

impactados de tal manera que no se pueden detener.” Satanás y sus partidarios malvados tampoco podían impedir que Jesús saliera victorioso, una victoria alcanzada con su muerte sacrificial y demostrada por su gloriosa resurrección. Finalmente, cuando Jesús vuelva, toda rodilla se doblará delante de él, y toda lengua confesará que Jesús es el Señor, para la gloria de Dios Padre.

No es de extrañar que Jesús elogiara a Juan como el más grande de los profetas. Concluyó sus comentarios sobre él declarando que era “Elías que había de venir”. No era el profeta Elías del Antiguo Testamento resucitado, era el segundo Elías. Fue como Elías en poder y valor. Por medio del profeta Malaquías el Señor prometió: “Yo os envío el profeta Elías” (Malaquías 4:5), y el ángel del Señor le dijo al sacerdote Zacarías que su hijo, Juan el Bautista: “irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías” (Lucas 1:17). Ahora Jesús dice que estas profecías se han cumplido. Juan es el segundo Elías. Advierte que quien tenga oídos para oír este mensaje ponga atención. El Salvador a quien Juan señaló es el único Salvador que los pecadores jamás tendrán.

Jesús denuncia a quienes rechazan el mensaje de Juan

¹⁶ Pero ¿a qué compararé esta generación? Es semejante a los muchachos que se sientan en las plazas y gritan a sus compañeros, ¹⁷ diciendo: “Os tocamos flauta y no bailasteis; os entonamos canciones de duelo y no llorasteis”, ¹⁸ porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: “Demonio tiene.” ¹⁹ Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: “Éste es un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores.” Pero la sabiduría es justificada por sus hijos.»

El problema con la generación del tiempo de Jesús fue que tuvieron oídos y oportunidades para oír, pero no escucharon. Las súplicas de Juan el Bautista y de Jesús para que se arrepintieran de sus pecados cayeron en oídos sordos. No podían escapar de las

voces de los mensajeros de Dios, pero rechazaron el mensaje del Señor. Criticaron la conducta de Juan el bautista y desaprobaron la manera como vivió Jesús. Por eso, Jesús los comparó con los niños que se sentaban a jugar en las plazas. Ellos llamaban a sus compañeros para que bailaran cuando tocaban la flauta, pero no quisieron bailar. Después trataron de hacer lo contrario y les pidieron que jugaran a que era un funeral, pero ellos tampoco quisieron. La gente de esa generación era como esos niños a quienes era imposible complacer.

Juan el Bautista llevó una vida muy ascética. Vivió en el desierto, se vistió con pelo de camello y cuero, y comió langostas y miel silvestre. Como nazareo, nunca bebió vino. La reacción de la gente fue acusarlo de estar poseído por un demonio. Lo que criticaron a Juan se lo exigieron a Jesús y viceversa. Jesús no siguió restricciones particulares en su comida diaria excepto los requisitos de la ley de Moisés que todos los buenos judíos obedecían. Comió lo que otros comieron y tomó vino como era costumbre. Se relacionó con cobradores de impuestos y con otros que eran despreciados por sus conciudadanos. La gente lo llamó “un hombre comilón y bebedor de vino”, y como amigo de pecadores, pensaron que él también debía ser un vil pecador.

“Pero la sabiduría es justificada por sus hijos.” La sabiduría, la verdad divina que Jesús proclamó, se demostró con sus actos. Vivió sin pecado, de tal manera que sus enemigos no le pudieron señalar ni un solo pecado cuando los desafió a que lo hicieran. Fue por toda la tierra haciendo el bien, sanando enfermos, echando fuera demonios, haciendo oír a los sordos, devolviendo a los ciegos la vista y permitiendo a los cojos caminar. Incluso resucitó a los muertos. Cumplió su misión en este mundo, reconciliando a los pecadores con su Dios justo, cuando sufrió el castigo que toda la gente merecía por sus pecados. La sabiduría que Jesús proclamó literalmente cambió el mundo y lo sigue haciendo. ¡Los actos de Jesús hablan con claridad por sí mismos!

Jesús denuncia a Corazín, Betsaida y Capernaúm

²⁰ Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho muchos de sus milagros, porque no se habían arrepentido, diciendo: ²¹ «¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida!, porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que en vestidos ásperos y ceniza se habrían arrepentido. ²² Por tanto os digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón que para vosotras. ²³ Y tú, Capernaúm, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida, porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. ²⁴ Por tanto os digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma que para ti.»

Las obras poderosas de Jesús les habían hablado poderosamente a los habitantes de esas tres ciudades. No conocemos con exactitud la ubicación de Corazín y Betsaida, pero sabemos que estaban en la orilla oeste del mar de Galilea, no lejos de Capernaúm. Jesús había establecido su hogar en Capernaúm después de que dejó Nazaret al comienzo de su ministerio público. Las gentes de esas tres ciudades tuvieron numerosas oportunidades de ver y escuchar a Jesús y reconocerlo como el Hijo de Dios y el Mesías prometido. No obstante endurecieron sus corazones contra él. No podemos entender por qué reaccionaron así contra Jesús, pero los hechos son claros.

Sin embargo, la otra observación que hizo Jesús es misteriosa para nosotros. Las ciudades paganas de Tiro, Sidón y Sodoma se hubieran arrepentido en vestidos ásperos y ceniza, si hubieran tenido esas mismas oportunidades. Entonces, ¿por qué perdió Jesús el tiempo en esas tres ciudades de los judíos y no fue a las ciudades gentiles? Debemos dejar esa pregunta sin responder porque no podemos leer la mente del Señor. Más bien debemos

exclamar con Pablo: “¡Profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!” (Romanos 11:33). La humildad cristiana se debe abstener de pedir que Dios nos explique por qué trata a la gente y a las naciones como lo hace; él no nos debe una explicación y no tenemos derecho de juzgarlo sobre la base de nuestro limitado entendimiento y débil sabiduría humana.

En el día del juicio estos asuntos se nos explicarán. Cuando esté delante de su juez, la gente de Capernaúm, Corazín, y Betsaida no tendrá ninguna excusa, y la gente de Sodoma no podrá objetar la destrucción terrenal que Dios hizo descender sobre ellos en forma de fuego y azufre, ni la destrucción eterna en el fuego inapagable del infierno al cual serán entregados en cuerpo y alma. El Señor tomará en cuenta cómo la gente de Tiro, Sidón y Sodoma hubiera respondido a las obras extraordinarias de Jesús si hubiera tenido la oportunidad. Sobre la base de ese conocimiento, Dios hará esas cosas más soportables para ellos en el día del juicio. No podemos decir con precisión lo que significa, pero parece decir que habrá diferentes grados de castigo en el infierno. Los que conocieron a su Salvador pero más tarde se alejaron de él, así como los que tuvieron toda oportunidad para conocer a su Señor pero obstinadamente lo rechazaron, serán condenados al castigo más severo. Al mismo tiempo, los que tuvieron menos oportunidades serán juzgados por el Señor sobre esa base. La incredulidad siempre condena, pero habrá esas diferencias, como indica claramente la Escritura.

Jesús ofrece descanso a los cansados

²⁵ En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. ²⁶ Sí, Padre, porque así te agradó.

²⁷ »Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni nadie conoce al Padre,

sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

²⁸ Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. ²⁹ Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, ³⁰ porque mi yugo es fácil y ligera mi carga.»

¿En qué forma escondió el Padre las verdades espirituales de los sabios y entendidos y las reveló a los niños? Jesús habla de la sabiduría del mundo, que es hostil a la verdad de Dios, tanto a la ley como al evangelio. Los que se aferran a esa sabiduría humana y juzgan todo sobre la base de ella se excluyen a sí mismos del reino de Dios. En 1 Corintios 1:19 el apóstol Pablo cita a Isaías 29:14: “Perecerá la sabiduría de sus sabios y se desvanecerá la inteligencia de sus entendidos.” Al recordarles su pasado incrédulo, Pablo sigue y les recuerda a los cristianos de Corinto: “Considerad, pues, hermanos, vuestra vocación, y ved que no hay muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia... Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría” (1 Corintios 1:26-30). Jesús también dijo que es necesario que nos volvamos como niños si alguna vez vamos a entrar en el reino de Dios.

En otras palabras, la fe salvadora no es un logro que sólo las personas doctas de este mundo puedan lograr; hasta un niño pequeño puede creer y ser salvo. Por supuesto, la fe salvadora es un don del Espíritu Santo mediante el poder del evangelio en palabra y sacramento. La sabiduría del mundo puede ser un obstáculo para la fe, pero los niños no tienen ese problema. También debemos agradecer a nuestro Padre celestial porque se complace en tratarnos así.

Jesús vino a este mundo como un niño. El todopoderoso, omnisciente y eterno Hijo de Dios pudo decir que su Padre le entregó todas las cosas. Esto se cumplió en él como verdadero hombre en su estado de humillación. Aun en ese estado podía afirmar que tenía un conocimiento superior del Padre y podía decir que aparte de él nadie conoce al Padre. El que no conoce a Jesucristo como el Hijo de Dios y el Salvador del mundo no conoce al Padre de ninguna manera. Cualquier dios sin Cristo es falso, es un ídolo.

Los fatigados y cargados son aquellos a quienes Jesús escoge para revelar al Padre. Son las mismas personas que Jesús describió como pobres en espíritu, apacibles, que tienen hambre y sed de justicia. Aquellos que reconocen su pecado y se dan cuenta de que es una carga muy pesada, que los arrastrará al infierno si tienen que llevarla por ellos mismos; Jesús promete darles descanso a ellos. Y este descanso es su don. Jesús dice: “Yo os *haré* descansar”.

El yugo que Jesús nos pide que llevemos se puede definir como toda la vida y la esperanza cristiana. Cuando hemos adoptado ese yugo, los mandamientos ya no son una carga pesada que nos aplasta y nos destruye. Al contrario, son expresiones de la voluntad de Dios en las que nos deleitamos, porque buscamos caminos para expresar nuestra gratitud para con Dios por las bendiciones de su gracia. Las cruces que se nos pide llevar por lealtad a nuestro Salvador son experiencias que fortalecen la fe, ya que nos ayudan a entender lo que Cristo soportó por nosotros, y tenemos su promesa de que nos dará la fuerza para soportarlas y que las canalizará para toda clase de bendiciones. Cuanto más sigamos fielmente a Cristo, más fácil es su yugo y su carga más ligera.

Jesús es Señor del sábado

12 En aquel tiempo iba Jesús por los sembrados un sábado. Sus discípulos sintieron hambre y comenzaron a arrancar espigas y a comer. ² Los fariseos, al verlo, le dijeron:

—Tus discípulos hacen lo que no está permitido hacer en sábado.

³ Pero él les dijo:

—¿No habéis leído lo que hizo David cuando él y los que con él estaban sintieron hambre; ⁴ cómo entró en la casa de Dios y comió los panes de la proposición, que no les estaba permitido comer ni a él ni a los que con él estaban, sino solamente a los sacerdotes? ⁵ ¿O no habéis leído en la Ley cómo en sábado los sacerdotes en el Templo profanan el sábado, y son sin culpa? ⁶ Pues os digo que uno mayor que el Templo está aquí. ⁷ Si supierais qué significa: “Misericordia quiero y no sacrificios”, no condenaríais a los inocentes, ⁸ porque el Hijo del hombre es Señor del sábado.

⁹ Saliendo de allí, fue a la sinagoga de ellos. ¹⁰ Y había allí uno que tenía seca una mano. Para poder acusar a Jesús, le preguntaron:

—¿Está permitido sanar en sábado?

¹¹ Él les dijo:

—¿Qué hombre entre vosotros, si tiene una oveja y ésta se le cae en un hoyo, en sábado, no le echa mano y la saca?

¹² Pero, ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por consiguiente, está permitido hacer el bien en sábado.

¹³ Entonces dijo a aquel hombre:

—Extiende tu mano.

Él la extendió y le fue restaurada sana como la otra.

¹⁴ Salieron entonces los fariseos y se confabularon contra Jesús para destruirlo.

“En aquel tiempo” debió ser en el mes de abril, cerca de la Pascua, el año anterior a la muerte de Jesús, porque los granos estaban maduros y listos para la cosecha. No había nada extraño ni malo en tomar unas espigas, descascarar sus granos y comerlos. La ley de Moisés estipuló claramente esto: “Cuando entres en la mies de tu prójimo, podrás arrancar espigas con tu mano, pero no aplicarás la hoz a la mies de tu prójimo” (Deuteronomio 23:25).

Los fariseos sabían muy bien que no le debían dar demasiada importancia a las acciones de los discípulos, pero fingieron que les horrorizaba que Jesús dejara que sus discípulos hacer esto en el sábado. Es cierto que el sábado debía ser un día de descanso, no se podía hacer trabajo innecesario en ese día, y la ley de Moisés señalaba claramente muchas clases de trabajo que se debían evitar en el sábado, pero la ley de Moisés no condenaba lo que hacían los discípulos. Los legalistas fariseos que habían formulado muchas más leyes, creadas por ellos, calificaron los actos de los discípulos como cosecha y trilla ilegal de granos; se gozaban de tener otra excusa para criticar a Jesús y a sus discípulos.

No obstante, de nuevo Jesús no tuvo dificultad para refutar la acusación de los fariseos. Ni siquiera se tomó la molestia de recordarles que los discípulos no habían quebrantado una ley dada por Dios, sino una ley hecha por hombres, y que por lo tanto verdaderamente no tenía validez. Respondió en un nivel superior, señalando que la ley del amor a veces puede violar la ley ceremonial sin hacerse culpable de pecado. En efecto, hay ocasiones en las que sería un error no infringir la letra de algunas leyes ceremoniales. Jesús procedió a darles dos ejemplos.

Primero les recordó un incidente escrito en 1 Samuel 21. En una ocasión cuando el rey Saúl perseguía a David y a sus soldados, porque quería matar a David, Ahimelec, sacerdote de Dios, les ofreció a David y a sus compañeros pan consagrado que, de acuerdo con las leyes ceremoniales, sólo los sacerdotes podían comer. Ésta era una emergencia y Ahimelec no dudó en hacer una excepción al orden normal de las cosas. Y nadie acusó a David ni



Los discípulos recogen espigas en sábado

a sus compañeros ni a Ahimelec el sacerdote de haber cometido pecado en esa situación. Así que era ridículo condenar a los discípulos de Jesús por algo que ni siquiera era una violación de las leyes ceremoniales que Dios le entregó a Israel por medio de Moisés.

Además, Jesús dijo que Dios mismo les exigió a sus sacerdotes hacer trabajo físico en el sábado. Por ejemplo, matar corderos era un trabajo que se prohibía en el sábado, pero ordenó: “El sábado, dos corderos de un año, sin defecto,... como oblación” (Números 28:9). Nadie acusaría a los sacerdotes del Templo de pecar por ofrecer esos sacrificios en sábado.

El Templo era un símbolo de la presencia de Dios en medio de su pueblo y no era profanado por ese trabajo de los sacerdotes en el sábado. Jesús era más que un símbolo de la presencia de Dios, era Emanuel, Dios con nosotros, verdadero Dios encarnado y Señor del sábado. Podía hacer a un lado las leyes del sábado si quisiera y a su debido tiempo hizo exactamente eso, pero en este momento él y sus discípulos obedecieron escrupulosamente las leyes ceremoniales. Lo que los discípulos hicieron en ese sembrado no fue de ninguna manera una violación en ningún sentido de la Palabra.

El problema de los fariseos era que no entendían el principio divino que expresó el profeta Oseas: “Misericordia quiero y no sacrificios” (Oseas 6:6). Cada vez que se presente un conflicto aparente entre las leyes ceremoniales y las necesidades humanas, Dios nos dice que hagamos lo necesario para ser misericordiosos con quien tenga necesidad.

Esos fariseos no pudieron responder, pero iban a seguir tratando de criticar y condenar a Jesús. Su incredulidad era irrazonable, pero no quisieron aprender de Jesús. Más bien creían que tenían que encontrar la forma de hacerlo callar, ¡y nada los detendría! Por eso no perdían de vista a Jesús y buscaban más oportunidades para desacreditarlo. Se les presentó otra oportunidad el sábado siguiente (Lucas 6:6). Jesús entró a su sinagoga y en esta ocasión ellos tomaron la iniciativa. En la congregación vieron a

un hombre que tenía una mano seca, e inmediatamente supusieron acertadamente que Jesús lo podría sanar, aun en sábado. Por eso le preguntaron a Jesús: “¿Está permitido sanar en Sábado?”

La respuesta de Jesús reveló claramente la hipocresía de ellos al hacer la pregunta. No dudarían en rescatar una oveja de un hoyo en el sábado, aunque eso pudiera requerir mucho trabajo físico, y no lo considerarían como violación de la ley del sábado. Un ser humano vale mucho más que cualquier animal, y Jesús podía sanar la mano seca de ese hombre sin hacer absolutamente ningún trabajo físico. Entonces, ¿cómo era posible que pudieran encontrarle alguna falta? Jesús sólo le dijo al hombre que extendiera la mano. Él lo hizo y fue sanado. Jesús ni siquiera lo tocó ni lo declaró sano; no obstante, fue obvio que la curación vino de Jesús.

De nuevo los fariseos fueron silenciados y se sintieron humillados. Su odio irracional hacia Jesús se mantuvo; en realidad, se volvieron más violentos. Salieron y planearon matar a Jesús. Ésa fue la respuesta a la buena obra de Jesús. Los que acusaron a Jesús de que estaba aliado con Satanás para hacer el bien, ¡estaban bajo el poder del demonio y podían hacer un mal terrible!

Jesús se muestra como siervo escogido de Dios

¹⁵ Cuando Jesús supo esto, se retiró de allí. Lo siguió mucha gente, y sanaba a todos, ¹⁶ y les encargaba rigurosamente que no lo descubrieran, ¹⁷ para que se cumpliera lo que dijo el profeta Isaías:

**¹⁸ «Éste es mi siervo, a quien he escogido;
mi amado, en quien se agrada mi alma.
Pondré mi Espíritu sobre él,
y a los gentiles anunciará juicio.**

**¹⁹ No contendrá, ni voceará,
ni nadie oirá en las calles su voz.**

²⁰ La caña cascada no quebrará

**y el pábilo que humea no apagará,
hasta que haga triunfar el juicio.**

21 En su nombre esperarán los gentiles.»

La hora de Jesús todavía no había llegado y por eso los planes de los fariseos para matarlo no podían tener éxito. Aunque Jesús pudo ejercer su divino poder o llamar a doce legiones de ángeles para que lo protegieran, decidió no exponerse innecesariamente al peligro; sólo se retiró de ese lugar; sin embargo, grandes multitudes lo seguían. Marcos dice que esas multitudes estaban compuestas por gentes de Jerusalén, Judea, Idumea, de mas allá del Jordán y de los alrededores de Tiro y Sidón, es de suponer tanto gentiles como judíos.

Jesús sanó a todos los enfermos que había entre ellos. Ninguno de los que acudieron a él o que le llevaron para que lo sanara volvió defraudado. Jesús nunca se negó, sino que mostró misericordia. Les hubiera podido decir que no lo molestaran, porque tenía trabajo más importante que hacer. Sólo una pequeña parte de la gente necesitaba curación física, pero todos necesitaban la espiritual; si no los curaba físicamente su vida podía ser desagradable o incluso acortada, pero si no los curaba en lo espiritual todos iban a sufrir para siempre en el infierno. Es claro que las bendiciones espirituales que Jesús ofrecía eran mucho más valiosas que cualquier curación física y lo dijo claramente, pero no usó eso como excusa para no sanar a todos los que fueron a él. Mostró gran misericordia curando el cuerpo de la gente, y mostró mucha más misericordia sufriendo en su cuerpo y dando su vida en la cruz para que los seres humanos pecadores pudieran ser salvos eternamente en cuerpo y alma.

Como antes (por ejemplo, página 117), Jesús por una buena razón “les encargaba rigurosamente que no lo descubrieran”. Las Escrituras debían crear su fe, no sólo las curaciones físicas a las que tal vez en el futuro les seguirían nuevas enfermedades.

La misericordia que Jesús les mostró a los pecadores demostró que él era el Mesías prometido. Mateo cita a Isaías 42:1-

4 para demostrar ese hecho; allí el Padre identifica al Mesías como su siervo amado sobre quien enviará el Espíritu Santo. En el bautismo de Jesús, el Padre expresó su complacencia en su Hijo y el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de paloma.

Jesús también cumplió los otros aspectos de la profecía de Isaías cuando proclamó justicia a todas las naciones. La justicia de Dios condena justamente a toda la gente, porque todos son pecadores indignos, pero Jesús cumplió todos los requisitos de la justicia de Dios llevando una vida perfecta como nuestro sustituto y muriendo en la cruz por los pecados de todo el mundo. Él sigue proclamando su ley que condena, así como su evangelio salvador a través de la boca de sus creyentes en todo el mundo. Nosotros somos parte de esos embajadores de Cristo, y hacemos bien en seguir el ejemplo de Jesús al proclamar su mensaje. No salvaremos a nadie discutiendo o peleando, aun cuando lo que digamos sea verdad. El poder del evangelio salvador está en el mensaje de perdón por causa de Jesús. El evangelio de Cristo es el poder de Dios para la salvación de todos los creyentes y es el único poder que Dios usa para ese propósito. El evangelio en Palabra y sacramento es el medio de gracia, el único medio que Dios usa para darnos las bendiciones que Cristo ha ganado para nosotros, a saber, el perdón de todos los pecados, la vida y la salvación eterna. Cualquier intento de añadir a ese poder sólo puede conducir al desastre.

Como Jesús, debemos mostrar misericordia a la “caña cascada” y al “pabilo que humea”. Esas cañas y pabilos simbolizan los débiles en la fe, heridos espiritualmente y al borde de perder por completo su fe. Toda congregación cristiana tiene cañas cascadas y pabilos humeantes. A veces llamamos a esas personas “miembros descarriados” o “miembros inactivos” y estamos ansiosos de depurar la iglesia deshaciéndonos de ellos. A veces es necesaria la excomunión y no debemos dudar en excomulgar como un intento final para llevar al pecador desafiante al arrepentimiento. Pero una caña cascada, no quebrada, y un pabilo que todavía humea, que no se ha extinguido totalmente, son

personas que necesitan nuestras palabras pacientes y amorosas de amonestación y aliento. Recuerde que quienes parecen apreciar menos el evangelio son quienes más lo necesitan. Nunca debemos olvidar el importante principio que Jesús expresó en la casa de Mateo cuando les dijo a los fariseos: “Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos... No he venido a llamar a justos, sino a pecadores” (Mateo 9:12,13).

La justicia divina prevalecerá. Todos tendrán que comparecer ante el trono de juicio de Cristo, y tendrán que someterse al veredicto que él pronuncie: vida eterna para todos los creyentes en Cristo, condenación eterna para todos los que esperaron entrar a los cielos de alguna otra manera. El poder del evangelio reunirá a gente de todas las naciones bajo el cielo en el reino de Cristo, y todos los cristianos tienen el privilegio de participar en esta obra salvadora.

Jesús demuestra que no está con Beelzebú sino contra él

²² Entonces le llevaron un endemoniado, ciego y mudo; y lo sanó, de tal manera que el ciego y mudo veía y hablaba.

²³ Toda la gente estaba atónita y decía: «¿Será éste el Hijo de David?» ²⁴ Pero los fariseos, al oírlo, decían: «Éste no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios.»

²⁵ Sabiendo Jesús los pensamientos de ellos, les dijo: «Todo reino dividido contra sí mismo es assolado, y ninguna ciudad o casa dividida contra sí misma permanecerá. ²⁶ Si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido; ¿cómo, pues, permanecerá su reino? ²⁷ Y si yo echo fuera los demonios por Beelzebú, ¿por quién los echan vuestros hijos? Por tanto, ellos serán vuestros jueces. ²⁸ Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios, ²⁹ pues ¿cómo puede alguno entrar en la casa del hombre fuerte y saquear sus bienes, si primero no lo ata? Entonces podrá saquear su

casa. ³⁰ El que no está conmigo, está contra mí; y el que conmigo no recoge, desparrama.

³¹ »Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. ³² Cualquiera que diga alguna palabra contra el Hijo del hombre, será perdonado; pero el que hable contra el Espíritu Santo, no será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero.

³³ »Si el árbol es bueno, su fruto es bueno; si el árbol es malo, su fruto es malo, porque por el fruto se conoce el árbol. ³⁴ ¡Generación de víboras! ¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos?, porque de la abundancia del corazón habla la boca. ³⁵ El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas, y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas. ³⁶ Pero yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio, ³⁷ pues por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado.»

Los casos de endemoniados estaban muy extendidos entre la gente del tiempo de Jesús. Parece que Satanás trataba desesperadamente de contrarrestar la obra de Jesús y estorbar la venida del reino de Dios. No podemos decir cómo la gente reconocía los casos de endemoniados, ya que los síntomas externos eran semejantes a los problemas físicos causados por la enfermedad, por lo menos en algunos casos. Pero cuando se nos dice que Jesús curó a personas echando fuera demonios que las poseían, sabemos que no sufrían sólo de una enfermedad física común. En el caso que se menciona aquí, un poseído del demonio estaba ciego y mudo. Después de que Jesús lo sanó, pudo ver y hablar. Muchas de las personas que vieron este milagro sacaron en conclusión correctamente que Jesús debía ser el Mesías prometido, el Hijo de David.

Sin embargo, los fariseos reaccionaron con la habitual saña e irracionalidad. Otra vez acusaron a Jesús de estar aliado con

Beelzebú y de nuevo Jesús les demostró con facilidad lo necia que era su acusación. Un reino, una ciudad o una casa dividida contra sí misma no permanecerá. Satanás es hábil, no estúpido, y no usará esas tácticas para favorecer su reino. Podría haber estado dispuesto a sacrificar unos cuantos demonios para tratar de engañar a la gente, pero Jesús estaba echando demonios por docenas. Además, había otros que también echaban demonios, no sabemos quiénes eran ni cómo lo hacían, pero todo el mundo reconocía que lo lograban y nadie los acusó de estar asociados con el demonio. Dios pudo haberlos usado como instrumentos suyos, fueran creyentes o no. A menudo Dios usa a la gente, aun sin su conocimiento y contra su voluntad, para alcanzar sus buenos propósitos para su reino.

Entonces, la conclusión lógica era que Jesús estaba echando demonios por el poder de Dios. Cualquier persona razonable vería la obra de Jesús como función del reino de Dios, no del reino de Satanás. Jesús podía echar fuera demonios porque era más poderoso que el demonio. Había venido al mundo para combatir a Satanás y prevalecer sobre él, para herir la cabeza de la serpiente, Satanás (Génesis 3:15). Había ganado una gran victoria cuando resistió las tentaciones de Satanás durante 40 días en el desierto y ganaba otra pequeña victoria cada vez que echaba un demonio. Satanás no puede resistir el poder de la espada del Espíritu, la palabra de Dios. El demonio era como un hombre fuerte que ha sido atado, de tal manera que no puede proteger ni conservar sus posesiones.

Bajo esas condiciones, ¿en cuál reino quisiera estar usted, en el de Satanás o en el de Cristo? Jesús nos recuerda que la neutralidad es imposible: “El que no está conmigo, está contra mí”, advierte. Todos los que desean ser neutrales en los asuntos espirituales necesitan darse cuenta de que la neutralidad es enemistad contra Cristo. Jesús reclama ser el único Salvador de todo el mundo de pecadores y advierte que cualquiera que no cree en él sufrirá con Satanás por toda la eternidad. Por eso, permanecer neutral hacia Cristo es rechazarlo.

Muchos de los que rechazan a Cristo por un tiempo finalmente se arrepienten y se salvan. Cristo murió por todos nuestros pecados y nos ofrece perdonarlos todos. En efecto, el perdón total es el único que hay; Dios no perdona uno a uno nuestros pecados, perdona a los pecadores. La sangre de Cristo nos limpia de todo pecado, pero muchos rechazan el perdón de Cristo y mueren en sus pecados.

Cuando los pecadores se arrepienten y se salvan, es completamente obra del Espíritu Santo. Mediante el poder del evangelio crea vida espiritual en gente que estaba muerta en sus pecados y nos da el don de la fe salvadora en Cristo. Al Espíritu Santo le pertenece todo el mérito por traernos a la fe. Nosotros no podíamos hacer nada para lograr la fe, igual que una vara o una piedra no pueden hacer nada para tener vida.

Por otro lado, cuando los pecadores persisten en sus pecados y son condenados, es completamente su culpa. Puede que no parezca lógico o justo de acuerdo con nuestra manera de pensar, pero la Biblia nos dice que así es. Por lo tanto, los que son salvos le atribuyen todo el mérito a Dios, mientras que los que son condenados sólo pueden culparse a sí mismos.

Desde nuestro punto de vista, hay esperanza de arrepentimiento mientras la persona esté viva. Pero Jesús nos dice que algunos están más allá de la posibilidad de arrepentirse aun desde antes de que termine su vida terrenal; son las personas culpables de blasfemia contra el Espíritu Santo. Esas personas han rechazado obstinadamente la obra del Espíritu Santo a pesar de tantas oportunidades o a pesar de haber sido creyentes alguna vez. Tarde o temprano, la paciencia de Dios para con ellos se acaba y su tiempo de gracia termina. No podemos juzgar cuándo un pecador persistente ha caído bajo tal juicio, sino más bien debemos considerar a los pecadores como candidatos para la conversión mientras vivan, incluso mientras les advertamos que la paciencia de Dios no es inagotable. La epístola a los Hebreos nos advierte: “Si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los

pecados,... ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Hebreos 10:26,31).

Así como el fruto malo prueba que el árbol es malo, Jesús les advierte a los fariseos que sus perversas palabras revelan la maldad de su corazón. Los llama generación de víboras, simiente de la serpiente, Satanás. No pueden hablar sino el mal porque su corazón está lleno del mal. Aunque parece que hablan la verdad, lo hacen con malas intenciones, y Dios juzga las intenciones así como las palabras. Decir o hacer lo correcto por la razón equivocada es completamente malo ante Dios. Pero Dios puede hacer que todas las acciones malas ayuden a la realización de sus buenos propósitos para su reino. Por ejemplo, Dios puede usar el evangelio proclamado por un predicador hipócrita, que es verdaderamente incrédulo, para llevar a pecadores a la fe y a la salvación. El poder de los sacramentos no depende del oficiante, sino de las misericordiosas promesas del evangelio que están asociadas con el Santo Bautismo y la Santa Cena.

También necesitamos tomar muy en serio la advertencia que nos hace Jesús de no hablar descuidadamente, porque es un pecado por el que podemos merecer la condenación. Nuestras oraciones se convierten en palabras descuidadas cuando hablamos sólo con los labios y no con el corazón. Nuestras palabras son descuidadas cuando no hablamos nada sustancioso en las ocasiones en las que debemos confesar a Cristo nuestro Salvador. Nuestras palabras son descuidadas siempre que usamos el nombre de Dios de manera frívola o irrespetuosa. Nuestras palabras son descuidadas si de manera inexacta informamos lo que la palabra de Dios dice sobre un asunto. Las palabras son poderosas, y las palabras descuidadas pueden causar un daño incalculable. Cuando examinamos nuestra vida, desde luego debemos confesar que somos culpables de hablar descuidadamente día tras día. Por estos pecados también necesitamos el perdón de Dios por los méritos de Jesús cada día, y necesitamos implorarle a Dios que nos ayude a refrenar nuestra lengua. Con relación a esto lea Santiago 3:1-12.

***Jesús se niega a dar alguna señal milagrosa
excepto la señal de Jonás***

³⁸ Entonces respondieron algunos de los escribas y de los fariseos diciendo:

—Maestro, deseamos ver de ti una señal.

³⁹ Él respondió y les dijo:

—La generación mala y adúltera demanda señal, pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. ⁴⁰ Como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches. ⁴¹ Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación y la condenarán, porque ellos se arrepintieron por la predicación de Jonás, y en este lugar hay alguien que es más que Jonás. ⁴² La reina del Sur se levantará en el juicio con esta generación y la condenará, porque ella vino desde los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y en este lugar hay alguien que es más que Salomón.

⁴³ »Cuando el espíritu impuro sale del hombre, anda por lugares secos buscando reposo, pero no lo halla. ⁴⁴ Entonces dice: “Volveré a mi casa, de donde salí.” Cuando llega, la halla desocupada, barrida y adornada. ⁴⁵ Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entran y habitan allí; y el estado final de aquel hombre viene a ser peor que el primero. Así también acontecerá a esta mala generación.»

Como no fueron capaces de refutar las palabras de Jesús, los fariseos decidieron usar otra estrategia. Se dirigieron a él como “Maestro” (Rabí) y le pidieron una señal milagrosa. Dieron a entender que si Jesús les daba esa señal, creerían en él. No especificaron qué señal querían, pero lo cierto es que ninguna señal milagrosa los hubiera complacido. Después de todo, habían visto a Jesús sanar enfermos y echar fuera demonios, pero eso no fue suficiente para ellos.

Jesús los llamó “generación mala y adúltera” por pedir esa señal. No eran sinceros en su petición, sino que eran culpables de adulterio espiritual porque eran infieles a su Dios fiel. A pesar de todas las bendiciones especiales que Dios había derramado sobre ellos como su pueblo escogido, dejaron al Señor y fueron tras los dioses falsos de sus vecinos paganos. Cuando Dios cumplió la promesa que se había repetido a través de más o menos 4,000 años de la historia del Antiguo Testamento y envió al Salvador, lo rechazaron. No hicieron caso de todas las cosas que él hizo, que demostraban que era el Hijo de Dios y el Salvador prometido, y entonces pretendían que una señal milagrosa importaría más.

Jesús dijo que les iba a dar una señal más a su debido tiempo: “la señal del profeta Jonás”, y les explicó lo que quería decir con eso. Jonás pasó tres días y tres noches en el vientre de un gran pez que después lo arrojó a la playa permitiéndole emprender la tarea que Dios le había encomendado: proclamarle el llamado de Dios al arrepentimiento a la gente de la pagana ciudad de Nínive. Jesús resucitaría de los muertos al tercer día, mostrando que había completado satisfactoriamente la tarea para la cual el Padre lo había enviado a este mundo, a saber, la redención del mundo.

Jesús señaló que había una diferencia. Cuando Jonás fue a Nínive, la gente se arrepintió y se vistió de ropas ásperas. Cuando Jesús cumplió las promesas del Antiguo Testamento respecto al Salvador venidero, la mayoría de su propio pueblo lo rechazó en incredulidad. Por eso, los ninivitas creyentes y la reina del Sur (la reina de Sabá), que viajó unos mil setecientos kilómetros para escuchar la sabiduría de Salomón, el antecesor de Jesús, condenarán a esa generación incrédula. Los que tienen mayores oportunidades y bendiciones más ricas, tienen mayores responsabilidades y mayor culpa cuando no aprecian sus bendiciones ni aceptan sus responsabilidades. Cuanto más recibe usted de Dios, más espera Dios de usted. A la persona que es creyente por un tiempo y después rechaza a su Señor y Salvador y muere incrédula le irá peor que a alguien que nunca conoció a su Salvador (11:20-40).

En los versículos 43-45 Jesús describe otra situación. Un hombre había sido poseído por un demonio y el demonio lo había dejado. Mientras el espíritu anda errante, se produce en el hombre un vacío espiritual. El antiguo poseso puede pensar que sin el demonio él ha cambiado, que ha puesto su vida en orden y que ahora es capaz de hacer lo que sea necesario para hacerse digno de un lugar en el reino de Dios. Pero no puede hacer eso por sí mismo, necesita a Jesús. Cuando Jesús no ha encontrado lugar en el corazón del hombre, el demonio puede volver y tomar posesión en cualquier momento. Este hombre no consideró esa posibilidad y no estuvo vigilando contra el demonio. Por eso, el primer demonio encontró siete demonios peores que él y se posesionaron de la vida del hombre. Así, dijo Jesús, iba a suceder con esa generación malvada de la que formaban parte esos fariseos hostiles.

Jesús habla de su madre y sus hermanos

⁴⁶ Mientras él aún hablaba a la gente, su madre y sus hermanos estaban afuera y le querían hablar. ⁴⁷ Le dijo uno: —Tu madre y tus hermanos están afuera y te quieren hablar.

⁴⁸ Respondiendo él al que le decía esto, dijo:

—¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?

⁴⁹ Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo:

—Éstos son mi madre y mis hermanos, ⁵⁰ pues todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.

Incluso en esa generación malvada hubo algunos que se arrepintieron de sus pecados y confiaron en Jesús como su Salvador. Los mismos hermanos de Jesús, por lo menos al comienzo, no estaban entre ellos, como se nos dice en Juan 7:5.

En esta ocasión encontramos a la madre y a los hermanos de Jesús al extremo de una multitud con deseos de hablar con él.

Mateo no dice de qué querían hablar, pero en Marcos 3:21 dice: “Vinieron para prenderlo, porque decían: ‘Está fuera de sí’”. Ellos pudieron haber estado sinceramente preocupados por su bienestar al darse cuenta de que estaba trabajando muy duro, de lo grandes que eran las multitudes que se reunían a su alrededor y de lo amarga que se estaba volviendo la hostilidad de los escribas y fariseos. Así que querían llevarlo al hogar, donde pudiera comer bien y tomar algún descanso.

Cuando le avisaron a Jesús que su madre y sus hermanos querían hablar con él, tal vez nos podemos sorprender o escandalizarnos con su respuesta: “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?” Por supuesto que no los estaba repudiando, más bien estaba señalando que las relaciones físicas no significan mucho en el reino de Dios. Los verdaderos miembros de su familia son todos los que hacen la voluntad de su Padre, y la voluntad del Padre es que la gente venga al arrepentimiento y a la fe en Cristo como su Salvador.

En relación con esto, usted se puede preguntar quiénes eran exactamente esos “hermanos” de Jesús. Marcos 6:3 menciona a Jacobo, José, Judas y Simón. También se mencionan “hermanas”, pero no se nombran. La explicación más natural parece ser que eran hijos de María y de José, nacidos después de Jesús. Pero los estudiosos de la Biblia sostienen diferentes opiniones en cuanto a su identidad. La palabra “hermanos” no siempre se refiere a hijos de los mismos padre y madre terrenales. Algunas veces se refiere a otros parientes cercanos, como primos. Los que prefieren esta interpretación señalan el hecho de que en la cruz Jesús le pidió a Juan que cuidara a María. ¿Por qué habría de hacer eso, si ella tenía otros hijos e hijas?

Se puede reunir suficiente evidencia para apoyar cualquier punto de vista, pero es imposible determinar si María y José tuvieron o no otros hijos e hijas además de Jesús. En un caso como éste usted tiene derecho a su propia opinión, pero recuerde que es sólo una opinión. Cuando veamos a Jesús cara a cara en las mansiones celestiales, seguramente él nos dirá y nos contestará

cualquiera otra pregunta que nos haya intrigado durante esta vida terrenal.

A su fe no le afecta la opinión acerca de la identidad de los “hermanos” de Jesús, pero lo que usted piensa de Jesús cambia todo en este mundo y en el mundo venidero. Nunca dude que él es el Hijo de Dios, igual en poder y majestad con el Padre y con el Espíritu Santo. Él es el Mesías prometido de Israel; el único Salvador de todo el mundo.

Jesús habla en parábolas *La parábola del sembrador*

13 Aquel día salió Jesús de la casa y se sentó junto al mar. ² Se le acercó mucha gente, así que él, entrando en la barca, se sentó, y toda la gente estaba en la playa. ³ Les habló muchas cosas por parábolas, diciendo:

«El sembrador salió a sembrar. ⁴ Mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino, y vinieron las aves y la comieron. ⁵ Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra, y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; ⁶ pero cuando salió el sol, se quemó y, como no tenía raíz, se secó. ⁷ Parte cayó entre espinos, y los espinos crecieron y la ahogaron. ⁸ Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta y cuál a treinta por uno. ⁹ El que tiene oídos para oír, oiga.»

De esa casa llena de gente, donde la madre y los hermanos de Jesús no se pudieron acercar lo suficiente para hablarle directamente, Jesús salió a la playa del mar de Galilea. Afuera una muchedumbre mucho más grande se pudo acercar lo suficiente para oírlo. Como la gente se aglomeraba en gran número alrededor de él, Jesús subió a una barca y se alejó un poco de la orilla. Al haberse alejado de esta forma, más personas lo podían escuchar.

Entonces procedió a enseñar a la gente sobre el reino de Dios. Habló en parábolas, y más tarde explicó por qué le gustaba

emplear ese método. Las parábolas son historias sencillas basadas en hechos cotidianos que los oyentes conocían; aunque no informan sobre sucesos reales, ilustran verdades específicas relacionadas con el reino de Dios. Algunas veces todos los detalles de una parábola apoyan el punto principal; en otros casos no es pertinente tratar de encontrarle un significado a cada detalle. Las parábolas son como cuadros, comunican una impresión general inmediata pero algunos detalles pueden ser irrelevantes. Es importante tener esto presente cuando se interpretan las parábolas.

En este capítulo Mateo escribe siete parábolas que Jesús dijo. Explica algunas de ellas; otras no. También nos dice por qué decide hablar tan frecuentemente en parábolas. Todas estas parábolas enseñan importantes verdades referentes al reino de Dios, y en general eso es cierto de las parábolas de Jesús. El reino de Dios, después de todo, no es una organización terrenal visible que ocupe un territorio de tamaño específico en este mundo; el reino de Dios es el dominio de Dios, su actividad de gobierno. Dios gobierna en el corazón de sus creyentes mediante el poder de su Palabra y llama a la gente mediante el evangelio. Por el poder de ese evangelio crea la fe salvadora en Cristo en el corazón de la gente. Con ese mismo poder fortalece y preserva esa fe y conmueve a la gente a producir frutos de fe, obras que guardan sus mandamientos y expresan amor auténtico a Dios y al prójimo.

Dios gobierna sobre todo el mundo y dirige todos los sucesos de los hombres y de las naciones para el beneficio de su iglesia, todos los creyentes. A veces podemos ver con claridad la mano de Dios en el curso de la historia del mundo, especialmente cuando podemos mirar siglos atrás. En otras ocasiones eso no puede ser claro para nosotros, pero Dios tiene siempre el mando, y seguramente cumplirá su promesa haciendo que todas las cosas funcionen para el bien de los que lo aman. Éstas son unas cuantas verdades básicas para considerar mientras estudiamos las parábolas de Jesús.

Primero viene la parábola del sembrador. Es posible que hubiera un sembrador trabajando al fondo del lugar mientras Jesús

hablaba. De todos modos, los aspectos de la siembra y el cultivo que se describen en la parábola los conocían los oyentes. El agricultor sembraba la semilla manualmente, la llevaba en una bolsa sujeta a la cintura, y la esparcía con las manos tan uniforme y precisamente como fuera posible. Parte de la semilla caía en la tierra dura de una vía peatonal que iba por el borde del campo o por el medio. Esa semilla no tendría ninguna oportunidad de crecer, debido a que quedaría a plena vista y los pájaros casi de inmediato la encontrarían y se la comerían. Alguna caía en pedregales donde la tierra no tenía mucha profundidad. Esta semilla brotaría pronto y crecería bien al principio, pero por crecer en tierra de poca profundidad se secaba con facilidad por el calor del sol y las tiernas plantas se marchitarían y morirían. Alguna semilla caía entre espinos, y simplemente no podría competir para obtener humedad y luz del sol, así que se ahogaría y nunca se desarrollaría. Sin embargo, una parte de la semilla caía en buena tierra y crecería y se multiplicaría cien veces al llegar a la madurez. Así era para los agricultores del tiempo de Jesús y así es también hoy. Además, así es cuando la buena semilla de la palabra de Dios se esparce entre las personas de este mundo.

Jesús exhortó: “El que tiene oídos para oír, oiga.” Si usted puede oír, de veras escuche, tómelo a pecho, crea y obedezca. Cuando amonestamos a un niño o a alguien sobre quien tenemos autoridad para que escuche lo que decimos, esencialmente pensamos en ese procedimiento. En ese sentido, niños, escuchen a sus padres; trabajadores, escuchen a sus jefes; estudiantes, escuchen a sus maestros; todos, escuchen la palabra de Dios. Más adelante veremos que esta parábola trata del oír apropiadamente la palabra de Dios, pero primero escuchamos a Jesús explicando por qué enseñó en parábolas tantas veces.

El propósito de las parábolas

**¹⁰ Entonces, acercándose los discípulos, le preguntaron:
—¿Por qué les hablas por parábolas?**

¹¹ Él, respondiendo, les dijo:

—Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no les es dado, ¹² pues a cualquiera que tiene, se le dará y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. ¹³ Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden. ¹⁴ De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo:

**»“De oído oiréis, y no entenderéis;
y viendo veréis, y no percibiréis,
¹⁵ porque el corazón de este pueblo se ha entorpecido,
y con los oídos oyen pesadamente,
y han cerrado sus ojos;
para que no vean con los ojos,
ni oigan con los oídos,
ni con el corazón entiendan, ni se conviertan
y yo los sane.”**

¹⁶»Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. ¹⁷ De cierto os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron.

Los discípulos no le pidieron a Jesús que explicara esta parábola, en cambio le hicieron una pregunta más general: “¿Por qué les hablas por parábolas?” Jesús les explicó que tenía dos razones para hablar en parábolas: revelar y ocultar. Las parábolas les revelaban la verdad a los creyentes pero les ocultaban esa misma verdad a ciertos incrédulos. Una parábola es fácil de recordar, por eso le puede ayudar a un creyente a recordar la verdad que Jesús enseñó con una parábola particular. No obstante, es triste decir que hay personas en este mundo a quienes Dios ha decidido ocultarles su verdad. Él quiere que todas las personas vengan al conocimiento de la verdad y que sean salvas, pero su paciencia no es inagotable.

Cuando las personas desprecian obstinada y persistentemente la palabra de Dios e insisten en ir por su propio camino, a pesar de tantas oportunidades que Dios les ha ofrecido para conocer y hacer lo correcto, al fin Dios les retira su gracia. Endurecen su corazón contra la palabra de Dios, y finalmente Dios les endurece el corazón por medio de esa misma Palabra. No podemos juzgar cuándo el corazón de un incrédulo se ha endurecido tanto que la palabra de Dios sólo lo endurecerá más; sólo Dios puede mirar al corazón y entender eso. Por eso, debemos estar poco dispuestos a abandonar a alguien y considerarlo como caso perdido en cuanto al reino de Dios. No debemos pronunciar tal juicio sobre nadie; sólo debemos advertirle a la gente que esa tragedia puede suceder.

La consecuencia final del endurecimiento espiritual será que las personas que están destinadas a la condenación eterna en los infiernos no tendrán excusa; no tendrán a quién culpar excepto a sí mismos. Finalmente serán conscientes de este hecho, pero entonces será imposible hacer algo para remediarlo. Todos debemos tener cuidado para no perder la fe y la salvación. Por supuesto, la solución consiste en usar regular y fielmente los medios de gracia, el evangelio en Palabra y sacramento. Mientras sigamos alimentando nuestras almas con el evangelio, nuestra fe se fortalecerá y se preservará, y nadie nos podrá arrancar de las manos de nuestro Salvador.

“Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen”, Jesús les dio confianza a sus discípulos, y con esas mismas palabras nos da confianza a nosotros. El Espíritu Santo nos ha dado ojos que ven y oídos que oyen las verdades espirituales. Mientras usemos esos dones, no debemos temer por nuestra salvación eterna. Pero si los despreciamos, los descuidamos o nos negamos a usarlos, Dios con seguridad tiene derecho de rechazarnos y condenarnos. Los que tienen privilegios especiales también tienen responsabilidades especiales. Los discípulos fueron bendecidos más grandemente que los profetas y que los justos que vivieron antes de la época de Cristo. Esas personas tuvieron sólo las promesas de Dios y se aferraron a esas

promesas, y fueron salvos por su fe en el Salvador prometido. Los discípulos vieron a ese Salvador con sus propios ojos y lo escucharon con sus propios oídos, lo cual fue una gran ventaja para ellos.

Nosotros somos más grandemente bendecidos. Tenemos la revelación completa de Dios en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento. Allí podemos ver a Jesucristo como el Salvador prometido, que vino al mundo en el tiempo previsto por Dios, que cumplió su misión de expiar los pecados del mundo cuando murió en la cruz y que resucitó al tercer día y ascendió a los cielos 40 días después. Así como cumplió todas las promesas de Dios relacionadas con la redención del mundo, también cumplirá su promesa de juzgar a todo el mundo y de llevar a todos los creyentes en cuerpo y alma a vivir con él en los cielos para siempre.

Jesús explica la parábola del sembrador

**¹⁸»Oíd, pues, vosotros la parábola del sembrador:
¹⁹ Cuando alguno oye la palabra del Reino y no la entiende, viene el malo y arrebató lo que fue sembrado en su corazón. Éste es el que fue sembrado junto al camino. ²⁰ El que fue sembrado en pedregales es el que oye la palabra y al momento la recibe con gozo, ²¹ pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza. ²² El que fue sembrado entre espinos es el que oye la palabra, pero las preocupaciones de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa. ²³ Pero el que fue sembrado en buena tierra es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta y a treinta por uno.**

“Oíd, pues, vosotros la parábola del sembrador.” En este caso Jesús procede a explicar la parábola que acaba de contar. “Oíd”,

dice, ya que de eso trata toda la parábola, de escuchar la palabra de Dios. Algunos oyen pero verdaderamente no escuchan; algunos oyen y escuchan pero sólo por corto tiempo. Algunos oyen y escuchan por un tiempo, pero piensan que no necesitan poner toda su atención a lo que Dios les dice; se distraen muy fácilmente. Y algunos siguen oyendo y escuchando; crecen en la fe y en santificación, producen los frutos de la fe en gran abundancia. Miran al futuro y finalmente experimentan todo el gozo de la vida eterna en los cielos.

La semilla que cae en la tierra dura del camino señala a las personas que hacen como si oyeran la palabra de Dios, pero casi de inmediato dejan que el diablo se la quite. El diablo llama a Dios mentiroso y muchos creen las mentiras del diablo y van con él a la destrucción eterna. Dios quiso salvarlos y los invitó a su reino, pero ellos simplemente no aceptaron su misericordiosa invitación, prefirieron llevar esta vida según la ignorancia y los malos deseos de su carne pecaminosa. Dios no empuja ni arrastra a nadie a su reino por la fuerza. Cristo murió por todos y redimió a todo el mundo, pero los que desprecian su salvación y lo rechazan permanecen legítimamente en el reino de Satanás ahora y por la eternidad.

Los pedregales describen al que escucha la palabra de Dios con gozo y la cree. Se entusiasma mucho por ser recibido en el reino de Dios y por pertenecer a una congregación cristiana. Espera que su fe cristiana lo exima de los problemas que otras personas experimentan en esta vida. Busca éxito y prosperidad, buena salud y felicidad permanente (es triste decirlo, pero hay falsos profetas que atraen gente a sus iglesias dándoles esas falsas esperanzas). Pero entonces se da cuenta de la realidad que lo golpea; los problemas que son una parte ineludible de la vida como personas pecadoras en un mundo pecador vienen a la vida de esa persona. Incluso enfrenta formas de persecución, algunas dificultades que se le imponen por su fe cristiana. No estaba preparado para esos sucesos y abandona a la fe sin poner mucha resistencia.

Una fe pequeña y débil le da a la persona la salvación celestial tanto como una fe fuerte y heroica. Pero no debemos estar satisfechos con una fe débil, porque se puede apagar muy fácilmente; más bien debemos ponernos toda la armadura de Dios para protegernos contra cualquier cosa que amenace destruir nuestra fe. Si desea, puede refrescarse la memoria sobre este asunto leyendo Efesios 6:10-18.

Los espinos representan “las preocupaciones de este siglo y el engaño de las riquezas”. La semilla sembrada entre espinos crece por un tiempo pero nunca prospera verdaderamente. Esta clase de oyente todavía está muy interesado en las cosas materiales y los problemas de esta vida; tiene mucha dificultad en confiar en Dios para la provisión de todas sus necesidades materiales, piensa que si sólo pudiera acumular suficiente dinero y todas las cosas buenas que el dinero puede comprar, entonces sería perfectamente feliz. Si se vuelve rico y aún así no es feliz, piensa que la solución es volverse todavía más rico y nunca tiene lo suficiente. La riqueza es su dios y él se convierte en su esclavo, por lo tanto nunca produce frutos de fe que glorifiquen a Dios.

Si no se enriquece, aún puede poner sus esperanzas en lo que el dinero supuestamente puede hacer por él. El amor al dinero es la raíz de todos los males, y los que tienen poco pueden amarlo tanto como los que nadan en riquezas. Así que no piense que la semilla entre los espinos no lo amonesta a usted porque no es ni tampoco espera ser rico en cosas materiales. Vivimos en una sociedad materialista, y todos estamos constantemente amenazados por “el engaño de las riquezas”.

Por último, llegamos a la buena semilla que cae en buena tierra. Algunos oyen la palabra y la entienden y la creen, y producen abundantes frutos de fe. El fruto más precioso es compartir la palabra de Dios con otros. Así la semilla de la palabra literalmente se multiplica 30, 60 o 100 veces o más. Dios nos da su palabra para crearla y compartirla.

Por tanto, la parábola del sembrador describe las diversas maneras como las personas oyen la palabra de Dios y responden

a ella. Es fácil ver que ésta es una descripción precisa, pero ¿cuál es el beneficio de oír esta parábola? ¿Sólo nos capacita para clasificar a la gente como tierra dura, pedregales o espinos? ¿Es para decirnos que las personas son esencialmente diferentes y que sólo unas son más receptivas a la palabra de Dios cuando la oyen? No, la Biblia dice con claridad que todos por naturaleza estamos muertos en transgresiones y pecados, somos totalmente incapaces de responder de forma alguna a la palabra de Dios, porque es locura para el hombre natural (1 Corintios 2:14). Cuando la gente oye el evangelio y cree en él, todo es obra del Espíritu Santo. La fe salvadora es un don de Dios. Por otro lado, cuando alguien oye el evangelio y lo rechaza, es completamente su culpa. Eso no le suena razonable o justo a la mente humana, pero es lo que Dios dice, y por eso lo dejamos así. Cualquier intento que hagamos para explicar lógicamente el misterio de “por qué algunos son salvados y otros no”, sólo nos conduce a negar o rechazar otras claras verdades de la Biblia. Por tanto, sencillamente nos maravillamos de la gracia de Dios que nos salvó cuando éramos tan malos como el resto de la humanidad pecadora y buscamos formas de expresar profunda gratitud a nuestro misericordioso Dios. “¡Sublime gracia del Señor, que a un pecador salvó!”.

Otro beneficio de esta parábola es vernos a nosotros mismos en toda ella. Por naturaleza todos fuimos como esa tierra dura, no fuimos receptivos al evangelio y estuvimos a merced del demonio. A veces somos esos pedregales y pensamos que no necesitamos profundizar nuestras raíces en la tierra para poder soportar lo que pueda venir en la vida. Y sin duda todos estamos sujetos a “las preocupaciones de este siglo y el engaño de las riquezas”. Mientras tomamos esta parábola a pecho, démosle gracias a Dios por habernos traído al conocimiento de la verdad y por habernos dado oportunidades ilimitadas para crecer en la fe y en la piedad mediante el poder del evangelio de Cristo.

Parábola de la cizaña

²⁴ Les refirió otra parábola, diciendo: «El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; ²⁵ pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. ²⁶ Cuando brotó la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. ²⁷ Fueron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: “Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo, pues, tiene cizaña?” ²⁸ Él les dijo: “Un enemigo ha hecho esto.” Y los siervos le dijeron: “¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos?” ²⁹ Él les dijo: “No, no sea que al arrancar la cizaña arranquéis también con ella el trigo. ³⁰ Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega, y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: ‘Recoged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero.’”»

En esta parábola tenemos otro hombre sembrando buena semilla en su campo, pero encuentra varios problemas antes de que pueda recoger una buena cosecha. Un enemigo viene de noche y esparce en el campo semillas de cizaña. La cizaña y el trigo brotan juntos; al principio se parecen mucho, pero pronto se puede distinguir que hay cizaña en el campo. El agricultor se da cuenta de lo que ha pasado, pero les ordena a sus trabajadores que dejen la cizaña en el campo. Sería imposible arrancar la cizaña sin destruir alguna parte del trigo que está creciendo. Pero al momento de la cosecha la cizaña se puede separar del trigo. Entonces se quemará la cizaña y el trigo será almacenado en el granero.

Más tarde Jesús también explicó esta parábola, pero Mateo inserta otras dos parábolas cortas de Jesús en este capítulo antes de que lleguemos a la explicación.

Parábolas de la semilla de mostaza y de la levadura

³¹ Otra parábola les refirió, diciendo: «El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su campo. ³² Ésta es a la verdad la más pequeña de todas las semillas, pero cuando ha crecido es la mayor de las hortalizas y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas.»

³³ Otra parábola les dijo: «El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó leudado.»

³⁴ Todo esto habló Jesús por parábolas a la gente, y sin parábolas no les hablaba, ³⁵ para que se cumpliera lo que dijo el profeta:

**«Abriré en parábolas mi boca;
declararé cosas escondidas
desde la fundación del mundo.»**

Estas dos parábolas son semejantes, pero también hay algunas diferencias significativas entre ellas. La semilla y la levadura no tienen apariencia llamativa, pero ambas tienen dentro de sí el poder que les da Dios para crecer y lograr cosas maravillosas.

La semilla de mostaza era la más pequeña de todas las semillas que el pueblo de Israel podía sembrar en sus jardines. Sin embargo, esta semilla tan pequeña podía crecer hasta convertirse en la planta más grande del jardín, lo suficientemente grande para que los pájaros pudieran posarse y anidar en sus ramas.

El reino de Cristo en la tierra comenzó también de forma muy pequeña y poco impresionante, y esta parábola era una profecía del desarrollo futuro de su reino. La diminuta semilla de mostaza representa a Cristo, que vino a este mundo como niño nacido en un establo en el pueblecito de Belén. Su madre era una muchacha campesina desconocida del pueblo de Nazaret en Galilea. Unos

cuantos pastores humildes fueron a verlo y adorarlo, pero casi nadie más notó que había nacido. Pasó su niñez en el hogar de José el carpintero y María, en Nazaret. A la edad de 30 años comenzó su ministerio público y reunió como discípulos a un grupo de doce hombres iletrados, la mayoría de ellos pescadores. Por un tiempo su popularidad aumentó, pero con el correr de los días, la gente se dio cuenta de que Jesús nunca sería el rey que querían y por eso la mayoría de sus seguidores lo abandonaron. Después de sólo tres años de enseñar públicamente, sus enemigos lo apresaron, lo condenaron a muerte y lo ejecutaron crucificándolo. Dos de sus amigos pusieron de prisa el cuerpo de Jesús en una tumba prestada. Hasta sus fieles discípulos estaban convencidos en ese momento de que había fracasado totalmente en el propósito establecer el reino del que había hablado.

Así como la muerte de la semilla de mostaza en la tierra era el comienzo de una planta que podía alcanzar el tamaño de un árbol, también la muerte de Cristo fue el comienzo de su iglesia, que se ha extendido hasta los puntos más lejanos de la tierra. La resurrección de Jesús demostró que había logrado su propósito en esta tierra. Y después de su ascensión, la iglesia creció rápidamente, comenzando con los 3,000 que fueron llevados a la fe en Cristo en Jerusalén sólo diez días más tarde, en el día de Pentecostés. Ese crecimiento ha seguido hasta el día de hoy y seguirá hasta el final de los tiempos.

La parábola de la levadura señala otros aspectos del crecimiento del reino de Cristo en este mundo. La levadura actúa silenciosa e invisiblemente, pero los efectos de su trabajo son muy visibles. La levadura representa el poder del evangelio de Cristo y su método de trabajo. El evangelio es la única herramienta y el único poder que Dios nos ha dado para nutrir y extender su iglesia sobre la tierra. Él sólo nos dice que esparzamos la levadura del evangelio en el mundo y la veamos actuar en la masa de la humanidad, como la levadura en la masa. Ésta actúa dentro de las personas y las cambia desde adentro hacia afuera.

No somos responsables de hacer crecer la iglesia de Cristo sobre la tierra, pero el Señor quiere que le sirvamos como mensajeros; él quiere que llevemos el mensaje de su Palabra en toda su verdad y pureza, sin añadirle ni quitarle nada, y el Espíritu Santo será el responsable de los resultados. Él no nos juzga por el número de personas que ganemos para su iglesia sino sólo por nuestra fidelidad en la comunicación de su Palabra.

En el versículo 35 Mateo nos recuerda que Jesús habló en parábolas como otro cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento, a saber, en la declaración de Asaf en el Salmo 78:2. No hubo profecía mesiánica que Jesús no cumpliera. Podemos pasar por alto algunas de las profecías y no darnos cuenta del cumplimiento por parte de Jesús, pero Jesús no pasó por alto ni tampoco dejó de cumplir ninguna de ellas.

Jesús explica la parábola de la cizaña

³⁶ Entonces, después de despedir a la gente, entró Jesús en la casa. Se le acercaron sus discípulos y le dijeron:

—Explícanos la parábola de la cizaña del campo.

³⁷ Respondiendo él, les dijo:

—El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre.

³⁸ El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino, y la cizaña son los hijos del malo. ³⁹ El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles. ⁴⁰ De manera que, así como se arranca la cizaña y se quema en el fuego, así será en el fin de este mundo. ⁴¹ Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles, y recogerán de su Reino a todos los que sirven de tropiezo y a los que hacen maldad, ⁴² y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. ⁴³ Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga.

De aquí en adelante, Jesús estuvo en un recinto cerrado con sus discípulos. En la primera oportunidad que tuvieron, le pidieron a Jesús que les explicara la parábola de la cizaña. Él les dijo que en ese caso el sembrador es el Hijo del hombre, Jesús mismo; el campo es todo el mundo, y la buena semilla corresponde a los creyentes. La cizaña son las personas impías que Satanás planta entre el pueblo de Dios en este mundo. Los segadores son los ángeles, que separarán a los malvados de los hijos de Dios en el día del juicio.

Cuando venga el día del juicio, los ángeles recogerán a todos los incrédulos y los escoltarán al lado izquierdo de Jesús, su juez. Allí tendrán que someterse a su veredicto de condenación, y serán lanzados a los tormentos del infierno por toda la eternidad. Los justos disfrutarán de la gloria de su Señor en los cielos para siempre.

¿Acaso esto quiere decir que no nos debemos preocupar por los miembros incrédulos de una congregación cristiana? ¡De ninguna manera! En otras partes, la Biblia nos dice cómo tratar a los pecadores impenitentes en una congregación cristiana. Después de que todos los medios pacíficos y ordenados para tratar a los pecadores impenitentes hayan fracasado en el propósito de llevarlos al arrepentimiento, puede ser necesaria la excomunión.

Recuerde que en esta parábola el campo es el mundo, no la iglesia. No tenemos derecho de exterminar a los incrédulos de este mundo. En demasiadas ocasiones la iglesia ha tratado de hacer exactamente eso. Piense en acontecimientos históricos como las Cruzadas, la Inquisición española, y muchas guerras religiosas, algunas de las cuales todavía nos atormentan hoy. O piense en algunos reformadores como Huss en Bohemia y Savonarola en Italia. Martín Lutero también fue declarado proscrito porque se atrevió a encontrar faltas en algunas de las prácticas corruptas de la iglesia de su tiempo e hizo voto de que no se sometería a una autoridad diferente a la de las Sagradas Escrituras. La iglesia ha pervertido la justicia cuando, en el nombre de Cristo, ha torturado y ejecutado arrogantemente a quienes considera herejes.

Parábolas del tesoro escondido y de la perla de gran precio

44»Además el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene y compra aquel campo.

45»También el reino de los cielos es semejante a un comerciante que busca buenas perlas, 46 y al hallar una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía y la compró.

La primera parábola nos habla acerca de un hombre que de repente encuentra un tesoro escondido en un campo. Era una costumbre común que la persona rica en ese tiempo dividiera su riqueza en tres partes. Una parte la mantenía en efectivo para realizar sus negocios; otra, la invertía en piedras preciosas y joyas, que fácilmente podía llevar si alguna vez tenía que huir de un ejército enemigo. La tercera parte la enterraba en alguna parte, esperando desenterrarla y recuperarla cuando pudiera regresar a casa. Por supuesto, esas personas algunas veces no volvían y ninguna otra persona conocía el lugar donde enterraron su tesoro. Al parecer, el hombre de esta parábola encontró un tesoro de esos. Tal vez no lo estaba buscando, pero cuando lo encontró reconoció su valor. Sin dudar, vendió todas sus posesiones para poder comprar el campo y el tesoro que allí estaba enterrado.

El negocio del mercader de perlas era buscar por todas partes las perlas más finas. Cuando encontró la perla más perfecta en tamaño, forma y color que jamás hubiera visto, tenía que obtenerla. Por eso, él también vendió todas sus posesiones para comprar esa única perla perfecta.

El tesoro escondido y la perla de gran precio representan el reino de Dios o a Cristo el Salvador, quien estableció ese reino y lo gobierna con el evangelio. Ese reino es más precioso que cualquier otra cosa en el mundo, y sólo quienes son recibidos en él pueden valorar correctamente sus otras posesiones. Los que reconocen el reino de Dios como su máximo bien considerarán las

demás posesiones por su utilidad para apoyarlo y extenderlo. Ése debe ser nuestro principal propósito en este mundo.

Algunas personas de hoy pueden encontrarse con la perla de gran precio mientras buscan perlas de menor valor entre los escritos de grandes pensadores y filósofos de este mundo. Ni siquiera saben que existe la perla perfecta. Sin embargo, una vez que la encuentran y el Espíritu Santo las convence de su valor, se dan cuenta de que el evangelio de Cristo es inigualable y es el único camino para la salvación de los pecadores.

Hoy los tesoros del reino de Cristo están al alcance de todo el mundo en las Sagradas Escrituras. No hay libro más fácil de conseguir que la Biblia, y cada año está disponible en más traducciones y en más idiomas. A pesar de eso, muchos la consideran sólo como un libro extraño y antiguo, difícil de entender. Aunque no la leen, les creen a las personas que les dicen que la Biblia es oscura y está llena de contradicciones. No se dan cuenta de que la palabra de Dios es lámpara a sus pies y luz a su camino, y que hasta un niño puede entender el mensaje fundamental de la Escritura: soy pecador, pero Jesús murió por mis pecados, me perdona gratuitamente y me invita a compartir la gloria del cielo con él y con todos los creyentes. Todo lo demás en la Biblia lo comprendemos sólo mientras tengamos presente esta verdad central y relacionemos todo el resto de las Escrituras con ella.

Así como los dos hombres de estas parábolas vendieron todo lo que tenían para comprar lo que encontraron, así el reino de Dios debe ser comprado por todos nosotros. Pero el precio es mucho mayor de lo que pudiéramos pagar. La totalidad del mundo no sería suficiente pago por una sola alma. Los trapos de inmundicia de nuestra justicia personal ni siquiera podrían comenzar a pagar una cuota inicial. La única solución posible era que alguien más pagara el precio por nosotros y el único que pudo hacerlo fue el santo Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo. El precio que pagó fue su santa y preciosa sangre y su inocente sufrimiento y muerte. Nos ofrece todas las bendiciones de su reino ahora y por la

eternidad, como dones de su gracia. Él compró y pagó completamente todas estas bendiciones, no para él sino para nosotros, y nosotros no perdemos estos tesoros cuando los compartimos. Entre más los regalamos, los poseemos con más abundancia.

Parábola de la red

⁴⁷»Asimismo el reino de los cielos es semejante a una red que, echada al mar, recoge toda clase de peces. ⁴⁸ Cuando está llena, la sacan a la orilla, se sientan y recogen lo bueno en cestas y echan fuera lo malo. ⁴⁹ Así será al fin del mundo: saldrán los ángeles y apartarán a los malos de entre los justos, ⁵⁰ y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes.

⁵¹ Jesús les preguntó:

—¿Habéis entendido todas estas cosas?

Ellos respondieron:

—Sí, Señor.

⁵² Él les dijo:

—Por eso todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas.

La última parábola de este capítulo muestra que el reino de los cielos trabaja como una red que recoge toda clase de peces. En la playa los pescadores simplemente separan el pescado malo para desecharlo y guardan el bueno. Mucha gente es atraída a la iglesia de Cristo o se integra en su iglesia o permanece dentro de la iglesia visible por razones equivocadas. Tal vez sólo hacen lo mismo que los demás porque así fueron criados. Algunos están allí para complacer a sus cónyuges, otros esperan alcanzar un grado de respetabilidad o ventaja personal u obtener ganancias asociándose con el pueblo de Dios en una congregación cristiana.

Algunos de esos “pecados malos” desde luego que pueden obtener lo que buscan en la iglesia de Cristo, pero en realidad se perjudican gravemente si no quieren arrepentirse de sus pecados y creer sólo en Cristo para el perdón y la salvación. Pasarán la eternidad “en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujiir de dientes”.

Los discípulos creyeron que habían entendido las verdades que Jesús les quiso enseñar con las siete parábolas de este capítulo, pero sucesos posteriores revelaron claramente que su comprensión estaba lejos de ser perfecta. Todavía tenían mucho que aprender acerca de las cosas espirituales. Antes que pudieran dejar de ser discípulos, o estudiantes, de las verdades de Dios, tendrían que aprender a comprender mejor las enseñanzas de las Escrituras del Antiguo Testamento, especialmente el plan divino de salvación y las profecías que predijeron cómo el Hijo de Dios establecería su reino eterno. También tendrían que aprender cómo cumplió Jesús todas las promesas mesiánicas. Tendrían que conocer todo lo que Jesús enseñó y todo lo que el Espíritu Santo reveló e hizo que los escritores sagrados escribieran para que lo aprendiéramos en las Escrituras del Nuevo Testamento.

Cuando el Espíritu Santo vino sobre los apóstoles el día de Pentecostés, perfeccionó su comprensión de la verdad de Dios y recordaron todo lo que Jesús les había enseñado. Nosotros tenemos esas mismas verdades en las Escrituras inspiradas. Podemos seguir aprendiendo mientras que vivamos y nunca agotaremos los ricos tesoros de la Santa Escritura y con ello ¡las riquezas espirituales que tenemos y compartimos aumentarán 30, 60, o 100 veces!

SEXTA PARTE

Jesús prepara a sus discípulos para edificar su iglesia (13:53–18:35)

La gente del pueblo de Jesús se escandaliza de él

⁵³ Aconteció que cuando terminó Jesús estas parábolas, se fue de allí. ⁵⁴ Vino a su tierra y les enseñaba en la sinagoga de ellos, de tal manera que se maravillaban y decían:

—¿De dónde saca estas sabiduría y estos milagros? ⁵⁵ ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos, Jacobo, José, Simón y Judas? ⁵⁶ ¿No están todas sus hermanas con nosotros? ¿De dónde, pues, saca éste todas estas cosas?

⁵⁷ Y se escandalizaban de él. Pero Jesús les dijo:

—No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa.

⁵⁸ Y no hizo allí muchos milagros debido a la incredulidad de ellos.

“Cuando terminó Jesús...” marca otra división mayor en el evangelio de Mateo. Desde aquí hasta el capítulo 18 encontramos a Jesús preparando a los discípulos para edificar su iglesia, los capacita diciéndoles lo que deben decir y hacer, demostrándoles esas cosas en el comportamiento de su propio ministerio.

Cuando llegó a Nazaret, el pueblo donde creció, Jesús fue a la sinagoga local para enseñar a la gente. Tenía la costumbre no sólo de asistir regularmente a los servicios en la sinagoga, sino también de enseñar a la gente en esas ocasiones. El principal de la sinagoga estaba a cargo de los oficios religiosos, pero a otros hombres normalmente se les daba la oportunidad de leer y explicar las Escrituras en los oficios. Todo lo que hacían era levantarse y

pedir la palabra. El evangelio de Lucas menciona este incidente con gran detalle. Lucas dice que Jesús leyó el rollo del profeta Isaías (61:1,2) y que se aplicó esas palabras a sí mismo. Eso ayuda a aclarar por qué la gente estaba asombrada con su enseñanza.

El asombro se combinó con el escepticismo y hasta con hostilidad. No podían negar que Jesús habló con profunda sabiduría, ni podían explicar sus obras poderosas. No obstante, rechazaban obstinadamente las afirmaciones de Jesús. Así es con frecuencia la incredulidad; es irracional e ilógica, por eso no se puede vencer usando sólo la razón o la lógica para demostrar que la palabra de Dios es verdad. La razón y la lógica pueden ser por completo convincentes en otros asuntos, pero las verdades espirituales requieren discernimiento espiritual y eso viene sólo del Espíritu Santo. Quienes obstinadamente resisten al Espíritu Santo y rechazan la verdad de Dios piensan que muestran una sabiduría superior. Pero la Escritura dice que el ateo es necio, y eso se puede demostrar sobre la base de la razón humana, ya que la evidencia de la existencia de Dios es abrumadora en los cielos y en la tierra. Por eso muchos sabios y letrados de nuestra generación no han progresado más allá del nivel de los incrédulos obstinados e ignorantes de Nazaret.

Las personas de Nazaret se negaron a creer lo que vieron y oyeron; insistieron en que sus sentidos debían engañarlos porque, después de todo, habían conocido a Jesús la mayor parte de su vida. Conocían a María su madre y reconocían a José el carpintero como su padre, sabían que Jesús también había trabajado en el oficio de carpintero en Nazaret, conocían por sus nombres a los cuatro hermanos de Jesús e indicaron que también conocían por lo menos a tres hermanas que vivían en esa comunidad, aunque no mencionaron sus nombres (Marcos 6:3) (en cuanto a la pregunta si estos hermanos y hermanas de Jesús eran hijos e hijas menores de María y José o quizás primos u otros parientes, vea los comentarios sobre Mateo 12:46-50).

Jesús respondió citando un dicho familiar: “No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa.” Es una observación general, no una verdad absoluta sin excepción, pero en este caso describe muy bien la situación.

Cuando “se escandalizaban” de Jesús, consideraban que era un profeta falso peligroso. Lucas informa que la gente se volvió violenta; intentaron arrojar a Jesús por una cuesta muy pronunciada en el costado oriental de la colina en la que se encontraba la villa. Era una caída de unos 17 metros y una caída así podía causar serias heridas y hasta la muerte. Pero Jesús salió calmadamente por entre la multitud y nadie fue capaz de poner una mano sobre él. Ésa fue una demostración clara del poder divino sobrehumano y evidencia convincente de que era quien decía ser. Este incidente recuerda unos hechos similares en el huerto de Getsemaní, cuando los que fueron a arrestar a Jesús no lo pudieron tocar hasta que él voluntariamente se entregó en sus manos. A través de todo su ministerio público de unos tres años, Jesús demostró con sus obras poderosas que tenía autoridad divina, la que también le dio credibilidad a sus palabras.

Por la injustificable incredulidad de la gente de Nazaret, Jesús se abstuvo de hacer muchos milagros allí. Los milagros que Jesús hizo durante su ministerio lo identificaron como el Mesías prometido, porque fueron precisamente las obras que los profetas habían predicho que haría el Salvador. Pero los que rechazaron su mensaje no quisieron que las obras de él los convencieran y estaban más propensos a enfurecerse con Jesús por los milagros que hacía, porque temían que por esas obras poderosas otros se pudieran convencer de que él era en verdad el Hijo de Dios. Así que estaban decididos a detener las obras de Jesús y a hacerlo callar aunque eso significara tomar su vida. Esa fue la actitud de los ciudadanos de Nazaret en ese día y encontramos la misma actitud entre los dirigentes espirituales de los judíos que planearon la muerte de Jesús e intimidaron a Poncio Pilato para que lo condenara a la muerte en la cruz. ¿Resulta extraño que Jesús no hiciera muchos milagros en Nazaret?

Herodes decapita a Juan el Bautista

14 En aquel tiempo Herodes, el tetrarca, oyó la fama de Jesús,² y dijo a sus criados: «Éste es Juan el Bautista; ha resucitado de los muertos y por eso actúan en él estos poderes.»³ Herodes había prendido a Juan, lo había encadenado y metido en la cárcel, por causa de Herodías, mujer de su hermano Felipe,⁴ porque Juan le decía: «No te está permitido tenerla.»⁵ Y Herodes quería matarlo, pero temía al pueblo, porque tenían a Juan por profeta.⁶ Pero cuando se celebraba el cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías danzó en medio y agradó a Herodes,⁷ por lo cual éste le prometió con juramento darle todo lo que pidiera.⁸ Ella, instruida primero por su madre, dijo: «Dame aquí en un plato la cabeza de Juan el Bautista.»

⁹ Entonces el rey se entristeció, pero a causa del juramento y de los que estaban con él a la mesa, mandó que se la dieran,¹⁰ y ordenó decapitar a Juan en la cárcel.¹¹ Trajeron su cabeza en un plato, se la dieron a la muchacha y ella se la entregó a su madre.¹² Entonces llegaron sus discípulos, tomaron el cuerpo, lo enterraron y fueron a dar la noticia a Jesús.

Cuando Herodes el tetrarca oyó de las obras milagrosas de Jesús, no desmintió que fueran milagrosas, más bien llegó a la conclusión de que Jesús debía ser Juan el Bautista resucitado. Al llegar a este punto, Mateo cuenta el suceso de la trágica muerte de Juan el Bautista y podemos entender que la conciencia culpable de Herodes debió llegar a esa conclusión.

Éste era Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, que gobernaba en Jerusalén en el tiempo del nacimiento de Jesús. Herodes el Grande fue el que encaminó a los sabios a Belén para que encontraran al niño Jesús y que muy pronto envió sus soldados para asesinar a todos los niños varones hasta de dos años en Belén. De esa manera tuvo la vana esperanza de destruir a Jesús, “el Rey

de los judíos recién nacido”, que cuando creciera podría ser una amenaza para la autoridad y la posición de Herodes. Su hijo, Herodes Antipas, fue tan inescrupuloso, malvado y violento como su padre. Juan el Bautista no dudó en pedirle públicamente a Herodes que se arrepintiera, en particular de su matrimonio adúltero, que era una ofensa a Dios y a todas las personas piadosas. La respuesta de Herodes no fue arrepentirse sino arrestar a Juan y ponerlo en prisión.

Una breve explicación del estado matrimonial de Herodes (¡no se le llame matrimonio verdadero!) será útil en este punto. Era una situación sórdida: Herodes se había casado con la hija de Aretas, rey de Nabatea en Arabia; sin embargo, durante una visita a Roma se enamoró de Herodías, esposa de su hermano Felipe y nieta de Herodes el Grande, de modo que Felipe, su esposo, era también su tío. Tenían una hija llamada Salomé y también Herodes Antipas era tío medio de Herodías. A pesar de todos estos enredos, Herodes Antipas se fue con Herodías; entonces la esposa de Herodes volvió con su padre, el rey Aretas, y él hizo la guerra contra Herodes. Ésa era la situación que Juan el Bautista legítimamente criticó y la respuesta de Herodes fue ponerlo preso. Hubiera preferido matarlo, pero no tuvo valor para hacerlo porque sabía que gran parte de la gente consideraba a Juan como a un gran profeta.

Aunque usted no pueda comprender claramente todos estos detalles, puede darse una idea del carácter de Herodes Antipas, y pronto llegará a ser más claro que su ilícita esposa y su media sobrina hijastra Salomé se parecían como dos gotas de agua a Herodes. Podemos decir que se merecían unas al otro.

Dadas las circunstancias, no sorprende la trágica muerte de Juan el Bautista en el cumpleaños de Herodes. En la fiesta Salomé ejecutó una danza que a Herodes le pareció muy divertida. Y para mostrar su aprecio, prometió darle lo que quisiera, ¡hasta la mitad de su reino! Después de consultar a su madre, pidió la cabeza de Juan el Bautista en un plato. Herodes de inmediato le concedió su petición, porque no quería quedar mal delante de sus invitados.

Herodes se sintió obligado a conceder la petición porque lo había prometido con un juramento. Todo lo relacionado con este juramento y esta promesa era un error desde el principio hasta el fin: él fue incitado por un espectáculo indecente; juró algo incierto y prometió lo que no tenía derecho de dar, porque ni siquiera era un verdadero rey. Un juramento que obligue a alguien a cometer un crimen terrible no se puede considerar obligatorio, pero Herodes no estaba muy interesado en lo correcto o incorrecto, estaba dispuesto a dejar que un acto pecaminoso lo condujera a una maldad mayor, pensando que de alguna forma podía escapar de las consecuencias de sus pecados, pero en el tiempo designado por Dios el día del juicio final llegó.

A los discípulos de Juan se les permitió reclamar el cuerpo y darle decente sepultura. Le dijeron a Jesús acerca de su muerte, y entonces los discípulos de Juan siguieron a Jesús. Después de todo, eso era lo que Juan los había mandado hacer todo el tiempo. Había señalado claramente a Jesús como el Cordero de Dios, el Salvador prometido, y había declarado que Jesús debía crecer mientras él debía disminuir. Así que Juan murió no mucho después de cumplir 33 años, pero su ejemplo y su mensaje todavía viven.

Más milagros

Jesús alimenta a los cinco mil

¹³ Al oírlo Jesús, se apartó de allí, él solo, en una barca a un lugar desierto. Cuando la gente lo supo, lo siguió a pie desde las ciudades. ¹⁴ Al salir Jesús, vio una gran multitud, tuvo compasión de ellos y sanó a los que de ellos estaban enfermos. ¹⁵ Cuando anoecía, se acercaron a él sus discípulos, diciendo:

—El lugar es desierto y la hora ya avanzada. Despide a la multitud para que vayan por las aldeas y compren algo de comer.

¹⁶ Jesús les dijo:

—No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer.

¹⁷ Ellos dijeron:

—**No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces.**

¹⁸ Él les dijo:

—**Traédmelos acá.**

¹⁹ Entonces mandó a la gente recostarse sobre la hierba; y tomando los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió y dio los panes a los discípulos, y los discípulos a la multitud. ²⁰ Comieron todos y se saciaron; y recogieron lo que sobró de los pedazos, doce cestas llenas. ²¹ Los que comieron fueron como cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.

“Al oírlo Jesús...” puede parecer al principio una referencia a la muerte de Juan, pero parece más probable que la muerte trágica de Juan ya no era noticia en ese momento, y la referencia es más bien a los primeros dos versículos de este capítulo. Allí se nos dice cómo reaccionó Herodes ante los informes acerca de Jesús y llegó a la conclusión que debía ser Juan que había resucitado. Los versículos 3-12 de este capítulo tienen la condición de una nota entre paréntesis.

Aunque Jesús tenía el poder divino para protegerse de cualquier adversario, incluyendo Herodes, nunca se expuso innecesariamente al peligro. Su propósito principal al navegar por el mar de Galilea hasta la orilla oriental fue tener un poco de tiempo para descansar y relajarse. También quería hablar con los discípulos que habían regresado de su misión (10:5). Pero tuvo muy poco tiempo para descansar, las multitudes se enteraron a dónde iba y lo siguieron a pie, caminando alrededor de la orilla norte del mar de Galilea. Era una caminata de 13 kilómetros más o menos, por eso fue posible que la gente fuera y volviera el mismo día. Sin embargo, es asombroso notar que pudieron llevar varios enfermos para que Jesús los sanara.

Éste es el escenario para la milagrosa alimentación de los cinco mil que hizo Jesús, el único milagro que se encuentra en todos los cuatro evangelios. Limitaremos nuestros comentarios a

la información que sobre este milagro está escrita en Mateo. Aquí se nos dice que, al avanzar la tarde, los discípulos se preocuparon por las multitudes, porque la gente no había ido preparada. No habían llevado comida y no había lugar apropiado para conseguirla. La sugerencia que hicieron los discípulos de enviar a la gente a las aldeas vecinas para comprar comida no era factible. Jesús tenía otros planes, pero no se los reveló inmediatamente a los discípulos; sólo les dijo: “Dadles vosotros de comer”.

Los discípulos ya habían establecido que la única comida disponible eran cinco panes de cebada y dos pescados pequeños, y eso ni siquiera valía la pena mencionarse. Sin embargo, para Jesús era más que suficiente y procedió de acuerdo con eso. Mandó que la gente se recostara ordenadamente en grupos sobre la hierba, dejando espacio libre para que los discípulos pudieran llegar a todos (imagínese lo peligroso que hubiera sido si Jesús sólo hubiera anunciado que tenía comida y le hubiera dicho a la gente que fuera por ella. Se habría presentado fácilmente un motín, y muchos ancianos y débiles hubieran podido morir aplastados).

Entonces Jesús sólo dio gracias y procedió a distribuir la comida. A medida que partía los panes con sus manos y los discípulos los llevaban a la gente, el pan se multiplicó tanto que hubo más que suficiente para todos. Lo mismo ocurrió con los pescados. Siempre debemos depender de nuestro misericordioso Señor para la provisión de nuestra comida, pero generalmente lo hace por los métodos normales de la naturaleza que ha establecido: el sol brilla, la lluvia cae, las semillas brotan y se multiplican, los peces y otros animales se reproducen y crecen. Podemos dirigir esos métodos hasta cierto punto, pero todo depende de las bendiciones del Señor. En ocasiones él nos recuerda ese hecho cuando experimentamos sequías o pérdida de las cosechas por otras razones. En esta ocasión Jesús no sólo aceleró el método natural para multiplicar la comida, sino más bien la multiplicó mediante su poder divino como el todopoderoso Hijo de Dios.

Después de que todos comieron y estuvieron satisfechos, Jesús envió a los discípulos por todo el lugar para recoger las

sobras, y cada uno llenó una cesta. Jesús no quiso que la gente desperdiciara nada por el hecho de haber recibido mucha comida sin esfuerzo de su parte. A él no le agrada seguramente cuando descuidamos o derrochamos alguno de sus dones.

Sólo podemos suponer cuántas mujeres y niños había allí, además de los cinco mil hombres. Desde luego, eso no cambia nada; no hubiera sido un milagro mayor si hubiera habido diez o quince mil personas. Jesús hubiera estado a la altura de la obra. Ésta no es la única ocasión en que el Señor alimentó milagrosamente a su gente. Piense que a los israelitas los alimentó con maná en el desierto durante 40 años. ¡Su número pudo haber sido mucho más de dos millones! Aún hoy, cuando la población del mundo excede seis mil millones, y millones se acuestan cada noche con hambre, el problema no es la providencia de Dios. El hambre y la inanición se deben más bien al mal manejo de los recursos que nuestro misericordioso Dios nos da. ¿No parece extraño que el hambre y la inanición existan a la par con los excedentes y el desperdicio? En algunos lugares el gobierno les paga a los agricultores para que produzcan menos, mientras que en otros países los esfuerzos más arduos de la gente no pueden satisfacer sus propias necesidades. ¿No podríamos imaginar que nuestro problema de sobreproducción pueda ser la solución al problema de la insuficiente producción de otros pueblos? Parece sencillo, pero la gente pecadora y egoísta tiene maneras de complicarlo.

El evangelio de Juan nos informa que la gente que Jesús alimentó milagrosamente decidió tomarlo por la fuerza para hacerlo su rey del pan. ¡Qué vida tan fácil hubieran podido tener! Y pensaron, ¿por qué no seguiría Jesús proveyendo para ellos? No era de ninguna manera difícil para él, y eso les daría una vida muy cómoda. Cuando tuvieran hambre, Jesús los podía alimentar; cuando enfermaran, Jesús los podía sanar. Pero Jesús no quiso aceptar las ideas de ellos, no porque no estuviera interesado en sus necesidades sino porque tenía una obra más importante que hacer y bendiciones más preciosas que dar.

En este punto los discípulos de Jesús no tenían una clara comprensión de la naturaleza de su obra y del reino que había venido a establecer. Pudieron estar propensos a seguir las ideas de la multitud. Eso nos ayuda a entender por qué Jesús “hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de él a la otra ribera, entre tanto que él despedía a la multitud”, como dicen los versículos siguientes.

Jesús camina sobre el agua

²² En seguida Jesús hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de él a la otra ribera, entre tanto que él despedía a la multitud. ²³ Después de despedir a la multitud, subió al monte a orar aparte; y cuando llegó la noche, estaba allí solo. ²⁴ Ya la barca estaba en medio del mar, azotada por las olas, porque el viento era contrario. ²⁵ Pero a la cuarta vigilia de la noche, Jesús fue a ellos andando sobre el mar. ²⁶ Los discípulos, viéndolo andar sobre el mar, se turbaron, diciendo:

—¡Un fantasma!

Y gritaron de miedo. ²⁷ Pero en seguida Jesús les habló, diciendo:

—¡Tened ánimo! Soy yo, no temáis.

²⁸ Entonces le respondió Pedro, y dijo:

—Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas.

²⁹ Y él dijo:

—Ven.

Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús. ³⁰ Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó:

—¡Señor, sálvame!

³¹ Al momento Jesús, extendiendo la mano, lo sostuvo y le dijo:

—¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?

³² En cuanto ellos subieron a la barca, se calmó el viento.

³³ Entonces los que estaban en la barca se acercaron y lo adoraron, diciendo:

—Verdaderamente eres Hijo de Dios.

³⁴ Terminada la travesía, llegaron a tierra de Genesaret.

³⁵ Cuando lo reconocieron los hombres de aquel lugar, enviaron noticia por toda aquella tierra alrededor, y trajeron a él todos los enfermos; ³⁶ y le rogaban que los dejara tocar solamente el borde de su manto. Y todos los que lo tocaron, quedaron sanos.

La multitud que quería hacer a Jesús un rey terrenal fue otra de las tentaciones de Satanás, pero Jesús venció la tentación y se fue a un lugar solitario en el monte donde pudiera orar a su Padre celestial. Mientras oraba, los discípulos que iban en la barca pasaban dificultades enfrentándose a un viento en su contra. Las tormentas repentinas y violentas eran comunes en el mar de Galilea, pero los discípulos tenían práctica para enfrentar una tormenta de ese tipo; algunos eran pescadores que habían obtenido el sustento en ese lago. Pero esta tormenta era más violenta que la mayoría, y los agotados discípulos no habían avanzado mucho en el viaje de regreso a la orilla occidental.

Entre las 3 y las 6 de la mañana, cuando estaban más o menos a mitad del camino (a unos 6 kilómetros de la orilla), Jesús fue a su encuentro, caminando sobre el agua. Algunos comentaristas de la Biblia han ido muy lejos tratando de explicar cómo realizó Jesús esto. Suponen que hizo más densa el agua debajo de sus pies, de manera que pudiera soportar todo el peso de su cuerpo (se dice que es imposible que una persona se hunda en el Gran Lago Salado o en el mar Muerto, porque el agua es mucho más densa que el cuerpo humano por los minerales disueltos en el agua, pero no resistiría a una persona de pie sobre la superficie). No obstante, esta es una explicación arbitraria y muy imaginativa de la caminata de Jesús sobre el agua. Otros dicen que de algún modo sobrenatural Jesús transformó su cuerpo en algo semejante al

cuerpo glorificado que tuvo después de su resurrección. Pero no hay base bíblica para esas explicaciones. No tenemos que entenderlo ni explicarlo, es suficiente decir que fue otro milagro que Jesús hizo, otra ocasión en la que mostró que no estaba sometido a las leyes científicas naturales que nosotros nunca podemos hacer a un lado.

No es de extrañar que los discípulos no reconocieran inmediatamente a Jesús. Después de todo, estaba oscuro y había tormenta, y no esperaban verlo allí. Por eso reaccionaron aterrorizándose inmediatamente e imaginaron que veían un fantasma. Pero de inmediato Jesús les volvió a dar confianza.

Entonces el impetuoso Pedro le pidió a Jesús que también a él lo hiciera caminar sobre el agua. Cuando Pedro dijo: “Señor, si eres tú...” no expresaba duda, no le pedía a Jesús que demostrara que era él; más bien estaba diciendo: “Como sé que eres tú, te pido que me permitas ir a ti sobre el agua.” Jesús le dijo que fuera, así que Pedro salió de la barca y comenzó a caminar hacia Jesús sobre el agua. Pero cuando apartó los ojos de Jesús y miró las altas olas alrededor, sintió miedo y comenzó a hundirse. Entonces le gritó a Jesús para que lo salvara, y Jesús se le acercó y lo agarró, amonestándolo por haber dudado.

Fue el poder de Jesús, no la fe de Pedro, los que impidió que Pedro se hundiera, pero sus dudas lo separaron momentáneamente del poder de Jesús. Nosotros, también, a menudo perdemos bendiciones que nuestro Señor estaría feliz de darnos, porque no creemos del todo que él en realidad cumplirá todas sus promesas. También necesitamos pedirle a nuestro Señor que nos aumente la fe, pero no nos debemos sentar ociosamente a esperar que algo extraordinario le suceda a nuestra fe. Las Escrituras dicen con claridad que el Espíritu Santo aumenta nuestra fe por medio del poder del evangelio de Cristo en Palabra y sacramento, los medios de gracia. Por eso, cualquier oración sincera pidiendo una fe más fuerte seguramente irá acompañada del uso fiel de los medios que nuestro Señor ha provisto para ese propósito.

¿Qué pensaría usted de un enfermo que llama a su médico para que lo sane y después no quiera seguir las indicaciones del médico o no quiera tomar la medicina que le prescriba? Nuestra fe es un don del Espíritu Santo y somos absolutamente incapaces de traer fe a nuestro corazón. No obstante, una vez que tenemos ese don, tenemos la responsabilidad de nutrirlo y fortalecerlo con los medios y las instrucciones que Dios da. Cualquiera que descuide los medios de gracia y pierda la fe como resultado, no tiene otro a quien culpar sino a sí mismo. Pedro es un ejemplo de un hombre que aprendió con dificultad a confiar menos en sí mismo y más en las palabras, las promesas y el poder del Señor.

Cuando Pedro y Jesús se acercaron a la barca para entrar en ella, el viento se calmó. Los que estaban en la barca reconocieron que habían observado y experimentado un gran milagro que demostraba que Jesús era el Hijo de Dios y lo adoraron.

Si leemos este milagro sólo en el relato de Mateo, podemos pasar por alto otro milagro que Jesús hizo en conexión con éste. Juan 6:21 nos dice que *inmediatamente* la barca llegó a su destino a la orilla occidental. Este milagro no rescató a los discípulos de un peligro manifiesto, pero ¡imagínese lo agotados que debían estar a esa hora! Habían estado en el lago unas 12 horas luchando en contra de un recio viento después de un día largo y extenuante. En esas circunstancias no hubiera sido fácil para ellos remar otros 5 o 6 kilómetros aun en agua muy calmada. No podemos decir si la barca navegó por el aire o sobre el agua a gran velocidad. Es mejor afirmar, como Juan, que inmediatamente llegaron a su destino y dejarlo así. Atracaron en Genesaret, un llano triangular a corta distancia al sur de Capernaúm.

Rápidamente se extendió la noticia de que Jesús estaba allí y la gente acudió de todas partes llevando a sus enfermos a Jesús para que los sanara. Muchos fueron sanados de toda clase de enfermedades sólo tocando el borde del manto de Jesús. Es seguro que la ropa no tenía poder para sanar ninguna clase de enfermedad, pero Jesús quiso sanarlos de esa manera en esta ocasión particular.

Algunas veces Jesús sanó a enfermos tocándolos o simplemente diciendo una palabra o de otras maneras insólitas. Cualquiera que haya sido el método, todos los milagros de curación los realizó con el uso consciente y deliberado de su poder divino. De una manera u otra, Jesús sanó a todos los enfermos y poseídos que le llevaron. Nunca rechazó a nadie.

Jesús habla de limpios e impuros

15 Entonces se acercaron a Jesús ciertos escribas y fariseos de Jerusalén, diciendo:

²—¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los ancianos?, pues no se lavan las manos cuando comen pan.

³ Respondiendo él, les dijo:

—¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición? ⁴Dios mandó diciendo: “Honra a tu padre y a tu madre”, y “El que maldiga al padre o a la madre, sea condenado a muerte”, ⁵pero vosotros decís: “Cualquiera que diga a su padre o a su madre: ‘Es mi ofrenda a Dios todo aquello con que pudiera ayudarte’, ⁶ya no ha de honrar a su padre o a su madre.” Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición.

⁷Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo:

⁸»“Este pueblo de labios me honra,
mas su corazón está lejos de mí,

⁹pues en vano me honran,

enseñando como doctrinas mandamientos de hombres.”

¹⁰Y llamando a sí a la multitud, les dijo:

—Oíd, y entended: ¹¹No lo que entra por la boca contamina al hombre; pero lo que sale de la boca, esto contamina al hombre.

¹²Entonces, acercándose sus discípulos, le dijeron:

—¿Sabes que los fariseos se ofendieron cuando oyeron esta palabra?

¹³ Pero respondiendo él, dijo:

—Toda planta que no plantó mi Padre celestial será desarraigada. ¹⁴ Dejadlos; son ciegos guías de ciegos; y si el ciego guía al ciego, ambos caerán en el hoyo.

¹⁵ Respondiendo Pedro, le dijo:

—Explicanos esta parábola.

¹⁶ Jesús dijo:

—¿También vosotros estáis faltos de entendimiento? ¹⁷ ¿No entendéis que todo lo que entra en la boca va al vientre, y es echado en la letrina? ¹⁸ Pero lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre, ¹⁹ porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. ²⁰ Estas cosas son las que contaminan al hombre; pero el comer con las manos sin lavar no contamina al hombre.

Estos eran típicos fariseos y maestros de la ley. Jesús con toda razón los criticó mucho. No quisieron aceptar la crítica que merecían, por eso consideraron a Jesús como una amenaza a su autoridad en asuntos religiosos. Estaban decididos a acallar sus críticas y nada los detendría. Al comienzo, sólo trataron de desacreditar a Jesús haciéndole preguntas capciosas o acusando a los discípulos de comportamientos contrarios a las tradiciones. Eso fue lo que hicieron aquí, cuando le preguntaron a Jesús: “¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los ancianos?, pues no se lavan las manos cuando comen pan”, no buscaban una explicación, sino que hacían una acusación.

El lavamiento de manos antes de las comidas, del que hablaban, era un asunto estrictamente ceremonial, no tenía nada que ver con quitar la suciedad. Según su manera de pensar, las manos se podían haber vuelto “inmundas” al ponerse en contacto con una persona u objeto “inmundo”; por eso un rápido lavamiento ceremonial antes de comer les podía dar la seguridad de que no estaban contaminando su comida. La ley de Moisés incluía muchas

leyes en cuanto a la limpieza y la inmundicia ceremonial, pero ésta era estrictamente una ley hecha por hombres. Las tradiciones de los ancianos no eran leyes de Dios y en algunos casos hasta las contradecían.

Jesús les señaló eso cuando respondió sin contestar directamente la pregunta. En cambio, les hizo otra pregunta: les preguntó por qué se aferraban a tradiciones que eran contrarias a los claros mandamientos de Dios. El cuarto mandamiento, que nos llama a honrar a nuestros padres, es muy claro, pero aquella gente encontró formas para desobedecerlo en favor de una de sus tradiciones. En realidad se negaban a ayudar a sus padres cuando lo necesitaban y se excusaban diciendo que los recursos que pudieran usar para ayudarlos eran ofrenda dedicada a Dios. Por supuesto, debían hacer lo primero sin descuidar lo segundo.

Sabemos que el reino de Dios debe ser nuestro interés primordial como cristianos, pero no debemos definirlo estrechamente. Debemos recordar que todo lo que hacemos en obediencia a los mandamientos de Dios es un servicio a él. Cualquiera cosa que hagamos por nuestros padres, nuestros hijos o cualquiera que tenga necesidad, Jesús lo considera como un servicio hecho personalmente a él. No podemos amar a Dios sin amar también al prójimo. Es una contradicción aparentar amar a Dios y negarse a mostrar amor a otras personas, ya sea que lo merezcan o no.

Cuando Judas Iscariote condenó a María de Betania por haber derramado un unguento costoso en los pies de Jesús en lugar de venderlo y dar el dinero a los pobres, se fue al otro extremo. Pero esos: los fariseos, los maestros de la ley y Judas, todos eran hipócritas, como lo señala Jesús. El profeta Isaías predijo que habría ese tipo de personas; Jesús citó a Isaías 29:13.

Esos hipócritas dicen palabras piadosas y aparentan ser piadosos, pero lo que hablan y hacen no sale del corazón. Su adoración es vacía, es abominación ante Dios, porque están interesados en leyes hechas por los hombres, no en los mandamientos de Dios y en la verdad de Dios. En la actualidad el

mundo está lleno de religiones que hacen sus propias leyes que contradicen la palabra de Dios y afirman que han avanzado a un nivel más alto de espiritualidad. Algunos afirman que han recibido revelaciones de Dios adicionales a la Biblia (por ejemplo, Joseph Smith, fundador de la iglesia mormona). Otros hacen que sus propias ideas sobre el bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto, sean la base de lo que creen y enseñan. Muchos de los que afirman que son cristianos, desafortunadamente hacen de su mente una autoridad superior a la inspirada palabra de Dios y establecen sus propias leyes.

Después de que Jesús condenó tan rotundamente a los fariseos y maestros de la ley, reunió a la multitud para instruirlos en cuanto a la limpieza e impureza. Los exhortó a escuchar con atención para que no entendieran mal y explicó que una persona no se contamina con lo que come. No era un repudio a la ley ceremonial de Moisés, que clasificaba a unas comidas limpias y a otras inmundas. Jesús y sus discípulos cumplieron cuidadosamente esas leyes, que no se abolieron hasta después de la resurrección y ascensión de Jesús. Él sólo dijo que las comidas limpias no se hacen impuras cuando una persona las come sin lavarse las manos. Aquí tal vez debemos agregar, en particular por causa de los niños, que Jesús habla aquí sobre lavamiento ceremonial e impureza ceremonial. Lavarse las manos sucias antes de ir a la mesa es algo muy diferente. Si se va a la mesa sin lavarse las manos cuando la mamá claramente ha dicho que se las lave antes de comer, es desobediencia pecadora.

Sin embargo, lo que sale de la boca puede hacer impura a una persona; las palabras pecadoras la hacen culpable o impura. Hay muchas maneras en que podemos pecar con la lengua. Las palabras pueden expresar odio o falsedad y pueden llevar a toda clase de acciones violentas y pecadoras. Es algo sobre lo que debemos tener cuidado todo el tiempo, porque nunca logramos refrenar nuestra lengua por completo.

No es de extrañar que los fariseos se ofendieran con las palabras de Jesús, porque los criticó duramente. Pero en lugar de

ofenderse, debieron tomar a pecho las obvias y claras verdades que Jesús expresó. Les mostró sus pecados, no para humillarlos ni avergonzarlos, sino para que se arrepintieran. También era su Salvador, pronto iba a morir por los pecados de ellos y quería que recibieran el perdón y la salvación que estaba próximo a comprar para ellos y para todo el mundo con su sangre en la cruz.

En el versículo 13 Jesús usa la imagen de plantas que su Padre celestial no ha plantado. Esas plantas se deben entender como tradiciones o enseñanzas de los hombres, contrarias a la palabra de Dios, o las personas que se aferran a esas tradiciones, pero en realidad no se pueden separar la una de la otra. Finalmente vendrá el día del juicio y los falsos maestros y sus enseñanzas serán puestos en evidencia y destruidos. Los falsos maestros sufrirán la destrucción eterna en el infierno, sufrirán el tormento de estar separados de Dios por toda la eternidad. En este mundo insistieron en ir por su propio camino, no por el camino de Dios, y en el mundo venidero serán apartados de Dios para siempre.

Esos fariseos y maestros de la ley eran líderes religiosos del pueblo, pero estaban espiritualmente ciegos, como la gente que los seguía. Cuando los ciegos guían a los ciegos, tarde o temprano habrá un desastre. Si son sólo ciegos físicos, únicamente podrán caer en una zanja o en algún otro hueco en la tierra; sin embargo, si son ciegos espirituales, al final serán lanzados al abismo sin fondo, donde será el lloro y el crujiir de dientes por toda la eternidad.

Jesús les dijo a sus discípulos que se apartaran de esos falsos maestros. Por lo menos por ese tiempo, los discípulos no intentarían llevar a los fariseos y a los maestros al arrepentimiento. Ellos despreciaban abiertamente la palabra de Dios y ahora se les iba a quitar esa Palabra. El castigo de un pecado del que la persona no se ha arrepentido, a menudo consiste en dejarla bajo el poder de ese pecado. Si eso es lo que quiere la persona, Dios se lo puede permitir. Sin importar qué pecado sea el que controla la vida de la persona, la paga del pecado es la muerte. Cuando el regalo que nos ofrece Dios de la vida eterna en Cristo Jesús se desprecia y se

rechaza, no queda nada más sino la muerte. No hay otro camino a la vida eterna sino por medio de la fe en Cristo Jesús.

En representación del resto de los discípulos, Pedro le pidió a Jesús que le explicara lo que quería decir con plantas no plantadas por su Padre celestial y guías ciegos, así como todo el asunto acerca de ser limpio e impuro. Como respuesta, Jesús los amonestó por torpes y lentos para entender y después les explicó pacientemente lo que quería decir. Les dijo que la comida no causa el pecado, sólo pasa por el cuerpo sin ninguna implicación espiritual. Es cierto que se puede usar o abusar de la comida en formas que implican pecado, como la glotonería, el desperdicio o dejar de alimentar a los hambrientos, pero es el corazón y no la boca el responsable de esos pecados.

Todos los pecados se originan en el corazón. No nos referimos al órgano de carne y músculo que bombea la sangre que sustenta la vida a cada parte de su cuerpo. La palabra “corazón” como se usa aquí, es el alma o el espíritu. El corazón creyente lucha para vencer el pecado y para agradecer a Dios en todo, pero el corazón incrédulo es la fuente de toda clase de males.

Jesús menciona sólo unos pocos pecados que salen del corazón incrédulo. Los malos pensamientos son el origen de toda clase de malas acciones. El asesinato incluye cualquier cosa que alguien pueda hacer para herir o hacer daño al prójimo en su cuerpo. El adulterio y la inmoralidad sexual incluyen toda clase de palabras, acciones y también deseos indecentes. El robo es consecuencia de la codicia, el deseo pecaminoso de tener lo que alguien no tiene derecho de tener. El falso testimonio busca ganancia o ventaja egoísta a costa de otra persona. La calumnia es un intento de salir adelante criticando a otra persona.

El corazón de un cristiano nunca estará completamente libre del poder del pecado en esta vida, por eso debemos seguir luchando contra todos los pecados que Jesús menciona aquí y pedirle humildemente su perdón cuando caemos. Ésas son las cosas que nos deben interesar y no leyes hechas por hombres o tradiciones humanas como “manos sin lavar”.

Las leyes hechas por los hombres ponen sobre la gente una carga pesada e innecesaria, atan la conciencia de la gente; paradójicamente hacen que peque. Si usted se pone bajo la obligación de leyes hechas por los hombres, peca cuando las desobedece. Si cree que cierta acción es incorrecta y desobediente a Dios, entonces su desobediencia deshonra a Dios, y eso es pecado. Debemos aprender la voluntad de Dios sólo en la palabra de Dios.

Más milagros

Jesús echa un demonio de la hija de una mujer canea

²¹ Saliendo Jesús de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón. ²² Entonces una mujer cananea que había salido de aquella región comenzó a gritar y a decirle:

—¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio.

²³ Pero Jesús no le respondió palabra. Entonces, acercándose sus discípulos, le rogaron diciendo:

—Despídela, pues viene gritando detrás de nosotros.

²⁴ Él, respondiendo, dijo:

—No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.

²⁵ Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo:

—¡Señor, socórreme!

²⁶ Respondiendo él, dijo:

—No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros.

²⁷ Ella dijo:

—Sí, Señor; pero aun los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.

²⁸ Entonces, respondiendo Jesús, dijo:

—¡Mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como quieres.

Y su hija fue sanada desde aquella hora.

Tiro y Sidón eran ciudades gentiles situadas al norte de la tierra de Israel en la costa del mar Mediterráneo. Los cananitas que vivían allí eran descendientes de cananitas que los israelitas no exterminaron cuando ocuparon la tierra. La mayoría era muy incrédula e idólatra, pero esta mujer era una excepción. Veremos que Jesús alabó la grandeza de su fe. Sólo se menciona una ocasión más en el Nuevo Testamento donde Jesús alabó la fe de alguien; fue la fe de otro gentil, un centurión, cuyo siervo sanó Jesús. Entre los judíos más bien oímos a Jesús lamentando la pequeñez y debilidad de la fe de ellos y hasta hizo esas observaciones acerca de los doce discípulos en más de una ocasión. Por lo tanto, vemos la fe de esta mujer cananea como ejemplo e inspiración.

No sabemos exactamente dónde estaba Jesús cuando esta mujer fue a él. Algunos creen que estaba en territorio de Tiro y Sidón, mientras otros opinan que estaba cerca a su frontera. De todas maneras, la mujer supo dónde estaba Jesús y fue a él para pedirle que librara a su hija porque estaba poseída por un demonio. Se dirigió a él como “Señor, Hijo de David”, lo reconoció como el Mesías esperado desde hacía mucho tiempo, descendiente de la casa de David.

La respuesta de Jesús, o mejor la falta de respuesta, nos puede extrañar y hasta nos puede dejar perplejos. Nunca antes vimos que Jesús tratara a alguien de esa manera y nos preguntamos por qué lo hizo. Los discípulos tampoco entendieron y después de un rato lo acosaron para que la despidiera. Evidentemente querían que Jesús le concediera su petición y la enviara a su casa a donde estaba su hija, pero su motivo no era tanto la misericordia como el deseo de que la mujer no los molestara.

La respuesta de Jesús a la sugerencia de los discípulos fue: “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.” Fue una afirmación general; el ministerio personal de Jesús se tenía que limitar a Israel, aunque él vino a redimir a todo el mundo. Sin embargo, nunca rechazó a nadie que le pidiera ayuda, fuera judío o gentil.

La mujer cayó de rodillas y perseveró en su petición: “¡Señor, socórreme!” Entonces, Jesús le habló directamente: “No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros.” Eso nos puede sonar como un insulto y un repudio total a su petición. ¡Jesús la comparó con un perro! Pero sus palabras de ninguna manera fueron un insulto; la palabra que usó para perro se refería a un perrito faldero, como las mascotas que los niños podían tener en casa. La mujer entendió eso y se sintió animada en lugar de rechazada. Dijo: “Si, Señor; pero aun los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.” Las migajas eran no sólo lo que caía accidentalmente, sino también lo que los miembros de la familia dejaban caer a propósito para provecho del perro. Esas migajas eran todo lo que la mujer quería y Jesús no rechazó su petición.

Es interesante notar los diferentes tratos que Jesús le dio a la gente que le pidió ayuda o curación. Con frecuencia nos sorprende el trato que da a las personas. Pero cuando analizamos cada episodio, vemos que a cada persona la trató adecuadamente, ya que podía mirar el corazón y sabía qué era lo mejor para cada una de ellas. Así nos enseña que nos trata como individuos; conoce nuestras necesidades y siempre está interesado en proveer para ellas. Su principal interés es mantenernos en la fe salvadora para la vida eterna, nada puede ser más importante que eso. Debemos recordar eso siempre, especialmente cuando nuestro misericordioso Señor nos trata de maneras que no podemos entender o apreciar de inmediato. Cualquier dificultad que tengamos que soportar en esta vida no es comparable con la gloria que se revelará a nosotros en la vida venidera.

Jesús alimenta a los cuatro mil

²⁹ Pasó Jesús de allí y fue junto al Mar de Galilea; subió al monte y se sentó allí. ³⁰ Se le acercó mucha gente que traía consigo cojos, ciegos, mudos, mancos y otros muchos

enfermos. Los pusieron a los pies de Jesús, y los sanó; ³¹ de manera que la multitud se maravillaba al ver que los mudos hablaban, los mancos quedaban sanos, los cojos andaban y los ciegos veían. Y glorificaban al Dios de Israel.

³² Jesús, llamando a sus discípulos, dijo:

—Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo y no tienen qué comer; y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que se desmayen en el camino.

³³ Entonces sus discípulos le dijeron:

—¿De dónde sacaremos nosotros tantos panes en el desierto para saciar a una multitud tan grande?

³⁴ Jesús les preguntó:

—¿Cuántos panes tenéis?

Y ellos dijeron:

—Siete y unos pocos peces.

³⁵ Entonces mandó a la multitud que se recostara en tierra.

³⁶ Tomó los siete panes y los peces, dio gracias, los partió y dio a sus discípulos, y los discípulos a la multitud.

³⁷ Comieron todos y se saciaron; y de los pedazos que sobraron recogieron siete canastas llenas. ³⁸ Los que comieron eran como cuatro mil hombres, sin contar las mujeres y los niños. ³⁹ Entonces, después de despedir a la gente, entró en la barca y fue a la región de Magdala.

El monte al que Jesús subió debió estar en la orilla oriental del mar de Galilea. Allí buscaba de nuevo un lugar donde pudiera descansar un poco, pero no pudo descansar mucho. Pronto fueron a él otra vez grandes muchedumbres. Mateo dice que la única razón por la que acudían era para que Jesús sanara a los cojos, ciegos, mancos, mudos y muchos otros. La fama de Jesús como sanador se había extendido por todas partes y él nunca rechazaba a nadie sin concederle la curación que necesitaba.

Así que Jesús sanó a todas esas personas. No tenemos detalles, no sabemos si los sanó individualmente o a todos a la vez, pero podemos asegurar que Jesús también mostró su interés por

el bien espiritual de ellos y les habló sobre la necesidad de arrepentirse y de la salvación que había venido a traer al mundo. El resultado fue que ellos “glorificaban al Dios de Israel”. Evidentemente, muchos de ellos eran gentiles, pero eran conscientes de que sus dioses paganos no podían sanar como lo hizo Jesús.

Entonces Jesús hizo un milagro más para toda la multitud. Vio que la gente tenía hambre, ya que habían estado con él durante tres días sin comer nada (tres días podían ser sencillamente un día completo más parte del día anterior y del día siguiente, así como los tres días de Jesús en la tumba fueron el viernes por la noche, todo el sábado, y parte del domingo por la mañana).

Lo que sigue nos recuerda la ocasión cuando Jesús alimentó a los cinco mil. Algunos críticos de la Biblia piensan que ésta es sólo otra versión de ese acontecimiento, pero es muy claro que fue un suceso diferente, aunque similar. Nos puede parecer extraño que los discípulos no supieran qué hacer, pero es característico que la gente olvide las bendiciones anteriores de Dios cuando se enfrenta a nuevos problemas. ¿Se acuerda de Israel en el mar Rojo? A pesar de los grandes milagros que Dios hizo para sacarlos de Egipto, estaban seguros de que Dios le permitiría al ejército egipcio destruirlos y capturarlos. Después del milagroso paso por el mar Rojo en tierra seca, no confiaron en que Dios les daría comida y bebida. ¡Y eso sucedió más de una vez! Por eso la pequeñez de la fe de los discípulos era más característica que extraña.

Esta vez había siete panecillos y un número indeterminado, pero pequeño, de pescados. Era más de lo que tuvieron en la ocasión anterior y la multitud era más pequeña, pero eso de ninguna manera le quita mérito a este milagro. De nuevo, Jesús hizo que la gente se sentara. Luego hizo una oración de acción de gracias y les dio el pan y el pescado a los discípulos para que los distribuyeran entre la gente. Hubo suficiente para todos y esta vez los discípulos recogieron siete canastadas de sobras. La palabra griega para canasta que se usa aquí no es la misma que Mateo

empleó para describir la alimentación de los cinco mil. Éstas pudieron ser canastas más grandes, pero eso en realidad da igual. Sería equivocado clasificar un milagro como mayor que otro, especialmente si basáramos la evaluación en el número de personas alimentadas o en el volumen de las sobras.

En esta ocasión Jesús despidió de inmediato a la multitud, y no hay indicios de que tuvieran ideas equivocadas acerca de tratar de establecerlo como su rey terrenal. Se fueron a casa, y Jesús subió a una barca y se fue a la vecindad de Magdala. No sabemos exactamente dónde estaba ubicada, pero debió estar en alguna parte sobre la orilla occidental del mar de Galilea.

Jesús se niega a darles una señal especial a los fariseos y saduceos

16 Llegaron los fariseos y los saduceos para tentarlo, y le pidieron que les mostrara una señal del cielo.
² Pero él, respondiendo, les dijo: «Cuando anochece, decís: “Hará buen tiempo, porque el cielo está rojo.” ³ Y por la mañana: “Hoy habrá tempestad, porque el cielo está rojo y nublado.” ¡Hipócritas, que sabéis distinguir el aspecto del cielo, pero las señales de los tiempos no podéis distinguir!
⁴ La generación mala y adúltera demanda una señal, pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás.»
Y dejándolos, se fue.

No fue la primera vez que unos fariseos y saduceos le pidieron a Jesús una señal milagrosa (12:38-41); Jesús ya les había mostrado muchas señales milagrosas, había sanado gente con toda clase de enfermedades, había hecho a los ciegos ver, a los sordos oír y a los cojos caminar. Había alimentado milagrosamente a los cinco mil y a los cuatro mil, había convertido el agua en vino. Sin embargo, todos esos milagros no satisficieron a esos fariseos y saduceos. Sugirieron que la señal correcta sería la prueba aceptable

de que Jesús era el Hijo de Dios; querían una señal de los cielos.

¿Hubieran quedado satisfechos si Jesús hubiera hecho que el sol y la luna quedaran inmóviles en los cielos como hizo Josué? ¿O querían que hiciera descender fuego de los cielos, como lo hizo Elías? No sabemos exactamente lo que pensaban, pero podemos estar seguros de que hubieran encontrado una excusa para seguir en su incredulidad. Las demostraciones del poder divino pueden impresionar a la gente, pero nunca la llevan a la fe. El filósofo francés Voltaire expresó la actitud de los incrédulos obstinados cuando dijo: “Aunque se hiciera un milagro en el mercado al aire libre delante de mil testigos sobrios, yo más bien desconfío de mis sentidos en lugar de admitir el milagro” (citado por Lenski, *Interpretation of St. Matthew's Gospel*, p. 610).

Diez terribles plagas no llevaron al faraón a la fe en el tiempo de Moisés, y el fuego que descendió del cielo no convirtió al rey Acab y a la reina Jezabel a la fe en el Dios de Israel. Esos fariseos y saduceos no hubieran creído en Jesús, aunque hubiera hecho que el sol retrocediera en el cielo; no buscaban una razón para creer en Jesús, sino más excusas para su incredulidad, y Jesús sabía exactamente lo que pasaba por sus mentes malvadas.

Ellos aprendieron a predecir el tiempo observando el color del firmamento en la mañana o en la noche, pero las señales de los tiempos no significaron nada para ellos. En el cumplimiento de la profecía, Juan el Bautista llamó a la gente al arrepentimiento y señaló a Jesús como el Cordero de Dios, como el Mesías prometido, y Jesús cumplió las profecías del Antiguo Testamento en las circunstancias de su nacimiento, su vida sin pecado y tantos milagros poderosos que ya había hecho. Por eso, Jesús les dijo que no les daría la señal que pedían. Él determinaría qué señales les mostraría y les dijo que sólo podrían esperar “la señal del profeta Jonás”. Como Jesús explicó en el capítulo 12, esta señal se refería a su resurrección después de tres días en la tumba. Sabemos que cuando eso sucedió, todavía no quisieron creer y sobornaron a los guardias para que mintieran acerca de la resurrección de Jesús.

Jesús no perdió más tiempo con esos fariseos y saduceos, tenía cosas más importantes que hacer y maneras más fructíferas de emplear su tiempo, por eso se fue.

Jesús advierte sobre la levadura de los fariseos y los saduceos

⁵ Los discípulos llegaron al otro lado, pero olvidaron llevar pan. ⁶ Jesús les dijo:

—Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos.

⁷ Ellos discutían entre sí, diciendo:

—Esto dice porque no trajimos pan.

⁸ Dándose cuenta Jesús, les dijo:

—¿Por qué discutís entre vosotros, hombres de poca fe, que no tenéis pan? ⁹ ¿No entendéis aún, ni os acordáis de los cinco panes entre cinco mil hombres, y cuántas cestas recogisteis? ¹⁰ ¿Ni de los siete panes entre cuatro mil, y cuántas canastas recogisteis? ¹¹ ¿Cómo no entendéis que no fue por el pan que os dije que os guardéis de la levadura de los fariseos y de los saduceos? ¹² Entonces entendieron que no les había dicho que se guardaran de la levadura del pan, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos.

Jesús y sus discípulos regresaron al territorio más desolado en el lado oriental del mar de Galilea. Mientras iban, les advirtió a los discípulos sobre la “levadura” de los fariseos y los saduceos; ellos no entendieron lo que les quería decir. Al tratar de comprender esto, llegaron a una extraña conclusión: pensaron en el pan cuando Jesús mencionó la levadura y en el hecho de que habían olvidado llevar pan (excepto un panecillo, como nos recuerda Marcos 8:14). Así que concluyeron que Jesús les estaba diciendo que no consiguieran pan (con levadura) de los fariseos ni saduceos.

Jesús estaba al tanto de la conversación de ellos y los amonestó por la poca fe que tenían. Todos habían estado presentes

y habían participado cuando Jesús milagrosamente les dio pan a cinco mil y a cuatro mil, por eso no tenía sentido que se preocuparan por no tener suficiente pan cuando estuvieran con Jesús. Si no tenían que preocuparse por adquirir de los fariseos y saduceos comida para el cuerpo, ¿de qué se debían preocupar? Lo más peligroso que esos grupos de judíos tenían que darles a los discípulos era su doctrina impía. Cuando los discípulos pensaron en lo que Jesús les había dicho, se dieron cuenta de que los estaba previniendo de las enseñanzas de los fariseos y los saduceos.

Los fariseos tomaron la ley de Moisés muy en serio y le añadieron cientos de leyes hechas por ellos mismos. Esperaban ganar la salvación guardando todas las reglas, por lo menos externamente. Pero Jesús los denunció por hipócritas y los llamó al arrepentimiento, por eso lo odiaron. Los saduceos negaban la existencia de los ángeles y no creían en ninguna resurrección, por eso odiaron a Jesús por hablar de la resurrección y hasta por resucitar a muertos. Las doctrinas de esas dos sectas de los judíos estaban en pugna, pero estos judíos estaban unidos en su hostilidad hacia Jesús. Al estudiar el resto del evangelio de Mateo, esta hostilidad se hará cada vez más depravada e irracional.

Pedro confiesa a Cristo

¹³ Al llegar Jesús a la región de Cesárea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo:

—¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?

¹⁴ Ellos dijeron:

—Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías o alguno de los profetas.

¹⁵ Él les preguntó:

—Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

¹⁶ Respondiendo Simón Pedro, dijo:

—Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

¹⁷ Entonces le respondió Jesús:

—Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te

lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. ¹⁸Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no la dominarán. ¹⁹Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos: todo lo que ates en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desates en la tierra será desatado en los cielos. ²⁰Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijeran que él era Jesús, el Cristo.

Había dos ciudades llamadas Cesárea. Ésta se llamó Cesárea de Filipo porque Felipe, hijo de Herodes, había agrandado y embellecido esta ciudad y la llamó así en memoria del César y de él. Estaba situada cerca al nacimiento del río Jordán, al norte del mar de Galilea. Aquí Jesús tuvo por fin la oportunidad de preguntarles a los discípulos qué habían sabido respecto a la actitud de la gente hacia él durante sus recientes viajes. Ellos informaron que lo reconocían generalmente como profeta de Dios. Algunos (como Herodes) pensaban que Jesús debía ser Juan el Bautista resucitado; por lo menos reconocían que tanto Juan como Jesús proclamaban la venida del reino de Dios y llamaban al arrepentimiento. Otros pensaban que debía ser el profeta Elías resucitado. Estaban familiarizados con las palabras del profeta Malaquías, que dice: “Yo os envió al profeta Elías antes que venga el día de Jehová, grande y terrible” (Malaquías 4:5). Pero Jesús declaró en Mateo 11:14 que Juan el Bautista era el segundo Elías. Otros, no muy seguros, pensaban que Jesús debía ser otro de los profetas del Antiguo Testamento, quizás Jeremías.

Las opiniones de la gente mostraban que tenían un concepto muy alto de Jesús como hombre especial de Dios, pero su concepto no era lo suficientemente alto, no lo conocían como el unigénito Hijo de Dios, verdadero Dios junto con el Padre y el Espíritu Santo desde la eternidad. No eran muy diferentes de mucha gente de nuestros días que elogian a Jesús como un gran maestro, pero no lo conocen como su Salvador y el único Salvador del mundo.

Entonces Jesús preguntó a sus discípulos: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” Ellos habían estado constantemente con

Jesús por más de dos años, se habían dado cuenta cómo vivía y habían sido testigos de sus obras poderosas, y lo habían oído enseñar sobre el reino de Dios y sobre él mismo. ¿Estaban de acuerdo con algunas de las otras personas o ahora comprendían más? El impetuoso Pedro, que con frecuencia hablaba primero y actuaba como vocero del resto, estuvo listo con una excelente respuesta: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” Cristo significa el Ungido, el Mesías; así Pedro reconoció y confesó a Jesús como el Salvador del mundo, esperado desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, pronto se hizo evidente que la comprensión de Pedro sobre la persona y la obra del Mesías dejaba mucho qué desear.

No obstante, Jesús alabó a Pedro por su confesión y le recordó que nadie podría haber comprendido eso por sí mismo. Lo supo porque el Padre le reveló esa verdad. De la misma manera, los que conocemos a Jesús como nuestro Señor y Salvador no hemos llegado a esa convicción por nosotros mismos o tomando la decisión consciente de creer en Jesús. Conocemos a Jesús como nuestro Salvador sólo porque Dios el Espíritu Santo, mediante el poder del evangelio, misericordiosamente ha creado la fe salvadora en nuestro corazón.

Entonces Jesús hizo unas declaraciones sorprendentes acerca de su iglesia en la tierra y de Pedro: “Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no la dominarán.” Pedro significa roca, pero Jesús no dice que edificará su iglesia sobre Pedro; estaba diciendo sencillamente que había algo acerca de Pedro y de su confesión que Jesús iba a usar para edificar su iglesia. En griego, Jesús dijo: “Tú eres Petros, y sobre esta *petra* edificaré mi iglesia”. *Petros* significa roca suelta, piedra, mientras que *petra* significa farallón rocoso, saliente o borde de roca, el tipo de roca sobre la que el hombre prudente construyó su casa (Mateo 7:25). La verdad que Pedro confesó es la roca sólida sobre la que Jesús edifica su iglesia. Todos los que hacen esta misma confesión de corazón son piedras vivas (Pedros) que encajan perfectamente en la edificación de la iglesia de Cristo.

Es irrazonable, en extremo arbitrario, y contrario a otras declaraciones de las Escrituras interpretar estas palabras de Jesús como si proclamaran que Pedro es la cabeza de la iglesia de Cristo en la tierra, el vocero infalible del Señor en cuanto a la moral y la doctrina. Aunque Pedro finalmente llegó a ser un valiente apóstol de Cristo, su debilidad humana y sus errores son demasiado aparentes durante su vida en el reino de Dios. Hablaremos más acerca de Pedro un poco más adelante.

Sin embargo, primero debemos considerar lo que Jesús quiso decir cuando mencionó que las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Su iglesia es la gente, todos los verdaderos creyentes en Cristo. La palabra *Hades* se traduce a veces como “infierno” o simplemente “muerte” o la “tumba”. Algunos estudiosos de la Biblia entienden que las puertas del Hades representan todos los espíritus malos que vienen del reino de Satanás para luchar contra el reino de Cristo. Jesús promete que no prevalecerán. También es un pensamiento bíblico decir que la muerte no podrá retener a los creyentes en Cristo. Cristo venció la muerte por ellos e hizo de ella la entrada a la vida eterna.

Cuando regresamos al versículo 19, encontramos a Jesús prometiéndole a Pedro las llaves del reino de los cielos. Las llaves tienen dos propósitos: cerrar y abrir. Aquí Jesús habla de atar y desatar. En realidad sólo hay una llave y el plural indica el doble uso. La llave es el evangelio de Cristo, el único poder que libra a las personas de sus pecados y les abre las puertas del cielo. El evangelio hace eso para todos los pecadores penitentes. Para todos los impenitentes (incrédulos) el evangelio ni desata ni abre, en otras palabras, ata y cierra. Aquí Jesús le da a Pedro la autoridad para proclamar el evangelio salvador, y como resultado de la predicación del evangelio, algunos serán salvos para la vida eterna, mientras que otros quedarán sin excusa.

A Pedro se le dio esta autoridad, pero podemos decir con confianza que representaba a todos los apóstoles cuando le habló a Jesús y cuando Jesús le dijo esas palabras. En otra parte, Jesús les da claramente esta misma autoridad al resto de los apóstoles y

a toda la iglesia cristiana sobre la tierra. Esto es lo que nuestro catecismo llama Oficio de las Llaves y lo define como la autoridad especial que Cristo le ha dado a su iglesia sobre la tierra para perdonar los pecados de los pecadores penitentes y retener los pecados de los impenitentes mientras no se arrepientan. Cualquier cristiano que le asegure a un pecador penitente que Jesús murió por todos los pecados y que lo perdona gratuitamente está ejerciendo ese ministerio apropiadamente. Y cualquier cristiano que le advierta a un pecador impenitente que está rechazando el perdón de Cristo también está ejerciendo ese ministerio. Cuando nosotros como cristianos hacemos y decimos lo que Jesús nos dice, hablamos por él y nuestras palabras y acciones son tan válidas en el cielo como si Cristo nuestro Señor estuviera actuando directamente.

“Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijeran que él era Jesús, el Cristo” Había dos razones para esto: primero, la gente no estaba preparada para este mensaje porque tenía muchas ideas falsas sobre el Mesías prometido. Esperaban que fuera un rey terrenal que los librara del dominio romano y estableciera un glorioso reino terrenal de Israel. Segundo, los discípulos no estaban listos para salir con el mensaje porque todavía compartían muchas de las ideas erróneas sobre la persona y obra del Mesías que eran comunes en la región. Después de la muerte, resurrección y ascensión de Jesús y la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, los apóstoles estuvieron preparados para hablarle a todo el mundo de Jesús el Hijo de Dios, el único Salvador de los pecadores.

Jesús predice su muerte

²¹ Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho a manos de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y resucitar al tercer día. ²² Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirlo, diciendo: —Señor, ten compasión de ti mismo. ¡En ninguna manera

esto te acontezca!

²³ Pero él, volviéndose, dijo a Pedro:

—¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.

²⁴ Entonces Jesús dijo a sus discípulos:

—Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame, ²⁵ porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. ²⁶ ¿De qué le servirá al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre a cambio de su alma?, ²⁷ porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras. ²⁸ De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que hayan visto al Hijo del hombre viniendo en su Reino.

Llegó el momento en que Jesús les tuvo que hablar con mucha franqueza a los discípulos sobre su inminente sufrimiento y muerte. Seguramente había hablado de eso antes, pero los discípulos en realidad no habían entendido. Tampoco comprendieron lo que Jesús les dijo en los versículos restantes de este capítulo, pero no pueden olvidar lo que les dice, y a su debido tiempo lo entenderán completamente. En este momento, es necesario que Jesús declare públicamente que estaba consciente por completo del sufrimiento y de la muerte que pronto iba a soportar y que también hablara de su resurrección al tercer día. Debía quedar muy claro que Jesús sabía lo que iba a enfrentar y que todo lo soportaría voluntariamente. Iba a un sacrificio voluntario por todos nuestros pecados, no como víctima indefensa de hombres malvados y funcionarios inescrupulosos.

Pedro le dijo: “Señor, ten compasión de ti mismo. ¡En ninguna manera esto te acontezca!” Las intenciones de Pedro eran buenas, no podía soportar la idea de que cosas tan terribles le

sucedieran a su Señor, pero habló sin considerar lo que decía. El hombre que acababa de reconocer a Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios viviente, ahora se atrevía a contradecir las palabras tan claras de Jesús. Note que Pedro no estaba de ninguna manera preparado para ser embajador de Cristo.

Un momento antes Jesús había alabado la confesión de fe de Pedro; ahora lo reprendió con severidad, llamándolo Satanás. Eso fue muy apropiado porque Pedro estaba hablando por Satanás, estaba diciendo esencialmente lo que Satanás le dijo a Jesús durante los 40 días de tentación en el desierto. Le dijo a Jesús que no llevara a cabo su misión, que no obedeciera la voluntad del Padre, que no cumpliera las promesas de los profetas de Dios del Antiguo Testamento. Cuando Jesús le dijo a Pedro que era tropiezo, con ese término se refería a una vara torcida en una trampa a la que está adherido un cebo. Un animal que quisiera comer el cebo podía caer en la trampa y ser capturado o podía morir. De la misma manera, Pedro le estaba poniendo una trampa a Jesús. Si Jesús hubiera caído en la trampa, toda su misión de redimir al mundo hubiera sido abortada. La reprensión que Jesús le hizo a Pedro fue legítima, y también fue importante que los otros discípulos la escucharan. No hablaron como Pedro, pero pensaron igual que él.

Jesús les recordó de nuevo a los discípulos lo que debían esperar al seguirlo (10:38,39). Llevaban mucho tiempo desde que se habían comprometido a seguir a Jesús, pero parecía que se les había olvidado lo que eso implicaba. Así que les dijo otra vez que se negaran a sí mismos y lo siguieran. Era lo opuesto a lo que Pedro acababa de hacer; en lugar de negarse a sí mismo, había negado a Jesús. Él tuvo que llevar su cruz y también todos los que lo siguen tienen que llevar la suya. La cruz que llevan los cristianos son las adversidades, los sufrimientos y las persecuciones que soportan como consecuencia de seguir fielmente a Jesús. Estas varían de persona en persona, pero cada cristiano puede esperar que va a llevar una cruz. Jesús nos dará la fortaleza para llevarla y

la usará para aumentar nuestro aprecio por la cruz que él llevó por nosotros. Nuestros sufrimientos nunca tienen mérito, pero pueden ser muy beneficiosos.

Querido cristiano, si su interés principal es salvar esta vida, sacarle lo máximo en deleites, satisfacciones y placeres, terminará perdiendo todo. Pero si pierde su vida por causa de Jesús, si le dedica todo a él, si sigue su guía y obedece sus mandatos incondicionalmente, llevará en este mundo una vida útil y agradable a Dios y disfrutará todas las bendiciones de la vida eterna en los cielos.

Mucha gente pierde su alma mientras lucha por ganar todo lo que puede en este mundo. Algunos logran acumular vastas riquezas, muchos bienes raíces, y gran poder y prestigio, pero ni siquiera Alejandro el Grande pudo poseer y gobernar todo el mundo. Y si hubiera podido, ¿de qué le hubiera servido? Si hubiera podido ofrecer todo el mundo como precio para entrar al cielo, el Señor de todo todavía tendría que decirle: “Eso no es suficiente, todo lo que tú me ofreces es mío, porque yo lo hice. Apártate de mí. Estás relegado para siempre al lugar que he preparado para el diablo y sus ángeles de maldad. Allí el lloro y el crujir de dientes nunca terminarán. Allí serás atormentado para siempre en las llamas inextinguibles sin ser destruido. ¡Qué necio has sido!”

Sin embargo, millones de personas piensan que pueden comprar su entrada a los cielos con mucho menos. Confían en sus insignificantes buenas obras, que son como trapos de inmundicia para Dios (Isaías 64:6). Algunos piensan que el dolor y el sufrimiento que han soportado pueden pagar el precio por ellos. ¡Qué trágico que tantos millones rechacen el pago que Cristo hizo por ellos con su santa y preciosa sangre, y su sufrimiento y muerte inocente! No hay salvación en ningún otro. Jesús es el único Salvador de todo el mundo. ¡Él murió por todos!

Cuando Cristo venga de nuevo en gloria con todos sus santos ángeles, toda rodilla se doblará delante de él, y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor, pero será muy tarde para que los impenitentes se arrepientan y reciban el perdón y la salvación

de Cristo. “Y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras”. Después de todo, ésta no es una promesa de salvación por obras. El cielo es un don de la gracia de Dios por los méritos de Jesús. Ésa es la verdad eterna de Dios proclamada a través de todas las Escrituras. Los que se han negado a sí mismos, han llevado su cruz y han seguido a Jesús, serán recompensados misericordiosamente para siempre. No se ganan una recompensa celestial por la vida que hayan llevado, pero tampoco han dejado que el demonio, el mundo o su carne pecaminosa los priven de las bendiciones que Jesús les da gratuitamente.

El versículo 27 habla del día del juicio, pero eso no significa que en el versículo 28 Jesús prometa que algunos de sus oyentes vivirán hasta ese día. Sólo dijo que algunos de ellos vivirían para ver al Hijo del Hombre venir en su reino. El reino de Jesús no es sólo el cielo, su reino incluye su misericordioso reinado en el corazón de las personas aquí y ahora. Algunos que no conocieron a Jesús como el Cristo vivirían para llegar al conocimiento de la verdad. Algunos contemplarían la obra de su reino relacionado con los milagros que ocurrieron en la muerte, resurrección y ascensión de Jesús y el Pentecostés. Y algunos de ellos vivirían para ver la destrucción de Jerusalén que Jesús predijo. Él gobierna todo el mundo para beneficio de su iglesia y los que lo rechazan no pueden escapar de su ira; pueden experimentar su juicio en cualquier momento que se acabe su paciencia con ellos y seguramente no podrán escapar del juicio final.

Los primeros versículos del siguiente capítulo nos contarán una manera especial en que tres de los discípulos de Jesús vieron la gloria del Hijo del Hombre en su reino.

Jesús se transfiguró

17 Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a su hermano Juan, y los llevó aparte a un monte alto. ²Allí se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. ³Y

se les aparecieron Moisés y Elías, que hablaban con él.

⁴ Entonces Pedro dijo a Jesús: «Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, haremos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.»

⁵ Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió y se oyó una voz desde la nube, que decía: «Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd.» ⁶ Al oír esto, los discípulos se postraron sobre sus rostros y sintieron gran temor. ⁷ Entonces Jesús se acercó y los tocó, y dijo: «Levantaos y no temáis.»

⁸ Cuando ellos alzaron los ojos, no vieron a nadie, sino a Jesús solo.

⁹ Cuando descendieron del monte, Jesús les mandó, diciendo:

—No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de los muertos.

¹⁰ Entonces sus discípulos le preguntaron, diciendo:

—¿Por qué, pues, dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero?

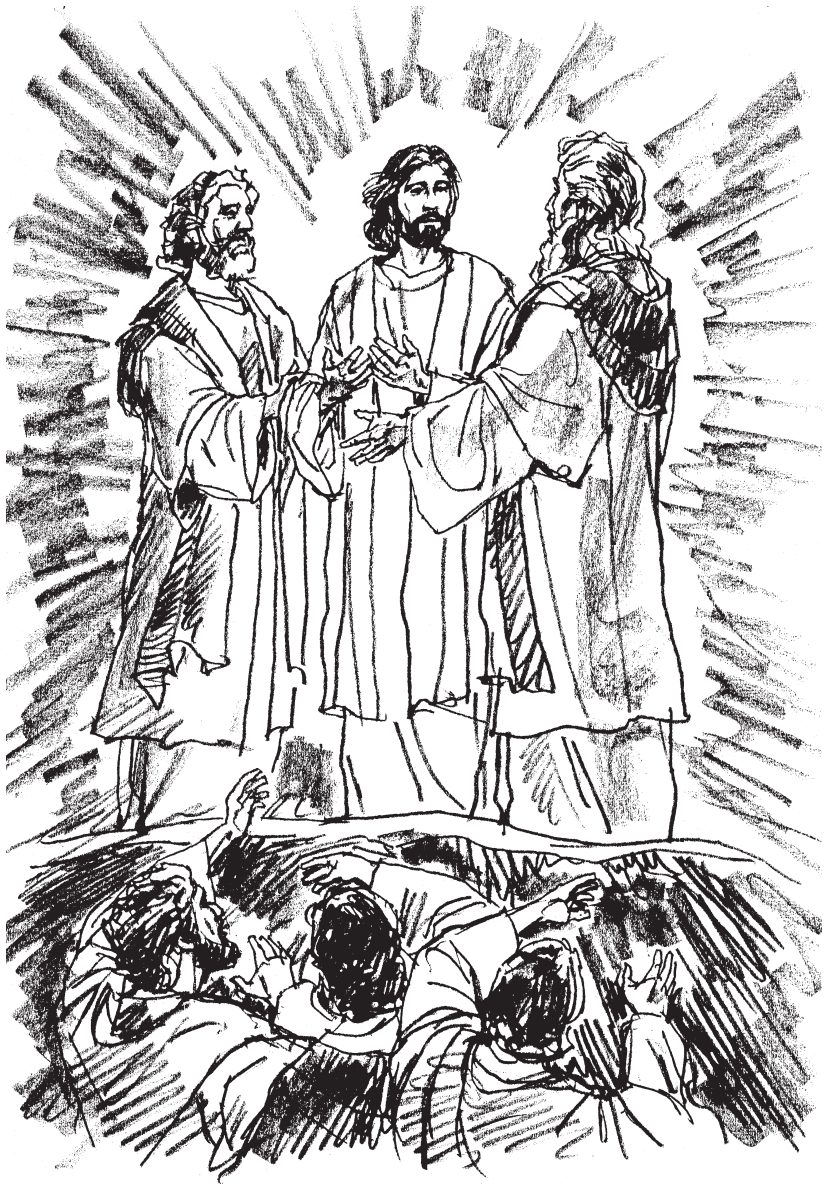
¹¹ Respondiendo Jesús, les dijo:

—A la verdad, Elías viene primero y restaurará todas las cosas. ¹² Pero os digo que Elías ya vino, y no lo conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron; así también el Hijo del hombre padecerá a manos de ellos.

¹³ Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista.

En el monte de la Transfiguración Pedro, Jacobo y Juan tuvieron una visión anticipada de la gloria celestial. Tuvieron el privilegio de ver una muestra de la gloria divina de Jesús, la gloria que le pertenecía como el Hijo de Dios, aunque esto fue sólo ocasional y parcialmente revelado durante su estado de humillación.

Nadie sabe exactamente dónde tuvo lugar este extraordinario suceso. Una tradición dice que fue en el monte Tabor, pero eso es



La transfiguración

muy improbable porque el monte Tabor estaba habitado en ese tiempo. Otra posibilidad es el monte Hermón, más al norte. Este monte tiene 3,300 metros de altura y está cubierto de nieve todo el año, pero Jesús y sus tres discípulos pudieron haber estado en una de las cuestas del monte. Sin embargo, debemos admitir que no sabemos exactamente dónde tuvo lugar esta singular revelación y en realidad no importa el sitio exacto.

En unas ocasiones especiales Jesús llevó con él únicamente a estos tres discípulos. En esta ocasión, Jesús quería que fueran testigos y que a su debido tiempo le dijeran al mundo lo que habían visto y oído allá. El testimonio de dos o tres testigos es suficiente para establecer los hechos de cualquier acontecimiento, por eso Jesús dejó a los otros nueve discípulos.

En ese monte, Jesús se transfiguró. La palabra griega para transfiguración es la raíz de la palabra *metamorfosis*. Usamos esa palabra para describir las fases por las que pasa una larva hasta convertirse en mariposa, pero ese proceso no describe adecuadamente lo que a Jesús le ocurrió aquí. “Resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz.” Esto nos recuerda el resplandor del rostro de Moisés cuando bajó del monte Sinaí, pero Moisés sólo reflejaba la gloria de Dios. Nos recuerda también la gloria del Señor que resplandeció alrededor de los pastores en Belén la noche del nacimiento de Jesús, y de los ángeles brillantes y resplandecientes en la tumba de Jesús en la mañana de la Pascua. Aquí ésa fue sencillamente la gloria divina de Jesús que se hizo visible. El humilde Jesús iba a soportar las profundidades de su humillación en el futuro cercano y aquí Pedro, Jacobo y Juan fueron preparados para enfrentar el sufrimiento y la muerte de Jesús al reafirmarles que él era el Hijo de Dios que estaba cumpliendo su misión para redimir al mundo.

De pronto aparecieron Moisés y Elías con Jesús. Es evidente que los tres discípulos reconocieron inmediatamente a Moisés y a Elías porque el Señor se los dio a saber. Moisés y Elías hablaban con Jesús sobre los sufrimientos, la muerte y la resurrección que

le esperaban, lo que también les confirmaría a los discípulos que Jesús se entregó a sí mismo en manos de sus enemigos consciente y deliberadamente (Lucas 9:31).

No podemos decir con exactitud por qué aparecieron Moisés y Elías en lugar de otros patriarcas o profetas, pero debemos estar de acuerdo en que los dos dieron un testimonio muy convincente de Jesús. Moisés fue el gran dador de la Ley, y Elías uno de los más grandes profetas del Antiguo Testamento. Es interesante notar que Elías fue llevado corporalmente al cielo y ahora apareció en la gloria con Jesús. Cuando murió Moisés a la edad de 120 años, en Deuteronomio 34:6 se nos dice que Dios lo enterró en Moab y que nadie sabe dónde está su tumba, y Judas hace una referencia interesante aunque misteriosa al cuerpo de Moisés en el versículo 9 de su epístola, donde dice que el arcángel Miguel contendió con el diablo, disputándole el cuerpo de Moisés. No sabemos cuándo pasó o qué sucedió exactamente, pero parece posible que el arcángel llevó el cuerpo de Moisés a los cielos. Esto parecería adecuarse muy bien a este relato de la aparición corporal de Moisés y Elías con Jesús. Desde luego, reconocemos que Dios puede resucitar a quien le plazca. El aspecto importante que debemos tomar en cuenta aquí es que estos dos hombres de Dios eran conscientes de la inminente muerte de Jesús. También entendían la razón para ello y pudieron fortalecer y animar a Jesús mientras enfrentaba ese momento muy difícil.

Un testimonio aún más importante vino desde una nube luminosa que los cubrió. La voz de Dios Padre dijo: “Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd.” Eso nos recuerda las palabras que dijo el Padre en el bautismo de Jesús, al comienzo de su ministerio público. Ahora el Padre dice que le complace todo lo que Jesús ha hecho desde ese momento. La aprobación final de todas las obras de Jesús será proclamada cuando el Padre resucite a su amado Hijo en la mañana de la Pascua. Todo el mundo necesita escuchar a Jesús y creer lo que dice, porque él es la verdad personificada, y el único camino a la vida eterna en el cielo.

Era natural que los discípulos, como pecadores, estuvieran aterrorizados por la visión y el sonido de la voz de Dios desde los cielos. Sin embargo, Jesús calmó sus temores al desaparecer Moisés y Elías. La sugerencia de Pedro de construir enramadas para Jesús, Moisés y Elías es otro ejemplo de hablar antes de pensar. Al sentirse abrumado por la emoción del momento, Pedro hizo un ofrecimiento más bien necio. Jesús ni siquiera le respondió. La partida de Moisés y Elías fue suficiente respuesta.

Cuando bajaban del monte, Jesús les dio instrucciones a los tres discípulos de no mencionar a nadie su transfiguración hasta después de su resurrección. Ni siquiera los otros nueve discípulos debían saberlo. Había suficiente deseo egoísta de preeminencia entre los discípulos para que hubieran considerado esta experiencia como un indicio de que Jesús tenía lugares especiales en su reino para ese círculo íntimo de tres discípulos. Era muy claro que la gente común tenía ideas equivocadas acerca de la naturaleza del reino de Jesús y que sólo interpretaría mal este suceso para apoyar sus ideas falsas acerca de ese reino.

No obstante, a su debido tiempo Pedro le diría al mundo en su segunda epístola: “No os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad, pues cuando él recibió de Dios Padre honor y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: ‘Éste es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia’. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo” (2 Pedro 1:16-18). Los evangelistas Marcos y Lucas también escribieron acerca de la transfiguración de Jesús.

Cuando Jesús habló del sufrimiento y la muerte que le esperaban, los discípulos se preguntaban si esta aparición de Elías tenía algo que ver con la expectativa común de la reaparición de Elías antes que el Mesías estableciera su reino. El Señor había prometido por medio del profeta Malaquías: “Yo os envío al profeta Elías antes que venga el día de Jehová, grande y terrible” (Malaquías 4:5). Así Jesús les explicó de nuevo que Juan el

Bautista era el segundo Elías prometido, como les había dicho en una ocasión anterior (11:14).

Juan el Bautista fue reconocido al principio como un gran profeta, pero al poco tiempo fue arrestado, puesto en prisión y decapitado por el rey Herodes. De manera semejante, muchos reconocerían a Jesús como un gran profeta, pero no lo aceptarían como el Hijo de Dios y el Mesías prometido. Finalmente, también lo arrestarían y lo matarían. Por eso Jesús les habló claramente a los discípulos sobre su inminente sufrimiento y muerte, pero los discípulos estaban tan enredados en las ideas populares y falsas sobre el reino del Mesías, que no podían creer lo que Jesús decía con tanta claridad. Después recordarían y se les reconfirmaría que todo se había hecho de acuerdo con los planes de Dios y que Jesús era verdaderamente el Mesías, el Rey de reyes y el Señor de señores.

Otro milagro: Jesús sana a un muchacho endemoniado

¹⁴ Cuando llegaron a donde estaba la gente, se le acercó un hombre que se arrodilló delante de él, diciendo:

¹⁵ —Señor, ten misericordia de mi hijo, que es lunático y sufre muchísimo, porque muchas veces cae en el fuego y muchas en el agua. ¹⁶ Lo he traído a tus discípulos, pero no lo han podido sanar.

¹⁷ Respondiendo Jesús, dijo:

—¿Generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo acá.

¹⁸ Entonces reprendió Jesús al demonio, el cual salió del muchacho, y éste quedó sano desde aquella hora. ¹⁹ Se acercaron entonces los discípulos a Jesús y le preguntaron aparte:

—¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera?

²⁰ Jesús les dijo:

—Por vuestra poca fe. De cierto os digo que si tenéis fe

como un grano de mostaza, diréis a este monte: “Pásate de aquí allá”, y se pasará; y nada os será imposible. ²¹ Pero este género no sale sino con oración y ayuno.

Jesús y los tres discípulos regresaron a la dura realidad cuando bajaron del monte. Encontraron a una muchedumbre desordenada y a los otros nueve discípulos discutiendo con los maestros de la ley. Un hombre había les llevado a su hijo a los discípulos para que echaran de él un espíritu inmundo que lo afligía con ataques epilépticos. Los ataques eran tan violentos que el muchacho caía en el fuego o en el agua. El padre estaba muy angustiado porque ese era su único hijo (Lucas 9:38) y los discípulos no lo habían podido ayudar.

El padre se arrodilló ante Jesús y le suplicó: “Señor, ten misericordia de mi hijo”. La primera reacción de Jesús fue censurar la “generación incrédula y perversa”. ¿A quién cree usted que Jesús estaba llamando generación incrédula y perversa? ¿Se refería a la multitud? ¿Al padre? ¿A los nueve discípulos? Todos pudieron haber estado incluidos. En esta ocasión esos nueve discípulos sucumbieron a la incredulidad propia de esa generación. Jesús les había dado el poder para echar demonios, pero en este caso fracasaron. Entonces Jesús reprendió al demonio, y tuvo que salir del muchacho, pero su salida fue tan violenta que parecía que el muchacho estuviera muerto. Entonces Jesús lo tomó de la mano y lo levantó, y el muchacho quedó por completo libre del poder del demonio y librado para siempre.

Después, en privado, los discípulos le preguntaron a Jesús por qué no habían podido hacerlo en esa oportunidad, aunque en otras oportunidades habían podido echar demonios. Jesús les dijo que era debido a su falta de fe. Se refería a la fe de ellos en su promesa (Mateo 10:8), no a la confianza en él como el Hijo de Dios y su Salvador del pecado. Habían sido como Pedro cuando caminó hacia Jesús sobre el agua en el mar de Galilea. Jesús le dijo a Pedro que fuera a él, entonces Pedro creyó y comenzó a ir, pero al ver una ola grande, tuvo miedo, dudó y comenzó a hundirse

hasta que Jesús lo rescató. En el caso de estos nueve discípulos, le habían creído a Jesús y habían echado fuera demonios en su nombre, pero el demonio que poseyó a este joven era extraordinariamente malo y violento. En vista de eso, a los discípulos les faltó fe y no tuvieron poder para echarlo fuera. Cuando su fe decayó, se desconectaron del poder de Jesús y no pudieron hacer nada por sí mismos.

Jesús les dijo que una fe tan pequeña como la semilla de mostaza podría mover una montaña. Esto es lenguaje figurado; no podemos decir que alguna vez la fe de alguien haya movido literalmente una montaña. Debemos recordar que la fe poderosa no existe en el vacío; siempre la acompaña una promesa específica. Cuando el Señor hace una promesa y creemos que es verdadera, esa promesa por supuesto que se cumplirá. Por ejemplo, Jesús promete que le dará todo lo necesario para el cuerpo y el alma a quien busque primeramente su reino y su justicia. El Señor promete que hará que todas las cosas obren para el bien de quienes lo aman, y a través de los siglos innumerables cristianos han aprendido por experiencia personal que Dios hace exactamente lo que promete (Romanos 8:28-39). En 1 Corintios 10:13 tenemos esta seguridad: “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser probados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la prueba la salida, para que podáis soportarla.” Con fe en esta promesa de Dios, muchos cristianos han vencido increíbles adversidades y sufrimientos. Recuerde siempre estas promesas. ¡Aférrase a ellas y sea muy bendecido!

²² Estando ellos en Galilea, Jesús les dijo: «El Hijo del hombre será entregado en manos de hombres ²³ y lo matarán, pero al tercer día resucitará».
Ellos se entristecieron mucho.

Jesús les habló otra vez a los discípulos sobre su inminente sufrimiento y muerte. Habló sobre esto cada vez con más detalle

al transcurrir el tiempo. La única reacción de los discípulos en ese tiempo fue llenarse de pesar. Era natural que estuvieran tristes ante la perspectiva de la muerte de Jesús, especialmente al no entender su significado. Jesús también se entristecía al ver la proximidad de su sufrimiento y su muerte, pero podía entregarse confiadamente en las manos de su Padre celestial, porque podía esperar el gozo de la gloria que estaba guardada para él. Aunque tres de los discípulos habían tenido una visión anticipada de esa gloria, en ese momento ninguno de ellos apreciaba plenamente la promesa de gloria del Señor.

Jesús paga el impuesto del Templo

²⁴ Cuando llegaron a Capernaúm, se acercaron a Pedro los que cobraban las dos dracmas y le preguntaron:

—¿Vuestro Maestro no paga las dos dracmas?

²⁵ Él dijo:

—Sí.

Al entrar él en casa, Jesús le habló primero, diciendo:

—¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los tributos o los impuestos? ¿De sus hijos o de los extraños?

²⁶ Pedro le respondió:

—De los extraños.

Jesús le dijo:

—Luego los hijos están exentos. ²⁷ Sin embargo, para no ofenderlos, ve al mar, echa el anzuelo y toma el primer pez que saques, ábrele la boca y hallarás una moneda. Tómala y dásela por mí y por ti.

Capernaúm era la tierra natal de Pedro y eso puede explicar por qué los cobradores de impuestos del Templo se acercaron a él en lugar de a otro de los discípulos para preguntarle si Jesús tenía la costumbre de pagar impuestos. Todo israelita mayor de 20 años tenía que pagar este impuesto anual para el mantenimiento del

Templo y la adoración. Por lo general el pago se hacía en el mes de marzo. En este momento tal vez había pasado el plazo, y eso puede explicar por qué se acercaron los cobradores a Pedro a hacerle esa pregunta.

Pedro contestó enseguida: “Sí”. Él sabía por propia experiencia que Jesús había pagado el impuesto los años anteriores, por eso tenía la seguridad de que seguiría pagándolos. Antes de que Pedro tuviera oportunidad de mencionarle esto a Jesús, él mismo trajo el asunto a colación. Le preguntó a Pedro si los reyes de la tierra les cobran impuestos a sus propios hijos o sólo a los demás. La respuesta era evidente. Los reyes les imponen impuestos a sus súbditos y los hijos de los reyes comparten los beneficios de esos impuestos, sin esperar que ellos paguen.

Eso establecía el hecho de que el Hijo de Dios no tenía que pagar el impuesto para el Templo de Dios. Pero Jesús de todas maneras pagó para no ofender a nadie. Si se hubiera negado, algunos hubieran tenido la impresión de que Jesús despreciaba el Templo y su adoración, y hubieran estado menos dispuestos a escuchar cualquier cosa que tuviera que decirles. Él no quería poner ningún obstáculo innecesario en el camino de los que necesitaban oír el evangelio de su reino. Por eso pagó voluntariamente el impuesto.

Jesús le dijo a Pedro que fuera a pescar en el mar de Galilea y prometió que en la boca del primer pez que cogiera encontraría una moneda con el valor exacto para pagar el impuesto de los dos. De vez en cuando se encuentran objetos extraños en el vientre de los pescados, pero ésta no fue sólo una coincidencia asombrosa. Jesús sabía exactamente lo que iba a pasar e hizo que el pez tomara esa moneda del agua y que luego fuera al anzuelo de Pedro. Así pagó por voluntad propia el impuesto y demostró el poder divino que lo eximía de esa obligación.

Mateo no tenía que informar que todo sucedió exactamente como Jesús le prometió a Pedro; era evidente que la promesa de Jesús no podía fallar. Eso es cierto en cuanto a todas sus palabras y promesas.

Jesús instruye a sus discípulos sobre la grandeza en el reino de los cielos

18 En aquel tiempo los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron:

—¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?

² Llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos ³ y dijo:

—De cierto os digo que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. ⁴ Así que cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos. ⁵ Y cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como éste, a mí me recibe.

“¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?” Podemos pensar en Abraham, en Moisés o en el apóstol Pablo. No obstante, cuando los discípulos le hicieron esa pregunta a Jesús, querían saber cuál de ellos sería el mayor. Todos esperaban posiciones importantes en el reino de Jesús y cada uno hubiera querido estar a su derecha. Les pudo haber parecido que Pedro, Jacobo y Juan eran los candidatos más probables para esa posición. Más temprano ese mismo día Jesús había elegido a Pedro para coger el pez con la moneda en la boca para pagar el impuesto del Templo que les correspondía a él y a Jesús. Había pasado muy poco tiempo desde que Jesús llevó solamente a Pedro, Jacobo y Juan con él al monte de la Transfiguración, y el resto de los discípulos también recordaba que Jesús había llevado a los mismos tres cuando entró en casa de Jairo para resucitar a su hija de 12 años. Y Pedro con frecuencia desempeñaba un papel de liderazgo al hablar en representación de todos los discípulos. Así podemos entender por qué los otros discípulos se preguntaban por su posición en el reino que Jesús iba a establecer pronto.

El problema de ellos era que no habían entendido el concepto de grandeza en el reino de Jesús. Entonces Jesús les dio una lección que nunca olvidarían sobre grandeza y humildad. Nosotros

también debemos recordarla siempre. Jesús llamó a un niño pequeño, lo puso en medio de ellos y lo señaló como ejemplo de grandeza en su reino. Les advirtió a sus discípulos que nadie podría entrar en su reino si no llega a ser como un niño. El punto principal de comparación fue la humildad del niño, ya que esa es la virtud cristiana básica. En efecto, no puede haber virtud ante Dios sin humildad.

La humildad significa, ante todo, reconocer el pecado y la indignidad personal y no poder hacer nada para ser digno delante de Dios y ganar la salvación total o parcialmente. La humildad depende por completo de la misericordia de Dios para el perdón y la salvación. Ve a Jesucristo como el Salvador, que se ofreció como sacrificio perfecto por todos los pecados. La humildad no es autoestima; es la estimación de Cristo. A cualquiera que se humille Dios lo exalta, y al que se exalta Dios lo humilla.

Jesús nos da el ejemplo perfecto de la humildad que agrada a Dios. Descendió de la gloria celestial y se hizo uno de nosotros. Nació en un humilde establo y se sometió a todas las leyes que Dios le otorgó a su pueblo escogido, Israel. Nunca usó sus poderes divinos para su personal conveniencia ni comodidad. Permitió que pecadores lo maltrataran, lo condenaran y crucificaran; y soportó todo eso por nosotros. Ése fue el propósito por el que vino al mundo. Ahora Dios lo ha exaltado grandemente. Está a la diestra del Padre y gobierna al mundo entero para beneficio de su reino. Por último, toda rodilla se doblará delante de él y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor, para la gloria de Dios Padre. Todos los que lo siguen humildemente en esta vida compartirán su gloria en la vida venidera.

La verdadera humildad cristiana se mostrará en nuestra actitud hacia los niños. Jesús dice que recibir a un niño en su nombre es servirlo a él. Recibimos a un niño en el nombre de Jesús, ante todo, reconociendo que los niños son dones de Dios, no cargas pesadas. Servimos a Jesús cuando cumplimos con las necesidades de los niños. Eso no sólo quiere decir dar comida, techo, vestido y cuidado amoroso a los niños, sino sobre todo

llevarlos a Jesús en el santo bautismo y enseñarles a conocer, amar y obedecer a su Salvador. Y si el Señor no considera apropiado darnos hijos, quizás podamos adoptar a un niño que necesite hogar. Podemos ayudar de muchas maneras para satisfacer las necesidades de los niños pequeños de nuestra iglesia o comunidad, o de otras partes del mundo. Quienes sirven humildemente a su Salvador sirviendo a otros en su nombre, sin tener interés en obtener grandeza personal, son los más grandes en el reino de los cielos.

Jesús advierte sobre hacer tropezar a otros

6 »A cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgara al cuello una piedra de molino de asno y que se le hundiera en lo profundo del mar. ⁷ ¡Ay del mundo por los tropiezos! Es necesario que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo! ⁸ Por tanto, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti: mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser arrojado en el fuego eterno. ⁹ Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti: mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego.

Si no tenemos humildad cristiana, podemos ser culpables de que niños pequeños pequen en lugar de servirles en el nombre de Jesús. Somos personalmente responsables del pecado de los niños si no los llevamos a su Salvador en el santo bautismo, si no les damos una educación cristiana o si les damos un mal ejemplo en el hogar. Si les encomendamos a otros la enseñanza de la palabra de Dios a nuestros niños y después la contradecimos con nuestra forma de hablar y de proceder, ponemos en peligro la fe de nuestros niños. Los niños pequeñitos pueden creer en Jesús aun antes de que sean capaces de expresar esa fe verbalmente, y los

padres cristianos y otros adultos tienen la solemne obligación de nutrir la fe de los niños con la palabra de Dios.

¡Es una tragedia cuando alguien no cumple con esa responsabilidad! Sería mejor para esa persona que muriera en forma violenta en lugar de que fuera culpable de ese pecado. Jesús dice que sería mejor si a esa persona se le colgara del cuello una piedra de molino de asno y se hundiera en el fondo del mar. Sería preferible ser destruido corporalmente que ser culpable de destruir espiritualmente a un niño. Note que Jesús no amenaza con castigar al padre negligente después del hecho; habla de hacer lo posible para evitar que los padres sean culpables de tan gran pecado. ¿Puede imaginar una forma más enérgica con la que Jesús nos pudiera convencer de la seriedad de nuestras responsabilidades como padres?

Habrán muchas cosas en el mundo pecaminoso que harán pecar a la gente; eso es inevitable. Sin embargo no excusa la culpabilidad. El pecador es culpable y también la persona que hace que otra peque. Jesús destaca esa responsabilidad personal aconsejándonos cortar una mano, un pie o sacar un ojo que haga a una persona pecar. ¡Y quiere decir eso literalmente! Después de todo, tendríamos que admitir que sería mejor renunciar a una parte de nuestro cuerpo antes que permitir que el cuerpo y el alma terminen en el infierno. Pero antes de que usted quede lisiado o ciego, dese cuenta de que ningún miembro de su cuerpo puede ser responsable de hacerlo pecar. El problema es el uso que usted le da al cuerpo. Jesús usó esta misma ilustración en el sermón del monte (5:29,30).

Parábola de la oveja perdida

¹⁰»Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos, ¹¹ porque el Hijo del hombre ha venido para salvar lo que se había perdido.

¹²»¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas y se

descarría una de ellas, ¿no deja las noventa y nueve y va por los montes a buscar la que se ha descarriado? ¹³ Y si acontece que la encuentra, de cierto os digo que se regocija más por aquélla que por las noventa y nueve que no se descarraron. ¹⁴ De igual modo, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos que se pierda uno de estos pequeños.

Los santos ángeles y nosotros compartimos el cuidado de los pequeñitos del Salvador. Por eso Jesús nos recuerda otra vez que no los despreciemos. La máxima demostración de desprecio hacia los pequeñitos es el aborto, y causa horror ver cómo Satanás ha convencido a tanta gente de que tienen todo el derecho a despreciar y destruir a los pequeños. Incluso los ha convencido de que muestran amor, interés y responsabilidad evitando que nazca un niño no deseado. No es de extrañar que cada vez más nuestros conciudadanos piensen que son más misericordiosos que Dios cuando acaban con la vida de aquellos que, en su opinión, no disfrutan de una vida útil o significativa.

“El Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido”. Ésa es sin duda una verdad bíblica básica, pero algunos manuscritos antiguos no la incluyen aquí. Esta declaración se encuentra también en Lucas 19:10.

Jesús destaca el valor de un niño contándonos la parábola de la oveja perdida. Esta corta parábola no requiere explicación, expresa sencillamente el interés que siente un pastor por todas sus cien ovejas. Cuando una de ellas se extravía, ella se convierte en la principal preocupación. Eso es natural y bueno. Cuánto más debemos estar interesados en un niño que se ha perdido de su Señor y Salvador. El Padre no quiere que ninguno de esos pequeños se pierda, y nosotros tampoco. Es evidente que nuestro interés por el individuo no debe disminuir al convertirse el niño en adulto.

En el resto de este capítulo Jesús nos enseña la forma correcta de tratar a un compañero cristiano que se descarríe.

Jesús dice a sus discípulos cómo tratar a un hermano que peca contra ellos

¹⁵»Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndelo estando tú y él solos; si te oye, has ganado a tu hermano. ¹⁶Pero si no te oye, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. ¹⁷Si no los oye a ellos, dílo a la iglesia; y si no oye a la iglesia, tenlo por gentil y publicano. ¹⁸De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra será desatado en el cielo. ¹⁹Otra vez os digo que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecho por mi Padre que está en los cielos, ²⁰porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

A pesar de nuestras mejores intenciones, todos pecamos cada día, pero confesamos con humildad nuestros pecados y recibimos el perdón de Dios por causa de Jesús. Con la ayuda del Espíritu Santo, tratamos sinceramente de enmendar nuestra vida pecaminosa para crecer en santificación. Con regularidad nos animamos unos a otros cuando adoramos juntos y cuando a diario nos ponemos en contacto unos con otros. Pero de vez en cuando un compañero cristiano es culpable de cometer un pecado deliberado y no desea abandonarlo y enmendarlo. Cuando eso pasa, es necesario que hagamos un esfuerzo especial para que ese compañero cristiano se arrepienta.

Aunque el pecado de esa persona no lo afecte directamente a usted, sigue siendo preocupación suya. Aún es un pecado contra usted en el sentido de que perturba su relación con ese compañero cristiano, ya que usted simplemente no puede pasar por alto el pecado deliberado de otro. Si usted lo sabe, su Señor quiere que vaya a su compañero cristiano y discuta en privado ese pecado. Si lo escucha y se arrepiente, nadie más debe saberlo. El asunto ha terminado; usted ha traído la oveja perdida otra vez al redil.

Sin embargo, si no lo logra, entonces su Señor quiere que intente de nuevo, llevando a una o dos personas con usted. Esas personas deben ser escogidas muy cuidadosamente. Deben ser cristianos maduros que tengan respeto por el hermano descarriado. Tal vez dos o tres de ustedes juntos puedan solucionar el problema. Si no lo logran, tienen testigos que pueden declarar en el caso. Se les puede pedir que testifiquen, no acerca de los hechos pecaminosos originales del hermano, sino sobre los intentos que se hicieron para mostrarle a la persona el error de sus caminos.

El siguiente paso es “dilo a la iglesia”. La iglesia aquí normalmente es la congregación cristiana de la que son miembros. En la actualidad pensaríamos en una sesión de la asamblea de votantes. El propósito de llamar la atención de la iglesia es seguir tratando de hacerle ver al hermano la gravedad de su pecado y llevarlo al arrepentimiento. Si eso fracasa, debemos informarle a la persona que ya no la consideramos compañera cristiana. Cuando la iglesia toma esa acción la llamamos excomunión. Es la declaración pública y oficial de que lo que nos unía se ha roto. Si el pecador finalmente se arrepiente, nuestro Señor quiere que lo recibamos de nuevo en la iglesia. Ése es el propósito de todo el procedimiento.

Éstas son guías generales, no tres pasos mecánicos que debemos seguir cuando un hermano cae en pecado. En cualquier etapa del procedimiento podemos repetir los esfuerzos varias veces, involucrando a más personas o a toda la iglesia sólo cuando sea necesario. Y durante todo el proceso debemos recordar que éste es un ejercicio que se hace con amor cristiano. Esperamos que los compañeros cristianos muestren ese mismo amor hacia nosotros si alguna vez nos descarriamos.

Este procedimiento de disciplina eclesiástica puede ser interrumpido de dos maneras. Como ya dijimos, el proceso termina cuando el pecador se arrepiente. Lamentablemente, también se puede detener en el momento en el que el pecador se niegue a someterse a él.

Este procedimiento no es sólo una formalidad para mantener al día el registro de los miembros de la iglesia; Jesús nos dice que actuamos en representación de él en esos asuntos. Mientras llevemos a cabo sus instrucciones, nuestras acciones son tan válidas en el cielo como si Cristo mismo tratara con el pecador impenitente. En realidad, lo hace por medio de nosotros como sus voceros.

Ya sea que tratemos con un miembro impenitente de la iglesia o que llevemos una petición a nuestro Padre celestial en oración, sabemos que él nos escuchará. Da igual si hay dos o tres o varios centenares de creyentes reunidos en el nombre de Jesús, él está con nosotros, nos guiará y nos bendecirá.

Parábola del siervo que no quiso perdonar

²¹ Entonces se le acercó Pedro y le dijo:

—Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?

²² Jesús le dijo:

—No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete.

²³ »Por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. ²⁴ Cuando comenzó a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. ²⁵ A éste, como no pudo pagar, ordenó su señor venderlo, junto con su mujer e hijos y todo lo que tenía, para que se le pagara la deuda. ²⁶ Entonces aquel siervo, postrado, le suplicaba diciendo: “Señor, ten paciencia conmigo y yo te lo pagaré todo.” ²⁷ El señor de aquel siervo, movido a misericordia, lo soltó y le perdonó la deuda.

²⁸ »Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus conservos que le debía cien denarios; y agarrándolo, lo ahogaba, diciendo: “Págame lo que me debes.” ²⁹ Entonces su consiervo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y yo te lo pagaré todo.” ³⁰ Pero él no

quiso, sino que fue y lo echó en la cárcel hasta que pagara la deuda. ³¹ Viendo sus conservos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había pasado. ³² Entonces, llamándolo su señor, le dijo: “Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ³³ ¿No debías tú también tener misericordia de tu conservo, como yo tuve misericordia de ti?” ³⁴ Entonces su señor, enojado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara todo lo que le debía. ³⁵ Así también mi Padre celestial hará con vosotros, si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas.

En esta conocida parábola aprendemos más acerca de perdonar y ser perdonados. Pedro comprende que Jesús quiere que perdonemos a todos los que pecan contra nosotros, pero supone que debe haber un límite para el perdón. Piensa que es muy generoso al sugerir que tal vez podemos perdonar al hermano hasta siete veces, y se sorprende cuando Jesús le dice que perdone no siete veces, sino 77 veces. Algunas traducciones lo expresan como 70 veces siete, lo que llega a 490 veces. Ninguno de los números se debe tomar al pie de la letra, ambos nos dicen que perdonemos sin límite. No lleve la cuenta y al final decida que es suficiente. Si Dios guardara una relación semejante de nuestros pecados, nos habría borrado hace mucho tiempo. Necesitamos el perdón de Dios una y otra vez cada día que vivamos.

Jesús nos cuenta otra parábola para ayudarnos a entender el tema de perdonar y ser perdonados. Un rey decide ajustar cuentas con sus siervos. El primer hombre al que llamó tenía una inmensa deuda con el rey: 10,000 talentos. Es una cantidad indefinida, porque las diversas clases de talentos (por ejemplo, oro o plata) variaban en valor. Un cálculo fija la deuda de este hombre entre 12 y 20 millones de dólares. Sin tener en cuenta la cantidad exacta, esta deuda era tan grande que jamás la podría pagar. Por eso el rey ordenó que todo lo que tenía el hombre, incluyendo a su esposa e

hijos, debía ser vendido para pagar al menos una parte de esa inmensa deuda.

Cuando el siervo le suplicó que tuviera misericordia y prometió pagarle todo, el rey tuvo compasión, le perdonó toda la deuda y lo dejó ir. ¡El hombre debió estar muy agradecido! Sin embargo no fue así.

Al salir, se encontró con un conserivo que tenía con él una deuda relativamente pequeña. Cien denarios eran unos tres meses de salario de un obrero. Lo normal sería que con gusto le perdonara la pequeña deuda, pero en cambio actuó violentamente y le exigió el pago inmediato de toda la deuda. Se hizo el sordo cuando el hombre le suplicó que tuviera misericordia de él y cuando le prometió que le pagaría la deuda tan pronto como le fuera posible. El hombre lo echó en la cárcel.

Cuando otros siervos se lo dijeron, el rey llamó de inmediato a ese siervo desagradecido y airadamente *lo* hizo echar a la cárcel. Todos tendremos que estar de acuerdo en que este hombre recibió el castigo que merecía. Podemos imaginar que pasó el resto de su vida en la cárcel, porque no podía pagar su gran deuda.

“Así también mi Padre celestial hará con vosotros, si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas.” Ésa fue la respuesta a la pregunta que le hizo Pedro acerca de cuántas veces se debería perdonar al hermano que pecara contra él; esa respuesta es también para nosotros. Cuando vemos al siervo con una deuda imposible de pagar, nos vemos a nosotros, así de grande es la deuda por nuestro pecado. Cualquier esfuerzo o promesa que hagamos para pagar esa deuda es inútil. La deuda aumenta, porque no podríamos ganar el perdón a la misma velocidad que cometemos los pecados. De hecho, no podemos ganar ningún perdón; la única esperanza es la misericordia de nuestro Dios, y él nos ha dicho que nos perdona gratuitamente todos los pecados por causa de Jesús. Somos libres, herederos de la vida eterna, y ningún pecado se interpone entre nosotros y nuestro Padre celestial.

Ahora, ¿qué pasa con los pecados que mis hermanos cometen contra mí? ¿Los debo perdonar? ¿Qué pasa si esos pecados se repiten siete o 77 o, 70 veces siete o más? ¿Cómo podemos seguir nada más perdonando? Esa deuda de pecado no se puede comparar con la deuda que nuestro Dios ha cancelado gratuitamente por nosotros. Si ahora nos negamos a perdonar a alguien que peca contra nosotros, actuamos como el siervo malvado. Decimos con nuestras acciones que no creemos en la misericordia, que a la gente se le debe imputar la responsabilidad de todos sus pecados. Entonces Dios nos dice: si eso es lo que crees, te trataré del mismo modo.

Reconocemos la justicia de todo esto cada vez que oramos el Padrenuestro y le pedimos a Dios que nos perdone así como nosotros perdonamos a los que pecan contra nosotros. Le pedimos a Dios que nos perdone de la misma forma como perdonamos a otros. Eso significa: si no queremos perdonar a alguien, tampoco nos perdones a nosotros. Tráтанos como nosotros pensamos que se debe tratar a la gente.

¿Eso quiere decir que Dios nos perdona cuando nos arrepentimos, pero invalida el perdón cuando no perdonamos a alguien más? En realidad es una pregunta sin sentido; un intento inútil de acusar a Dios de injusto o de retractarse de su Palabra. Es lo mismo si él invalida o no el perdón anterior. Una vez que usted se impone normas diferentes, el primer nuevo pecado que cometa es suficiente para condenarlo para toda la eternidad, ¡y usted ya ha pecado al no perdonar a su hermano!

Satanás quiere que creamos que tenemos derecho de no perdonar a quien deliberadamente nos hace daño, en particular si ese daño se repite y el ofensor no muestra arrepentimiento y ni le importa si lo perdonamos. El diablo quiere que pensemos que podemos sentir cierta satisfacción guardando rencor o más aún tratando de vengarnos. Pero ese espíritu que no perdona es veneno espiritual, que sobre todo nos hace daño y amenaza destruirnos por completo y para siempre. Cuando perdonamos a otros como

Dios nos perdona, somos nosotros los que recibimos las bendiciones; cuando nos negamos a perdonar a otros, ponemos en peligro nuestra propia fe y salvación.

SÉPTIMA PARTE

Jesús les da a sus discípulos la segura esperanza de la salvación
(19:1–25:46)

Jesús habla del matrimonio y del divorcio

19 Aconteció que cuando Jesús terminó estas palabras, se alejó de Galilea y fue a las regiones de Judea, al otro lado del Jordán. ² Lo siguieron grandes multitudes, y los sanó allí.

³ Entonces se le acercaron los fariseos, tentándolo y diciéndole:

—¿Está permitido al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?

⁴ Él, respondiendo, les dijo:

—¿No habéis leído que el que los hizo al principio, “hombre y mujer los hizo”, ⁵ y dijo: “Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne”? ⁶ Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó no lo separe el hombre.

⁷ Le dijeron:

—¿Por qué, pues, mandó Moisés darle carta de divorcio y repudiarla?

⁸ Él les dijo:

—Por la dureza de vuestro corazón, Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; pero al principio no fue así. ⁹ Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera.

¹⁰ Le dijeron sus discípulos:

—Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse.

¹¹ Entonces él les dijo:

—No todos son capaces de recibir esto, sino aquellos a quienes es dado. ¹² Hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos. El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba.

Es digno de mención que mientras Jesús pasa a la orilla oriental del río Jordán, Mateo dice: “Lo siguieron grandes multitudes, y los sanó allí”; sin embargo, no informa de ningún milagro de curación específica sino hasta el final del capítulo 20. Sin negar que Jesús realizó curaciones milagrosas en esa oportunidad, parece que Mateo también nos anima a apreciar las palabras que Jesús dice aquí para sanar. Cuando Jesús predica sobre el matrimonio, la familia y el dinero, sus palabras tienen poder terapéutico.

Mientras muchas personas acogieron el poder curativo de las palabras de Jesús, otros no. Por lo visto, algunos fariseos pensaron que podían desacreditar a Jesús apelando a Moisés. Le preguntaron: “¿Está permitido al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?” Para poner de manifiesto el significado de la pregunta, podemos decir: “¿Es *bíblico* que un hombre se divorcie de su mujer por cualquier causa?” Así le pidieron a Jesús que interpretara la ley de Moisés.

La forma como los fariseos formularon la pregunta demuestra que estaban probando a Jesús. Parece exagerado permitir el divorcio “por cualquier causa”. Jesús les explicó claramente que ningún hombre tiene derecho de separar a una pareja que Dios ha unido. Pero ellos respondieron: “¿Por qué, pues, mandó Moisés darle carta de divorcio y repudiarla?” ¿Quería decir Jesús que estaba en desacuerdo con Moisés?

Hay una gran diferencia entre lo que los fariseos dicen que Moisés hizo y lo que Jesús dice que hizo Moisés. Ellos le

preguntaron: “¿Por qué *mandó* Moisés...?”, pero Jesús respondió: “Moisés *os permitió*...” Moisés nunca ordenó el divorcio. Cuando enfrentó la dureza del corazón del pueblo de Israel, permitió y reguló el divorcio para mantener en claro algunos límites de responsabilidad dentro de la sociedad israelita. Es seguro que Moisés nunca pensó en un “divorcio sin razón”.

Las palabras de Moisés que se discuten aquí se encuentran en Deuteronomio 24:1, donde la razón que se da para el divorcio es “alguna cosa indecente”. Dos corrientes de opinión lo interpretaron de forma diferente: la corriente del rabí Hillel era la más liberal, le permitía a un hombre divorciarse de su esposa si ella quemaba la cena; la corriente del rabí Shammai era mucho más estricta, afirmaba que un hombre se podía divorciar de su mujer sólo si ella era culpable de “impudicia”. Aunque no es claro lo que significaba exactamente “impudicia”, debió ser algo menor a relaciones sexuales extramaritales, porque el castigo que se prescribía para eso no era el divorcio sino la muerte (Levítico 20:10).

Por tanto, parece que cuando los fariseos le hicieron la pregunta a Jesús, trataban de que él tomara partido en el debate entre la corriente de Hillel y la de Shammai. Pero la respuesta de Jesús fue que las dos corrientes estaban equivocadas. En el principio Dios ordenó que el hombre y la mujer fueran una sola carne y que ningún ser humano jamás debía separar lo que Dios había unido.

Jesús basa su enseñanza en Génesis 2:24: “Por tanto dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán una sola carne.” Cuando dice que el hombre y su esposa “se unirán”, la clara implicación es que serán unidos por Dios. Por eso en el siguiente versículo Jesús habla de “lo que Dios juntó”.

La palabra griega que se traduce como “lo que Dios *juntó*” tiene la imagen de estar uncidos al mismo yugo. Eso sugiere que Dios une al hombre y a la mujer en matrimonio de modo que puedan trabajar juntos. Ese cuadro de trabajo compartido le

confiere una cierta dignidad al matrimonio y al trabajo. El esposo y la esposa se esfuerzan juntos bajo un yugo común. Al hacerlo, Jesús promete: “Venid a mi todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mateo 11:28-30).

Moisés y Jesús están de acuerdo en que cuando Dios une a un hombre y a una mujer en matrimonio, “serán una sola carne” (Génesis 2:24). Eso no significa que dejen de ser individuos. Sin embargo, la unión física del matrimonio involucra una participación y comunión muy íntima entre el esposo y la esposa. La individualidad no se destruye, se enriquece. Este misterio profundo tiene el propósito de silenciar la pregunta sobre el divorcio aun antes de que se pueda hacer.

Génesis 2:24 es el mismo pasaje que el apóstol Pablo cita cuando hace una maravillosa descripción del matrimonio cristiano: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, pues nadie odió jamás a su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. *Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne.* Grande es este misterio, pero yo me refiero a Cristo y a la iglesia” (Efesios 5:25-32). Y como Dios planeó el matrimonio para reflejar su propio amor por su santa iglesia, no es sorprendente que odie el divorcio (Malaquías 2:16).

Ésta no fue la primera vez que Jesús trató el tema del divorcio. En el sermón del monte Jesús advirtió gráficamente

contra el pecado de adulterio y declaró sobre el divorcio lo mismo que dice aquí (Mateo 5:27-32). En los dos casos Jesús condena el divorcio “salvo por causa de fornicación”; la Nueva Versión Internacional tiene: “excepto en caso de infidelidad conyugal”. Jesús no da un manual que explique cómo establecer el matrimonio perfecto. Los fariseos siempre estaban ansiosos de establecer leyes y normas, y el fariseo que hay dentro de nosotros siempre quiere seguir una fórmula que garantice supuestamente los resultados deseados. No obstante, la ley no tiene poder para producir los frutos de fe en nuestra vida. Por eso Jesús destaca lo que Dios hace en nuestros matrimonios: El Creador “los hizo hombre y mujer”, instituyó el santo estado del matrimonio y unió al hombre y a la mujer.

Una medida de la seriedad con que Dios ve el adulterio es el hecho de que los profetas del Antiguo Testamento con frecuencia representan la apostasía espiritual en términos de infidelidad matrimonial. Y la experiencia nos enseña que el pecado de infidelidad matrimonial inevitablemente distancia al adúltero de Dios. La palabra griega para “fornicación” (“infidelidad conyugal” en la NVI) es *porneia*, de la que se deriva la palabra *pornografía*. Es la misma palabra que el apóstol Pablo emplea en 1 Corintios 6:9,10 cuando nos advierte que los inmorales sexuales no heredarán el reino de Dios

El debate de hoy sobre lo que Jesús quiso decir con *porneia* no es muy diferente del debate del tiempo de Jesús sobre el significado de Deuteronomio 24:1: “Cuando alguien toma una mujer y se case con ella, si no le agrada por haber hallado en ella una cosa indecente...”. Algunos quieren que el divorcio sea relativamente fácil de obtener; otros mantienen un punto de vista mucho más estricto. Al aplicar las palabras de Jesús en nuestros días, debemos recordar que Jesús no insistió en que la infidelidad matrimonial siempre deba conducir al divorcio. Recuerde que Jesús también nos enseñó a orar: “Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”. La pareja que ora unida permanece unida.

Un indicio de que la respuesta de Jesús a los fariseos no fue simplemente tomar partido en el debate es el hecho de que sus propios discípulos se sorprendieron de sus palabras; sacaron en conclusión: “Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse.”

Las corrientes de Hillel y de Shammai estaban de acuerdo en que era permitido divorciarse de la esposa si era culpable de *porneia*, infidelidad matrimonial. El debate involucraba la pregunta de qué otras circunstancias también justificaban el divorcio. Jesús se negó a tomar partido en la discusión, porque las dos estaban equivocadas. Nada justifica el divorcio con excepción de la “infidelidad conyugal” (NVI). Se supone que el matrimonio debe durar “hasta que la muerte los separe” y sólo un crimen digno de muerte es suficiente para terminar un matrimonio. No es extraño que los discípulos de Jesús estuvieran sorprendidos con su respuesta.

Los judíos del tiempo de Jesús vivían bajo el dominio romano. Como vemos en el caso del juicio y la crucifixión de Jesús, era necesario obtener permiso del gobierno romano antes que los judíos pudieran condenar a alguien a la muerte. Aunque la ley de Moisés establecía la pena de muerte para el pecado de adulterio, los judíos comenzaron a sustituir el divorcio por la ejecución, para no llevar cada caso de adulterio al gobernador romano.

Las sensatas palabras de Jesús no tienen el propósito de ahuyentarnos del matrimonio. El Creador diseñó el matrimonio para que fuera una bella bendición. Cuando hizo al hombre y a la mujer, se propuso que los esposos y las esposas, los padres y los hijos aprendieran muchas maravillosas verdades sobre el amor. Al igual que tantas otras cosas buenas que Dios creó, se puede hacer mal uso y abusar del amor matrimonial. Pero eso no quiere decir que debemos tener miedo de amar. Por el contrario, Jesús nos dio un nuevo mandamiento: “Que os améis unos a otros; como yo os he amado” (Juan 13:34). El matrimonio da una ocasión de oro para hacer exactamente eso.

En el transcurso de su ministerio público, las palabras y los actos de Jesús mostraron un alto aprecio por el matrimonio. Le puso su sello de aprobación al estado matrimonial cuando asistió a la boda en Caná y realizó allí su primer milagro (Juan 2:1-11). Jesús se describió como el novio cuando los discípulos de Juan el Bautista le preguntaron sobre el ayuno (Mateo 9:14,15). Y en dos de sus parábolas compara el reino de los cielos con un banquete de bodas (vea Mateo 22:1-14 y 25:1-13).

El Señor les da a algunos el inusual don de permanecer solteros. La palabra que Jesús usa para ese don es “eunuco”. Para los judíos era una palabra muy peyorativa porque a los eunucos les estaba prohibido participar en la adoración judía (Deuteronomio 23:1). Pero cuando Jesús empleó la palabra, no tenía el propósito de insultar. Hablaba de ser eunuco por causa del reino de los cielos.

Permanecer soltero puede ser bueno y noble. Pablo escribe en 1 Corintios 7:32-35: “Quisiera, pues, que estuvierais sin congoja. El soltero se preocupa por las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor; pero el casado se preocupa por las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer. Hay asimismo diferencia entre la casada y la doncella. La doncella se preocupa por las cosas del Señor, para ser santa tanto en cuerpo como en espíritu; pero la casada se preocupa por las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido. Esto lo digo para vuestro provecho; no para tenderos lazo, sino para lo honesto y decente, y para que sin impedimento os acerquéis al Señor.” El apóstol Pablo es un buen ejemplo de una persona soltera que se pudo dedicar por completo a su vocación (1 Corintios 7:8). Pero eso no es para todo el mundo, por eso Jesús concluye: “El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba.” Pero si usted no puede recibirlo, como dice Pablo: “Mejor es casarse que estarse quemando” (1 Corintios 7:9).

Cuando Jesús habla de personas que han renunciado al matrimonio por causa del reino de los cielos, podemos pensar en los votos de los monjes y las monjas. Pero un voto de celibato

nunca puede hacer a alguien mejor cristiano o más aceptable a Dios. Cuando la Iglesia Católica Romana les exige esos votos a todos los hombres que quieren ser sacerdotes, debemos recordar que el apóstol Pablo dice que la prohibición de casarse es doctrina de demonios (1 Timoteo 4:1-3).

Jesús establece un equilibrio: dignifica tanto el matrimonio como la vida de soltero, ninguno es mejor. Cualquier estado en que usted se encuentre, considérelolo como don de Dios. Si es soltero, no se debe sentir extraño. Cuando Dios creó el matrimonio no le mandó a toda la gente que se casara; sólo bendijo el matrimonio. Si es casado, le puede dar gracias a Dios amando a su cónyuge como Cristo lo ha amado a usted.

Si está divorciado, sabe por experiencia propia que el fin de un matrimonio es doloroso. Nuestro Padre celestial ordenó que el matrimonio debe durar “mientras vivan”, para evitarnos ese dolor. Recuerde que Dios quiere protegerlo a usted porque lo ama, él no se agrada con su dolor. Cuando el matrimonio llega a un fin prematuro, Dios no abandona a sus hijos. Él envió al profeta Natán a llamar al rey David al arrepentimiento después del adulterio con Betsabé, y el Salmo 51 da elocuente testimonio del perdón que Dios les concedió. La genealogía del primer capítulo de Mateo nos recuerda que Betsabé fue madre de Salomón y antepasada de Jesús. Aun en el divorcio más amargo, sigue siendo verdad que “La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:7-9).

Tanto la insistencia de Jesús en que los casados sean fieles toda la vida en el matrimonio, como la alabanza que les hace a los que permanecen solteros por causa del reino de los cielos son extrañas para la sociedad en que vivimos. Por eso, quienes oímos y hacemos caso a las palabras de Jesús, somos la sal de la tierra y la luz del mundo (Mateo 5:13-16). La fidelidad matrimonial y la

castidad del celibato tienen un lugar en la iglesia, porque estas dos maneras muy diferentes de vivir se basan en la negación de la persona misma y la fe en Cristo.

El resto del capítulo 19 se extiende sobre estos temas de negarse a uno mismo y de la fe. Jesús usa a niños para enseñarnos algo respecto de la fe cristiana y su encuentro posterior con el joven rico ilustra la necesidad de negarse a uno mismo.

Jesús bendice a los niños

¹³ Entonces le fueron presentados unos niños para que pusiera las manos sobre ellos y orara; pero los discípulos los reprendieron. ¹⁴ Entonces Jesús dijo: «Dejad a los niños venir a mí y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de los cielos.»

¹⁵ Y habiendo puesto sobre ellos las manos, se fue de allí.

Dios con frecuencia bendice a los matrimonios con el don de los hijos. Esta corta narración aclara el sentimiento de Jesús por los niños. Él reprendió a los discípulos cuando trataron de alejar a los niños porque pensaron que él los consideraría una molestia o una interrupción.

Cuando Mateo dice que “le fueron presentados unos niños” a Jesús, parece sugerir que eran muy pequeños para que fueran por ellos mismos hacia Jesús. Esta impresión se verifica en el evangelio de Lucas, donde dice que eran niños de pecho (Lucas 18:15).

Como el relato de Marcos sobre este incidente (10:13-16) se ha leído con tanta frecuencia en los bautismos, tal vez es el más conocido. Aunque Marcos incluye varios detalles que Mateo omite, aquí también en el evangelio de Mateo hay algo que Marcos omite: los que le llevaron a sus hijos a Jesús quisieron que él orara por ellos.

La conexión entre el bautismo y la oración de intercesión fue de gran interés para Martín Lutero cuando escribió el “Orden del

Bautismo” en 1523. Añadió una exhortación a los lectores cristianos, que dice:

Con toda seriedad cristiana pido a todos los que administran el bautismo, a los que sostienen a los niños o son testigos, que tomen a pecho esta obra maravillosa con toda su seriedad. Porque aquí, en las palabras de estas oraciones, oyen con cuánta sumisión y seriedad se interesa la iglesia cristiana por el niño y cómo confiesa delante de Dios en palabras sencillas e indubitables que el niño es poseído por el demonio y es hijo del pecado y la ira, y ora con mucha diligencia por ayuda y gracia mediante el bautismo, para que llegue a ser un hijo de Dios.

Por lo tanto, recuerden que no es broma tomar partido contra el demonio y no sólo para apartarlo del niño, sino imponerle al niño tan poderoso y constante enemigo. Recuerden también que es muy necesario ayudar al pobre niño de todo su corazón y con una fe fuerte, intercediendo sinceramente por él para que Dios, de acuerdo con esta oración, no sólo lo libere del poder del demonio, sino que también lo fortalezca, para que pueda resistir al demonio en la vida y en la muerte. Y sospecho que la gente resulta tan mal después del bautismo porque nuestro interés por ella ha sido muy frío y descuidado; nosotros, en su bautismo, intercedimos por ellos sin celo. (Traducido de Luther’s Works, American Edition, vol. 53, pp. 101,102)

Jesús instruye a un joven rico

¹⁶ Entonces se acercó uno y le dijo:

—Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?

¹⁷ Él le dijo:

—¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino uno: Dios. Pero si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.

¹⁸ Le preguntó:

—¿Cuáles?

Y Jesús le contestó:

—No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. ¹⁹ Honra a tu padre y a tu madre. Y amarás a tu prójimo como a ti mismo.

²⁰ El joven le dijo:

—Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta?

²¹ Jesús le dijo:

—Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme.

²² Al oír el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones.

²³ Entonces Jesús dijo a sus discípulos:

—De cierto os digo que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. ²⁴ Otra vez os digo que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.

²⁵ Sus discípulos, al oír esto se asombraron mucho, y decían:

—¿Quién, pues, podrá ser salvo?

²⁶ Mirándolos Jesús, les dijo:

—Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todo es posible.

²⁷ Entonces, respondiendo Pedro, le dijo:

—Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos? ²⁸ Jesús les dijo:

—De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido, también os sentaréis sobre doce tronos, para

juzgar a las doce tribus de Israel. ²⁹Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna. ³⁰Pero muchos primeros serán últimos, y los últimos, primeros.

Entonces, como en la actualidad, era raro que un joven rico se interesara activamente en las cosas espirituales. Muchos piensan que la juventud es época para “disfrutar”. La época para pensar con más seriedad vendrá más tarde, quizás después de casarse y asumir la responsabilidad de criar una familia. Pero este joven rico no era así, era sincero y estaba profundamente interesado en las cosas espirituales. Sin embargo, a pesar de sus actividades religiosas no tenía certeza de su salvación. Creía que debía ganarla por sus actos de justicia, pero no estaba seguro de que hacía lo suficiente. Por eso se acercó a Jesús con esta pregunta: “¿Qué bien haré para tener la vida eterna?”

Como era joven, su riqueza tal vez la había heredado, pero no fue de los que “desperdió sus bienes viviendo perdidamente” (Lucas 15:13). Se acercó a Jesús a plena luz del día y sin preocuparse de lo que otros pudieran pensar, confesó que no sabía todas las cosas. Sabía los Diez Mandamientos, pero sabía que algo faltaba en su vida y de algún modo esperaba que Jesús pudiera responder su pregunta. De manera que podemos admirar muchas cosas en ese joven rico. Tenía muchas de las cualidades que deseamos ver en un buen vecino y en un ciudadano leal.

Marcos nos dice que “Jesús, mirándolo, lo amó” (Marcos 10:21). Nosotros lo hubiéramos apreciado por sus virtudes, pero Jesús lo amó a pesar de sus faltas. Jesús podía mirar debajo de la superficie y ver que el corazón de este joven no estaba bien con Dios. Sus virtudes se basaban en el orgullo y en la confianza en sí mismo en lugar del arrepentimiento y la confianza en la misericordia de Dios. Evidentemente veía a Jesús sólo como un maestro y un ejemplo y no como el eterno Hijo de Dios y el único Salvador del mundo.

Es interesante ver cuáles de los Diez Mandamientos citó Jesús al joven rico. Todos vienen de la segunda tabla de la ley; todos tienen que ver con las responsabilidades hacia el prójimo. ¿Por qué no comienza con el Primer Mandamiento? En un sentido lo hace: “Nadie es bueno sino uno: Dios”. Todos los otros mandamientos se derivan del primero, por eso Martín Lutero comienza la explicación de cada mandamiento de la misma manera: “Debemos temer y amar a Dios...” Todos los pecados de asesinato, adulterio, robo, calumnia y desobediencia son primero, y sobre todo, pecados contra Dios.

Es un terrible engaño pensar, como lo hizo el joven rico, que por naturaleza tenemos el poder para desarrollar las virtudes y hacer las buenas obras necesarias para ganar la salvación. Quien tenga esa confianza en sus habilidades se puede comparar con un hombre que tenga una deuda inmensa con su banco. Se preocupa y trabaja duro para ganar el dinero con el fin de pagarla. Finalmente, cree que tiene suficiente para pagar toda la deuda y muy alegremente va al banco. El banquero examina el dinero y con tristeza informa al desafortunado hombre que todo el dinero es falso. Parece dinero verdadero, pero no tiene valor. Nuestras virtudes y nuestras buenas obras tampoco tienen valor ante Dios. Nos pueden parecer buenas pero no pueden engañar a Dios.

El joven rico pensó que todo lo que tenía que hacer era agregar una buena obra más al montón que ya había acumulado. Pero debía quitarse los vestidos de su propia justicia y ponerse los vestidos de la justicia que Cristo ha comprado con su sangre. Por eso Jesús le dio una orden que en realidad equivalía a decir “no codiciarás”. Jesús le dijo: “Anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme.”

Mateo dice que el joven rico “se fue triste, porque tenía muchas posesiones”. Y nos acordamos de las palabras de advertencia que el apóstol Pablo le escribió a Timoteo: “Pero los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero,

el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe y fueron atormentados con muchos dolores” (1 Timoteo 6:9,10).

Pablo simplemente repite lo que Jesús dijo en el sermón del monte: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el moho destruyen, y donde ladrones entran y hurtan; sino haced tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el moho destruyen, y donde ladrones no entran ni hurtan, porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. Ninguno puede servir a dos señores, porque odiará al uno y amará el otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mateo 6:19-21,24).

Entonces, ¿por qué enriqueció Dios a Abraham? ¿Por qué no les ordenó Jesús a Zaqueo, a Nicodemo y a José de Arimatea que vendieran todo lo que tenían y dieran el dinero a los pobres? Evidentemente el mandato que Jesús le dio al joven rico no es una carga para la conciencia de todas las personas. Poseer una gran riqueza no es pecado, el pecado es la adoración a la riqueza. La búsqueda de la prosperidad y la perpetuidad de la seguridad financiera se pueden convertir con mucha facilidad en nuestra religión: y si servimos al dinero, nuestra vida está al revés. ¿El dinero lo usa a usted, o usa usted el dinero? Dios nos da dinero para que lo podamos usar para servir a él y a nuestro prójimo.

La tentación de codiciar no aflige sólo a los ricos; no importa si tenemos mucho o poco dinero, siempre existe el peligro de que el dinero se convierta en nuestro dios. Es sabio orar: “No me des pobreza ni riquezas, sino susténtame con el pan necesario, no sea que una vez saciado, te niegue y diga: ‘¿Quién es Jehová?’, o que, siendo pobre, robe y blasfeme contra el nombre de mi Dios” (Proverbios 30:8,9).

Si el joven rico hubiera dado voluntariamente todo lo que tenía, obedeciendo así el mandato de Jesús, hubiera sido mucho más rico que antes. Ante todo, hubiera tenido tesoros en el cielo, vida eterna, lo que declaró que le interesaba más. Además, hubiera tenido la promesa de Cristo de proveer para todos los que buscan primero el reino de Dios y su justicia (Mateo 6:25-34). No se nos

dice qué pasó con este joven rico después de que se fue triste. ¿Aprendió por fin a temer, amar y confiar en Dios sobre todas las cosas? No lo sabemos.

Después de que el joven rico se fue, Jesús les explicó a los discípulos que el amor al dinero tiene que tener en cuenta la perspectiva de la eternidad. El animal más grande que conocían era el camello, y la abertura más pequeña con que estaban familiarizados era el ojo de una aguja. Por eso fue una forma muy impresionante y memorable de describir una situación imposible cuando Jesús dijo: “Es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.” Es claro que los discípulos entendieron la idea, porque “se asombraron mucho”. Preguntaron: “¿Quién, pues, podrá ser salvo?” Jesús respondió: “Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todo es posible.”

Por supuesto, no son sólo los ricos quienes no se pueden salvar a sí mismos; la salvación es sólo por la gracia de Dios mediante la fe en Cristo Jesús. Martín Lutero nos enseña en el Catecismo Menor a confesar: “Creo que por mi propia razón o elección no puedo creer en Jesucristo, mi Señor, ni acercarme a él.” La salvación de cada pecador es un milagro. Sólo Dios puede crear una fe arrepentida en un corazón humano. ¡Y Dios se deleita haciéndolo!

Tal parece que Pedro y los otros discípulos pensaron que ya habían hecho lo que Jesús le dijo al joven rico que hiciera: “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?” Al principio puede sonar arrogante o por lo menos ingenuo, pero Lucas, que no era uno de los doce, dice que, “dejándolo todo, lo siguieron” (Lucas 5:11). Jesús no discute lo que dice Pedro. En lugar de reprenderlo por su orgullo, hace un juramento (“De cierto os digo...”) y promete que los discípulos se sentarán “sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel”. Obviamente eso no significa que Judas Iscariote tendrá un trono. ¿Será el duodécimo trono para Matías o para el apóstol Pablo? Jesús no lo dice.

Sin embargo Jesús sí dice: “Muchos primeros serán últimos, y los últimos, primeros”. Judas Iscariote sería un ejemplo de los primeros y el ladrón en la cruz sería un ejemplo de los últimos.

Parábola de los obreros de la viña

20»El reino de los cielos es semejante a un hombre, padre de familia, que salió por la mañana a contratar obreros para su viña. ²Y habiendo convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. ³Saliendo cerca de la hora tercera del día, vio a otros que estaban en la plaza desocupados ⁴y les dijo: “Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo.” Y ellos fueron. ⁵Salió otra vez cerca de las horas sexta y novena, e hizo lo mismo. ⁶Y saliendo cerca de la hora undécima, halló a otros que estaban desocupados y les dijo: “¿Por qué estáis aquí todo el día desocupados?” ⁷Le dijeron: “Porque nadie nos ha contratado.” Él les dijo: “Id también vosotros a la viña, y recibiréis lo que sea justo.”

⁸»Cuando llegó la noche, el señor de la viña dijo a su mayordomo: “Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando desde los últimos hasta los primeros.” ⁹Llegaron los que habían ido cerca de la hora undécima y recibieron cada uno un denario. ¹⁰Al llegar también los primeros, pensaron que habían de recibir más, pero también ellos recibieron cada uno un denario. ¹¹Y al recibirlo, murmuraban contra el padre de familia, ¹²diciendo: “Estos últimos han trabajado una sola hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día.” ¹³Él, respondiendo, dijo a uno de ellos: “Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No conviniste conmigo en un denario? ¹⁴Toma lo que es tuyo y vete; pero quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¹⁵¿No me está permitido hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno?” ¹⁶Así, los primeros serán últimos y los últimos,

primeros, porque muchos son llamados, pero pocos escogidos.

La conversación de Jesús con los discípulos no terminó al final del capítulo 19, sino que siguió con la parábola de los obreros de la viña. Note cómo repite el último versículo de esta parábola el último versículo del capítulo 19.

Cuando Pedro, hablando por todos los discípulos, le dijo a Jesús: “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?”, Jesús les aseguró que serían recompensados muy generosamente. “Cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna”, prometió Jesús en Mateo 19:29. Recordamos la semilla que cayó en buena tierra y produjo tanto como cien veces lo que se había sembrado (Mateo 13:8,23).

A la semilla no se le puede atribuir el mérito por el lugar donde cayó cuando fue sembrada. Si la semilla recibe la suficiente lluvia (no demasiada) y la suficiente luz del sol (no un calor abrasador), la cosecha abundante se debe a circunstancias que están completamente fuera del control de la semilla. Y así es con la obra que hacemos en la viña del Señor; su gracia les ofrece trabajo a los desempleados. Los obreros no llenan una solicitud; el dueño de la viña sale, los encuentra y los invita a ir a trabajar en su viña. El salario tampoco se basa en algún mérito, todos reciben un denario ya sea que trabajen todo el día o sólo una hora.

La mayoría de los detalles de esta parábola son de la vida real, pero hay algo irreal en la generosidad del propietario. El denario era el jornal diario normal y era común que un propietario de viñas contratara ayuda adicional cuando las uvas estaban listas para la cosecha. Se puede comprender por qué los obreros que trabajaron todo el día se indignaron cuando se les dio un denario a los que trabajaron sólo una hora. ¿Qué siente usted cuando los deportistas profesionales ganan en un juego lo que usted gana en un año entero?

La parábola comienza con las palabras “el reino de los cielos es semejante a un hombre”. Jesús señala que Dios nos trata sobre la base de su gracia y de su amor y no sobre la base de lo que pensamos que es legal y justo. Si nos quejamos de su generosidad hacia otros, despreciamos su gracia. Si insistimos en que Dios nos recompense sobre la base de nuestros méritos, nos privamos de las abundantes bendiciones de su gracia. Las consecuencias son tanto temporales como eternas.

Nuevamente Jesús anuncia su muerte

¹⁷ Mientras subía Jesús a Jerusalén, tomó a sus doce discípulos aparte y les dijo por el camino: ¹⁸ «Ahora subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas. Lo condenarán a muerte ¹⁹ y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; pero al tercer día resucitará.»

Ésta es la tercera vez que Jesús predijo su muerte y resurrección. La primera fue poco después de la gran confesión de Pedro en Cesárea de Filipo (Mateo 16:13-16). Los debió tomar por sorpresa cuando “comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho a manos de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y resucitar al tercer día” (Mateo 16:21). Pedro estaba tan desconcertado que trató de reprender a Jesús; la respuesta de Jesús fue igualmente emotiva cuando lo llamó “¡Satanás!”

La segunda predicción ocurrió poco después de la transfiguración (Mateo 17:1-9). Jesús no agregó ningún detalle a lo que les había dicho la primera vez, pero parece que el mensaje estaba causando impacto, porque la reacción de ellos fue más suave: “[Los discípulos] se entristecieron mucho” (Mateo 17:22,23).

A esta tercera predicción no le precedió una “experiencia en la cima de una montaña”, pero pronto le siguieron los sucesos del

Domingo de Ramos que Mateo describe en los primeros versículos del siguiente capítulo. Es digno de mención que Jesús ahora dice que será entregado a los gentiles. En lugar de que los judíos mataran a Jesús a pedradas (como después le ocurrió a Esteban), los romanos lo crucificarían.

Jesús rechaza la petición de la madre de Jacobo y Juan

²⁰ Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante él y pidiéndole algo.

²¹ Él le dijo:

—¿Qué quieres?

Ella le dijo:

—Ordena que en tu Reino estos dos hijos míos se sienten el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.

²² Entonces Jesús, respondiendo, dijo:

—No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?

Ellos le respondieron:

—Podemos.

²³ Él les dijo:

—A la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado seréis bautizados; pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre.

²⁴ Cuando los diez oyeron esto, se enojaron contra los dos hermanos. ²⁵ Entonces Jesús, llamándolos, dijo:

—Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad.

²⁶ Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, ²⁷ y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; ²⁸ como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos.

Jacobo y Juan debieron tener personalidades temperamentales, especialmente en su juventud. Lucas 9:51-56 nos cuenta que quisieron hacer que descendiera fuego del cielo sobre los samaritanos, y Marcos 3:17 dice que Jesús les puso el sobrenombre *Boanerges*, que significa “hijos del trueno”. Tal vez heredaron ese espíritu de su madre, Salomé; ella fue quien se acercó a Jesús y audazmente le pidió que les diera a Jacobo y a Juan los lugares de honor en su reino.

Salomé fue una seguidora muy devota de Jesús, fue testigo ocular de la crucifixión (Marcos 15:40), y fue una de las mujeres que se levantaron muy temprano el primer Domingo de Pascua y fueron a la tumba de Jesús para ungir su cuerpo (Marcos 16:1). Es significativo que no le pidió nada para ella cuando se acercó a Jesús en favor de sus hijos.

No obstante, Salomé, Jacobo y Juan no entendían la verdadera naturaleza del reino de Jesús. Eran conscientes de que la vida terrenal de Jesús estaba a punto de culminar, pero no entendieron lo que eso implicaba. No pensaron en la reciente predicción de Jesús de que el Hijo del hombre estaba a punto de ser escarnecido, escupido, azotado y asesinado (Marcos 10:33,34). Por lo visto esperaban que Jesús se levantara de esas circunstancias tan humillantes y ascendiera a su trono glorioso. Como consideraban que eran los primeros en darse cuenta de esto, los primeros en honrar a Jesús como el Rey que pronto sería y los primeros en pedirle eso, esperaban que les concediera su petición.

Aunque la petición fue motivada en parte por su deseo de honor y gloria, su ambición de todas maneras no fue egoísta e impropia. Querían dedicarse completamente al servicio a Jesús, y por eso él no los reprendió. En cambio, trató de mostrarles lo que les aguardaba en su reino.

Sin darse cuenta de lo que decían, Jacobo y Juan rápidamente afirmaron que podían beber la copa de sufrimiento que Jesús estaba a punto de beber. Jesús respondió: “A la verdad, de mi vaso beberéis”. No sólo la muerte de Jesús estaba más cerca de lo que pensaban, sino sólo diez años después de la crucifixión de Jesús,

el rey Herodes mandaría matar a espada a Jacobo (Hechos 12:1,2). Y aunque Juan fue el único de los doce que no murió como mártir, fue obligado a exiliarse en la isla de Patmos (Apocalipsis 1:9).

Al considerar el hecho de que en Mateo 19:28 Jesús había les prometido a sus discípulos que se sentarán en 12 tronos para juzgar a las 12 tribus de Israel, la petición que hicieron Jacobo y Juan de sentarse a la derecha y a la izquierda de Jesús parece desagradecida. Parece que habían olvidado el sabio consejo del rey Salomón: “No te alabes delante del rey ni te pongas en el lugar de los grandes, porque mejor es que se te diga: ‘Sube acá’, y no que seas humillado delante del príncipe” (Proverbios 25:6,7).

Jesús, hablando de sí mismo, dijo: “Y en este lugar hay alguien que es más que Salomón” (Mateo 12:42). Cuando Jesús estaba comiendo en casa de un fariseo prominente un sábado y se fijó en que los invitados escogían los lugares de honor en la mesa, les dijo esta parábola: “Cuando seas convidado por alguien a unas bodas no te sientes en el primer lugar, no sea que otro más distinguido que tú esté convidado por él, y viniendo el que te convidó a ti y a él te diga: ‘Da lugar a éste’, y entonces tengas que ocupar avergonzado el último lugar. Más bien, cuando seas convidado, ve y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó te diga: ‘Amigo, sube más arriba’. Entonces tendrás el reconocimiento de los que se sientan contigo a la mesa. Cualquiera que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Lucas 14:8-11).

Esa era una lección que Jacobo, Juan y Salomé todavía tenían que aprender. Y es claro que los otros diez discípulos no tenían un concepto mejor. Su indignación con Jacobo y Juan hubiera sido pertinente si hubieran considerado que la petición era equivocada e inconveniente, pero ese no era el caso, estaban tristes porque Jacobo y Juan se les habían adelantado. Prevalecía un espíritu de competencia en lugar de un espíritu de cooperación.

Jesús les explicó pacientemente que el énfasis autoritario del mundo es ajeno a su iglesia. Los que aspiran a ser jefes están más interesados en ellos mismos que en las personas que tienen bajo

su autoridad. Pero en la iglesia cultivamos la actitud de Cristo Jesús: “El , siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Mas aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:6-8).

Otro milagro: Jesús sana a dos ciegos

²⁹ Al salir ellos de Jericó, lo seguía una gran multitud. ³⁰ Y dos ciegos que estaban sentados junto al camino, cuando oyeron que Jesús pasaba, clamaron, diciendo:

—¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!

³¹ La gente los reprendía para que callaran, pero ellos clamaban más, diciendo:

—¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!

³² Jesús, deteniéndose, los llamó y les dijo:

—¿Qué queréis que os haga?

³³ Ellos le dijeron:

—Señor, que sean abiertos nuestros ojos.

³⁴ Entonces Jesús, sintiendo compasión, les tocó los ojos, y en seguida recibieron la vista y lo siguieron.

Lucas 18:35-43 menciona sólo a un ciego, Marcos 10:46-52 también menciona sólo a un ciego que se llamaba Bartimeo. Eso no significa que haya contradicción entre Mateo, Marcos y Lucas. Es similar a la historia de la Pascua. Mateo y Marcos dicen que había un ángel que les explicó a las mujeres por qué la tumba de Jesús estaba vacía. Lucas dice que había dos ángeles. Decir que una persona estaba allí no es necesariamente negar que estuviera una segunda persona también.

Mateo 20:29 y Marcos 10:46 dicen que Jesús y los discípulos salían de Jericó cuando encontraron a esos dos ciegos, pero Lucas 18:35 dice que Jesús se acercaba a Jericó. Al principio puede

parecer una contradicción. Jericó era una ciudad muy antigua localizada a 8 kilómetros al oeste del río Jordán y cerca de 24 kilómetros al nordeste de Jerusalén. La antigua ciudad estaba abandonada en su mayor parte y el rey Herodes el Grande construyó una nueva al sur de la antigua. Por eso Mateo y Marcos dicen que Jesús salía de la antigua ciudad y Lucas dice que se aproximaba a la nueva cuando se dirigía al sur a Jerusalén.

En ese camino ha de haber habido mucho tráfico, porque Jesús y sus discípulos no eran los únicos peregrinos que iban a Jerusalén a celebrar la fiesta de la Pascua. Marcos 10:46 dice que Bartimeo estaba sentado junto al camino mendigando. Al hablar él y sus compañeros con las personas que pasaban hacia Jerusalén, tal vez oyeron de los milagros de curación que Jesús había realizado a otras personas ciegas.

Los dos mendigos ciegos usaron dos títulos significativos cuando llamaron a Jesús. Ante todo lo llamaron “Señor”. Mientras que la palabra griega que se usa para “Señor” puede ser traducida “caballero”, parece que quiere decir más que eso aquí, debido a que está combinada con “Hijo de David”. Éste era un título popular judío para el Mesías prometido. Otros dos ciegos se habían dirigido antes a Jesús como el “Hijo de David” y habían sido sanados (Mateo 9:27-31). Jesús sanó después a un endemoniado que había sido ciego y mudo, y toda la gente estaba asombrada y preguntaba: “¿Será este aquel Hijo de David?” (Mateo 12:22,23). Por eso, cuando el ciego Bartimeo y su amigo gritaron: “¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!” bien podemos recordar las palabras de Pablo: “Nadie puede exclamar: ‘Jesús es el Señor’, sino por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3).

La curación milagrosa de estos dos ciegos es otra indicación de que Jesús es “el que había de venir”. Y eso nos anima a tomar muy a pecho el mensaje que Jesús le envió a Juan el Bautista cuando estaba en prisión: “Id y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los

pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí” (Mateo 11:4-6).

Jesús entra a Jerusalén el Domingo de Ramos

21 Cuando se acercaron a Jerusalén y llegaron a Betfagé, al Monte de los Olivos, Jesús envió dos discípulos, ² diciéndoles: «Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y en seguida hallaréis una asna atada y un pollino con ella. Desatadla, y traédmelos. ³ Y si alguien os dice algo, contestadle: “El Señor los necesita, pero luego los devolverá.”»

⁴ Todo esto aconteció para que se cumpliera lo que dijo el profeta:

⁵ «Decid a la hija de Sión:
tu Rey viene a ti,
manso y sentado sobre un asno,
sobre un pollino, hijo de animal de carga.»

⁶ Entonces los discípulos fueron e hicieron como Jesús les mandó. ⁷ Trajeron el asna y el pollino; pusieron sobre ellos sus mantos, y él se sentó encima. ⁸ La multitud, que era muy numerosa, tendía sus mantos en el camino; otros cortaban ramas de los árboles y las tendían en el camino. ⁹ Y la gente que iba delante y la que iba detrás aclamaba, diciendo: «¡Hosana al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosana en las alturas!»

¹⁰ Cuando entró él en Jerusalén, toda la ciudad se agitó, diciendo:

—¿Quién es éste?

¹¹ Y la gente decía:

—Éste es Jesús, el profeta, el de Nazaret de Galilea.

Después de que Jesús nació en Belén, fueron los magos del oriente a Jerusalén y preguntaron: “¿Dónde está el Rey de los

Judíos que ha nacido?” Eso turbó mucho al rey Herodes, porque se acercaba al final de su vida y no estaba completamente seguro de quién lo iba a suceder en el trono. El reinado violento y sangriento de Herodes demostró que estaba decidido a aferrarse al poder. De manera que cuando se despertó el temor de Herodes, toda Jerusalén se turbó también.

Pasaron treinta y tres años entre la Navidad y el Domingo de Ramos, y durante ese intervalo Mateo no escribe ni una sola vez en que a Jesús se le llamara rey. Fue llamado “Hijo de David” y ese título mesiánico por supuesto que tenía implicaciones reales (2 Samuel 7:12,13), pero no fue sino hasta la entrada triunfal del Domingo de Ramos que a Jesús lo proclamaron rey (Lucas 19:38 y Juan 12:13). Y de nuevo se nos dice que toda la ciudad de Jerusalén estaba agitada.

Cuando Jesús tenía 12 años, fue a Jerusalén con María y José a celebrar la fiesta de la Pascua. Era un acto piadoso que los judíos hacían cada año (Lucas 2:41,42), así que podemos suponer que Jesús hizo muchos viajes a Jerusalén para celebrar la Pascua. Pero esta ocasión era diferente, Jesús sabía muy bien que iba a Jerusalén a morir. En el camino les dijo a los discípulos por lo menos tres veces que iba a ser entregado a los jefes de los sacerdotes y que sería condenado a muerte, pero que al tercer día resucitaría (Mateo 16:21; 17:22,23; y 20:17-19).

El pueblo de Betania estaba en el costado oriental del monte de los Olivos, a unos tres kilómetros de Jerusalén; era la estación final en el camino de Jericó a Jerusalén para muchos viajeros. Jesús y sus discípulos llegaron a Betania seis días antes de la Pascua (Juan 12:1) y al parecer disfrutaron de la hospitalidad de sus amigos María, Marta y Lázaro por unos días. Mientras estuvieron allí, se preparó una comida especial en honor a Jesús en la casa de Simón el leproso (Mateo 26:6-13).

Cuando Jesús estaba a punto de entrar a Jerusalén a celebrar la Pascua por última vez, quiso que la atención de toda la gente estuviera puesta en él. Por lo tanto, hizo preparativos especiales antes de entrar en la ciudad. Al ir Jesús desde Betania, envió antes

a dos de los discípulos a Betfagé para que trajeran un pollino que iba a montar. Como no quería separar al potro de su madre, les dio instrucción a los discípulos para que llevaran los dos animales. Marcos 11:2 y Lucas 19:30 dicen que Jesús quería montar el pollino que nadie antes había montado. Mateo nos dice que eso sucedió para que se cumpliera la profecía de Zacarías 9:9.

La hija de Sión es la gente de Jerusalén, o todo el pueblo Judío. Su rey iría a ellos “manso y sentado sobre un asno” para que lo pudieran reconocer cuando llegara. Desde luego, no era la única señal por la cual debían reconocerlo; había muchas otras. Su llegada sobre un asno no hubiera sido suficiente para identificarlo positivamente, pero hubiera sido claro que si hubiera entrado de otra manera a la ciudad, no podía ser de ninguna manera el Mesías prometido, porque todas las profecías del Antiguo Testamento sobre la venida del Salvador se tenían que cumplir en él. ¡Y se cumplieron!

Era una manera extraña de reconocer a Jesús como el rey de Israel. Montó en una bestia de carga ordinaria y humilde en lugar de un magnífico caballo blanco, como hubieran hecho otros reyes. Jesús no llevaba vestido ni corona real, no había cetro en su mano, sus acompañantes eran en su mayoría pescadores galileos. No se parecía mucho a una procesión real pero había una obvia e innegable majestad en él. Las multitudes se conmovieron gritando: “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!”

Cantamos lo mismo cada vez que oramos la liturgia de la comunión. Las palabras familiares del Sanctus nos recuerdan que el mismo Jesús que entró a Jerusalén montado en un asno viene a nosotros en el pan y el vino de la Santa Cena del Señor. Nunca nos hubiéramos imaginado que estamos recibiendo el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de nuestro Salvador en el sacramento, pero Jesús dice: “Éste es mi cuerpo... Ésta es mi sangre”. A través de los ojos de la fe vemos mucho más que pan y vino, porque nuestros oídos han escuchado lo que Jesús dijo. Y lo mismo sucede con el desfile del primer Domingo de Ramos; las palabras de los

profetas del Antiguo Testamento en Zacarías 9:9 y en el Salmo 118:26 nos dicen qué buscar y nuestros ojos se abren para que verdaderamente podamos ver.

La entrada de Jesús a Jerusalén el Domingo de Ramos mostró claramente que no tenía intenciones de establecerse como rey terrenal. El trono al que ascendería sería una tosca cruz de madera, la corona que llevaría sería de espinas; establecería su reino, no derramando la sangre de sus enemigos, sino su propia sangre. Así, por medio de su soledad y humillación, mediante su sufrimiento y muerte inocentes, Jesús establecería un reino de mayor gloria y majestad que cualquier reino terrenal anterior o posterior. Jesús reina sobre el reino que apareció en el sueño de Nabucodonosor cuando una piedra “se desprendió sin que la cortara mano alguna” la cual “se hizo un gran monte que llenó toda la tierra”. Como Daniel explicó: “El Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre” (Daniel 2:34,35,44).

Cuando las multitudes le dieron la bienvenida a Jesús gritándole “Hosanna”, no podemos decir con seguridad si entendieron bien el significado de sus palabras, pero es poco probable que hubieran entendido la verdadera naturaleza del reino de Jesús. Desde luego no encontramos ninguna multitud yendo en defensa de Jesús el Viernes Santo cuando fue horriblemente maltratado y condenado a muerte. Se nos dice más adelante que ni aun los discípulos comprendieron todo el significado de lo que acontecía.

A pesar de todo, queda el hecho de que las multitudes del Domingo de Ramos proclamaron la verdad y hasta el día de hoy sus palabras señalan a Jesús de Nazaret como el Salvador del mundo. Sucede lo mismo en la actualidad; cada año, cuando celebramos la estación de Adviento, a las multitudes les encanta oír y cantar los coros que proclaman: “Gloria al Rey recién nacido” y en los centros comerciales y salas de conciertos, la melodía

familiar del “Aleluya” de Handel proclama: “Y él reinará por los siglos de los siglos”. Muchos no escuchan en realidad lo que dicen las palabras; otros las escuchan pero no las creen, por eso pierden rápidamente el interés después de que pasan las fiestas. No obstante, queda el hecho de que muchos de los villancicos más populares de Navidad proclaman la verdad del evangelio.

Desde luego no deja de afectarnos el espíritu de nuestro tiempo. Así que hacemos bien en interesarnos por la acogida que le damos a nuestro Rey. El maravilloso himno de Adviento de Georg Weissel nos enseña a orar:

Alzaos, ¡oh puertas!, y entrará

El rey de gloria que vendrá;

El rey de reyes cerca está,

El prometido de Jehová;

Consigo trae luz y verdad.

Con júbilo canción alzaré:

Cantémosle loor

Al Padre, el Creador.

Es justo nuestro auxiliador;

Es su carroza puro amor;

Su real corona es santidad;

Su cetro, celestial piedad.

A toda angustia fin pondrá;

En cielo y tierra gozo habrá:

Cantémosle loor

Al Hijo, el Salvador.

Dichosa la nación será

Do reine el príncipe de paz.

¡Bendito el corazón y hogar

En que este rey consiga entrar!

Es sol de esplendorosa luz

Que alumbra al mundo y trae salud:

Cantémosle loor

Al fiel Consolador. (*Culto Cristiano* [CC] 2:1-3)

Jesús limpia el Templo

¹²Entró Jesús en el templo de Dios y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el Templo; volcó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas, ¹³y les dijo: «Escrito está: “Mi casa, casa de oración será llamada”, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.»

Jesús hizo lo mismo en una ocasión anterior, al comienzo de su ministerio público (Juan 2:13-17). Ahora, unos tres años después, nuevamente fue necesario que echara del Templo a esa gente. Aunque es fácil que Mateo nos dé la impresión de que Jesús limpió el Templo en la tarde del Domingo de Ramos, es claro por el relato de Marcos que eso tuvo lugar el lunes de la Semana Santa.

Es notable que Jesús haya podido echarlos a todos sin la ayuda de nadie. Cuando volcó las mesas y les ordenó salir, debió ser evidente que la orden no venía de un ser humano corriente. Tuvieron que obedecer, aunque pronto regresaron al negocio.

Los judíos tenían que pagar un impuesto regular al Templo, que se debía pagar con cierta moneda. Los que iban a Jerusalén de tierras lejanas tenían que cambiar su dinero por ese tipo de moneda. Y los vendedores de palomas estaban allí para ofrecer los animales que la gente necesitaba para los sacrificios. Por supuesto, los que estaban más cerca del Templo hacían los mejores negocios, de manera que algunos finalmente se instalaron en el interior. No estaban en el santuario sino en el atrio exterior, en el patio de los gentiles. No podrían haber hecho negocios allí sin el permiso de los sacerdotes; lo que probablemente sucedió fue que los sacerdotes les arrendaron espacios a esos mercaderes en el atrio exterior del Templo, así que era una empresa rentable para todos los interesados. No obstante, nos podemos imaginar la confusión y el alboroto que causaban estas actividades en un lugar que supuestamente estaba destinado a la oración. No se preocupaban por la impresión que les causaban a los gentiles que entraban al

Templo, a quienes no se les permitía ir más allá de este patio de los gentiles. Sólo les interesaban sus propias ganancias.

Cuando Jesús los acusó de convertir el Templo en una “cueva de ladrones”, no quiso decir necesariamente que eran deshonestos en los negocios que hacían allí. Podemos estar seguros de que se preocupaban por obtener buena ganancia, pero no sabemos con seguridad si engañaban a sus clientes. Una cueva de ladrones no es el lugar donde se comete el robo, sino más bien es el lugar donde los ladrones se refugian después de haber cometido sus crímenes. Su cueva es donde se sienten seguros.

Un viejo dicho dice que es responsabilidad del predicador “afligir a los tranquilos y consolar a los afligidos”. Con frecuencia pensamos en Jesús consolando a los afligidos, y así es; pero aquí tenemos un ejemplo de cómo afligió a los tranquilos. No fue nada bondadoso al echarlos del Templo. Las palabras que les dijo fueron “como un martillo que quebranta la piedra” (Jeremías 23:29).

El trato que esas personas recibieron de Jesús debe ser una advertencia para nosotros también. Jesús no quiere que tengamos la idea de que nuestra mera presencia en la banca de la iglesia el domingo por la mañana nos permitirá escapar de la ira de Dios. La casa de Dios no es un lugar seguro para pecadores impenitentes. Jesús cita la frase “cueva de ladrones” del séptimo capítulo de Jeremías. Jeremías 8:6,9,11 continúa diciendo: “Escuché con atención: no hablan rectamente, no hay hombre que se arrepienta de su mal... aborrecieron la palabra de Jehová; ¿dónde, pues, está su sabiduría?... curan la herida de la hija de mi pueblo con liviandad, diciendo: ‘Paz, paz’, ¡y no hay paz!”

Jesús refuta las críticas de los jefes de los sacerdotes y de los maestros de la ley

¹⁴Y en el Templo se le acercaron ciegos y cojos, y los sanó.

¹⁵Pero los principales sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que hacía y a los muchachos aclamando en el

**Templo y diciendo: «¡Hosana al Hijo de David!», se enojaron
16 y le dijeron:**

—¿Oyes lo que estos dicen?

Jesús les dijo:

—Sí. ¿Nunca leísteis:

»“De la boca de los niños y de los que aún maman,
fundaste la alabanza”?

**17 Y dejándolos, salió fuera de la ciudad, a Betania, y se
quedó allí.**

Es fácil pasar rápidamente por el versículo 14. Los milagros de curación de Jesús comienzan a aparecer casi rutinarios por causa de su gran número. Pero no era nada rutinario para la gente que era sanada. El poderoso amor del Salvador los conmovió a ellos y a sus familiares de una manera que no olvidarían pronto. Todos estos milagros eran señales por las que los judíos debían reconocer al Mesías cuando viniera. El profeta Isaías predijo: “Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos y destapados los oídos de los sordos. Entonces el cojo saltará como un ciervo y cantará la lengua del mudo” (Isaías 35:5,6).

Es muy probable que los niños que gritaban en el área del Templo: “¡Hosanna al Hijo de David!” eran jóvenes de unos 12 años, que habían ido a Jerusalén para su primera celebración de la Pascua. El día anterior, el Domingo de Ramos, habían estado en las calles de Jerusalén cuando Jesús hizo su entrada triunfal. Ahora veían de nuevo a Jesús y repetían las palabras que las multitudes gritaban el día anterior: “¡Hosanna al Hijo de David!”

No podemos decir con seguridad si los jóvenes se daban cuenta de lo que decían, pero es claro que los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley sí. Por eso estaban tan inquietos. Toda la conmoción relacionada al comercio en el Templo no les molestaba, pero los gritos desenfrenados de los jóvenes les resultaban intolerables porque no estaban de acuerdo con lo que decían.

Jesús refutó las críticas así: Ustedes me rechazan, y por tanto se niegan a cantar mis alabanzas. Al hacerlo, también le quitan gloria a mi Padre celestial. Si me rechazan, también lo rechazan a él. Pero Dios *será* alabado. No pueden impedirlo simplemente negándose a hacerlo porque, si no lo hacen, los pequeños alabarán a Dios. Recuerden lo que dice el Salmo 8:1,2: “¡ Jehová, Señor nuestro, Cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra! ¡Has puesto tu gloria sobre los cielos! De la boca de los niños y de los que aún maman, fundaste la fortaleza a causa de tus enemigos, para hacer callar al enemigo y al vengativo.”

Otro milagro: Jesús maldice la higuera

¹⁸ Por la mañana, volviendo a la ciudad, tuvo hambre.

¹⁹ Viendo una higuera cerca del camino, se acercó, pero no halló nada en ella, sino hojas solamente, y le dijo:

—¡Nunca jamás nazca de ti fruto!

Y al instante la higuera se secó. ²⁰ Al ver esto los discípulos, decían asombrados:

—¿Cómo es que se secó en seguida la higuera?

²¹ Respondiendo Jesús, les dijo:

—De cierto os digo que si tenéis fe y no dudáis, no sólo haréis esto de la higuera, sino que si a este monte le decís: “¡Quítate y arrójate al mar!”, será hecho. ²² Y todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis.

Jesús pasó la noche en el pueblo de Betania. Cuando dice que regresó a Jerusalén “por la mañana” parece indicar que no había desayunado y que tenía hambre, pero no había higos en el árbol. Aunque era muy temprano para que hubiera higos en esa estación, algunos comentaristas sostienen que hay una clase particular de higuera que da fruto antes de que salgan hojas en la primavera.

Es fácil, por el relato de Mateo, tener la impresión de que la higuera se marchitó en un minuto, mientras los discípulos miraban, pero en el relato de Marcos es claro que Jesús maldijo la higuera

el lunes por la mañana y los discípulos notaron que se había secado cuando pasaron el martes por la mañana.

Puede ser significativo que Jesús maldijo la higuera el lunes por la mañana y después entró en Jerusalén y purificó el Templo. El uso de la fuerza y el de maldecir no parecen que sean costumbres de Jesús. No obstante, ambos incidentes son invitaciones urgentes al arrepentimiento. Jesús sabe que su crucifixión será en pocos días y que mucha de la gente que está en Jerusalén para la Pascua está ciega ante la gravedad de su pecado. De manera que pone el énfasis en su llamado al arrepentimiento dando un par de ayudas visuales sorprendentes.

Sería un error considerar la maldición de la higuera como si Jesús hubiera perdido los estribos al no encontrar comida para satisfacer su hambre. Ese milagro tuvo el propósito de recordar la predicación de Juan el Bautista: “Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento... el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa al fuego” (Lucas 3:8,9).

Este severo llamado al arrepentimiento se complementa con la instrucción de Jesús sobre el poder de la oración. “Si tenéis fe”, nos dice Jesús, “todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis.” Sin fe, es imposible orar y la duda debilita la vida de oración del creyente (Santiago 1:5-8). Si oramos sólo como último recurso, después de que todo lo que podamos pensar no ha dado resultado, únicamente por si pueda ayudar aunque no lo creamos en realidad, no estamos orando como Cristo nos enseñó. Oramos con toda audacia y confianza porque sabemos a quién oramos. Nuestro querido Señor nos ha invitado a orar y ha prometido que oír, por eso podemos estar seguros de que él sabe lo que es mejor para nosotros y que tiene el poder para dárnoslo.

Éste no es el único lugar donde Jesús parece dar a los creyentes un cheque en blanco. También dice: “Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, la haré” (Juan 14:13). Y su amado apóstol Juan dice: “Ésta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos

alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho” (1 Juan 5:14,15). ¿Entonces eso significa que todo lo que usted tiene que hacer es pedirle y tiene la garantía de ganarse la lotería?

Orar en el nombre de Jesús significa, ante todo, creer que por su vida sin pecado y su muerte como sustituto, él pagó la deuda de los pecados de usted y lo ha librado de la muerte y del poder del diablo. Él es el único Salvador que usted siempre tendrá o necesitará. Así que orar en su nombre significa fundamentar sus peticiones no en sus propios méritos, sino en el mérito que él le ha otorgado. Y, por supuesto, eso importará cuando usted tenga que decidir por qué orar. Las personas que temen, aman y confían en Dios sobre todas las cosas oran: “Hágase tu voluntad”. Y cuando piden bendiciones terrenales, oran como su Salvador: “No se haga mi voluntad sino la tuya.”

Jesús defiende su autoridad

²³ Cuando llegó al Templo, los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo se acercaron a él mientras enseñaba, y le preguntaron:

—¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Quién te dio esta autoridad?

²⁴ Respondiendo Jesús, les dijo:

—Yo también os haré una pregunta, y si me la contestáis, también yo os diré con qué autoridad hago estas cosas. ²⁵ El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo o de los hombres?

Ellos entonces discutían entre sí, diciendo:

—Si decimos, “del cielo”, nos dirá: “¿Por qué, pues, no le creísteis?” ²⁶ Y si decimos, “de los hombres”, tememos al pueblo, porque todos tienen a Juan por profeta.

²⁷ Respondiendo a Jesús, dijeron:

—**No lo sabemos.**

Entonces él les dijo:

—**Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas**

El martes de la Semana Santa fue un largo día de predicación, enseñanza y enfrentamiento con los líderes de los judíos. Cuando exigieron saber con qué autoridad hacía Jesús “estas cosas”, evidentemente se referían a la purificación del Templo que había acontecido el día anterior. Jesús supo muy bien cuándo hacer las cosas. Y como había muchos peregrinos en la ciudad para la Pascua, normalmente hubiera sido una semana ocupada y rentable para los cambistas y los comerciantes. Cuando Jesús perturbó el desarrollo de los negocios en el Templo, fue algo parecido a clausurar un centro comercial al comienzo de la tercera semana de Diciembre. Si los jefes de los sacerdotes esperaban recibir su parte de las ganancias, no es sorprendente que estuvieran tan trastornados.

La pregunta de la autoridad fue la misma que le habían hecho antes a Juan el Bautista (Juan 1:19-27). Los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo se consideraban autoridades. El punto de la pregunta a Juan y el de la pregunta a Jesús era el mismo: no lo autorizamos a hacer lo que está haciendo, ¿entonces quién se cree usted que es? Juan respondió a la acusadora pregunta subordinándose a Jesús: “Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Éste es el que viene después de mí... del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado” (Juan 1:26,27). Por eso fue muy apropiado que cuando le preguntaron a Jesús con qué autoridad hacía esas cosas, él les respondiera con una pregunta respecto a la autoridad del bautismo de Juan.

Al responder a la pregunta de los líderes judíos con esta pregunta, Jesús no está participando en un “juego de poder” para evitar a sus enemigos. Si ellos hubieran respondido su pregunta, habrían tenido la respuesta de quién es y qué había venido a hacer. La pregunta de Jesús es en realidad un llamado al arrepentimiento,

una invitación de última hora a creer en él como el Salvador. Este llamado final al arrepentimiento y a la fe es el corazón de la parábola que Jesús nos dice ahora.

Parábola de los dos hijos

²⁸»Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero le dijo: “Hijo, vete hoy a trabajar en mi viña.” ²⁹ Respondiendo él, dijo: “¡No quiero!” Pero después, arrepentido, fue. ³⁰ Y acercándose al otro le dijo lo mismo; y respondiendo él, dijo: “Sí, señor, voy.” Pero no fue. ³¹ ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?

Dijeron ellos:

—El primero.

Jesús les dijo:

—De cierto os digo que los publicanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios, ³² porque vino a vosotros Juan en camino de justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y las rameras le creyeron. Pero vosotros, aunque visteis esto, no os arrepentisteis después para creerle.

Mateo es el único que anotó esta parábola para nosotros. Como tiene un llamado al arrepentimiento, es una lógica continuación de la discusión anterior. Parece formar una unidad con las dos parábolas que siguen: la parábola de los dos hijos se centra en el ministerio de Juan el Bautista; la de los labradores malvados, en la misión de Jesús; y la del banquete de bodas, en la misión de la iglesia.

Los dos hijos parecen ser dos grupos en Israel. El primer hijo corresponde a los cobradores de impuestos y las prostitutas penitentes, y el segundo representa a los fariseos, los sacerdotes principales, ancianos y maestros de la ley que se negaban a hacer caso a la predicación de Juan el Bautista. El contraste entre ellos es doble: lo que dicen y lo que hacen.

Note que el padre fue a los hijos y no al revés. Dios siempre toma la iniciativa para relacionarse con nosotros. Lo que decimos y lo que hacemos siempre es una respuesta a lo que Dios ha dicho y hecho.

Se nota una urgencia en las palabras del padre: “Hijo, vete hoy a trabajar...”. Es un eco de la advertencia del salmista: “Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón...” (Salmo 95:7,8 y el inspirado comentario en Hebreos 3:7–4:11).

La respuesta del primer hijo es brusca e irrespetuosa: “¡No quiero!”; no obstante, después cambió de idea y fue a trabajar en la viña. Es significativo que la palabra griega para “arrepentimiento” significa literalmente “cambiar de mente”. Cuando Juan el Bautista predicó, los cobradores de impuestos y las prostitutas se arrepintieron.

El segundo hijo es mucho más respetuoso que su hermano: “Sí, señor, voy”; sin embargo, su inactividad fue más fuerte que sus entusiastas palabras. Es significativo que la palabra griega para “señor”; como en la respuesta del segundo hijo, es la misma palabra que también traducimos “el Señor”, hablando de Jesús. Se nos recuerdan las palabras de Jesús en el sermón del monte: “No todo el que me dice: ‘¡Señor, Señor!’, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21).

La pregunta de Jesús es: “¿Cuál de los dos *hizo* la voluntad de su padre?” La respuesta implica obediencia o “hacer”, pero no separado de la fe. Jesús alaba a los cobradores de impuestos y a las prostitutas por *crear* la predicación de Juan el Bautista, y condena a sus adversarios porque *no se arrepintieron y creyeron*. La diferencia entre arrepentirse y creer es simplemente que el arrepentimiento pone el énfasis en alejarse del pecado y creer pone el énfasis en volverse a Dios. Las dos son acciones de fe. Como Martín Lutero dice, la fe es “una cosa viva, ocupada, activa y poderosa”.

Hacer la voluntad de nuestro Padre celestial es en primer lugar creer en él; lo que Jesús quería no era la atención meticulosa

a todos los detalles de la ley. Los fariseos habían llevado esa obediencia al extremo. El error fue que no creyeron la palabra de Dios que sus mensajeros autorizados, Juan y Jesús, predicaron. Por lo tanto, la parábola de los dos hijos nos advierte a todos los que tomamos en serio las cosas espirituales que tengamos cuidado, no sea que nuestras energías se consuman casi totalmente en la lucha por la exactitud de la doctrina y que consideremos la vida de obediencia como de poca importancia.

Parábola de los labradores malvados

³³»Oíd otra parábola: Hubo un hombre, padre de familia, el cual plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores y se fue lejos. ³⁴ Cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores para que recibieran sus frutos. ³⁵ Pero los labradores, tomando a los siervos, a uno golpearon, a otro mataron y a otro apedrearon. ³⁶ Envío de nuevo otros siervos, más que los primeros; e hicieron con ellos lo mismo. ³⁷ Finalmente les envió su hijo, diciendo: “Tendrán respeto a mi hijo.” ³⁸ Pero los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: “Éste es el heredero; venid, matémoslo y apoderémonos de su heredad.” ³⁹ Y tomándolo, lo echaron fuera de la viña y lo mataron. ⁴⁰ Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores?

⁴¹ Le dijeron:

—A los malos destruiré sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores que le paguen el fruto a su tiempo.

⁴² Jesús les preguntó:

—¿Nunca leísteis en las Escrituras:

»“La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo.

El Señor ha hecho esto,

y es cosa maravillosa a nuestros ojos?”

⁴³ »Por tanto, os digo que el reino de Dios será quitado de vosotros y será dado a gente que produzca los frutos de él.

⁴⁴ El que caiga sobre esta piedra será quebrantado, y sobre quien ella caiga será desmenuzado.

⁴⁵ Al oír sus parábolas, los principales sacerdotes y los fariseos entendieron que hablaba de ellos. ⁴⁶ Pero al buscar cómo echarle mano, temían al pueblo, porque éste lo tenía por profeta.

En Isaías 5:1-7 el pueblo de Israel se presenta como una viña que no da fruto a pesar de los arduos esfuerzos del viñador. Al tomar la parábola de Isaías como punto de partida, Jesús describe una viña que sí produce uvas, pero los labradores no quieren darle al dueño la parte que le corresponde de la cosecha. Mientras que Isaías les dirige su predicación a los judíos en general, Jesús les habla a los líderes del pueblo, quiere que sepan que él está al tanto de su complot para matarlo y les advierte que serán castigados por su crimen.

El propietario de la viña es claramente Dios Padre. Cuando dice que “rodeó con una cerca” su viña, recordamos a los hijos de Israel cuando vivían en la tierra de Gosén, separados de los egipcios. Cuando tomaron posesión de la tierra prometida, el Señor les ordenó que exterminaran a todos los cananitas para que no tuvieran la tentación de mezclarse con ellos. Aunque esas órdenes nunca se cumplieron completamente, la ley ceremonial mantuvo a Israel separado de sus vecinos mediante la restricción de su dieta y de la reglamentación para su adoración. Dios quiso mantenerlos separados de todos los otros pueblos con el fin de que fuera obvio para todos que él había cumplido sus promesas que le hizo a Abraham (Génesis 22:17,18).

Además de cercar su viña, el propietario también construyó una torre en ella. Los rabinos especificaron que debía ser una plataforma de madera de 5 metros de alto y 1 metro cuadrado. Debía ser necesario poner guardias, especialmente cuando las uvas

maduraban. La imagen del atalaya es una reminiscencia del llamado de Ezequiel: “Hijo de hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel” (Ezequiel 3:17).

Los labradores son los líderes de los judíos y los siervos enviados para recoger la parte de la cosecha del propietario son los profetas del Antiguo Testamento. Jesús dice: “A uno golpearon, a otro mataron y a otro apedrearon.” De la misma forma más tarde Esteban acusó a los principales de los judíos: “¡Duros de cerviz! ¡Incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis entregado y matado” (Hechos 7:51,52).

El hijo del propietario de la viña es obviamente Jesús. En la versión de Lucas de esta parábola, el dueño de la viña lo llama “mi hijo amado” (Lucas 20:13), un eco de la voz del Padre en el bautismo de Jesús en Mateo 3:17 y en el monte de la Transfiguración en Mateo 17:5.

Jesús dice que lo echaron fuera antes de matarlo. Recordamos que la crucifixión se realizó fuera de los muros de Jerusalén (Hebreos 13:11,12). Como Jesús dijo esta parábola el martes de la Semana Santa, estaba describiendo lo que iba a suceder sólo tres días más tarde.

Hay algo irreal acerca de la historia que Jesús cuenta en esta parábola. ¿Qué tan probable es que un hombre cuyos siervos maltrataron y mataron a sus labradores, envíe a su hijo amado a tratar de recoger su parte de la cosecha? Pero esta historia irreal ilustra la increíble paciencia de Dios. Es inconcebible que Dios hubiera enviado a su Hijo al mundo después de ver el trato que su pueblo les dio a los profetas.

También nos parece irreal oír que los labradores que mataron al hijo esperaran apoderarse de su herencia, especialmente mientras su padre, el propietario de la viña, todavía vivía. Pero la ambición egoísta y la avaricia con mucha frecuencia y facilidad

nos hacen olvidar la presencia de Dios. Por eso el escritor de himnos nos enseña orar: “Apaga nuestra sed ferviente por el placer; refrena nuestra egoísta codicia de ganancias” (Traducido de *Christian Worship* [CW] 492:2).

Cuando la viña se arrienda a otros labradores, Jesús prevé la entrada de los gentiles a la iglesia. Cuando las sinagogas judías rechazaron la predicación del apóstol Pablo, él se volvió a los gentiles y en el lapso de una generación los gentiles sobrepasaron el número de los judíos en la iglesia cristiana.

Esta sucesión de acontecimientos ya había sido profetizada mil años antes: “La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la cabeza del ángulo. De parte de Jehová es esto y es cosa maravillosa a nuestros ojos” (Salmo 118:22,23). Cuando se construye un edificio, el albañil escoge unas piedras y rechaza otras. El Señor no sólo decidió usar la piedra que los edificadores desecharon, sino que la hizo la piedra angular, la base de un arco, la piedra más importante de todo el edificio.

Jesús les advierte a los jefes de los sacerdotes y a los fariseos: “El que caiga sobre esta piedra será quebrantado, y sobre quien ella caiga será desmenuzado.” Mientras ellos planeaban y conspiraban para matar a Jesús, él les advierte que sólo se destruirán a ellos mismos. Cuando una gran piedra cae sobre un hombre, la piedra no queda herida. El juicio de Dios sobre ellos será repentino, terrible, final e ineludible. Y la Escritura dice: “Entendieron que hablaba de ellos”.”

Parábola del banquete de bodas

22 Respondiendo Jesús, les volvió a hablar en parábolas, diciendo:

² «El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo una fiesta de bodas a su hijo. ³ Envió a sus siervos a llamar a los invitados a la boda, pero estos no quisieron asistir. ⁴ Volvió a enviar otros siervos con este encargo: “Decid a los invitados

que ya he preparado mi comida. He hecho matar mis toros y mis animales engordados, y todo está dispuesto; venid a la boda.”⁵ Pero ellos, sin hacer caso, se fueron: uno a su labranza, otro a sus negocios; ⁶ y otros, tomando a los siervos, los golpearon y los mataron. ⁷ Al oírlo el rey, se enojó y, enviando sus ejércitos, mató a aquellos homicidas y quemó su ciudad. ⁸ Entonces dijo a sus siervos: “La boda a la verdad está preparada, pero los que fueron invitados no eran dignos. ⁹ Id, pues, a las salidas de los caminos y llamad a la boda a cuantos halléis.” ¹⁰ Entonces salieron los siervos por los caminos y reunieron a todos los que hallaron, tanto malos como buenos, y la boda se llenó de invitados.

¹¹»Cuando entró el rey para ver a los invitados, vio allí a un hombre que no estaba vestido de bodas, ¹² y le dijo: “Amigo, ¿cómo entraste aquí sin estar vestido de bodas?” Pero él guardó silencio. ¹³ Entonces el rey dijo a los que servían: “Atadlo de pies y manos y echadlo a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes”, ¹⁴ pues muchos son llamados, pero pocos escogidos.»

Aunque al hijo lo mataron en la parábola anterior, aquí está vivo otra vez. Mientras Jesús cuenta estas parábolas el martes de la Semana Santa, dice que al Viernes Santo con toda seguridad le seguirá el Domingo de Pascua. Ese punto les pudo haber pasado inadvertido en ese momento, pero después de la resurrección de Jesús, cuando los discípulos tuvieron el beneficio de mirar en retrospectiva, pudieron ver lo que antes se les había escapado. Y ésa es una buena razón para que leamos las Escrituras una y otra vez. Nadie capta todo la primera vez.

No sólo el hijo está vivo de nuevo, sino que se está casando. A Juan se le dio una corta visión de esta boda, que escribió en Apocalipsis 19:7-9 y 21:2. Cristo es el novio (Mateo 9:15), y la iglesia es la novia. Los esposos y las esposas no seguirán casados en el cielo, como dice Jesús en Mateo 22:30, porque todos

estaremos casados con Cristo. Dios planeó nuestros matrimonios como una preparación y una anticipación de la fiesta de bodas en el cielo.

Los primeros invitados son los judíos. Cuando rechazan la invitación del rey, son invitados los gentiles. En esta parábola Jesús les advierte tanto a los judíos como a los gentiles que el juicio caerá con toda seguridad sobre todos los que desprecian la misericordiosa invitación de Dios. Los judíos mostraron su desprecio de dos formas: algunos no les hicieron caso a los mensajeros y se ocuparon de sus negocios mientras que otros maltrataron a los siervos y los mataron. Los gentiles muestran su desprecio dejando de usar el vestido de bodas que el rey les ha dado. A los primeros los matan y queman su ciudad (como una referencia a la destrucción de Jerusalén por los romanos en el año 70), mientras que los últimos son echados a la oscuridad donde será el lloro y el crujir de dientes, una expresión que Jesús usa con frecuencia para el sufrimiento eterno en el infierno (Mateo 8:12; 13:42,50; 24:51; y 25:30).

Es significativo que el rey nos invita a una boda y no a un funeral. Es la misma invitación que Jesús extiende en una parábola posterior: “Entra en el gozo de tu señor” (Mateo 25:21,23). Y la mesa generosa que el rey ha preparado es el mismo banquete al que Jesús se refiere antes: “Os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos” (Mateo 8:11). Una anticipación de este banquete se nos ofrece en el Sacramento del Altar.

Ninguno de los invitados al banquete del rey es digno de la invitación. Cuando los primeros invitados no quisieron ir, el rey les dijo a sus siervos: “Los que fueron invitados no eran dignos”. De manera que envió a sus siervos a las calles para invitar a todos los que pudieran encontrar. Ésta es la misión evangelista de la iglesia de Cristo, que comenzó el Viernes Santo cuando el ladrón penitente y el centurión romano se conmovieron y confesaron su fe en Jesús (Lucas 23:40-43 y Mateo 27:54). Todo pecador que

recibe esta invitación con fe penitente debe confesar con Martín Lutero: “Creo que por mi propia razón o elección no puedo creer en Jesucristo, mi Señor, ni acercarme a él; sino que el Espíritu Santo me ha llamado mediante el evangelio”.

El hombre que no usó el vestido de boda nos recuerda la oración tradicional de preparación para la Santa Comunión: “Quita de nosotros la ropa manchada de nuestra carne, y de nuestra propia justicia, y adórnanos con la ropa de la justicia que tú has comprado con tu sangre.” (Note que estas imágenes parece que se tomaron de Apocalipsis 7:13,14.) Por eso el escritor de himnos nos enseña a cantar: “Tu sangre, ¡oh Cristo!, y tu justicia mi alegría y hermosura son” (CC 218:1) Estos vestidos de justicia se nos dan en el Santo Bautismo, como lo explica San Pablo: “Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Gálatas 3:27).

Jesús les dice a los fariseos que paguen los impuestos al César

¹⁵ Entonces se fueron los fariseos y consultaron cómo sorprenderlo en alguna palabra. ¹⁶ Y le enviaron sus discípulos junto con los herodianos, diciendo:

—Maestro, sabemos que eres amante de la verdad y que enseñas con verdad el camino de Dios, y no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres.

¹⁷ Dinos, pues, qué te parece: ¿Está permitido dar tributo a César, o no?

¹⁸ Pero Jesús, conociendo la malicia de ellos, les dijo:

—¿Por qué me tentáis, hipócritas? ¹⁹ Mostradme la moneda del tributo.

Ellos le presentaron un denario. ²⁰ Entonces les preguntó:

—¿De quién es esta imagen y la inscripción?

²¹ Le dijeron:

—De César.

Y les dijo:

—Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios.

²²Al oír esto se maravillaron, y dejándolo, se fueron.

Hay un dicho antiguo que dice que la política hace unas extrañas parejas. Aquí los fariseos y los herodianos manifiestan un odio común a Jesús que supera sus profundos desacuerdos. Los fariseos eran nacionalistas apasionados que se oponían al gobierno romano y despreciaban a los herodianos porque cooperaban con ese gobierno. De tal manera que si ahora Jesús le decía a la gente que no pagara los impuestos a Roma, los herodianos lo acusarían ante Poncio Pilato y lo hubieran ejecutado por traición. Y si Jesús le decía a la gente que pagara los impuestos a César, los fariseos divulgarían que Jesús era antipatriota.

Entonces, ¿cómo escapa Jesús de esta trampa? No lo hace, entra en ella y no se deja engañar por sus adulaciones. Les dice a los fariseos que paguen los impuestos a César. Y como conoce “la malicia de ellos”, no se sorprende cuando sólo tres días más tarde tergiversan sus palabras. El martes les dice a los fariseos que paguen los impuestos a César y el viernes ellos lo llevan ante Pilato y dicen: “Hemos encontrado que éste pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César diciendo que él mismo es el Cristo, un rey” (Lucas 23:2).

Cuando Jesús mostró la diferencia entre lo que le debemos al gobierno y lo que le debemos a Dios, estaba en desacuerdo con la inscripción que aparecía en latín en el denario romano: “Tiberio César Augusto, hijo del divino Augusto”. Las palabras de Jesús fueron la base para que la primera generación de cristianos no quisiera dar ni una pizca de incienso para adoración del emperador. Así como este rechazo los conducía con frecuencia al martirio, la respuesta de Jesús a los fariseos y a los herodianos lo llevó a la crucifixión.

Jesús instruye a los saduceos sobre la resurrección

²³ Aquel día se acercaron a él los saduceos, que dicen que no hay resurrección, y le preguntaron, ²⁴ diciendo:

—Maestro, Moisés dijo: “Si alguien muere sin hijos, su hermano se casará con su mujer y levantará descendencia a su hermano.” ²⁵ Hubo, pues, entre nosotros siete hermanos: el primero se casó y, como murió sin dejar descendencia, dejó su mujer a su hermano. ²⁶ De la misma manera también el segundo, y el tercero, hasta el séptimo. ²⁷ Después de todos murió también la mujer. ²⁸ En la resurrección, pues, ¿de cuál de los siete será ella mujer, ya que todos la tuvieron?

²⁹ Entonces respondiendo Jesús, les dijo:

—Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios, ³⁰ pues en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios en el cielo. ³¹ Pero respecto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando afirmó: ³² “Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos.

³³ Al oír esto, la gente se admiraba de su doctrina.

Todavía es martes de la Semana Santa. Después de que los fariseos plantearon la pregunta en cuanto al pago de impuestos al César, se presentaron los saduceos. La rivalidad entre los dos partidos no era secreta. Los saduceos pensaban que tenían lista una pregunta brillante para Jesús, les iban a mostrar a los fariseos cómo se debía hacer. El arma que querían usar no era una trampa astuta sino algo para ponerlo en ridículo.

En una ocasión anterior unos saduceos se unieron con unos fariseos para acercarse a Jesús y pedirle que les diera una señal de los cielos para probar que él era verdaderamente el Hijo de Dios. Lo que tenían en común era su oposición a Jesús, aunque los saduceos no parecen haber disputado con Jesús tan frecuentemente

como los fariseos. Tal vez no se querían rebajar a ponerle atención al galileo pobre y sin educación. En ese tiempo, Jesús les advirtió a sus discípulos: “Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos” (Mateo 16:6). Los discípulos no entendieron de inmediato lo que Jesús quiso decir, así que les explicó que estaba hablando de su doctrina.

Los saduceos eran judíos ricos y sofisticados, pocos en número pero influyentes en la administración del Templo en Jerusalén. En esta época controlaban al sumo sacerdocio y la mayoría de los puestos en el sanedrín. Sólo aceptaban como autoridad los cinco libros de Moisés, mientras que los fariseos aceptaban todos los libros del Antiguo Testamento. Los saduceos no sólo negaban la resurrección, sino que tampoco creían en los ángeles. Pero los fariseos sí creían en la resurrección del cuerpo y en la existencia de los ángeles (Hechos 23:8).

Es significativo que Jesús les contesta a los saduceos sobre la base de un pasaje de Génesis, uno de los cinco libros de Moisés, y da por sentada la existencia de los ángeles al afirmar enfáticamente la resurrección del cuerpo.

El antecedente del Antiguo Testamento para la pregunta de los saduceos es éste: “Si dos hermanos habitan juntos y uno de ellos muere sin tener hijos, la mujer del muerto no se casará fuera de la familia, con hombre extraño; su cuñado se llegará a ella, y restableciendo con ella el parentesco, la tomará como su mujer. El primogénito que ella dé a luz llevará el nombre de su hermano muerto, para que el nombre de éste no sea borrado de Israel” (Deuteronomio 25:5,6).

Una historia de dos hermanos que hubieran estado casados con la misma mujer bajo tales circunstancias hubiera sido adecuada para ilustrar el punto de los saduceos, pero ellos querían hacer aparecer la situación tan ridícula como les fuera posible. Pudieron haber hecho referencia a la historia de Judá y Tamar como se escribe en Génesis 38, pero en cambio cuentan una historia que parece ser totalmente hipotética. No buscaban una

explicación ni les interesaba la opinión de Jesús. Cuando se dirigieron a Jesús como “Maestro”, su falta de sinceridad era obvia. Todo lo que querían era avergonzar y desprestigiar a Jesús.

La doble denuncia que Jesús hace de los saduceos es devastadora: “Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios”. ¿Cómo se le habla a alguien que es incapaz de sostener una conversación sobre cosas espirituales? Al menos los fariseos trataban de tomar en serio las Escrituras. Jesús podía sostener una conversación con ellos, pero los saduceos eran cerdos ignorantes ante quienes Jesús no quiso echar las perlas del evangelio (Mateo 7:6). Su respuesta se dirige más a los discípulos y a las multitudes que observaban la confrontación.

El Creador bendijo a Adán y Eva y dijo: “Fructificad y multiplicaos” (Génesis 1:28). Dios instituyó el matrimonio para que la humanidad pudiera sobrevivir en esta tierra y para que se poblara el mundo. Pero en el cielo nadie morirá ni nacerá y no habrá necesidad del matrimonio como Dios lo ha instituido para nosotros en este mundo.

Después de deshacerse sólo en pocas palabras de la pregunta impertinente, Jesús se dirige a la verdadera pregunta que hay detrás de esto. Cuando Dios le habló a Moisés en la zarza ardiente, Jacob había estado muerto y sepultado durante unos 400 años y sin embargo Dios dijo: “Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.” El Señor le estaba diciendo a Moisés y nos dice a nosotros que Abraham, Isaac y Jacob todavía están vivos. Y reconocemos ese hecho cada vez que nos unimos con los ángeles y los arcángeles y *con toda la corte celestial* para alabar y magnificar el glorioso nombre de nuestro Dios Salvador.

El Dios vivo es el Dios de todos los vivientes. Nosotros estamos incluidos entre los que en realidad están vivos porque en el santo bautismo “nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1 Pedro 1:3). Por eso los que nacen dos veces mueren sólo una vez, mientras que los que nacen sólo una vez mueren dos veces. Como hijos

bautizados de Dios confesamos: “Creo en la resurrección de la carne y la vida perdurable”.

En otro lugar Jesús dice: “No os asombréis de esto; porque llegará la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; pero los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Juan 5:28,29). Tenemos una vista previa de lo que sucederá cuando Jesús dijo: “¡Lázaro, ven fuera!” y Lázaro obedeció (Juan 11:43,44). Pero si Jesús hubiera dicho sólo “¡Vengan!”, todos los muertos se hubieran levantado de las tumbas. Por lo tanto, en cada milagro en que Jesús resucitó muertos, fue muy específico acerca de a quién le hablaba (Marcos 5:41 y Lucas 7:14).

Jesús les habla a los fariseos sobre los mandamientos más grandes

³⁴ Entonces los fariseos, cuando oyeron que había hecho callar a los saduceos, se reunieron. ³⁵ Y uno de ellos, intérprete de la Ley, preguntó para tentarlo, diciendo:

³⁶ —Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la Ley?

³⁷ Jesús le dijo:

—“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente.” ³⁸ Éste es el primero y grande mandamiento. ³⁹ Y el segundo es semejante: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” ⁴⁰ De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas.

Inmediatamente después de que Juan bautizó a Jesús en el río Jordán, el Espíritu Santo lo llevó al desierto de Judea para que el diablo lo tentara. Podemos encontrar tres tentaciones en Mateo 4:1-11. Así comenzó el ministerio público de Jesús. Ahora es el martes de la Semana Santa y el ministerio público de Jesús está llegando rápidamente a su fin. Otra vez tiene que enfrentar tres tentaciones: la pregunta sobre el pago de impuestos al César, la

pregunta de la resurrección del cuerpo y esta pregunta relacionada con el mandamiento más grande.

Los fariseos sin duda se deleitaron al ver que Jesús silenció a los saduceos, pero no dudaron en hacerle otra pregunta. Su orgullo pecador los cegó a tal punto que Jesús también podría hacerlos callar como había hecho con los saduceos. De manera que quienes no aprenden de los errores de los demás, están condenados a repetirlos.

Cuando Mateo dice que los fariseos “se reunieron”, emplea la misma frase griega que encontramos en la Septuaginta (traducción griega del Antiguo Testamento) en el Salmo 2:2, donde dice: “Y príncipes conspirarán contra Jehová y contra su ungido”. Es pertinente que sólo dos versículos más adelante el salmista dice: “El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos.” El hombre propone, pero Dios dispone.

Un experto en la Ley le preguntó a Jesús: “¿Cuál es el gran mandamiento en la Ley?” Quizás no resulte muy claro por qué esta pregunta tiene el propósito de tentar a Jesús. San Jerónimo fue muy perceptivo al darse cuenta de que todos los mandamientos de Dios son igual de grandes. Sin importar lo insignificante que nos pueda parecer, lo que Dios manda es grande porque él es Dios. Por consiguiente, si Jesús pone un mandamiento por encima de otro, será señalado como liberal que no estima toda la ley de Dios tan altamente como debiera. Pero en el sermón del monte, Jesús ya había afirmado que ni la letra más pequeña ni la mínima marca de un lápiz desaparecerían de la Ley por ningún motivo (Mateo 5:17-20).

Observe que Jesús dice mucho más que “Amarás a Dios”. Ante todo llama a Dios “el Señor”, como clara referencia al Dios del Antiguo Testamento, que se reveló a Moisés en la zarza ardiente (Éxodo 3:13-15 y 6:2,3). Los hechos poderosos del Señor de liberación y sus claros mandamientos revelan quién es y cómo es. Además, Jesús lo llama “tu Dios”, lo que implica que ya existe una relación. Cuando Jesús nos manda amar al Señor nuestro Dios,

quiere que respondamos al amor que Dios ya nos ha mostrado.

Aunque a Jesús se le pidió que escogiera un mandamiento, él insiste en dar una respuesta compuesta de dos partes. El primer mandamiento debe ser primero y el segundo mandamiento debe ser el segundo, pero son igualmente importantes. Lo que Jesús junta aquí no permite que nadie lo separe. Juan exhorta: “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros: en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios así nos ha amado, también debemos amarnos unos a otros” (1 Juan 4:9-11).

Jesús les pregunta a los fariseos de quién es hijo el Cristo

⁴¹ **Estando reunidos los fariseos, Jesús les preguntó,**

⁴² **diciendo:**

—¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?

Le dijeron:

—De David.

⁴³ **Él les dijo:**

—¿Cómo, pues, David, en el Espíritu lo llama Señor, diciendo:

⁴⁴ »“Dijo el Señor a mi Señor:

siéntate a mi derecha,

hasta que ponga a tus enemigos

por estrado de tus pies”?

⁴⁵ »Pues si David lo llama Señor, ¿cómo es su hijo?

⁴⁶ **Y nadie le podía responder palabra; ni se atrevió ninguno a preguntarle más desde aquel día.**

Hasta aquí Jesús contestó preguntas. Ahora es su turno para hacer una pregunta: “¿Qué opináis del Cristo? ¿De quién es hijo?”

No captamos la idea si consideramos la pregunta de Jesús sólo como devolver golpe por golpe. Su pregunta es seria, y una respuesta honesta llevaría a sus oponentes a un entendimiento correcto de a quién se están oponiendo. “¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?”

Cuando Jesús entró en Jerusalén el Domingo de Ramos, se declaró como el Mesías a quien se esperaba desde hacía mucho tiempo, pero lo hizo de la manera más humilde, montado en un asno, y era un asno prestado para eso. Pero ahora, al preguntarles a los fariseos, hace las más altas aseveraciones de él como el Mesías. No se sentará en el trono de David sino a la derecha de Dios. Los fariseos esperaban que el Mesías restableciera la época dorada de David y Salomón, para deshacerse del yugo romano y poner fin al odiado impuesto. Pero Jesús ve la gloria del Mesías en el hecho de que es el Señor de David y que en un acto de condescendencia divina también quiere ser el Hijo de David.

Cuando Mateo dice “estando reunidos los fariseos”, escuchamos otro eco del Salmo 2:2, como se mencionó antes en Mateo 22:34. Esto une la pregunta de ellos acerca de la Ley con la pregunta de Jesús sobre el Hijo de David. Jesús es el Señor de la Ley porque también es el Señor de David.

Martín Lutero hizo otra relación entre las dos preguntas. Señaló que Jesús predicó la Ley cuando contestó sobre el gran mandamiento, y enseguida predicó el evangelio cuando declaró que era el Hijo de David, que fue profetizado en el Salmo 110. Además, por medio de la fe en el Hijo de David el Espíritu Santo nos da el deseo y la fortaleza para amar a Dios y al prójimo. Y en el Hijo de David encontramos perdón por todas las veces que no hemos amado a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerza. Y como en él encontramos perdón por todas las veces que no hemos amado al prójimo como a nosotros mismos.

Cuando Jesús cita los Salmos, cita el himnario de los judíos. Hay un dicho antiguo que dice que el himnario es teología laica. Como la liturgia y los himnos se repiten cada año, se graban en la

mente y en el corazón de los adoradores. El efecto acumulado es que finalmente llegamos a creer lo que oramos. Por eso, parte de la instrucción religiosa más eficaz ocurre en el culto de adoración, con frecuencia cuando la gente ni se da cuenta de que está siendo instruida. Pero el adorador que ha asimilado las palabras y las frases de la liturgia y de los grandes himnos, ha aprendido a hablar el idioma de la madre, la iglesia (Gálatas 4:26). ¡Y, por supuesto, la madre es quien le puede decir con toda seguridad quién es el padre! Entonces es posible entrar en pláticas importantes de temas espirituales. Así es como crecemos “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18).

Jesús dice que cuando David escribió los salmos habló “en el Espíritu”. Es usual que Jesús mencione de paso la inspiración de las Escrituras, en lugar de llamar la atención a ella (hace lo mismo en Juan 10:34-38). Jesús sencillamente da por sentado que toda la Escritura es dada por inspiración de Dios. En lugar de insistir en establecer la autoridad de la Escritura, Jesús sólo la cita. En su manera usual y llena de colorido, Martín Lutero dijo que tratar de usar la razón humana para defender la palabra de Dios es como si un soldado usara su cabeza descubierta para defender su espada. Después de todo, la palabra de Dios es “la espada del Espíritu” (Efesios 6:17).

Por lo tanto cuando David, hablando por el Espíritu, llama a Jesús “Señor”, vemos otra ilustración de la enseñanza de Pablo: “Nadie puede exclamar: ‘¡Jesús es el Señor!’, sino por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3). Martín Lutero comenta: “El Espíritu Santo quiere predicar sólo a Jesucristo; el pobre Espíritu Santo no sabe otra cosa.” Por eso el Espíritu enseña a David y éste nos enseña que el prometido Hijo de David es también Señor de David. El misterio del Dios hombre está en el himnario del Antiguo Testamento, los Salmos., y también está en nuestro himnario: “¡Hosanna, hosanna, hosanna, hosanna al Hijo de David! ¡Hosanna a nuestro rey! ¡Al Señor y buen pastor que rescató su grey! Del seno de su Padre Dios, del trono celestial bajó Jesús a

darnos luz y vida perennal. ¡Hosanna al Hijo de David, de David, de David! ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Hosanna a nuestro rey!” (CC 404:1).

*Jesús denuncia a los maestros de la ley y a los fariseos
Hay que obedecerlos, pero no imitarlos*

23 Entonces habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo:

² «En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. ³ Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; pero no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, pero no hacen. ⁴ Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. ⁵ Antes bien, hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres, pues ensanchan sus filacterias y extienden los flecos de sus mantos; ⁶ aman los primeros asientos en las cenas, las primeras sillas en las sinagogas, ⁷ las saluciones en las plazas y que los hombres los llamen: “Rabí, Rabí”.

⁸ »Pero vosotros no pretendáis que os llamen “Rabí”, porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. ⁹ Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. ¹⁰ Ni seáis llamados maestros, porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. ¹¹ El que es el mayor de vosotros sea vuestro siervo, ¹² porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

Mateo le dedica todo este capítulo a un sermón que Marcos resume en pocos versículos (Marcos 12:38-40). Aquí vemos el lado severo de Jesús, que también mostró cuando purificó el Templo. Sin embargo, mientras Jesús habla de un mal tras otro, percibimos que sus duras palabras no son sólo una diatriba, ya que

su enojo está mezclado con pesar. El corazón misericordioso del Mesías está destrozado porque su pueblo rechaza duramente el evangelio.

En el curso de las siete censuras que les hace a los maestros de la ley y a los fariseos, Jesús nunca menciona a los saduceos. Las enseñanzas de los saduceos no se les podrían recomendar de ninguna manera a los discípulos (Mateo 22:29). Al menos los fariseos y los maestros de la ley todavía estaban sentados en la silla de Moisés. Jesús los denunció por no practicar lo que predicaban, pero también les manda a los discípulos que los escuchen y los obedezcan cuando sus enseñanzas estén de acuerdo con las Escrituras del Antiguo Testamento.

El ataque de Jesús a los fariseos y a los maestros de la ley complementa la advertencia de Santiago: “Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación” (Santiago 3:1). Los privilegios de liderazgo conllevan una pesada responsabilidad. Jesús denuncia a los maestros de la ley y a los fariseos no sólo por sus pecados, sino especialmente por desviar a otros del camino. En efecto, imponían sobre los demás cargas que ellos no querían llevar (Hechos 15:10). Pero Jesús “llevó nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores” (Isaías 53:4). Y su misericordiosa invitación a los pecadores es: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28).

Huelga decir que las palabras de Jesús se aplican a la iglesia de cualquier generación. El espíritu del fariseísmo no está muerto, más bien sobrevive en la iglesia. Cuando Martín Lutero enseña que nos consideremos al mismo tiempo santos y pecadores, significa que debemos ser conscientes del fariseo que hay en cada uno de nosotros. Debemos hacer caso a cada mal que menciona este sermón si queremos escapar de la muerte de las falsas iglesias.

Vivimos en una época que considera dañina cualquier expresión negativa. No obstante, ocho de los Diez Mandamientos son negativos y cada uno de los siete males de este sermón es

negativo, porque la desobediencia es la reacción instintiva de la humanidad a toda palabra de Dios. Debemos escuchar estas prohibiciones divinas. Pero lo genial de la explicación que hace Martín Lutero de los Diez Mandamientos en su Catecismo Menor es que le encuentra un lado positivo a cada mandamiento negativo. Asimismo, a cada uno de los males de este sermón se le puede dar vuelta para mostrarnos los hechos y actitudes positivos que Jesús se deleita en bendecir.

La primera pregunta que hace Jesús es: ¿Quiere que los demás vean lo que usted hace? Todo lo que hacen los maestros de la ley y los fariseos tiene el propósito de que los hombres lo vean. Las alabanzas y la opinión de los hombres para ellos son de suma importancia. Pero el salmista nos recuerda: “Desde los cielos miró Jehová; vio a todos los hijos de los hombres; desde el lugar de su morada miró sobre todos los habitantes de la tierra” (Salmo 33:13,14). Eso pueden ser buenas o malas noticias: “Los ojos de Jehová están sobre los justos y atentos sus oídos al clamor de ellos. La ira de Jehová está contra los que hacen mal, para eliminar de la tierra la memoria de ellos” (Salmo 34:15,16).

La lectura literal de Deuteronomio 6:8 le dio origen a la costumbre de usar filacterias, y esas cajitas, con frecuencia hechas de cuero, se ataban a la frente y al brazo. Contenían trozos de papel en los que estaban escritos cuatro pasajes: Éxodo 13:1-10 y 11-16 y Deuteronomio 6:4-9 y 11:13-21. Aunque podían servir como útiles recordatorios de que Dios los acompañaba, los fariseos y los maestros de la ley las habían convertido en un teatro religioso. Su piedad llegó a ser un espectáculo ideado para provocar admiración y aplausos de la gente común que ellos despreciaban.

Cuando Jesús dice que les gusta ocupar los primeros asientos a la mesa y en la sinagoga, recordamos la parábola que contó mientras comía en casa de un fariseo importante (Lucas 14:7-14). Una disputa similar evidentemente surgió en el aposento alto cuando Jesús y sus discípulos estaban a punto de comer la Pascua juntos por última vez. Al tomar lugar en la mesa, “Hubo también

entre ellos una discusión sobre quién de ellos sería el mayor” (Lucas 22:24). ¿Quién se sentaría enseguida de Jesús?

Cuando Jesús dice: “Aman... las saluciones en las plazas”, recordamos el sermón del monte: “Cuando ores, no seas como los hipócritas, porque ellos aman el orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos de los hombres” (Mateo 6:5). Para atraer la admiración del prójimo, se privan de las bendiciones que Dios se deleita dar a los que oran con fe humilde y penitente (Lucas 18:9-14).

Jesús les advierte a sus discípulos acerca de desear títulos de honor como “Rabí”, “Padre” y “Maestro”, porque tienden a reforzar el orgullo pecaminoso que está condenando. Sin embargo, se debe decir que la aplicación demasiado literal de estas palabras tiende a alimentar el mismo orgullo pecaminoso. Quienes se niegan a aceptar cualquier título, a menudo caen en la tentación de considerarse superiores a las personas que sí permiten el uso de esos títulos.

“El que es el mayor de vosotros sea vuestro siervo”, dice el que estaba dispuesto a lavar los pies de sus discípulos el Jueves Santo. “Pues, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Pero yo estoy entre vosotros como el que sirve” (Lucas 22:27). En el servicio de adoración, Jesús nos sirve dándonos de comer su cuerpo y beber su sangre.

San Agustín dijo algo como esto: “Exaltándose usted mismo, no puede subir a Dios, pero cuando usted se humilla, Dios desciende a usted.”

Por supuesto, Jesús mismo nos mostró lo que significa “el que se humilla será enaltecido” (vea Filipenses 2:5-11). En Mateo 16:24 nos invita a negarnos a nosotros mismos, tomar nuestra cruz y seguirlo, sabiendo que ningún siervo es mayor que su señor: “Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán” (Juan 15:20). Por eso las Escrituras nos animan con estas palabras: “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el

oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar” (Hebreos 12:2-3).

Primer ay: ustedes están fuera del reino de los cielos e impiden que otros entren

¹³»Pero ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres, pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando.

¹⁴»¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque devoráis las casas de las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones; por esto recibiréis mayor condenación.

La queja de Jesús contra los maestros de la ley y contra los fariseos era que con la puerta del cielo daban en las narices de otras personas. No estaban contentos con rechazar a Jesús, hacían todo lo posible para desanimar a otros de seguir y creer en Jesús. Quizás el ejemplo más notable de esta actitud es Saulo de Tarso (Hechos 8:1-3; 9:1,2). Su conversión a la fe que él antes había perseguido y el llamado para ser apóstol de los gentiles arroja luz sobre las palabras que Jesús dice aquí. Aunque esta condenación es severa, es a la vez un llamado al arrepentimiento.

Los editores de algunas versiones en español omiten el versículo 14, porque algunos manuscritos antiguos no lo incluyen en el evangelio de Mateo. Pero Marcos 12:40 y Lucas 20:47 sí lo incluyen. Ya sea que el versículo se incluyó en el evangelio original de Mateo o más tarde un copista lo insertó mientras pensaba en Marcos y Lucas, el hecho es que Jesús lo dijo. Es palabra de Dios.

Como los maestros de la ley no eran empleados asalariados, dependían de la generosidad de sus estudiantes y patronos. Esta organización obviamente estaba propensa al abuso, y la acusación

de Jesús indica que las viudas en particular eran vulnerables a ser explotadas. Como los profetas del Antiguo Testamento, Jesús estaba especialmente interesado en las viudas y en los huérfanos (1 Reyes 17:7-24 y Jeremías 22:3.).

Segundo ay: hacen lo imposible por ganar un prosélito y a éste lo hacen peor que ustedes

¹⁵»¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito y, cuando lo conseguís, lo hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros.

Por supuesto, hay muchos charlatanes y estafadores que han descubierto que pueden enriquecerse explotando la religión. Pero parece que Jesús reprende a los que creen firmemente que están haciendo lo correcto. Por ejemplo, Pablo dice que durante el tiempo antes de su conversión cuando persiguió, arrestó y mató a muchos cristianos, fue “instruido... estrictamente conforme a la Ley de nuestros padres, celoso de Dios como hoy lo sois todos vosotros” (Hechos 22:3). Asimismo el celo misionero de los mormones y de los testigos de Jehová es con frecuencia totalmente sincero. Y todos los vicios de los misioneros tienden a aparecer con mayor intensidad en sus convertidos llenos de celo.

Tercer ay: ustedes distinguen neciamente entre los juramentos

¹⁶»¡Ay de vosotros, guías ciegos!, que decís: “Si alguien jura por el Templo, no es nada; pero si alguien jura por el oro del Templo, es deudor.” ¹⁷ ¡Insensatos y ciegos!, porque ¿cuál es mayor, el oro o el Templo que santifica al oro? ¹⁸ También decís: “Si alguien jura por el altar, no es nada; pero si alguien jura por la ofrenda que está sobre él, es deudor.” ¹⁹ ¡Necios y ciegos!, porque ¿cuál es mayor, la

ofrenda o el altar que santifica la ofrenda? ²⁰ El que jura por el altar, jura por él y por todo lo que está sobre él; ²¹ y el que jura por el Templo, jura por él y por el que lo habita; ²² y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por aquel que está sentado en él.

Jesús tres veces los llama “ciegos”. Lo irónico es que piensan que pueden ver cosas que otros no ven. Se complacen en complicar la vida para que otros dependan de ellos por completo con el objeto de darles una explicación de lo que es correcto y lo que es incorrecto. Cuando los fariseos y los maestros de la ley desafiaron a Jesús por haber mostrado indiferencia a la distinción que ellos hacían entre lo limpio y lo inmundo, Jesús respondió: “Si el ciego guía al ciego, ambos caerán en el hoyo” (Mateo 15:14).

Jesús ya había abordado la cuestión de los juramentos en el sermón del monte (Mateo 5:33-37). Sus palabras de advertencia reflejan el Segundo Mandamiento. La gente que adquiere una reputación de honestidad e integridad no necesita acudir a Dios para que sea testigo de la verdad y castigue la mentira. Como Jesús permitió que Caifás lo pusiera bajo juramento en Mateo 26:63,64, es claro que Mateo 5:34 no es una prohibición absoluta. Pero lo mejor es abstenerse de hacer juramentos con frecuencia. El domingo de su confirmación y el día de la boda son ocasiones en que es apropiado hacer un juramento, y para la mayoría de nosotros tal vez no haya muchas otras ocasiones.

Cuarto ay: ustedes pagan el diezmo escrupulosamente pero descuidan asuntos más importantes

²³»¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque diezmáis la menta, el anís y el comino, y dejáis lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello. ²⁴¡Guías ciegos, que coláis el mosquito y tragáis el camello!

Los fariseos amaban el dinero. Por esa razón les molestaba tener que pagarle impuestos al César. Pero cuando pagaban los diezmos, no hacían la pregunta moderna: “¿Tengo que calcular el diez por ciento antes o después de los impuestos?” Aún no se había inventado la deducción impuestos de la nómina, no había diferencia entre ingreso bruto e ingreso neto gravable, pero eso no evitaba que tuvieran un laberinto de normas que hacían del diezmo algo mucho más complicado de lo que el Señor quería.

La ley de Moisés estableció el diezmo para mantener a los levitas y a los sacerdotes que no tenían tierra propia (Deuteronomio 14:22-29 y Números 18:21-29). Moisés puso énfasis repetidamente en que la ofrenda del diezmo era motivo de regocijo. Pero los fariseos y los maestros de la ley lo convirtieron en una competencia. Además de diezmar las cosechas que habían plantado, si un eneldo brotaba por sí solo en el jardín, diezmaron lo que producía.

Los fariseos estrictos pasaban el agua potable por un trapo para evitar tragarse un mosquito, la más pequeña de las criaturas inmundas (Levítico 11:41-43). Pero cuando le dedicaban tanto tiempo y esfuerzo a recaudar meticulosamente el diezmo, Jesús dice que es como tragarse un camello, el más grande de los animales inmundos (Levítico 11:4).

Jesús dice que los temas más importantes de la Ley son la justicia, la misericordia y la fidelidad. Eso parece ser una alusión a Miqueas 6:8: “Lo que pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, amar misericordia y humillarte ante tu Dios”. Lo cual no equivale a decir que es malo atender seriamente cada detalle de la Ley. Por el contrario, Jesús dice: “Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello.” La recaudación escrupulosa del diezmo se convierte en un acto de hipocresía cuando está divorciado de la justicia, la misericordia y la fidelidad.

Quinto ay: ustedes limpian la parte de afuera del vaso pero dejan la parte de adentro sucia

²⁵»¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ²⁶ ¡Fariseo ciego!, limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera quede limpio.

Ésta no fue la primera vez que Jesús se enfrentó a ellos en relación con las tradiciones de los ancianos respecto al lavamiento ceremonial (Mateo 15:1-20). En ese momento Jesús declaró que la profecía de Isaías 29:13 se refería a ellos: “Porque este pueblo se acerca a mí con su boca y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado.”

La ley de Moisés establecía que una vasija de barro era inmunda si la parte de adentro había sido tocada por algo inmundo (Levítico 11:33). Pero en su celo por resguardarse, los fariseos ampliaron esta ley incluyendo la parte exterior de la vasija. Sin embargo, lo inmundo no entra en la gente desde afuera; ya es inmunda interiormente. “Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre; pero el comer con las manos sin lavar no contamina al hombre” (Mateo 15:19,20).

Los fariseos no reconocían el problema del pecado original, por eso se consideraban capaces de guardar la Ley. Pero la ley que se esforzaban de cumplir a fuerza de mucho trabajo era sólo una caricatura de la ley de Dios. Todos los lavamientos ceremoniales no limpiaban su corazón, donde estaba la verdadera inmundicia. La avaricia y la indulgencia consigo mismo deben ser ahogadas en las aguas del Santo Bautismo.

Sexto ay: ustedes son como los sepulcros blanqueados, limpios por fuera pero inmundos por dentro

27 »¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. 28 Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad.

Según Números 19:16, todo el que tocara una tumba era ceremonialmente inmundo por una semana. Por eso los judíos adquirieron la costumbre de blanquear las tumbas una vez al año, con frecuencia justo antes de la Pascua. Así era más fácil ver de qué debían alejarse, especialmente en la noche. Por supuesto, nadie quería quedarse sin comer la Pascua (Juan 18:28). Cuando Jesús dijo estas palabras, la Pascua estaba a pocos días, así que es probable que todas las tumbas alrededor de Jerusalén acabaran de ser blanqueadas.

El antiguo padre de la iglesia San Juan Crisóstomo comenta: “Si en verdad alguien abriera la conciencia de cada hombre, encontraría muchos gusanos y mucha corrupción, y un mal olor inexpresable.”

Séptimo ay: vosotros edificáis los sepulcros de los profetas pero compartís las actitudes de vuestros padres, que los mataron, y traerán sobre vosotros el juicio de Dios

29 »¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos, 30 y decís: “Si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no habríamos sido sus cómplices en la sangre de los profetas.” 31 Con esto dais testimonio contra vosotros mismos de que sois hijos de

aquellos que mataron a los profetas.³² ¡Vosotros, pues, colmad la medida de vuestros padres!³³ ¡Serpientes, generación de víboras!, ¿cómo escaparéis de la condenación del infierno?³⁴ Por tanto, yo os envío profetas, sabios y escribas; de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas y perseguiréis de ciudad en ciudad.³⁵ Así recaerá sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel, el justo, hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el Templo y el altar.³⁶ De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación.

³⁷»¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste!³⁸ Vuestra casa os es dejada desierta,³⁹ pues os digo que desde ahora no volveréis a verme hasta que digáis: “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”»

Jesús destaca otra vez la contradicción entre la apariencia externa y la realidad interna. La hipocresía consiste en fingir ser lo que no se es, cubrir el corazón pecaminoso con una capa brillante de respetabilidad. Los maestros de la ley y los fariseos eran grandes actores, mostraban gran veneración por los profetas, pero mientras presentaban un espectáculo a su prójimo, los ojos penetrantes de Dios traspasaban su delgado exterior (vea 1 Samuel 16:7).

Mientras los profetas y los santos están vivos, sus palabras y sus obras se toman a mal o se pasan por alto. A veces sólo estando allí hacen que a los hombres les remuerda la conciencia. Pero una vez que la muerte los ha silenciado y sus huesos yacen descompuestos en la tumba, es mucho más fácil y más cómodo honrarlos. La conmemoración de la muerte de un profeta puede ayudar a aliviar la conciencia de las personas que se negaron a escuchar su mensaje mientras vivía.

El recuerdo de los mártires con frecuencia va acompañado de una visión arrogante y condescendiente del pasado. “Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no habríamos sido sus cómplices en la sangre de los profetas” (alguien puede decir en la actualidad: “Si hubiéramos vivido en los días de los próceres, nunca hubiéramos permitido la institución de la esclavitud”). Pero cuando tratan de desvincularse de su propia historia, Jesús los pone en una línea continua que se remonta hasta cuando Caín asesinó a Abel.

El Antiguo Testamento hebreo no tiene los libros en el mismo orden que nuestro Antiguo Testamento en español, ya que los judíos lo dividían en tres partes: la ley de Moisés, los profetas y los escritos. Así que el primer libro en la Biblia de Jesús era Génesis y el último 2 Crónicas. El asesinato de Abel aparece en Génesis 4 y el de Zacarías hijo de Berequías está en 2 Crónicas 24: 20-22. De manera que Jesús dice: “Cada gota de sangre justa que ha sido derramada sobre la tierra, desde el primer asesinato en el primer libro de la Biblia, hasta el último asesinato en el último libro, seguramente vendrá sobre esta generación.” Sólo dos días más tarde, la gente gritaba: “Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos” (Mateo 27:25).

Por lo general se reconoce que la ira de Dios se derramó sobre esa generación cuando los romanos destruyeron el Templo y la ciudad de Jerusalén sólo 40 años después de la crucifixión de Cristo. Pero la ira de Dios se derramó de manera mucho más profunda sobre un Hombre de esa generación“ Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2). Naturalmente eso incluye a los maestros de la ley y los fariseos contra quienes se dirigía esta serie de ayes. Cuando Jesús oró en la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”, (Lucas 23:34) su oración fue contestada, ¿verdad? La muerte de Jesús como sustituto fue la respuesta a su oración de perdón para sus verdugos. La ira total de Dios descendió en juicio sobre el Calvario. “Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el

madero... Asimismo, Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Pedro 2:24; 3:18).

Al comienzo del evangelio de Mateo se le dice a José que al hijo de María lo llame Jesús, “porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21). Después, cuando vamos a la institución de la Santa Cena, Jesús nos dice: “Mi sangre... es derramada para perdón de los pecados” (Mateo 26:28). Esta conexión entre el derramamiento de sangre y el perdón de pecados era el corazón de los sacrificios del Antiguo Testamento, porque “sin derramamiento de sangre no hay remisión” (Hebreos 9:22). Se hacía sacrificio separando la sangre del cuerpo, porque “la vida de la carne en la sangre está” (Levítico 17:11). Al extraer la vida del cuerpo, el sacerdote mataba el animal y la muerte del animal proclamaba que “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Cada vez que un sacerdote mataba un animal, tanto el sacerdote como el sacrificio eran imágenes proféticas de Cristo.

Cuando Jesús dijo: “¡Vosotros, pues, colmad la medida de vuestros padres!”, anticipó su propia muerte dos días más tarde. Aunque la crucifixión fue el punto culminante del derramamiento de sangre, no fue el final. Jesús continuó: “Yo os envío profetas, sabios y escribas; de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas y perseguiréis de ciudad en ciudad”, e hicieron exactamente eso. Los tribunales judíos menores se reunían en las sinagogas, y sus sentencias de azotes eran normalmente ejecutadas ahí mismo. Y hasta donde sabemos, el único apóstol que tuvo muerte natural fue Juan. Según la tradición histórica, a todos los demás los mataron por predicar el evangelio.

El apóstol Pablo experimentó estas cosas de ambos lados. Confiesa: “Yo encarcelaba y azotaba en todas las sinagogas a los que creían en ti” (Hechos 22:19) antes de su conversión en el camino a Damasco. Después de eso él mismo fue víctima de ese trato cruel: “Cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado” (2

Corintios 11:24,25). Los enemigos del evangelio persiguieron a Pablo repetidas veces de ciudad en ciudad (hechos 14:19; 17:13; 21:27,28; y 24:1). Según la tradición antigua, finalmente fue martirizado en Roma.

Sin embargo, Juan el Bautista y Jesús habían tildado a los fariseos de “generación de víboras” en Mateo 3:7 y 12:34. Esa imagen nos recuerda Génesis 3, donde el demonio apareció en forma de serpiente y le dijo a Eva que comiera del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. La pregunta apremiante que Jesús le hace a esta generación de víboras es: “¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?” Y la respuesta es: el Hombre que está de pie frente a ellos.

Después de la serie de ayes que denuncian a los líderes de los judíos, Jesús dirige su atención al pueblo en general. Su lamento por Jerusalén nos recuerda al profeta Jeremías, que escribió el libro de Lamentaciones sobre la misma ciudad. La profunda emoción de Jesús es evidente en el doble “Jerusalén, Jerusalén”. (También lo escuchamos en Lucas 10:41; 22:31; Mateo 27:46; y Hechos 9:4.)

Las lágrimas de Jesús nos enseñan algo muy importante de nuestro Dios: su amor para nosotros no es codicioso. Desea que Jerusalén sea su novia (Apocalipsis 21:2), y la corteja, la galantea y hace todo lo que puede para ganar su corazón. Anhela que ella quiera casarse con él. Pero si no quiere, él no la obliga, ni se impone, sino que queda impotente y con el corazón roto. Al mundo esto le parece debilidad y necesidad, pero Dios es amor y no forzará a su amada. Su renuencia a recurrir a la coerción cuando ha sido rechazada su búsqueda de amor, es el verdadero poder y sabiduría de Dios (vea 1 Corintios 1:25).

Después de cuatro siglos de espera, Juan el Bautista vino a preparar el camino de Jesús y éste vino al Templo en cumplimiento de la profecía de Malaquías 3:1. Sólo tres años y medio más tarde Jesús dice: “He aquí que vuestra casa os es dejada desierta”, y está a punto de cumplir la profecía de 1 Samuel 4:21 y Ezequiel 10.

Desde luego que hay un primer cumplimiento de esta profecía en la cautividad de Babilonia. Pero en el primer versículo del capítulo siguiente, Mateo dice: “Jesús salió del Templo”. Que nosotros sepamos, nunca regresó. Aún así, este sermón termina con una nota de esperanza. Jesús cita el Salmo 118:26 y anticipa el día cuando todos los creyentes repetirán el himno de la multitud del Domingo de Ramos: “Bendito el que viene en el nombre del Señor.”

Cabalga majestuoso
Tan alto embajador,
Seguido de sus fieles
Del Olivar a Sion.
Las multitudes cantan
Con gozo y con fervor:
¡Hosanna al rey que viene
En nombre del Señor!
Con palmas y con ramos
El pueblo marcha en pos,
Aclámanle los niños,
Rindiendo gloria a Dios.
Las multitudes cantan
Con gozo y con fervor:
¡Hosanna al rey que viene
En nombre del Señor!
Cubrid de mirto y flores
La senda del Señor,
Con corazón y labios
Rendidle adoración.
Cantadle, multitudes,
Con gozo y con fervor:
¡Hosanna al rey que viene
En nombre del Señor! (CC 56:1-3)

***Jesús da señales del final de los tiempos
Todos los edificios del templo serán destruidos***

24 Jesús salió del Templo y, cuando ya se iba, se acercaron sus discípulos para mostrarle los edificios del Templo. ² Respondiendo él, les dijo:

—¿Veis todo esto? De cierto os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derribada.

³ Estando él sentado en el Monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron aparte, diciendo:

—Dinos, ¿cuándo serán estas cosas y qué señal habrá de tu venida y del fin del siglo?

Como los creyentes del Antiguo Testamento, nosotros esperamos que Cristo venga a este mundo. Ellos tuvieron la promesa que les hizo Dios de que vendría a su debido tiempo. Nosotros tenemos la promesa de Dios de que volverá a su debido tiempo. Ellos esperaron más de 4,000 años antes de que Cristo viniera. Solo Dios sabe cuánto tiempo tendremos que esperar. La esperanza de ellos se caracterizó por muchos problemas y tribulaciones, falsas esperanzas, impaciencia, infidelidad, persecución, violencia, derramamiento de sangre y opresión. Jesús aclara que no será diferente para nosotros, los creyentes del Nuevo Testamento.

En los tiempos del Antiguo Testamento la mayoría de las personas se interesaron mucho más en las cosas terrenales que en las celestiales. Así que buscaban lo que querían y no lo que Dios les prometió. Querían un rey terrenal que gobernara sobre la Israel terrenal y le diera mayor majestad y poder del que había tenido bajo David y Salomón. A los propios discípulos de Jesús les afectaron esas falsas ideas y esperanzas.

La gente hoy no es diferente. Estamos, en gran parte, más interesados en las cosas materiales que en las espirituales. Cuando acudimos a Dios, lo hacemos para que nos dé lo que queremos, en

lugar de lo que ha prometido. Los predicadores entusiastas prometen un milenio de paz y prosperidad, con Cristo sentado en un trono terrenal en el templo de Jerusalén reconstruido. Con tan maravillosas expectativas para esta tierra, el anhelo por el cielo disminuye. Y sólo nos engañamos si pensamos que el espíritu de nuestro tiempo no nos afecta. Debemos escuchar lo que Jesús tiene que decir sobre las señales del fin de los tiempos.

Al caer Jerusalén en el año 586 a.C., Nabucodonosor llevó a los judíos a la cautividad en Babilonia. Durante 70 años vivieron en el exilio y el templo de Salomón permaneció en ruinas. Cuando los judíos regresaron a Palestina después del exilio, reconstruyeron el Templo. Más tarde, Herodes el grande lo remodeló ampliamente. Ahora Jesús predice la destrucción de este segundo Templo, junto con la ciudad de Jerusalén en el año 70 d.C. Bajo el mando de Tito la ciudad fue destruida, el Templo fue incendiado y el calor fue tan intenso que derritió el pan de oro con que estaba decorado el techo. Después, los romanos quitaron las piedras para recoger el oro que se había metido entre las grietas. Así se cumplió literalmente la profecía de Jesús sólo 40 años después de su crucifixión: “De cierto os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derribada.”

Según el historiador judío Josefo, el Templo fue construido con piedras blancas, sólidas y relucientes. Algunas tenían 12 metros de largo, 4 de alto y 6 de ancho. En excavaciones arqueológicas que se realizaron en 1968 se descubrieron muchas de estas piedras, que muestran la magnífica vista que ha de haber tenido cuando los discípulos llamaron la atención de Jesús a los edificios del Templo. Era una de las maravillas arquitectónicas del mundo antiguo. Parte de ese edificio todavía estaba en construcción en esa época. Los discípulos no pudieron comprender las palabras de Jesús: “Vuestra casa os es dejada desierta” (Mateo 23:38).

“Desierta” significa “vacía y desolada”. El Templo era un lugar muy activo y congestionado, estaba lleno de peregrinos que

habían ido a celebrar la Pascua. Sin embargo, a pesar de su gloria externa, la verdadera gloria del Templo estaba desapareciendo rápidamente. El Templo había sido construido para glorificar al Dios de Israel y a su Mesías prometido. El Mesías había ido a ese Templo y se vio obligado a describirlo como cueva de ladrones.

Marcos dice que Jesús estaba sentado en el monte de los Olivos “frente al Templo” cuando Pedro, Jacobo, Juan y Andrés le preguntaron: “¿Cuándo serán estas cosas? ¿Y qué señal habrá cuando todas estas cosas hayan de cumplirse?” (Marcos 13:3,4). En el monte de los Olivos ellos estaban a unos 65 metros más de altura que Jerusalén y tenían una vista panorámica de la ciudad, especialmente de las magníficas y relucientes piedras blancas del Templo.

Jesús no les dio una fecha exacta, tampoco les dio una fórmula para que la pudieran calcular. En cambio, les dijo: “Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre” (Mateo 24:36). Ni el Hijo de Dios, en su estado de humillación, sabía el tiempo exacto. Cualquiera que afirme con exactitud cuándo será el fin del mundo obviamente es un falso profeta, y esos falsos profetas aparecen con sorprendente regularidad.

Después de la Pascua, cuando Jesús estaba a punto de ascender a la diestra del Padre, surgió otra vez la pregunta: “Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?” Jesús respondió: “No os toca a vosotros saber los tiempos o las ocasiones que el Padre puso en su sola potestad” (Hechos 1:6,7).

Cuando leemos este capítulo del evangelio de Mateo, nos damos cuenta de que Jesús predice tanto la destrucción de Jerusalén como el último día. Para nosotros es obvio que esos dos sucesos no son simultáneos, pero aparentemente los discípulos supusieron que el Templo permanecería hasta el día del juicio, y por eso formularon la pregunta correspondiente: “¿Cuándo serán estas cosas [la destrucción del templo] y qué señal habrá de tu venida y del fin del siglo?”

Falsos Cristos, guerras, hambres, y terremotos

⁴ Respondiendo Jesús, les dijo:

—Mirad que nadie os engañe, ⁵ porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: “Yo soy el Cristo”, y a muchos engañarán. ⁶ Oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca, pero aún no es el fin. ⁷ Se levantará nación contra nación y reino contra reino; y habrá pestes, hambres y terremotos en diferentes lugares. ⁸ Pero todo esto es sólo principio de dolores.

Los falsos Cristos comenzaron a aparecer antes de la venida de Jesús. Gamaliel dice: “Porque antes de estos días se levantó Teudas, diciendo que era alguien. A éste se unió un número como de cuatrocientos hombres, pero él murió, y todos los que lo obedecían fueron dispersados y reducidos a nada. Después de este, se levantó Judas, el galileo, en los días del censo, y llevó en pos de sí a mucho pueblo. Pereció también él, y todos los que lo obedecían fueron dispersados” (Hechos 5:36,37).

Desde ese tiempo los falsos profetas han seguido apareciendo en oleadas constantes. En los Estados Unidos, en tiempos relativamente recientes, apareció Sun Myung Moon, líder coreano de una secta; Jim Jones, cuyos seguidores se suicidaron masivamente en Jonestown en Guyana; y David Koresh, cuyos seguidores perecieron en llamas en Waco, Texas.

Cuando Jesús habla de guerras y rumores de guerras, pensamos en Irlanda del Norte, el Líbano, Bosnia y Chechenia. El hambre ha hecho estragos en Etiopía y Somalia. Los terremotos han causado daños increíbles en San Francisco (durante la Serie Mundial de 1989), y en Kobe, Japón.

Éstos son sólo algunos de los acontecimientos más recientes que han aparecido en los titulares de los periódicos. Otros no han recibido tanta atención por parte de los medios de comunicación.

Tampoco son estas calamidades exclusivas de nuestra generación; muchos comentaristas han notado que las señales de los tiempos se cumplieron en la primera generación después de Cristo. Los creyentes de todas las épocas y lugares que han tomado a pecho las palabras de Jesús han notado las señales de los tiempos en su propia experiencia. Evidentemente, Jesús quiere que cada generación de su iglesia sienta la urgencia del último día, porque cuando no tenemos la sensación de esa proximidad o inminencia, tendemos a posponer. Nos dedicamos a perseguir ganancias y placeres terrenales y no hacemos del reino de Dios y su justicia nuestra primera prioridad.

El apóstol Pedro predijo que pronto eso iba a ser un problema: “Vendrán burladores , andando según sus propias pasiones y diciendo: ‘¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación’” (2 Pedro 3:3,4).

La respuesta de Jesús a esto es: “Todo esto es sólo principio de dolores”. Cuando una mujer embarazada tiene los primeros dolores de parto, por lo general son relativamente leves e irregulares. Las primeras contracciones pueden ocurrir hasta un mes o antes de que tenga el hijo. Algunas personas llaman a esto “trabajo de parto falso”. Sin embargo, cuando comienza la dilatación como preparación para el nacimiento, los dolores se vuelven más regulares y más intensos. Finalmente entra en “trabajo de parto duro”, y “la mujer, cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz a un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo” (Juan 16:21).

Jesús parece decir que todas estas señales del fin van a ser más frecuentes y más intensas a medida que el mundo se acerque al último día. Aunque creemos que el mundo ahora está en malas condiciones, Jesús nos advierte que se pondrá peor. Pero su propósito no es deprimirnos, nos advierte anticipadamente, para que cuando suceda no estemos tentados a preguntarnos si ha

perdido el control de su mundo. Por eso, en medio de todas estas horrendas predicciones encontramos una promesa: “Porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fueran acortados, nadie sería salvo; pero por causa de los escogidos, *aquellos días serán acortados*” (Mateo 24:21,22). En otras palabras, al dolor de dar a luz le seguirá el gozo de la vida nueva. Empeorará antes de que mejore, pero mejorará.

Persecución, apostasía, falsos profetas, testimonio del evangelio a todas las naciones

⁹»Entonces os entregarán a tribulación, os matarán y seréis odiados por todos por causa de mi nombre. ¹⁰Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se odiarán. ¹¹Muchos falsos profetas se levantarán y engañarán a muchos; ¹²y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. ¹³Pero el que persevere hasta el fin, éste será salvo. ¹⁴Y será predicado este evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin.

Un poco después, Pedro y Juan fueron encarcelados por proclamar el evangelio de Cristo (Hechos 4:1-3). Pronto Esteban fue lapidado debido a su fe cristiana (Hechos 7:57-60) y el apóstol Jacobo fue ejecutado por el rey Herodes por la misma razón (Hechos 12:1,2). Finalmente, todos los apóstoles excepto Juan perdieron su vida como mártires, y muchos otros fieles cristianos murieron de la misma manera. Aún hoy, los que permanecen fieles a toda la palabra de Dios y no quieren comprometer sus convicciones no son populares entre la mayoría en ninguna parte.

El resultado de esas presiones y persecuciones será la apostasía, cuando muchos renunciarán a su fe cristiana en lugar de llevar su cruz. Se nos recuerda la semilla que cayó en pedregales (Mateo 13:20,21). Éste es un asunto en sumo grado

serio, como explica Pedro: “Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su último estado viene a ser peor que el primero. Mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia que, después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado” (2 Pedro 2:20,21).

Jesús predice un futuro glorioso para su iglesia en la tierra. Todo ese alboroto, confusión e iniquidad tendrá a su vez otro efecto maligno: “el amor de muchos se enfriará”. Jesús habla tanto del amor a Dios como del uno por el otro. Sus palabras nos deben hacer reflexionar acerca de cuán pocos jóvenes siguen participando activamente en la iglesia sólo dos o tres años después de la confirmación.

Todos los frutos de la fe se pueden resumir en una sola palabra: amor, según 1 Corintios 13:13. Cuando el amor se enfría, la gente ya no se interesa en el cristianismo. No se oponen con violencia; los domina un espíritu de indiferencia. Lo opuesto al amor no es exactamente el odio, sino la apatía. Es imposible hablarles a las personas que no tienen ninguna energía o emoción por las cosas espirituales.

A pesar de este cuadro oscuro y desanimador, Jesús predice el triunfo final de su iglesia. Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (vea Mateo 16:18). “El que persevere hasta el fin, éste será salvo.” Y no sólo un pequeño remanente sobrevivirá hasta el fin, sino que “será predicado este evangelio del Reino en todo el mundo”. La gran comisión que Jesús encomendó a los once apóstoles se llevará a cabo (Mateo 28:16-20).

Aunque en el mundo puede haber unos cuantos lugares donde el evangelio no se proclame hoy, no podemos señalar con certeza a una nación de la tierra y decir que el testimonio del evangelio nunca la ha alcanzado. Con el don divino de las telecomunicaciones modernas, el evangelio no se puede excluir por completo aun de las naciones cuyos líderes se han declarado

abiertamente ateos. Pero la promesa que hace Jesús de que su evangelio será predicado a todas las naciones antes de que él vuelva, con toda seguridad no tuvo el propósito de informarnos algo que nos ayude a calcular la fecha del fin. Más bien es un recordatorio de lo que debe ser nuestra principal ocupación mientras este mundo permanezca. Cuando proclamamos “el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15), estamos “esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios” (2 Pedro 3:12). El mensaje que Jesús nos ha dado para proclamar es el mismo que él predicó: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 4:17).

Por eso oremos juntos con Martín Lutero:

Rogamos al buen Consolador
Nos conceda gracia, fe y fervor;
Él nos dé su ayuda, su mano fuerte
Nos ampare en la angustia y la muerte.
Ten piedad Señor.
Amor sin par, danos tu favor,
Llénanos de fervoroso amor,
Para que hermanado tu pueblo entero
Marche en paz por el mismo sendero.
Ten piedad, Señor. (CC 95:1,3)

La abominación que causa desolación

¹⁵»Por tanto, cuando veáis en el Lugar santo la abominación desoladora de la que habló el profeta Daniel — el que lee, entienda—, ¹⁶ entonces los que estén en Judea, huyan a los montes. ¹⁷ El que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa; ¹⁸ y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su capa. ¹⁹ Pero ¡ay de las que estén encinta y de las que críen en aquellos días! ²⁰ Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado, ²¹ porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. ²² Y si

aquellos días no fueran acortados, nadie sería salvo; pero por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados.

²³ »Entonces, si alguno os dice: “Mirad, aquí está el Cristo”, o “Mirad, allí está”, no lo creáis, ²⁴ porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si es posible, aun a los escogidos. ²⁵ Ya os lo he dicho antes.

Hasta aquí las señales que Jesús nos ha dado son generales. Ahora se centra en Judea y Jerusalén. Pero aunque describe sucesos que rodean la destrucción de Jerusalén, da invaluable instrucción para los creyentes que esperan el último día. Podemos decir que describe primero la “gran tribulación” y después el “gran engaño”.

Hay por lo menos tres pasajes del libro de Daniel que Jesús parece tener en mente: 9:27, 11:31, y 12:11. Parece que un cumplimiento preliminar de esta profecía ocurrió en el año 168 a.C. cuando Antíoco IV Epífanes construyó un altar a Zeus, un dios pagano, en el Templo en Jerusalén. Ahora Jesús dice que la profecía de Daniel también señala una profanación similar del Templo que precederá a la destrucción de Jerusalén. Algunos comentaristas piensan que eso sucedió cuando el emperador romano Calígula trató de poner su propia estatua en el Templo, una orden que afortunadamente nunca se llevó a cabo. Parece haber una relación entre las palabras de Jesús aquí y la predicción que hace en otro momento: “Pero cuando veáis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado” (Lucas 21:20). Esto sucedió cuando Tito y sus legiones romanas destruyeron Jerusalén en el año 70 d.C. y así su casa quedó desierta (Mateo 23:38).

Sin embargo, la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C. no agotó la profecía de Daniel. Del mismo modo que este capítulo del evangelio de Mateo, Daniel señala tanto la caída de la ciudad como el último día. La ciudad de Jerusalén y el Templo son imágenes proféticas de la iglesia. Y así como la abominación que

causa desolación se estableció en el Templo, también el Anticristo “se sienta en el templo de Dios” (2 Tesalonicenses 2:4).

En los Artículos de Esmalcalda, Martín Lutero no dudó en decir: “El papa es el verdadero Anticristo” (Parte II, Artículo IV, párrafo 10). Hoy, a pesar de sus votos de ordenación, muchos pastores luteranos se sienten incómodos con ese lenguaje directo, lo catalogan de “tradicción luterana” o “juicio histórico”. Pero lo que con frecuencia se pasa por alto es el hecho de que, para Lutero, para el apóstol Pablo y para Jesús, la aparición del Anticristo es una señal del fin. La amenaza del mahometismo turco y los estragos de la plaga despertaron en Lutero la esperanza viva de la inminencia del último día. Quizás nuestra moderna indecisión de estar de acuerdo con su confesión es una medida de nuestra falta de sentido de la urgencia acerca del fin.

El Anticristo no es simplemente un tirano político o militar, sino una figura en la iglesia que “se opone y se levanta” (2 Tesalonicenses 2:4) al contrario de la advertencia de Jesús: “Cualquiera que se enaltece será humillado” (Lucas 14:11). Por tanto él es “anti” Cristo en el sentido latino de la palabra *anti*; está en contra de Cristo. Pablo dice: “El cual se opone... todo lo que se llama Dios...” (2 Tesalonicenses 2:4). Pero la palabra griega *anti* también lo caracteriza; se pone “en lugar de” Cristo, o “en sustitución por” Cristo. Se levanta “contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Tesalonicenses 2:4).

Decir que el papa es el Anticristo *no* quiere decir que todos los católicos romanos van al infierno. Si el Anticristo papal se sienta en el templo de Dios, la iglesia cristiana, entonces hay verdaderos creyentes en la Iglesia Católica Romana, a pesar de los errores y apostasías del papado. Somos salvos por la gracia de Dios, mediante la fe en Cristo. La afiliación confesional no es sinónima ni sustituto de la fe en Jesucristo. Al mismo tiempo, no queremos tomar a la ligera el tema de la afiliación confesional. Mateo 7:15-23 nos advierte de la amenaza que la falsa enseñanza siempre le pone a nuestra fe.

El consejo que les dio Jesús a los que vivían en Judea: “huyan a los montes”, fue tomado literalmente por los cristianos que huyeron a Pella, una ciudad situada en las montañas de Trasjordania, muy poco tiempo antes de la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C.

Cuando Jesús advierte al que está en la azotea que no baje para tomar nada de su casa, refleja el hecho de que la casa típica en Jerusalén tenía un techo plano al que se llegaba por una escalera externa. Era costumbre subir allí para refrescarse en la noche. Así que si la destrucción venía de repente sobre la ciudad, el que bajara a la casa para rescatar algo de sus pertenencias antes de huir podía terminar apresado o aplastado. Lo mismo pasa con el que esté trabajando en el campo; si vuelve rápidamente a la casa por su capa, puede perder la libertad o la vida. Recordamos las instrucciones apremiantes que los dos ángeles les dieron a Lot y a su familia cuando huían de Sodoma y las consecuencias para la esposa de Lot cuando desobedeció (Génesis 19:15-17,26).

La nieve y el hielo no fueron las razones por las que Jesús les dijo a los discípulos que oraran para que su huida no fuera en invierno. En Judea el invierno era la época en la que las lluvias fuertes hacían crecer las corrientes de agua y a menudo era imposible cruzar. Por supuesto, el peligro se multiplicaba para las mujeres embarazadas y los niños pequeños.

Como se suponía que el sábado era día de descanso, para el judío consciente “el camino de un sábado” era aproximadamente un kilómetro. La distancia del monte de los Olivos a Jerusalén se llama “camino de un sábado” (Hechos 1:12). Si tenían que huir para salvar su vida en un sábado, esa restricción probablemente no los detendría. Pero una vez que la huida hubiera pasado, las conciencias más sensibles se podrían perturbar por lo que habían hecho.

En esos tiempos de tensión y dolor, las personas tienden a ser especialmente vulnerables a los engaños de los falsos profetas. Cuando un hombre con una personalidad carismática viene y

promete sacarlo a usted de su situación desesperada, puede ser tentador escucharlo. Pero Jesús nos advierte que cuando algo suena muy bueno para ser verdad, podemos estar seguros de que no es verdad. Algunos podrán “hacer grandes señales y prodigios”. Algunos curanderos pueden ayudar a algunas personas, pero no deje que lo engañen. Si dicen: “Mirad, aquí está el Cristo” o “Mirad, allí está”, no lo crea.

Lea la profecía de Pablo sobre la venida del Anticristo: “El advenimiento de este impío, que es obra de Satanás, ira acompañado de hechos poderosos, señales y falsos milagros, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean en la mentira” (2 Tesalonicenses 2:9-11). Cuando en la Versión Popular dice “milagros falsos”, parece implicar que no son verdaderos milagros, pero también sería posible traducirlo como “milagros engañosos” y eso se acomodaría muy bien al texto. Así como Satanás “se disfraza de ángel de luz” (2 Corintios 11:14), también su profeta, el Anticristo, hace grandes señales y maravillas para engañar a la gente (Mateo 24:24). Eso concuerda perfectamente con la advertencia que Jesús nos hace al final del sermón del monte (Mateo 7:21-23).

La buena noticia es que “el Señor matará con el espíritu de su boca” (2 Tesalonicenses 2:8), que también se puede traducir como “el aliento de su boca”. Nos damos cuenta que hay estrecha conexión entre el aliento de Jesús y el Espíritu Santo en la primera noche de la Pascua cuando “sopló, y les dijo: ‘Recibid el Espíritu Santo’” (Juan 20:22). Eso concuerda con lo que Jesús dijo antes: “El Espíritu es el que da vida... las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Juan 6:63). Por lo tanto el Espíritu Santo, que obra con las palabras de Jesús y por medio de ellas, destruirá al Anticristo (Apocalipsis 19:20).

Cristo aparecerá en todo el mundo al mismo tiempo

²⁶ Así que, si os dicen: “Mirad, está en el desierto”, no salgáis; o “Mirad, está en los aposentos”, no lo creáis, ²⁷ porque igual que el relámpago sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del hombre. ²⁸ Dondequiera que esté el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas.

Los rollos del mar Muerto fueron evidentemente escondidos por una comunidad que se retiró al desierto. Pensaban que sabían algo que otras personas no sabían. De la misma manera, las sociedades y logias secretas que se reúnen a puerta cerrada afirman que tienen un conocimiento esotérico que no está al alcance de todos, pero Jesús dice que no nos debemos desviar por invitaciones entusiastas de personas que hagan esas afirmaciones. Pueden promocionar la emoción del descubrimiento, pero las personas más entusiastas usualmente no son las más confiables. Las personas que muestran más celo con frecuencia no son las más espirituales.

Cuando Jesús vuelva, usted no tendrá que ir a ningún lugar para verlo. Cristo aparecerá a todo el mundo al mismo tiempo, según Apocalipsis 1:7. Será tan claro para nosotros como es un animal muerto para una bandada de buitres. No les toma mucho tiempo notar un animal muerto. En realidad, comienzan normalmente a volar en círculos antes de que la presa muera. Esa ilustración sugiere otro modo de entender el dicho proverbial: el regreso de Cristo será tan fácil de ver como una bandada de buitres que vuela en círculo sobre su próxima comida. De todas maneras es una imagen macabra que pudo haber sido escogida para destacar la muerte que le espera a este mundo como consecuencia de los falsos profetas sobre los que Jesús nos advierte.

Señales en los cielos

²⁹»Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo y las potencias de los cielos serán conmovidas. ³⁰ Entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo, y todas las tribus de la tierra harán lamentación cuando vean al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. ³¹ Enviará sus ángeles con gran voz de trompeta y juntarán a sus escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro

Jesús combina dos pasajes del libro de Isaías (13:10 y 34:4). Lo que describe no son acontecimientos naturales, como eclipses o meteoros que caen en la atmósfera, sino la disolución del universo cuando él regrese el último día.

El sermón de Jesús acerca de las señales del fin se originó en la pregunta de los discípulos: “¿Qué señal habrá de tu venida?” (Mateo 24:3). Jesús les había dado una lista de señales, pero hasta ahora no había empleado la palabra “señal”. Por último, al llegar al final del sermón, Jesús menciona que su venida será la señal. “Aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo”, la misma señal a la que se refirió durante su juicio ante el sanedrín (Mateo 26:64).

Cristo aparecerá con sus ángeles, que reunirán a los elegidos en su reino celestial (Mateo 13:39-42,49,50;16:27; y 25:31). La “gran voz de trompeta” nos recuerda la conocida descripción que hace Pablo del último día: “El Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo” (1 Tesalonicenses 4:16).

La lección de la higuera

³²»De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. ³³ Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas. ³⁴ De cierto os digo que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca. ³⁵ El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Casi todos los árboles de Palestina son de hojas perennes, pero el almendro y la higuera sí pierden las hojas durante las fuertes lluvias del invierno. Las hojas del almendro vuelven a salir al comienzo de la primavera, pero a la higuera le salen al final. Por lo tanto, se mira a la higuera para saber si el verano está cerca. Y como el verano es la estación para recoger la mayor parte de la cosecha, y la cosecha se usa como símbolo del último día (Mateo 13:30,39; Apocalipsis 14:14-20), aquí la higuera ofrece una parábola perfecta para Jesús.

Hay diferencia entre las señales que menciona Jesús y lo que ellas señalan. Jesús dice: “Cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca”. La pregunta es: ¿qué “está cerca”? ¿la destrucción de Jerusalén o el último día? El siguiente versículo facilita la elección, ya que la generación que escuchó este sermón no pasó hasta después de la destrucción de Jerusalén.

Pero la nota al pie de la página de la Nueva Versión Internacional en inglés da otra posibilidad, sugiriendo una traducción alterna.¹ Quizás Jesús quiso decir: “Esta raza no morirá hasta que todo se haya cumplido.” El pueblo judío sobrevivirá hasta el último día. Desde esta perspectiva, el fracaso de la “solución final” de Hitler fue pre-ordenada.

Cuando Jesús asegura la permanencia eterna de “mis palabras”, afirma claramente y sin ambigüedad que es Dios (Isaías 40:8). En el sermón del monte, Jesús dice: “De cierto os digo que antes que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la Ley, hasta que todo se haya cumplido” (Mateo 5:18), lo que

se puede entender como que la Ley acabará en el último día. Pero en contraste con la Ley, Jesús dice: “Mis palabras no pasarán”.

Hacia el final de la II Guerra Mundial, el centro de Varsovia estaba prácticamente destruido. En la calle principal sólo el almacén de un edificio permanecía en pie. Muchos polacos devotos lo consideraron como un santuario, era la sede muy deteriorada de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera. En la única pared que permanecía en pie se podían leer desde la calle estas palabras: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.”

El día del juicio vendrá repentina e inesperadamente

³⁶»Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre. ³⁷ Pero como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre, ³⁸ pues como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, ³⁹ y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del hombre. ⁴⁰ Entonces estarán dos en el campo: uno será tomado y el otro será dejado. ⁴¹ Dos mujeres estarán moliendo en un molino: una será tomada y la otra será dejada.

⁴²»Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor. ⁴³ Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera a qué hora el ladrón habría de venir, velaría y no lo dejaría entrar en su casa. ⁴⁴ Por tanto, también vosotros estad preparados, porque el Hijo del hombre vendrá a la hora que no pensáis.

Después de haber afirmado su divinidad en el versículo anterior, ahora Jesús afirma su humanidad. Aunque sus palabras no pasarán, no sabe cuándo vendrá el último día. El misterio del Dios hombre sobrepasa todo entendimiento. Jesús es quien

regresará el último día, pero no sabe cuándo será ese día. Otra vez se pone en nuestro lugar, porque nosotros tampoco lo sabemos. En lugar de tratar de calcular cuándo sucederá, Jesús nos exhorta a estar preparados.

Pedro escuchó este sermón y las palabras de Jesús le debieron causar una impresión perdurable; las mismas comparaciones aparecen en la descripción que hace Pedro del último día: será como el diluvio y vendrá como un ladrón (vea 2 Pedro 3:6-10).

La diferencia entre el diluvio y el último día es que Dios usó agua la primera vez, pero al final usará fuego. Es interesante que cuando Juan el Bautista hace el contraste entre él y Jesús, dice: “Yo a la verdad os bautizo en agua, pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Lucas 3:16).

Jesús dice que las gentes que perecieron en el diluvio “no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos”. Pero por supuesto no fue porque no se les hubiera advertido. Primero, el Señor les dio 120 años de gracia entre el momento en que determinó enviar el diluvio y el día en que comenzó a llover (Génesis 6:3). Por entonces, la construcción del arca debió llamar la atención, la gente se debió preguntar por qué Noé estaba construyendo un barco tan grande, especialmente al no vivir cerca de un lugar con agua suficiente para que flotara. Era un tema natural para iniciar una conversación. Nosotros sabemos que Noé fue “pregonero de justicia” (2 Pedro 2:5). Por lo general, Dios le advierte a la gente antes de derramar su ira sobre ellos. Nosotros pasemos por alto usualmente la advertencia y cuando su juicio descende nos toma por sorpresa. Por eso, desde nuestro punto de vista, el último día vendrá como ladrón.

Trabajen fielmente mientras esperan el regreso de Cristo

⁴⁵»¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo?

⁴⁶ Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, lo halle haciendo así. ⁴⁷ De cierto os digo que sobre todos sus bienes lo pondrá. ⁴⁸ Pero si aquel siervo malo dice en su corazón: “Mi señor tarda en venir”, ⁴⁹ y comienza a golpear a sus consiervos, y aun a comer y a beber con los borrachos, ⁵⁰ vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, ⁵¹ y lo castigará duramente y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes.

Este sermón iba dirigido ante todo a los discípulos. Así que no sorprende que muchos comentaristas consideraran que esta parábola iba dirigida a los ministros de la iglesia, casi como un sermón de ordenación. Dice que la manera de estar listos para el último día no es fijarse en el firmamento, sino alimentar a los que Dios ha puesto a su cuidado. Podemos pensar en la distribución diaria de la comida, que se convirtió en un trabajo tan grande que les fue encomendado a los siete diáconos (Hechos 6:1-6). La administración de la Santa Cena debe ser una parte de esta imagen y podemos pensar en el encargo que Jesús le hizo a Pedro: “Apacienta mis ovejas” (Juan 21:17).

Sin embargo, la aplicación de esta parábola no se debe restringir a los ministros ordenados. Jesús les dice a todos los cristianos que la manera apropiada de estar preparados para el último día es llevar a cabo fielmente la responsabilidad que Dios les ha dado: alimente a su familia. Pablo lo expresa muy claramente: “Si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo” (1 Timoteo 5:8).

Los que tenemos el beneficio de unos 2,000 años de retrospectiva podemos ver una clave en las palabras “Mi señor tarda en venir”. ¿Acaso da a entender Jesús un largo intervalo entre su primera y segunda venida? (Hay expresiones similares en Mateo 25:5,19.) Quizás la clave fue muy sutil para que los

discípulos no la vieran y así mantuvieran un buen sentido de urgencia. Nosotros, que podemos ver la implicación, no nos debemos atrever a permitir que nos adormezca en la satisfacción de nosotros mismos. Ha pasado suficiente tiempo para que se cumpla la profecía de esta parábola. Si abusamos de su paciencia, nos arriesgamos a que nos corten en pedazos y nos manden a un lugar con los hipócritas, donde será el eterno lloro y crujiir de dientes.

En la versión 1928 del *Book of Common Prayer* hay una “Oración por la gracia” que expresa elocuentemente el punto de esta parábola: “Graba en nuestro corazón tal temor de tus juicios, y tal gratitud por tu bondad hacia nosotros, que nos hagan temer y avergonzarnos por ofenderte. Y, sobre todo, mantén en nuestra mente un recuerdo vivo de ese gran día, en el que debemos dar estricta cuenta de nuestros pensamientos, palabras y obras a aquel a quien tú has puesto como juez de los vivos y de los muertos, tu Hijo, Jesucristo nuestro Señor. Amén.”

La parábola de las diez vírgenes

25 »Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al novio. ² Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas. ³ Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite; ⁴ pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. ⁵ Como el novio tardaba, cabecearon todas y se durmieron. ⁶ Y a la medianoche se oyó un clamor: “¡Aquí viene el novio, salid a recibirlo!” ⁷ Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas. ⁸ Y las insensatas dijeron a las prudentes: “Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.” ⁹ Pero las prudentes respondieron diciendo: “Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden y comprad para vosotras

mismas.”¹⁰ Pero mientras ellas iban a comprar, llegó el novio; y las que estaban preparadas entraron con él a la boda, y se cerró la puerta.¹¹ Después llegaron también las otras vírgenes, diciendo: “¡Señor, señor, ábrenos!”¹² Pero él, respondiendo, dijo: “De cierto os digo que no os conozco.”¹³ Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del hombre ha de venir

Cada vez que oramos el Credo Apostólico, decimos: “Ha de venir a juzgar...” Hay dos acontecimientos distintos en esa frase: vendrá y juzgará. Una manera de ver la relación entre Mateo 24 y Mateo 25 es ver su venida en el capítulo 24 y el juicio final en el 25. Primero, Jesús nos da las señales que debemos buscar y así podemos estar listos para su regreso. Después, separa a las vírgenes prudentes de las necias, a los siervos fieles de los infieles, a las ovejas de las cabras.

Juan el Bautista había dicho previamente que Jesús es el novio y que él era el padrino (Juan 3:27-30). Esta imagen se construyó con el lenguaje de los profetas del Antiguo Testamento (Isaías 54:5; 62:1-5; Jeremías 3:14,20; 31:32; Ezequiel 16:32; Oseas 1:2,3; 2:2,7,16; y Cantar de los Cantares); Jesús también usó esta imagen en Mateo 9:15 y 22:1-14. Tampoco debemos pasar por alto el hecho de que Jesús hizo su primer milagro en la boda de Caná (Juan 2:1-11). Todo lo cual enriquece la lectura de Efesios 5:21-33.

El contraste entre las insensatas y las prudentes nos recuerda la referencia a los constructores prudentes e imprudentes al final del sermón del monte (Mateo 7:24-27). En ambos casos, si tomamos a los prudentes como los creyentes, y a los necios como los incrédulos, no comprendemos. Jesús le está predicando a su iglesia; les advierte a los necios “que se vuelvan prudentes”. Es una variación de la parábola del sembrador, en donde Jesús nos advierte de los peligros del demonio (Mateo 13:19), la persecución (Mateo 13:21) y la codicia (Mateo 13:22).

La imagen que viene a la mente cuando oímos que tomaron sus lámparas probablemente no es muy precisa. Las lámparas pequeñas de barro eran por lo general adecuadas para usarse dentro de la casa. En una procesión al aire libre, las “lámparas” hubieran sido más bien antorchas. Un palo largo con trapos empapados de aceite en la parte superior daría bastante luz, pero el aceite se tenía que reponer cada 15 minutos. Cuando las vírgenes prudentes prepararon sus lámparas, cortaron los extremos carbonizados de los trapos encendidos.

La falta de las vírgenes insensatas al no llevar aceite de reserva, implica que no pensaron que iban a esperar tanto tiempo la llegada del novio. Sin quitar nada del énfasis anterior en la urgencia de estar listos para el último día, Jesús nos muestra ahora la otra cara de la moneda. La conversión se debe acompañar de una fiel perseverancia. Llegar a la fe no le beneficiará si no permanece fiel hasta el fin (Mateo 24:13). O, en la imagen de una parábola anterior: no es suficiente aceptar la invitación a la fiesta de bodas; también es necesario usar los vestidos de bodas (Mateo 22:11-14).

¿Qué es el aceite? ¿Es el Espíritu Santo? ¿Es la fe? ¿Una vida de buenas obras? Varios comentaristas han defendido cada posibilidad. Por un lado, es difícil decir que la fe o el Espíritu Santo se pueden comprar y vender; pero por otro lado, Jesús usa imágenes semejantes en las parábolas del tesoro escondido en el campo y en la perla de gran precio (Mateo 13:44-46). Si el aceite es una vida de buenas obras, hay relación con el juicio que se pronuncia al final de este capítulo (Mateo 25:40,45). Puede ser que el error sea suponer que nos debemos concentrar en una de las posibilidades mencionadas y excluir las otras.

La costumbre del Antiguo Testamento de ungir a reyes, sacerdotes y profetas con aceite de oliva desde luego sugiere una relación entre el aceite y el Espíritu Santo. Y la obra del Espíritu Santo la resume magistralmente Martín Lutero en la explicación del Tercer Artículo: él nos *llama* a la fe por el evangelio, nos *congrega* en su santa iglesia, nos *ilumina* con sus dones

espirituales, nos *santifica* para una vida de buenas obras y nos *guarda* en la verdadera fe hasta el fin. ¿No nos hacen todas estas cosas en conjunto “prudentes” más bien que “insensatos”?

Algunos detalles de esta parábola no son de la vida real. Primero, no se menciona a la novia, y la costumbre judía era que las damas de honor atendieran a la novia y no al novio. La tardanza era inusual en esas ocasiones. Tampoco era común negarse a admitir a los que llegaban tarde a la fiesta de bodas. Pero hemos visto antes que Jesús usa elementos irreales en sus parábolas para llamar la atención y hacer entender lo que dice (ver la parábola de los trabajadores en la viña, Mateo 20:1-16; y la parábola de los labradores malvados, Mateo 21:33-41).

“A la medianoche se oyó un clamor: ‘¡Aquí viene el novio, salid a recibirlo!’” Ésta fue la inspiración para el magnífico himno de Philipp Nicolai:

“¡Despertad! A todos llama
 Del guarda fiel la gran proclama:
 ¡Despierta, pueblo de David!
 Ya la media noche suena,
 Venid a la celeste cena:
 Prudentes vírgenes, salid.
 Al regio esposo ved,
 La lámpara encended.
 ¡Aleluya! Presto acudid al adalid;
 Con júbilo a sus bodas id.”

(CC: 4:1)

Las vírgenes insensatas regresan demasiado tarde. La doble exclamación de “¡Señor, señor!” está llena de la misma emoción que notamos en el lamento de Jesús: “Oh Jerusalén, Jerusalén...” (Mateo 23:37). Ellas ilustran la advertencia que hace Jesús al final del sermón del monte: “No todo el que me dice: ‘¡Señor, Señor!’, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: ‘Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos

milagros?’. Entonces les declararé: ‘Nunca os conocí. ¡Apartaos de mí, hacedores de maldad!’” (Mateo 7:21-23).

Parábola de los talentos

¹⁴»El reino de los cielos es como un hombre que, yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. ¹⁵A uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos. ¹⁶El que recibió cinco talentos fue y negoció con ellos, y ganó otros cinco talentos. ¹⁷Asimismo el que recibió dos, ganó también otros dos. ¹⁸Pero el que recibió uno hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor.

¹⁹»Después de mucho tiempo regresó el señor de aquellos siervos y arregló cuentas con ellos. ²⁰Se acercó el que había recibido cinco talentos y trajo otros cinco talentos, diciendo: “Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros cinco talentos sobre ellos.” ²¹Su señor le dijo: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu señor.” ²²Se acercó también el que había recibido dos talentos y dijo: “Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos.” ²³Su señor le dijo: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu señor.” ²⁴Pero acercándose también el que había recibido un talento, dijo: “Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; ²⁵por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo.” ²⁶Respondiendo su señor, le dijo: “Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré y que recojo donde no esparcí. ²⁷Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros y, al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses. ²⁸Quitadle, pues, el talento y dadlo al que tiene diez talentos, ²⁹porque al que tiene, le será dado y tendrá más; y al que no tiene, aun lo

que tiene le será quitado. ³⁰ Y al siervo inútil echadlo en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujiir de dientes.”

No es difícil ver que Jesús les dice a los discípulos que los dejará dentro de poco tiempo. Sufrirá, morirá, resucitará y ascenderá a los cielos. Pero eso no significa que la obra de su reino se detendrá en este mundo. No, más bien les dará a los discípulos todo lo que necesitan para seguir en esa obra.

El cumplimiento sobresaliente de esa promesa vino el día de Pentecostés, cuando el Señor que ya había ascendido a los cielos envió al Espíritu Santo sobre sus discípulos en Jerusalén. De ese modo les dio el entendimiento necesario de la palabra de Dios y de todo el plan de salvación de Dios, así como la fortaleza para proclamar ese mensaje hasta los confines de la tierra.

Sin embargo, eso fue sólo el principio. Jesús sigue y seguirá hasta el fin del tiempo dándoles a todos los creyentes todo lo que necesitan para llevar a cabo la obra que quiere que hagan en su reino.

Los talentos que nuestro ascendido Señor reparte a todos los creyentes nunca son exactamente los mismos para dos individuos (1 Corintios 12:4-11). Pero un don es necesario: la fe. Todos debemos confesar con Martín Lutero: “Creo que por mi propia razón o elección no puedo creer en Jesucristo, mi Señor, ni acercarme a él.” El apóstol Pablo insiste en que la fe no es algo que ganamos, es don de Dios (Efesios 2:8,9). Y sin ese don no podemos seguir adelante, porque “sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11:6). Pero los dones o talentos que se añaden a la fe son infinitos en número y en variedad.

El “talento” se usó primero como unidad de peso (unos 37 kilos) y luego como moneda, que es como Jesús la emplea en esta parábola. Cuando usamos el término para designar una habilidad o una destreza, el significado se deriva de ésta parábola. Los talentos que Jesús nos da incluyen las habilidades intelectuales y físicas con las que nacemos y las que desarrollamos al madurar. Nuestros talentos incluyen las posesiones materiales que llegan

legítimamente a nuestras manos. Esos talentos incluyen las muchas oportunidades que Dios nos da para servir a él y a nuestro prójimo.

Al considerar que el talento, como Jesús emplea el término, es dinero, sorprende lo poco que se aplica esta parábola a la mayordomía del dinero. La aplicamos rápidamente a nuestras destrezas y habilidades y aun a nuestro tiempo, pero con seguridad Jesús aquí también tuvo algo que decir respecto a cómo empleamos el dinero. No es sólo el dinero que ponemos en la ofrenda el domingo lo que le interesa a Jesús; el dinero que invertimos en alimentos y recreación es también parte de la mayordomía cristiana. Ya sea que uno haya recibido cinco talentos, dos o uno, Dios quiere fidelidad.

El Señor reparte los talentos a “cada uno conforme a su capacidad”, dando a cada quien los dones precisos. En cada caso da la perfecta combinación de habilidades, talentos, responsabilidades y oportunidades, de modo que todos podamos ser útiles para él en su reino.

A veces pensamos que es una sincera modestia y humildad lo que nos hace negarnos a ser útiles en algo en particular para Dios y su reino. Decimos: “No puedo, no conozco suficientemente las Escrituras. Que alguien más sirva en el consejo de la iglesia. Que alguien más enseñe en la escuela dominical.” Una cosa es ser humilde y modesto, otra cosa es mostrar falsa modestia como excusa para la pereza, el egoísmo o la indiferencia. Podemos confiar en que Dios nos dará la sabiduría y el valor necesarios para seguir con confianza y hacer la obra que nos ha encomendado.

Note que el Señor pronuncia el mismo veredicto sobre los dos siervos que duplicaron los talentos que les confió: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu señor.” Habían sido fieles con sus respectivos talentos y eso era todo lo que su señor les pidió. Son alabados por su fidelidad más que por sus logros.

Jesús tuvo una razón para considerar infiel al siervo que tenía sólo un talento. Si hubiera sido uno de los siervos con más talentos,

estaríamos muy dispuestos a decir: “¡Qué pena! ¡Es terrible que una persona tan grandemente bendecida sea tan desagradecida con Dios! Pero, por supuesto, mis dones no son muchos ni muy grandes, de manera que el Señor no puede esperar mucho de mí.”

La mayoría de nosotros se ubicaría en la categoría del siervo que recibió un solo talento. Ése puede ser el lugar al que pertenezcamos la mayoría. Pero por supuesto no es excusa para ser infieles con el talento que Dios nos ha dado. No servirá de nada decir: “No puedo hacer mucho; así que está bien si no hago nada, porque en realidad no importa.”

Puede ser cierto que la obra del reino de Dios se hará sin el apoyo de los que tienen medios y talentos muy limitados. Sin embargo, nos debemos dar cuenta de que Dios nos llama a servirle con nuestros talentos, no porque no pueda seguir sin nuestra ayuda, sino porque el servicio fiel a él es de gran valor para quienes lo hacen. Como dijo Jesús en otra ocasión: “Más bienaventurado es dar que recibir” (Hechos 20:35).

Un talento que no se usa no se puede conservar por mucho tiempo, como un músculo que no se usa, gradualmente se atrofia. En el reino de Dios, un talento que no se usa se confisca y se le da a otro. Dios tendrá cuidado de que su obra se haga y venga su reino. Si somos negligentes o indiferentes ante las oportunidades que Dios nos da para servirle en su reino, sin duda él le dará esas oportunidades a otro.

La explicación del Padrenuestro de Martín Lutero en el Catecismo Menor lo dice muy bien: “En verdad, el reino de Dios viene por sí mismo sin necesidad de nuestra oración, pero en esta petición suplicamos que venga también a nosotros.” Y “La buena y misericordiosa voluntad de Dios se hace, en verdad, sin necesidad de nuestra oración, mas en esta petición suplicamos que se haga también entre nosotros.” No podemos detener a Dios, no podemos impedir que haga su obra misericordiosa en nuestro mundo. Pero nos podemos privar de la bendita oportunidad de ser partícipes en esa obra. ¡Líbranos de hacer esto, amado Padre celestial!”

Jesús describe “las ovejas y los cabritos” del día del juicio

³¹»Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, ³² y serán reunidas delante de él todas las naciones; entonces apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. ³³ Y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. ³⁴ Entonces el Rey dirá a los de su derecha: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo, ³⁵ porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me recogisteis; ³⁶ estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y fuisteis a verme.” ³⁷ Entonces los justos le responderán diciendo: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? ³⁸ ¿Y cuándo te vimos forastero y te recogimos, o desnudo y te vestimos? ³⁹ ¿O cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?” ⁴⁰ Respondiendo el Rey, les dirá: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.”

⁴¹»Entonces dirá también a los de la izquierda: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles, ⁴² porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; ⁴³ fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis.” ⁴⁴ Entonces también ellos le responderán diciendo: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo o en la cárcel, y no te servimos?” ⁴⁵ Entonces les responderá diciendo: “De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis.” ⁴⁶ Irán estos al castigo eterno y los justos a la vida eterna.

Con esta magnífica imagen del juicio final, el ministerio de enseñanza de Jesús llega a su fin. El primer versículo del próximo capítulo es el quinto de los cinco puntos en los que Mateo dice: “Cuando acabó Jesús todas estas palabras...” (Mateo 7:28; 11:1; 13:53; y 19:1 son las otras cuatro). Ésta es la culminación gloriosa de la predicación de nuestro Salvador y Mateo es el único que escribe esto para nosotros.

Esta escena del juicio nos hace recordar la visión que tuvo Daniel del Anciano de días, sentado en su trono glorioso. “Miraba yo en la visión de la noche, y vi que con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre; vino hasta el Anciano de días, y lo hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará; y su reino es uno que nunca será destruido” (Daniel 7:13,14).

La gloria del Hijo del hombre se menciona dos veces en el versículo 31. Eso anticipa la oración sacerdotal de Jesús: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo esté, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; pues me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Juan 17:24). La gloria del Hijo del hombre aumenta con la aparición de “todos los santos ángeles con él”. ¿Cuántos ángeles supone usted que hay? Dos días más tarde, Jesús dijo en Getsemaní: “¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?” (Mateo 26:53). Una legión romana se suponía que estaba formada por 6,000 soldados.

Por muy grande que sea el número de ángeles, los seres humanos los pueden superar en número cuando sea “reunidas delante de él todas las naciones”. Cada ser humano que haya vivido o llegue a vivir, va a estar presente, no hay excusas ni excepciones. Esto asombra la imaginación. “Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados” (Daniel 12:2). ¡Piense en lo que sería estar en el Cementerio Nacional de Arlington cuando Jesús regrese!

La separación de las vírgenes prudentes de las insensatas y los siervos fieles de los infieles se compara ahora a la separación que un pastor hace entre las ovejas y los cabritos. Un pastor puede notar fácilmente la diferencia entre una oveja y un cabrito. Por lo tanto, en el último día, será fácil para Jesús terminar la tarea que no les permitió a sus discípulos en Mateo 13:28-30. Después del versículo 33, la imagen de las ovejas y los cabritos desaparece.

Para la iglesia, éste es el día de la boda. Nuestro novio celestial ha preparado un lugar en la casa de su Padre y ahora regresa para reclamar a su novia. La jubilosa celebración incluirá un banquete donde nos sentaremos a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob (Mateo 8:11), es la cena de las bodas del Cordero (Apocalipsis 19:9). La Santa Cena ha sido una prueba anticipada de esta cena (Mateo 26:29). Pero para las vírgenes insensatas y para los siervos infieles, éste es el día del gran divorcio.

Todo el énfasis del juicio consiste en que algunos son salvos y otros no. Este tema ha sido presentado constantemente en todo el ministerio de enseñanza de Jesús. Aunque vivimos en una época que aprecia mucho la diversidad y la tolerancia, la triste verdad es que no todas las personas serán salvas, algunas irán al infierno. Dios “quiere que todos los hombres sean salvos” (1 Timoteo 2:4), pero la enseñanza de Jesús pone en claro que Dios no obtendrá todo lo que quiere. El propósito original de Dios al crear el infierno no fue preparar un lugar para los pecadores. No, el infierno fue “preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41). Sin embargo, los cabritos que están a la izquierda del Rey se unirán al diablo y a sus ángeles en las llamas eternas (tal vez eso explica por qué la cabeza del macho cabrío se ha convertido en símbolo satánico).

Hasta aquí Jesús ha hablado en lenguaje figurado. Traer aceite para tener encendidas las lámparas y usar fielmente los talentos que nos han sido confiados son imágenes susceptibles de interpretaciones divergentes. Pero ahora Jesús habla de alimentar a los hambrientos, ser hospitalarios con los foráneos, vestir a los

desnudos, visitar a los enfermos y a los presos. Este sermón es muy específico, concreto y preciso. Jesús nos dice qué hacer y lo importante que es hacerlo.

No hay nada sensacional o espectacular en cuanto a la actividad que el Rey alaba. San Juan Crisóstomo notó que el Juez no dice: “estuve enfermo y me sanaste”, o “estuve en prisión y me liberaste”. No son grandes milagros sino pequeños actos de misericordia y bondad. Prácticamente cada cristiano es capaz de hacer esas obras.

No hay nada sensacional o espectacular en la inactividad que el Rey condena. No se mencionan asesinatos, violaciones ni blasfemias. Son las cosas simples y ordinarias que dejaron de hacer las que los condenan. Porque “en cuanto no lo hicisteis a uno de éstos más pequeños, tampoco *a mí* lo hicisteis”.

Sería un error sacar la conclusión de que somos salvos por nuestras buenas obras. Muchos pasajes de la Biblia ponen en claro que somos salvos sólo por la gracia de Dios, sólo mediante la fe en Cristo. Pero los que han recibido la gracia de Dios llegan a ser misericordiosos. Aquellos a quienes se les ha dado el don de la fe llegan a ser files. O como dice Jesús en las Bienaventuranzas: “Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia” (Mateo 5:7).

Nuestra conciencia es testigo de que el veredicto del Rey es misericordioso. Cubre todos nuestros pecados de omisión con un silencio misericordioso. No hemos alimentado a cada mendigo que hemos encontrado, no siempre hemos sido generosos, hospitalarios y humanitarios, lo cual él nos atribuye serlo. Sólo recuerda los pocos actos de misericordia que hemos hecho. En efecto, recuerda cosas que hemos olvidado: “¿Cuándo te vimos...?”

Cristo recuerda cada acto de bondad, porque se identifica con los pobres y los necesitados. “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis.”

A estar conmigo ven,
Vive Tú en mí;
Y cada día haré
Algo por Ti:
Al pobre algún favor,
Curar algún dolor:
Y así mostrar tu amor...
Algo por Ti. (CC 259:3)

Los que no han nacido seguramente deben ser contados entre “estos mis hermanos más pequeños”. Y cuando Cristo dice: “Dad como yo os he dado a vosotros”, uno de los dones básicos que nos da es por supuesto la vida. A los de la derecha, el Rey les dice: “Venid, benditos de mi Padre, porque fui feto y me permitisteis nacer”. La pregunta que Jesús les hace a los que exigen el “derecho” a abortar es la misma que le hizo a Saulo de Tarso: “¿Por qué me persigues?” (Hechos 9:4).

Jesús dice: “Venid, benditos de mi Padre”. El Creador primero bendijo a Adán y a Eva (Génesis 1:28). Después del diluvio bendijo a Noé y a sus hijos (Génesis 9:1). Luego prometió bendecir a Abraham y, a través de su Simiente, a todas las naciones de la tierra (Génesis 12:2,3 y 22:17,18). El Señor le dijo a Aarón que bendijera a los hijos de Israel cuando se reunieran para adorar (Números 6:22-27). Elisabet, que estaba embarazada, saludó a la virgen María que también estaba embarazada con estas palabras: “¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!” (Lucas 1:42). Y el Domingo de Ramos la multitud cantó: “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!” (Mateo 21:9). Todo eso llega aquí a su celestial culminación: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación el mundo”.

OCTAVA PARTE
Jesús sufre, muere y resucita
(26:1-28:20)

Los principales sacerdotes y los ancianos conspiran contra Jesús

26 Cuando acabó Jesús todas estas palabras, dijo a sus discípulos: ²«Sabéis que dentro de dos días se celebra la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado.»

³Entonces los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo se reunieron en el patio del sumo sacerdote, llamado Caifás, ⁴y se confabularon para prender con engaño a Jesús, y matarlo. ⁵Pero decían: «No durante la fiesta, para que no se haga alboroto en el pueblo.»

El martes de la Semana Santa por fin terminaba. Fue un largo día de predicación, enseñanza y confrontación con los adversarios. Ahora Jesús quería que los discípulos supieran que él sabía lo que iba a pasar después. Jesús no se estaba sometiendo a circunstancias más allá de su control. No iba a morir en la cruz como víctima indefensa de la injusticia del hombre, sino cumpliendo todas las exigencias de la justicia de Dios. Él lo había predicho antes en Mateo 16:21; 17:22,23; y 20:18,19, pero ahora, además de contarles a sus discípulos lo que iba a suceder, les dijo cuándo. “Dentro de dos días se celebra la Pascua.” La noche del jueves iba a ser entregado para ser crucificado.

Mateo demuestra un sentido del humor, o por lo menos de ironía. Después de que Jesús anunció que lo iban a entregar para ser crucificado en la Pascua, Caifás y su corte determinaron que no debía morir durante la fiesta. Entonces ¿cuándo murió? Durante la fiesta, exactamente como Jesús predijo. Los principales sacerdotes y los ancianos pudieron pensar que tenían todo bajo

control, pero eran instrumentos en las manos de aquel contra quien conspiraban (Salmo 2). Sin que lo supieran y contra la voluntad de ellos, Dios en verdad usó sus hechos malvados para llevar a cabo su plan de redención. Eso no excusa su pecado, pero la muerte de Cristo hizo expiación aun por el crimen más vergonzoso de esos miembros del sanedrín.

Hay una ironía más en el hecho de que los conspiradores contra Jesús eran los dirigentes religiosos de los judíos. Quienes debían ser sus más devotos seguidores eran sus enemigos más depravados y sedientos de sangre. Hacía mucho tiempo habían decidido que Jesús era una seria amenaza a su autoridad y una influencia sobre el pueblo. Y como sus repetidos intentos para desacreditarlo habían sido completamente infructuosos, finalmente decidieron que debía morir (Juan 11:45-53).

No querían matar a Jesús durante la fiesta porque tenían miedo de que pudieran ocurrir disturbios entre la gente que admiraba a Jesús. Se estima que en esa época Jerusalén tenía una población de entre 20,000 y 50,000, pero varios cientos de miles de peregrinos irían a Jerusalén a celebrar la Pascua. Era una situación volátil y los disturbios no eran raros.

Muchos admiraban a Jesús porque lo había impresionado su poderosa predicación y habían visto u oído sus imponentes milagros. Incluso los dirigentes del pueblo no podían negar que Jesús hacía milagros. Sin embargo, a pesar de la abrumadora evidencia de que Jesús hablaba y actuaba con autoridad divina, en su obstinación no se quisieron convencer; estaban decididos a hacerlo callar. Pero no sólo no quisieron creer en él, tampoco quisieron que otros creyeran. Preferían lanzarse a la condenación eterna antes de admitir que se habían equivocado. Todos sabían que Jesús había denunciado la hipocresía de ellos en términos claros (Mateo 23).

Odiaban a Jesús porque lo había llamado al arrepentimiento en lugar de alabarlos. Se relacionó con cobradores de impuestos y pecadores en lugar de identificarse con el sanedrín. En su odio, no dudaron en recurrir a la traición y al asesinato. Ya no era asunto

de bien o mal. Si hubieran tenido evidencia de que Jesús era culpable de algún crimen y era verdaderamente digno de muerte, hubieran considerado la acusación en una reunión pública regular de todo el sanedrín. Pero tuvieron una reunión privada en el palacio del sumo sacerdote porque necesitaban quebrarse la cabeza con el objeto de encontrar una excusa para arrestar a Jesús y matarlo. Y aunque ya habían conspirado por adelantado, todavía buscaban testigos falsos que testificaran contra Jesús después de que el juicio hubiera comenzado (Mateo 26:59).

Esos hombres eran los líderes religiosos de los judíos, aún así todo lo que la Pascua significaba para ellos era que la afluencia de la gente podría hacer que fuera un tiempo arriesgado para matar a Jesús. No veían el significado de la muerte del cordero pascual. Les preocupaba permanecer ceremonialmente limpios para que pudieran comer la Pascua (Juan 18:28), pero nunca se les ocurrió que el pecado de asesinato premeditado los haría indignos de comerla. Aun entre ellos trataron de justificar su conspiración en términos de “seguridad nacional” (Juan 11:50), pero sus motivos egoístas eran obvios.

Jesús es ungido en Betania

⁶ Estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, ⁷ se le acercó una mujer con un vaso de alabastro de perfume muy costoso, y lo derramó sobre la cabeza de él, que estaba sentado a la mesa. ⁸ Al ver esto, los discípulos se enojaron y dijeron:

—¿Para qué este desperdicio?, ⁹ pues esto podía haberse vendido a buen precio y haberse dado a los pobres.

¹⁰ Al darse cuenta Jesús, les dijo:

—¿Por qué molestáis a esta mujer? Lo que ha hecho conmigo es una buena obra, ¹¹ porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis, ¹² pues al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura. ¹³ De cierto os

digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella.

Los cuatro evangelios mencionan la historia de una mujer que ungió a Jesús. Parece que Marcos 14:1-9 y Juan 12:1-11 son versiones ligeramente diferentes del suceso que Mateo escribe aquí, mientras que la unción que se describe en Lucas 7:36-50 es un acontecimiento completamente diferente, que tuvo lugar antes en el ministerio público de Jesús.

Ésta es la única ocasión en la que se menciona a Simón el leproso, así que no sabemos mucho de él. Pero parece razonable suponer que si vivía en una casa, e invitó a personas que no tenían lepra a comer con él, antes debió ser leproso. Tal vez Jesús lo sanó de la lepra, y eso lo pudo haber convertido en una celebridad en el pequeño pueblo de Betania.

Betania era también el hogar de María, Marta y Lázaro. Juan cuenta que la mujer que ungió a Jesús fue María. Debido a que el perfume con que ungió a Jesús era muy costoso, nos da la impresión de que María, Marta y Lázaro pudieron ser ricos.

El frasco de alabastro era muy probablemente un envase cerrado con cuello largo. Pudo haber contenido perfume para una sola aplicación. De manera que se debía romper el cuello para verter el perfume. Marcos y Juan nos cuentan que el perfume era “nardo puro”, que se extraía de la raíz de una planta que se cultivaba en la India. ¡No es extraño que fuera tan costoso!

Mateo y Marcos dicen que María ungió la cabeza de Jesús. Juan dice: “ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume”. Es evidente que vertió perfume en la cabeza y en los pies. Al ungir la cabeza, lo estaba honrando (Salmo 23:5); al ungir los pies, se estaba humillando de la misma forma que Jesús se había humillado cuando lavó los pies de los discípulos (Juan 13:1-17). En ese tiempo, una mujer respetable (especialmente una mujer rica) no hubiera dejado su cabello suelto en público, pero María quiso soltar su cabello y

hacer el trabajo de una esclava para Jesús. Cuando terminó, se levantó y caminó por la casa, y el perfume que estaba en su cabeza esparció la fragancia por toda la casa. Marta estaba sirviendo la comida (Juan 12:2) y María muy bien pudo haber estado ayudándole.

Mateo confiesa su culpabilidad cuando dice que los discípulos de Jesús se opusieron a lo que María hizo. Juan señala particularmente a Judas Iscariote. Puede ser que en esta ocasión Judas (y no Pedro) sirvió de portavoz de los doce. Mateo admite que todos estaban pensando lo mismo que Judas estaba diciendo en voz alta. O por lo menos estuvieron de acuerdo con Judas después de escuchar lo que dijo. La indignación de ellos puede reflejar el hecho de que era costumbre dar limosna a los pobres con motivo de la celebración de la Pascua.

Sin embargo, Juan dice que a Judas en realidad no le interesaban los pobres; era un ladrón que tomaba del dinero que se suponía era para ayudarlos (Juan 12:6). Nunca se nos dice cómo llegó Judas a ser el tesorero de los doce. Al considerar que Mateo debió tener alguna experiencia en el manejo del dinero durante el tiempo que trabajó como cobrador de impuestos, parecería lógico que él hubiera sido el elegido para el trabajo. Aunque pudo ser que sus antecedentes como cobrador de impuestos fueran un motivo para que al principio los otros no confiaran en él. Tal vez Judas se ofreció para realizar el trabajo.

Por lo menos, los discípulos eran culpables de tener malos modales. Jesús se debió haber sentido avergonzado; los reprendió y defendió a María diciendo: “Lo que ha hecho conmigo es una buena obra”. La palabra griega que se traduce como “buena” significa que era estéticamente agradable y en lo moral digno de alabanza lo que María hizo. No podemos decir con seguridad que María no se dio cuenta de que estaba ungiendo a Jesús para su sepultura. Las mejores obras son las que hacemos sin darnos cuenta qué tan buenas son. Puede ser que María comenzó a entender el significado de lo que había hecho cuando escuchó a Jesús explicándoles esto a sus discípulos.

Jesús dice: “Lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura.” Eso implica que Jesús ya sabía que no habría suficiente tiempo para ungir su cuerpo antes de la puesta del sol el Viernes Santo. Los soldados romanos desde luego no se preocuparían por darle una sepultura judía apropiada a un hombre condenado a morir como un criminal. Aunque Nicodemo y José de Arimatea hicieron lo mejor que pudieron (Juan 19:38-42), las mujeres sentían la necesidad de terminar el trabajo el domingo por la mañana (Lucas 23:55–24:1). Por supuesto, cuando llegaron a la tumba, Jesús ya había resucitado. Por lo tanto, fue una buena obra la que María hizo anticipadamente, la cual no se podría hacer más tarde.

También es notable que Jesús ya podía ver que el evangelio iba a ser “predicado en todo el mundo”. Ésta es desde luego una alusión a la gran comisión que les iba a dar a los once (Mateo 28:16-20). Pero cuando consideramos que Judea estaba en el extremo del Imperio Romano y que los sucesos de Jerusalén no eran noticia en Roma, debió haber parecido absurdo que el humilde acto de bondad de María llegara a formar parte de la proclamación mundial de la iglesia. Sin embargo, hoy hay muchos cristianos que no conocen los nombres de los césares romanos, pero si saben que María ungió a Jesús para su sepultura poco tiempo antes de que fuera crucificado.

Judas consiente en traicionar a Jesús

¹⁴ Entonces uno de los doce, que se llamaba Judas Iscariote, fue a los principales sacerdotes ¹⁵ y les dijo: «¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré?»

Ellos le asignaron treinta piezas de plata. ¹⁶ Desde entonces buscaba oportunidad para entregarlo.

Dos de los doce se llamaban Judas. Judas el hijo de Jacobo era conocido también como Tadeo (o como “Judas no el Iscariote” en Juan 14:22). El nombre “Iscariote” significa “hombre de

Queriot”. Había en Judá un pueblo llamado Queriot Hezrón, también conocido como Hazor, y se describe como uno de los pueblos al extremo sur de Judá en el Neguev hacia la frontera con Edom (Josué 15:21). Si ése era el pueblo natal de Judas, pudo haber sido el único de los doce oriundo de Judá, ya que los otros eran galileos.

El consentimiento de Judas para traicionar a Jesús está en contraste total con la actitud de María, que acababa de ungirlo para su sepultura. La codicia impulsó a Judas a objetar diciendo que el perfume se debió vender, porque si le hubieran confiado el dinero para distribuirlo a los pobres, hubiera podido tomar una parte. Y la codicia fue por lo menos uno de los motivos por los que acudió a los principales sacerdotes. Podemos especular sobre otros motivos que Judas pudo tener para hacerlo, pero la única evidencia concreta que tenemos son las 30 piezas de plata.

Lucas 22:3,4 dice que Satanás entró en Judas y lo impulsó a ir a los principales sacerdotes. Juan 13:27 dice que Satanás entró en Judas cuando recibió el pan que Jesús había mojado. La codicia abre la puerta para que Satanás entre en nuestro corazón. Tal vez el apóstol Pablo pensaba en Judas cuando dijo: “Pero los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas que hunden a los hombres en destrucción y perdición, porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe y fueron atormentados con muchos dolores” (1 Timoteo 6:9,10).

La pregunta que surge con frecuencia: “¿Tenía Judas otra opción?” Jesús dice que se tenía que cumplir la profecía del Salmo 41:9: “Aun el hombre de mi paz (‘mi mejor amigo’ – NVI), en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó el pie contra mí” (vea Juan 13:18). Incluso el precio de la traición había sido profetizado: “Yo les dije: ‘Si os parece bien, dadme mi salario; y si no, dejadlo’. Entonces pesaron mi salario: treinta piezas de plata. Jehová me dijo: ‘Échalo al tesoro. ¡Hermoso precio con que me han apreciado!’ Tomé entonces las treinta piezas de plata y las eché en el tesoro de la casa de Jehová” (Zacarías 11:12,13). Pedro dice

que también se cumplieron en Judas las profecías del Salmo 69:25: “Sea su palacio desolado”, y del Salmo 109:8: “Sean pocos sus días, tome otro su oficio” (vea Hechos 1:15-20). Si los Salmos fueron escritos mil años antes del nacimiento de Judas, ¿en realidad qué opción tuvo? Cuando hacemos esa pregunta, comenzamos a ahondar en misterios que son muy profundos para nosotros. Pero lo que podemos decir es que la soberanía de Dios no elimina la responsabilidad humana. Judas no era un robot, hizo lo que quiso sin sentir ninguna presión externa para hacerlo. Fue a los principales sacerdotes y se ofreció para traicionar a Jesús, de la misma manera que cuando Caifás profetizó la muerte de Cristo sin darse cuenta del significado completo de sus palabras (Juan 11:49-52).

Jesús identifica a Judas como el traidor

¹⁷ El primer día de la fiesta de los Panes sin levadura, se acercaron los discípulos a Jesús, diciéndole:

—¿Dónde quieres que preparemos para que comas la Pascua?

¹⁸ Él dijo:

—Id a la ciudad, a cierto hombre, y decidle: “El Maestro dice: ‘Mi tiempo está cerca; en tu casa celebraré la Pascua con mis discípulos.’”

¹⁹ Los discípulos hicieron como Jesús les mandó y prepararon la Pascua.

²⁰ Cuando cayó la noche se sentó a la mesa con los doce. ²¹ Y mientras comían, dijo:

—De cierto os digo que uno de vosotros me va a entregar.

²² Entristecidos en gran manera, comenzó cada uno de ellos a preguntarle:

—¿Soy yo, Señor?

²³ Entonces él, respondiendo, dijo:

—El que mete la mano conmigo en el plato, ése me va a entregar. ²⁴ A la verdad el Hijo del hombre va, tal como está

escrito de él, pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido.

²⁵ Entonces, respondiendo Judas, el que lo iba a entregar, dijo:

—¿Soy yo, Maestro?

Le dijo:

—Tú lo has dicho.

Marcos incluye una frase que no tiene Mateo, para informarnos que el primer día de la fiesta de los Panes sin levadura era “cuando sacrificaban el cordero de la Pascua” (Marcos 14:12; vea Éxodo 12:6). Eso significa que cuando los discípulos fueron a hacer los preparativos para la cena de la Pascua, tuvieron que comprar un cordero y degollarlo. Mientras veían salir la sangre del cordero, tuvieron un anticipo de lo que le iba a pasar el día siguiente a Jesús.

El 14 de Nisán se llamaba el día de preparación de la Pascua. Para los judíos el día terminaba a la puesta del sol y no a la media noche. Así que cuando se comía la comida de Pascua después de la puesta del sol el 14 de Nisán, en teoría ya era el 15 de Nisán. La fiesta de los Panes sin levadura duraba siete días, desde el 15 hasta el 21 de Nisán (Levítico 23:5,6). De manera que no hay duda de que Jesús usó pan sin levadura cuando instituyó la Santa Cena del Señor.

Jesús no pide permiso para comer la Pascua con sus discípulos en el aposento alto. Envía a los discípulos a informar al propietario de la casa lo que piensa hacer. Da por sentado que no habrá objeción. “De Jehová es la tierra y su plenitud” (Salmo 24:1). Se nos recuerda cómo envió a los discípulos a tomar prestado el asno que quería montar el Domingo de Ramos (Mateo 21:1-3).

Esa noche, mientras comían juntos la comida de la Pascua, Jesús dijo: “De cierto os digo que uno de vosotros me va a entregar”. Aunque ninguno de los otros once discípulos sabía del

trato que Judas ya había hecho con los principales sacerdotes, Jesús sí lo sabía y lo dijo a todos para darle a Judas una oportunidad de arrepentirse. Es significativo que Jesús no señaló a Judas de inmediato; si se pone a una persona en evidencia inesperadamente y frente a sus amigos, es más probable que se disguste en lugar de que se arrepienta. Por eso Jesús dice: “Ve y repréndelo estando tú y él solos” (Mateo 18:15).

Al hacer un anuncio general en lugar de una acusación específica contra Judas, Jesús también invitaba a los otros a examinar su corazón. Y dio resultado. Se pusieron muy tristes. Uno por uno se preguntaron: “¿Soy yo, Señor?” Aunque no tenían la intención de traicionar a Jesús, no estaban preparados a negar que algo así pudiera pasar. La amonestación del apóstol Pablo cabe también aquí: “El que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12).

Las Escrituras ase tenían que cumplir: el Hijo del hombre tenía que ser traicionado. Nadie ni nada lo podía cambiar. No obstante, eso no mitiga la traición de Judas. Jesús dice: “¡Ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre es entregado!” “Ay” es la palabra que Jesús usó para maldecir a los fariseos y a los maestros de la ley en Mateo 23:13-36. Se dice que cada hombre tiene su precio; por 30 piezas de plata, Judas abandonó su posición como uno de los 12 hombres más privilegiados en la historia del mundo. Cuando negoció el trato, pensó que le estaban pagando bien, pero al realizarse el trato, pagó un precio terrible. Cuando se dio cuenta de su pecado tan grande, se desesperó de la misericordia de Dios en lugar de arrepentirse. Terminó con su vida con un trozo de soga. Y Jesús dice: “¡Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido!”

Es difícil comprender hoy lo que significaba en el tiempo de Jesús comer en compañía de otra persona, porque en algunos países se ha perdido el sentido del compañerismo de la mesa. No había restaurantes a donde ir a comer, el compañerismo de la mesa se realizaba en el hogar, usualmente en un ambiente de intimidad. La invitación para compartir una comida no era casual, por eso los

fariseos se escandalizaron de que Jesús comiera con cobradores de impuestos y prostitutas (Mateo 9:11). En la cultura árabe actual, se da por sentado que comer con otra persona equivale a decir: “Soy tu amigo y nunca te haré daño”. Todo eso contribuyó al estado de ánimo del momento en que Jesús dijo: “El que mete la mano conmigo en el plato, ése me va a entregar.” Ese compañerismo de la mesa hizo del acto de Judas tanto más despreciable.

Por el relato de Mateo sería fácil tener la impresión de que todos los que estaban en el aposento entendieron el mensaje cuando Jesús le dijo a Judas: “Tú lo has dicho”. Sin embargo Juan nos dice: “Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió por qué le dijo esto. Algunos pensaban, puesto que Judas tenía la bolsa, que Jesús le decía: ‘Compra lo que necesitamos para la fiesta’; o que diera algo a los pobres” (Juan 13:28,29). Tal vez Jesús le habló a Judas en voz baja; parece que todavía trataba de no avergonzarlo, con la esperanza de que aún se pudiera arrepentir. Pero la siguiente vez que vieron a Judas, estaba dirigiendo una gran multitud armada con espadas y palos en el huerto de Getsemaní para arrestar a Jesús. Los once debieron haberse sorprendido.

Jesús instituye la santa cena

²⁶ Mientras comían, tomó Jesús el pan, lo bendijo, lo partió y dio a sus discípulos, diciendo:

—Tomad, comed; esto es mi cuerpo.

²⁷ Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo:

—Bebed de ella todos, ²⁸ porque esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para perdón de los pecados. ²⁹ Os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre. ³⁰ Después de haber cantado el himno, salieron al Monte de los Olivos.

Los discípulos no vieron que ocurriera un milagro en el aposento alto la noche del Jueves Santo como nosotros tampoco vemos que se realice un milagro cuando recibimos la Santa Cena en la iglesia. Jesús les dio a los discípulos pan y vino para comer y beber; al darles el pan, no tuvo que decirles: “Aquí hay pan para que coman”, ellos sabían eso muy bien; pero no sabían y no podían saber que junto con ese pan estaban recibiendo el verdadero cuerpo de Cristo, el mismo cuerpo nacido de la virgen María, el mismo cuerpo que iba a ser dado a la muerte en el Calvario al día siguiente. Por eso Jesús tuvo que decirles: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo.”

Después tomó la copa y la pasó a sus discípulos. No tuvo que decirles: “Aquí hay vino para que beban”, ellos lo sabían muy bien, pero no sabían y no podían saber que también les estaba dando su verdadera sangre para que la bebieran, la misma sangre que iba a ser derramada al día siguiente. Por eso Jesús les dijo: “Esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para perdón de los pecados.”

Nos gusta decir: “ver para creer”, pero si no escuchamos a Jesús, vamos a estar ciegos. Podríamos poner el pan en el microscopio y hacerle todo tipo de pruebas de laboratorio, pero nunca podremos ver o imaginar que el verdadero cuerpo de Cristo se nos da junto con el pan de la santa cena. La única manera de saberlo es escuchando a Jesús. “La fe es por el oír” (Romanos 10:17).

No podemos explicar cómo tomó lugar la presencia real cuando Jesús instituyó el sacramento; tampoco podemos entender cómo se realiza cada vez que recibimos el sacramento, pero las palabras de Jesús son completamente claras. Mientras comemos el pan y tomamos el vino, al mismo tiempo, de manera sobrenatural que no podemos comprender, también comemos y bebemos el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesús.

Sin embargo, ¿qué beneficio da el comer y beber el cuerpo y la sangre de Cristo? Jesús dice: “porque esto es mi sangre del

nuevo pacto *que por muchos es derramada para perdón de los pecados*". Se toman en consideración varios pasajes relacionados. Antes de que Jesús naciera, el ángel le dijo a José: "Y pondrás por nombre Jesús, porque *él salvará a su pueblo de sus pecados*" (Mateo 1:21). Pero el ángel no especificó cómo iba a hacer esto. Ahora Jesús finalmente explica que su sangre será derramada para remisión de los pecados. Ése era desde luego el mensaje del cordero pascual y de todos los otros sacrificios de sangre del Antiguo Testamento. Pero tomó tiempo para que los discípulos vieran la relación. Y el punto central en que todas estas cosas convergen es el sacramento. Una vez que se dan cuenta, pueden volver a leer el Antiguo Testamento con nueva visión y aprecio. Y entonces es posible escribir la epístola a los Hebreos.

Entonces, ¿qué beneficio da esto? El sacramento no sólo conecta el derramamiento de sangre con el perdón de los pecados, también hace la conexión entre el Salvador y el pecador. La salvación que Jesús compró con su santa y preciosa sangre, su sufrimiento y su muerte inocente, se distribuye a cada pecador en el sacramento. Martín Lutero insiste sabiamente en que las palabras claves son "por vosotros".

La palabra predicada se puede evadir o poner en duda. "Puedo ver cómo Dios perdonaría a otros, pero se me hace difícil creer que realmente me perdonaría a mí." Pero en el sacramento Jesús le da a usted a comer y a beber su verdadero cuerpo y su verdadera sangre, el verdadero precio de compra de su redención. Entonces usted no lo puede evadir, él le dice individual y personalmente: "Toma, come; esto es mi cuerpo dado *por ti*. Toma, bebe; esto es mi sangre, que es derramada *por ti* para remisión de los pecados."

No fue por accidente que Jesús quiso instituir la Santa Cena mientras él y los discípulos comían juntos la cena de Pascua. La Pascua se remonta a través de los siglos a la noche grande y terrible en Egipto cuando todo primogénito de los egipcios murió y comenzó el éxodo de los israelitas. Pero la Pascua también miraba

hacia el día grande y terrible cuando el Hijo del hombre iba a derramar su sangre para protegernos de la plaga de la muerte eterna que arruina nuestro mundo.

Como la Pascua, la Santa Cena dirige nuestra atención al pasado y al futuro. Miramos hacia atrás al Gólgota y hacia adelante al cielo. La liturgia nos recuerda que “nuestro Señor Jesucristo, la noche en que fue entregado, tomó pan...” Y aunque lo hacemos en su memoria, él nos promete: “No beberé más de este fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre.”

En el Padrenuestro le decimos a nuestro Padre que está en los cielos: “Venga a nos tu reino”. Conscientemente o no, oramos por el día en el que Cristo beberá del fruto de la vid con nosotros de nueva manera, y por supuesto él escucha nuestra oración. Una respuesta preliminar a la Segunda Petición se nos da cuando participamos en la Santa Cena. Jesús estableció el reino de su Padre mediante su muerte en la cruz. Jesús prometió: “Yo estoy con vosotros todos los días” (Mateo 28:20). De manera que él viene a nosotros y también el reino de su Padre, cuando nos alimenta con su cuerpo y nos da a beber su sangre para la remisión de los pecados. La Santa Cena es una pequeña prueba del cielo que ya disfrutamos aquí en la tierra.

Lo último que Jesús y los once hicieron antes de salir del aposento alto fue cantar un himno. La costumbre corriente era cantar los Salmos 115–118. Si tiene tiempo ahora mismo, encontrará que vale la pena leer completamente estos cuatro salmos mientras piensa en cómo concuerdan con la Pascua, con la Santa Cena y con los acontecimientos del Viernes Santo.

Jesús predice la negación de Pedro

³¹ Entonces Jesús les dijo:

—Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche, pues escrito está: “Heriré al pastor y las ovejas del rebaño serán

dispersadas.”³² Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea.

³³ Respondiendo Pedro, le dijo:

—Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré.

³⁴ Jesús le dijo:

—De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces.

³⁵ Pedro le dijo:

**—Aunque tenga que morir contigo, no te negaré.
Y todos los discípulos dijeron lo mismo.**

Mientras caminaban por la ciudad, fuera de la puerta de la ciudad, bajando al valle del Cedrón, atravesando la quebrada Cedrón y subiendo del monte de los Olivos a Getsemaní, Jesús les siguió hablando a los once; citó la profecía de Zacarías 13:7 y la aplicó a él mismo y a sus discípulos. Iba a morir en menos de 24 horas.

Cuando Jesús fue arrestado en Getsemaní varias horas después, “entonces todos los discípulos, dejándolo, huyeron” (Mateo 26:56). En un sentido fue bueno que lo hicieran, ya que no sólo era necesario que se cumplieran las Escrituras; Jesús les dijo a los hombres que fueron a arrestarlo: “Pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos” (Juan 18:8). Además, Jesús tenía que sufrir y morir solo, los discípulos no lo podían ayudar a llevar el peso del pecado del mundo. Si hubieran tomado una posición heroica con Jesús y hubieran sufrido y muerto con él, nos podríamos engañar creyendo que ellos tuvieron participación en la expiación. Simplemente no hubiera sido lo mismo si los soldados romanos hubieran crucificado a los once con Jesús el Viernes Santo.

No tomó mucho tiempo para que algunos de ellos se encontraran de nuevo. Pedro y Juan fueron juntos al palacio del sumo sacerdote para ver qué pasaba con Jesús. Pero evidentemente luego se separaron de nuevo, después de la tercera negación de

Pedro, porque Juan estaba junto a la cruz pero hasta donde sabemos, Pedro no estaba ahí. Sin embargo, diez de los once estaban reunidos a puerta cerrada el domingo cuando Jesús se les apareció. Y aunque Tomás no estaba, lo pudieron encontrar y le contaron que habían visto al Señor resucitado.

“Divide y vencerás” es una vieja táctica, y da resultado. Jesús sabía que Satanás sacaría ventaja del hecho de que los discípulos estaban separados unos de otros. Satanás quería zandar a Pedro como a trigo (Lucas 22:31). Por lo tanto, Jesús trató de prevenirlo: “Esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces”. Pedro tuvo todo el valor y las mejores intenciones mientras los otros diez discípulos lo rodeaban, y ellos también repitieron sus valientes palabras. Pero, desde luego, la predicción de Jesús se cumplió. Y como Jesús sabía todo lo que iba a suceder, es claro que esta advertencia no era sólo un intento desesperado de evitar lo inevitable. No, Jesús estaba inculcando un pensamiento en la memoria de Pedro que le iba a servir muy bien. Porque aunque parecía que se había olvidado de la advertencia de Jesús, cuando se dirigió al patio del sumo sacerdote, el canto del gallo sacudió su memoria y lo hizo verter amargas lágrimas de arrepentimiento.

En esto hay más de una lección para nosotros; por supuesto podemos aprender algo sobre la humildad ante las palabras de Jesús y el arrepentimiento. También nos debe impresionar lo valioso que es estar reunidos con otros creyentes, nos necesitamos unos a otros especialmente ante el deseo de Satanás de dividir y vencer; oímos otra vez la familiar exhortación: “Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras, no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:23-25).

Jesús se angustia en Getsemaní

³⁶Entonces llegó Jesús con ellos a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos:

—Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y oro.

³⁷Y tomando a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. ³⁸Entonces Jesús les dijo:

—Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo.

³⁹Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: «Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú.»

⁴⁰Volvió luego a sus discípulos y los halló durmiendo, y dijo a Pedro:

—¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?

⁴¹Velad y orad para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil.

⁴²Otra vez fue y oró por segunda vez, diciendo: «Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad.»

⁴³Volvió otra vez y los halló durmiendo, porque los ojos de ellos estaban cargados de sueño. ⁴⁴Y dejándolos, se fue de nuevo y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras.

⁴⁵Entonces se acercó a sus discípulos y les dijo:

—¡Dormid ya y descansad! Ha llegado la hora, y el Hijo del hombre es entregado en manos de pecadores.

⁴⁶¡Levantaos, vamos! Ved, se acerca el que me entrega.

El nombre Getsemaní significa “prensa de aceite de oliva”. Evidentemente ese huerto que estaba en la colina del monte de los Olivos era un lugar a donde llevaban las aceitunas para exprimir las y poder vender el aceite. Había un mercado organizado en el Templo al lado opuesto del valle del Cedrón.

Lucas dice que “por la noche” durante la última semana de su vida, Jesús “salía y se quedaba en el monte que se llama de los Olivos” (Lucas 21:37). De manera que la noche del Jueves Santo “se fue, *como solía*, al monte de los Olivos; y sus discípulos también le siguieron” (Lucas 22:39). De este modo “Judas, el que le entregaba, conocía aquel lugar, porque muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos” (Juan 18:2).

Pedro, Jacobo y Juan tuvieron el privilegio de ser testigos de la demostración de la divina gloria de Jesús en el monte de la Transfiguración (Mateo 17:1-8). Ahora iban a ver a Jesús en la intensidad de su humillación.

La expectativa por la proximidad de una prueba dolorosa es con frecuencia más angustiada que la misma prueba. Por ese motivo es mejor no saber exactamente lo que nos depara el futuro. Pero Jesús sabía lo que tendría que soportar en las siguientes horas, estaba cara a cara con la muerte. Antes de que pudiera ver otra puesta del sol, su cuerpo golpeado y sangriento va a ser bajado de la cruz y puesto apresuradamente en una tumba prestada. Jesús sabía lo que venía, y la extrema agonía de cuerpo y alma que sufrió en Getsemaní fue aun más grande que el dolor físico que le infligieron sus enemigos.

La agonía de Jesús se intensificó porque no afrontaba la muerte como un hombre ordinario. Nosotros nacemos en este mundo con el sabor de la muerte en la boca; toda nuestra vida es un proceso gradual de muerte, y aún así da miedo morir y es algo terrible para el mortal, porque originalmente fuimos creados para vivir. La unión entre el cuerpo y el alma no fue hecha para ser destruida, pero cuando el pecado entró en el mundo, esa unión se debilitó. Tarde o temprano el alma se separará del cuerpo. Para el Hijo de Dios sin pecado, la muerte era completamente antinatural, de ninguna manera era ordinaria.

La angustia ante la expectativa de la muerte fue mucho mayor para Jesús, no sólo porque no era un hombre común, sino también porque su muerte no era ordinaria. Al morir, nosotros experimentamos las consecuencias naturales de nuestros pecados,

pero la muerte de Jesús fue la consecuencia no natural de los pecados de otros; la carga de los pecados de toda la humanidad estaba sobre sus hombros. Piense en el terror que la conciencia culpable puede traer sobre un pecador que está cara a cara con la muerte; luego considere el hecho de que Jesús tomó voluntariamente la culpa de todo el mundo sobre sí. No es de extrañar que les dijera a Pedro, a Jacobo y a Juan: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte”. No alcanzamos a comprender su angustia, sólo podemos agradecerle lo que soportó por nosotros.

La angustia de cuerpo y alma de Jesús aumentó porque estaba afrontando una muerte solitaria. Sabía que pronto sus discípulos se iban a dispersar. Satanás tratará de dividir y vencer. Hasta cierto punto, los discípulos ya lo habían abandonado; regresó tres veces sólo para encontrar a Pedro, a Jacobo y a Juan durmiendo.

Jesús no negó las buenas intenciones de ellos, sabía que sinceramente sentían lo que dijeron acerca de que estaban dispuestos a morir con él. Sin embargo, no habían tenido en cuenta la debilidad de su carne. Cuando regresó y los despertó la primera vez, se debieron sentir avergonzados por haber defraudado a Jesús.

Como Jesús era el Hijo de Dios, parecía que debía ser consciente de la necesidad absoluta de su sufrimiento y su muerte como sustituto. Después de todo, principalmente por eso vino al mundo. Entonces ¿cómo podría haberlo olvidado? Podemos resolver ese misterio sólo señalando otro: la humillación de Cristo. Él tomó sobre sí nuestra naturaleza humana y sin abandonar ninguno de sus poderes divinos, se abstuvo de usarlos para su beneficio. Pablo dice que “se despojó a sí mismo” (Filipenses 2:7). La palabra griega significa literalmente “se vació a sí mismo”. Por eso el todopoderoso Hijo de Dios no fue lo suficiente fuerte para llevar su propia cruz todo el camino al Calvario.

Jesús ilustra el antiguo dicho: “la oración cambia las cosas”. Pero cuando oro, la oración no cambia a Dios, me cambia a mí. Cuando Jesús se postró rostro en tierra (única vez en toda su vida que se nos dice que adoptó esta postura de oración común en el Antiguo Testamento) su primera oración fue una plegaria con

corazón angustiado: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa”. No hay duda de la sinceridad de sus palabras, tenía un verdadero deseo de ser liberado de la agonía que había comenzado a padecer. Aunque sabía que no había alternativa y no sugirió ninguna, sinceramente deseaba que la hubiera.

La segunda oración de Jesús es ligeramente diferente de la primera. En lugar de decir “si es posible”, dijo, “Si no puede...” Su visión se comienza a aclarar. Es como si antes de su primera oración la carga abrumadora del pecado que llevaba y el asalto furioso de Satanás se hubieran combinado para nublarle la visión. Les había explicado recientemente a los discípulos que era necesario que padeciera todas estas cosas, pero una vez que estuvo solo en Getsemaní, la carga pareció demasiado pesada, hasta que la llevó a su Padre en oración.

No sólo notamos una diferencia entre su primera y su segunda oración, sino que después de la segunda oración no se molestó en despertar otra vez a Pedro, Jacobo y Juan. El sentimiento de desesperación se estaba desvaneciendo. Una sombría determinación estaba creciendo en su corazón. Después de la tercera oración, pudo decir: “¡Levantaos, vamos! Ved, se acerca el que me entrega.” Sí, la oración cambia las cosas.

Es digno de mención que ni aun Jesús consiguió siempre lo que pidió en oración. Desde luego no hubo pecado cuando pidió algo que su Padre decidió no darle. Pero decir que “la oración cambia las cosas” no es decir que todo lo que se tiene que hacer es orar mucho y con ahínco y Dios le dará lo que el creyente quiere. Parte de la oración que Jesús les enseñó a sus discípulos es: “Hágase tu voluntad”. Las oraciones de Jesús en Getsemaní demuestran qué significa orar la Tercera Petición: “Señor, pon mi voluntad en perfecta armonía con tu buena y misericordiosa voluntad.”

Jesús nunca dejó de desear la redención del mundo con todo su corazón. Aun cuando su sudor de sangre caía al suelo, deseaba soportar esa agonía y esa soledad si no había otra manera de

hacerlo. Nunca sintió ni por un momento que el precio que pagaba era demasiado alto y que sería mejor permitir que toda la gente fuera lanzada al infierno. Si no había alternativa, estaba decidido a seguir, y la aseveración de su Padre celestial de que no había otra manera pudo ser una fuente de fortaleza y ánimo para él.

Jesús es arrestado

⁴⁷ Aún estaba él hablando cuando llegó Judas, uno de los doce, y con él mucha gente con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes y de los ancianos del pueblo. ⁴⁸ Y el que lo entregaba les había dado señal, diciendo: «Al que yo bese, ése es; prendedlo.» ⁴⁹ En seguida se acercó a Jesús y dijo:

—¡Salve, Maestro!

Y lo besó. ⁵⁰ Jesús le dijo:

—Amigo, ¿a qué vienes?

Entonces se acercaron y echaron mano a Jesús, y lo prendieron. ⁵¹ Pero uno de los que estaban con Jesús, echando mano de su espada, hirió a un siervo del sumo sacerdote y le quitó la oreja. ⁵² Entonces Jesús le dijo:

—Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ⁵³ ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? ⁵⁴ ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?

⁵⁵ En aquella hora dijo Jesús a la gente:

—¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme? Cada día me sentaba con vosotros enseñando en el Templo, y no me prendisteis. ⁵⁶ Pero todo esto sucede para que se cumplan las Escrituras de los profetas.

Entonces todos los discípulos, dejándolo, huyeron.

No fue una sorpresa para Jesús que Judas llegara al huerto de Getsemaní con un grupo armado para detenerlo, aunque pudo haber sido la primera vez que los once comenzaron a ver por qué Judas no había vuelto para reunirse con ellos en el aposento alto. Pero apenas se acababan de despertar de su adormecimiento cuando llegó Judas, así que quizás sólo después de un rato pudieron pensar coherentemente.

Nos da la impresión de que quizás Judas esperaba llevar a cabo su plan sin que jamás los once se dieran cuenta de lo que había ocurrido. Se dio cuenta que Jesús sabía lo que pasaba, pero en el aposento alto, Jesús había procedido como si deseara mantenerlo entre los dos. ¿Esperaba Judas que de alguna manera Jesús escapara milagrosamente? Tal vez hasta pensó que podría defraudar a los enemigos de Jesús y mientras tanto darle a Jesús otra oportunidad para demostrar su gran poder. ¿Trataba Judas de sacar provecho de los dos partidos? La señal que había convenido se acomodaba a ese escenario: “Al que yo bese, ése es; prendedlo”.

Juan 18:4-6 dice que Jesús se adelantó y se identificó ante la turba, por tanto no era necesario que Judas usara todo su plan. No obstante lo hizo. Cuando se acercó a Jesús, Judas le dijo: “¡Salve, Maestro!” y, sin esperar respuesta, lo besó. La palabra griega dice “lo cubrió de besos”. Judas debió estar demasiado agitado. A pesar de que trataba de actuar como si todo estuviera tranquilo como antes, exageró. Puede ser que esperara que su manera exagerada de mostrar afecto lo hiciera parecer como si estuviera desbordante de alegría al ver a Jesús. Tal vez eso fue planeado como una táctica de distracción, para darles tiempo a los guardias para que se acercaran a Jesús y lo arrestaran. La falsedad de Judas no conocía límites; utilizó una expresión afable para traicionar a su Amigo más fiel.

Mateo, Marcos y Lucas ocultan la identidad del discípulo que sacó la espada y le cortó la oreja al siervo del sumo sacerdote; Juan nos dice que fue Pedro. Tal vez porque Mateo, Marcos y Lucas escribieron sus evangelios mientras Pedro todavía vivía y no querían dar ninguna evidencia que se pudiera usar contra él en una

corte. Pero cuando Juan escribió su evangelio, Pedro ya había sido martirizado.

Pudo haber habido hasta cien hombres en la turba que fue a arrestar a Jesús. Así que fue un gesto valiente pero temerario de parte de Pedro enfrenarlos con su espada corta. Antes de esto había estado durmiendo cuando debía haber estado orando, de manera que ahora trataba de compensar. Sin embargo era pescador, no espadachín. Evidentemente cuando blandió la espada hacia el que tenía más cerca, casi falló. En lugar de herirlo seriamente, todo lo que hizo fue cortarle una oreja.

Juan cuenta que el hombre se llamaba Malco. Y como Juan estaba familiarizado con la corte del sumo sacerdote (Juan 18:15), tiene sentido que hubiera conocido a Malco.

Lucas, el médico, cuenta que Jesús hizo un milagro y le sanó la oreja a Malco. Es extraordinario que en esas circunstancias Jesús hiciera ese milagro, ¿verdad? Aunque Malco era uno de los que habían ido a arrestarlo, Jesús lo sanó. Ese milagro anticipa su oración en la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” Y así por el resto de su vida, cada vez que Malco se tocó la oreja, recordó la noche funesta del jueves en el huerto de Getsemaní, cuando el Hombre a quien le habían dicho que odiara le mostró bondad. ¿Podría ser que después de la Pascua se convirtiera en creyente?

Jesús dice: “Todos los que tomen espada, a espada perecerán”. Eso no es pacifismo. El punto es que no hacemos avanzar el reino de Dios con el uso de la espada. Las numerosas guerras religiosas que se han librado a través de los siglos dan testimonio de las profundas pasiones que se despiertan en los hombres por las cosas espirituales. Pero todas las guerras libradas en nombre de Cristo son una deshonra a su nombre. Intentar convertir a la gente al cristianismo amenazándola con la espada no es más eficaz que usar la espada para tratar de forzar a los cristianos a abandonar su fe. La única arma que Cristo le ha dado a su iglesia es su palabra, que es “más cortante que toda espada de dos filos” (Hebreos 4:12).

La verdadera controversia entre Jesús y los principales de los judíos era su doctrina. Jesús les recuerda: “Cada día me sentaba con vosotros enseñando en el Templo, y no me prendisteis.” Con el hecho de que decidieran capturarlo traicionándolo, fuera de la ciudad y a media noche, admitían que Jesús era inocente. No podrían refutar su doctrina, ni tampoco estaban interesados en la verdad.

Jesús es condenado por el sanedrín

⁵⁷ Los que prendieron a Jesús lo llevaron al sumo sacerdote Caifás, adonde estaban reunidos los escribas y los ancianos.

⁵⁸ Pero Pedro lo siguió de lejos hasta el patio del sumo sacerdote; y entrando, se sentó con los guardias para ver el fin. ⁵⁹ Los principales sacerdotes, los ancianos y todo el Concilio, buscaban falso testimonio contra Jesús para entregarlo a la muerte, ⁶⁰ pero no lo hallaron, aunque se presentaron muchos testigos falsos. Pero al fin vinieron dos testigos falsos, ⁶¹ que dijeron:

—Éste dijo: “Puedo derribar el Templo de Dios y en tres días reedificarlo.”

⁶² Se levantó el Sumo sacerdote y le preguntó:

—¿No respondes nada? ¿Qué testifican estos contra ti?

⁶³ Pero Jesús callaba. Entonces el sumo sacerdote le dijo:

—Te conjuro por el Dios viviente que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios.

⁶⁴ Jesús le dijo:

—Tú lo has dicho. Y además os digo que desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo.

⁶⁵ Entonces el Sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo:

—¡Ha blasfemado! ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? Ahora mismo habéis oído su blasfemia. ⁶⁶ ¿Qué os parece?

Y respondiendo ellos, dijeron:

—¡Es reo de muerte!

⁶⁷ Entonces lo escupieron en el rostro y le dieron puñetazos; y otros lo abofeteaban, ⁶⁸ diciendo:

—Profetizanos, Cristo, quién es el que te golpeó.

El juicio de Jesús ante el sanedrín se condujo al revés. Se llegó al veredicto antes de comenzar el juicio, y el juicio comenzó antes de que lo acusaran de un crimen concreto. Además, el que actuó como juez, Caifás, el sumo sacerdote, también actuó como fiscal. Y los caballeros del jurado, los miembros del sanedrín, se comportaron como cualquier cosa menos como caballeros.

Caifás había afirmado con arrogancia pero acertadamente: “Nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca” (Juan 11:50). Por lo tanto, cuando conspiraron para darle muerte a Jesús, determinaron no hacerlo durante la fiesta (Mateo 26:3-5). Pero cuando Judas apareció y les ofreció entregar a Jesús (Mateo 26:14-16), decidieron continuar y de todas maneras ejecutarlo durante la fiesta.

Surge la pregunta: ¿para qué necesitaban a Judas? Como Jesús les dijo en Getsemaní, había enseñado en el Templo todos los días, no hubiera sido difícil localizarlo. Pero no sólo temían la reacción de la gente, también le tenían miedo a Jesús. En una ocasión anterior, habían enviado a los guardias del Templo para arrestarlo, pero regresaron con las manos vacías, diciendo: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (Juan 7:46). No negaban que había hecho milagros poderosos. La violenta purificación del Templo el lunes de esa semana los había intimidado y los había enfurecido mucho, temían que resistiera el arresto si trataban de detenerlo en el Templo. Por eso necesitaban a alguien de adentro que les pudiera aconsejar el momento más oportuno para arrestarlo (Mateo 26:16).

Ahora parece razonable que le hubieran explicado a Judas por qué no querían arrestar a Jesús durante la fiesta; no hay duda de que le dijeron que tuviera esto en cuenta cuando buscara el

momento oportuno para entregarles a Jesús. Pero algo debió haber convencido a Judas de que la noche del Jueves Santo era la gran oportunidad que estaban buscando, y entonces tuvo que convencer a Caifás de que éste era el momento de actuar. ¿Qué persuadió tanto a Judas como a Caifás para actuar con gran rapidez la misma noche en que todos en Jerusalén estaban comiendo la cena de la Pascua? Debió haber sido la forma como Jesús les estaba hablando a sus discípulos en el aposento alto: “De cierto os digo que uno de vosotros me va a entregar”.

¿Estaba Judas alarmado porque Jesús había descubierto el trato que él había hecho con los principales sacerdotes? Tal vez, aunque parece más probable que le hubiera dicho a Caifás: “Si actuamos ahora, Jesús se dejará arrestar, su ánimo está decaído y dice que va a morir muy pronto; ésta es nuestra oportunidad.” Y entonces Jesús fue entregado en sus manos más pronto de lo que ellos habían esperado. El juicio comenzó antes de que hubieran establecido un cargo concreto contra él. Así que recogieron apresuradamente a un grupo de personas que estaban dispuestas a testificar contra Jesús. Pero todo su perjurio no les hizo ningún bien, era tan contradictorio que ni siquiera el astuto e inescrupuloso Caifás lo pudo usar.

La ley de Moisés estipulaba: “No se tomará en cuenta a un solo testigo contra ninguno en cualquier delito ni en cualquier pecado, en relación con cualquier ofensa cometida. Sólo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación” (Deuteronomio 19:15). Moisés siguió diciendo que la pena para un testigo falso tenía que ser la sentencia que se hubiera impuesto al acusado si hubiera sido culpable (Deuteronomio 19:16-21). En otras palabras, los falsos testigos que testificaron en contra de Jesús se estaban arriesgando a sufrir la pena de muerte.

Finalmente, dos pasaron al frente y acusaron a Jesús de que había dicho: “Puedo derribar el Templo de Dios y en tres días reedificarlo”. La base para esta acusación fue la declaración que Jesús hizo tres años antes, después de que, por primera vez, echó del Templo a los cambistas de monedas (Juan 2:19). No obstante,

en esa ocasión Jesús habló del templo de su cuerpo, y dijo que ellos lo destruirían, no él. Por lo tanto, las palabras de Jesús fueron distorsionadas por completo. Y Marcos comenta: “Pero ni aun así concordaban en el testimonio” (Marcos 14:59).

Jesús permaneció en silencio todo el tiempo. Esas acusaciones no merecían respuesta. Había cierta dignidad y majestad en su silencio, que comenzó a irritar a Caifás. E en esas circunstancias el silencio calmado que Jesús guardaba fue mucho más elocuente y eficaz que cualquier palabra. Finalmente Caifás, que estaba sentado como juez y presidente del juicio, desempeñó el papel de fiscal y comenzó a interrogar a Jesús: “¿No respondes nada? ¿Qué testifican éstos contra ti?”

Había una nota de desesperación en las palabras de Caifás. Su arrebató equivalía a decir: “¿No se da cuenta de que yo tengo el control? ¿Por qué se niega a cooperar conmigo?” Temía que estaba empezando a perder control del proceso. Por lo tanto, decidió tomar el asunto en sus manos. Le pidió solemnemente bajo juramento: “Que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios”.

En este momento Jesús fue llamado no para defenderse de acusaciones obviamente falsas, sino para hacer una clara confesión de sí mismo. Permanecer en silencio hubiera equivalido a una negación de la verdad, por eso Jesús sin dudar rompió el silencio, y dijo exactamente lo que Caifás quería oír: “Tú lo has dicho.” Y Caifás debió dar un gran suspiro de alivio, de repente tenía de nuevo todo bajo control. Jesús le había dado el pretexto para una sentencia de muerte. Por eso, sin darle a nadie más la oportunidad de expresar una opinión, se rasgó las vestiduras en angustia fingida (algo que le estaba prohibido hacer al sumo sacerdote según Levítico 21:10). “¡Ha blasfemado!”, profirió estruendosamente Caifás: “¿Qué necesidad tenemos de testigos?”

Desde el punto de vista de Caifás eso fue una genialidad. Buscaron a dos testigos falsos que se pusieran de acuerdo y no los pudieron encontrar; el sanedrín empezaba a aparecer ridículo. Entonces, en un momento deslumbrante, el juez convertido en fiscal transformó al jurado en el testigo que necesitaba para

proceder. Ellos habían escuchado la blasfemia de Jesús con sus propios oídos. Declararon: “¡Es reo de muerte!” (La pena de muerte por blasfemia estaba prescrita en Levítico 24:10-16.)

Por lo general se requería que cada miembro del sanedrín votara individualmente. Y se suponía que todos los votos se anotaban y se sumaban con cuidado antes de pronunciar el veredicto. Pero otra vez a Jesús se le negó el debido proceso.

Quizás la ironía más grade es que Jesús fue condenado a muerte por decir la verdad. Era cierto que él era el Cristo, el Hijo de Dios. También era verdad que vendría el día cuando los papeles se cambiarían: él vendrá en las nubes del cielo para ser juez de todos esos hombres que estaban sentados juzgándolo. La primera fase del juicio dejó en claro que nunca lo hubieran podido condenar si él no hubiera querido “dar testimonio contra sí mismo”. Jesús le dio a Caifás lo que quería, “el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos” (Mateo 20:28). Por eso podemos decir que Jesús fue condenado, no porque Caifás y el sanedrín lo odiaban, sino porque Jesús amaba a Caifás, al sanedrín y a todos los pecadores.

Cuando quedó claro que podían hacer con Jesús como quisieran, los caballeros del jurado comenzaron a escupirle en la cara y a golpearlo con los puños. Le vendaron los ojos (Marcos 14:65), lo golpearon en la cara y se burlaban de él diciendo: “Profetízanos, Cristo, quién es el que te golpeó.”

El juicio judío había terminado, ahora estaban listos para que comenzara el juicio romano. Pero antes de pasar a la siguiente fase del juicio de Jesús, Mateo relata el episodio de la negación de Pedro, que tuvo lugar durante el juicio judío.

Pedro niega a Jesús

⁶⁹ Estando Pedro sentado fuera, en el patio, se le acercó una criada y le dijo:

—Tú también estabas con Jesús, el galileo.

⁷⁰ Pero él negó delante de todos, diciendo:

—No sé lo que dices.

⁷¹ Saliendo él a la puerta, lo vio otra y dijo a los que estaban allí:

—También éste estaba con Jesús, el nazareno.

⁷² Pero él negó otra vez con juramento:

—¡No conozco al hombre!

⁷³ Un poco después, acercándose los que por allí estaban, dijeron a Pedro:

—Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aun tu manera de hablar te descubre.

⁷⁴ Entonces él comenzó a maldecir y a jurar:

—¡No conozco al hombre!

Y en seguida cantó el gallo. ⁷⁵ Entonces Pedro se acordó de las palabras que Jesús le había dicho: «Antes que cante el gallo, me negarás tres veces.» Y saliendo fuera, lloró amargamente.

Hay pecados que sólo los cristianos pueden cometer, como negar a Cristo. Los incrédulos no lo pueden negar; cuando dicen: “¡No conozco al hombre!”, simplemente dicen la verdad. Pero cuando un cristiano niega a su Señor, pone en peligro su fe y su salvación.

Habían pasado pocas horas desde que Jesús les dijo a los discípulos: “Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche, pues escrito está: Heriré al pastor y las ovejas del rebaño serán dispersadas” (Mateo 26:31). Al hablar por sí mismo, Pedro declaró valientemente: “Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré.” A lo que Jesús respondió: “De cierto te digo que esta noche, antes de que el gallo cante, me negarás tres veces.” Sin embargo Pedro objetó con vehemencia: “Aunque tenga que morir contigo, no te negaré.” En ese instante Pedro no pretendía ser vocero de los otros, pero Mateo dice: “Todos los discípulos dijeron lo mismo.” Y era cierto que diez de los once iban a morir como mártires, pero aún no estaban listos para eso.

Aunque Juan hizo que Pedro entrara al patio del sumo sacerdote (Juan 18:15,16), aparentemente no estuvieron juntos adentro. No sabemos a dónde fue Juan o qué hizo; no lo volvemos a ver hasta el momento en que Jesús le habla desde la cruz (Juan 19:26,27).

Ahora Pedro está solo y es objeto de la atención pública. Como ninguno de los otros discípulos estuvo allí, Mateo debió escuchar esta historia del mismo Pedro. Por eso es significativo que en esta historia no se trate de esconder el pecado de Pedro ni de justificarlo. Al leer este relato, oímos que Pedro confiesa su pecado.

Al hombre que esgrimió su espada para defender a Jesús de una gran turba armada en Getsemaní ahora lo avergüenza una criada. Por supuesto, es imposible decir exactamente qué le hubiera ocurrido a Pedro si hubiera confesado abiertamente que era uno de los discípulos de Jesús. Por lo menos, probablemente hubiera sido ridiculizado por los que estaban alrededor del fuego. Pedro salió al portal para tratar de evitar cualquier otra pregunta insistente.

Su primera negación no fue muy convincente. Un poco más tarde, cuando fue objeto de la atención otra vez, Pedro consideró necesario agregarle un juramento a su negación. Invocó a Dios como testigo de la verdad y vengador de la mentira y con eso negó al Hijo de Dios. Esperaba que eso fuera suficiente bueno para quitar toda duda y sospecha de la mente de los que estaban a su alrededor, pero pronto supo que no fue así. Nos acordamos de las palabras de advertencia que dijo Jesús acerca de los juramentos: “Pero sea vuestro hablar: ‘Sí, sí’ o ‘No, no’; porque lo que es más de esto, de mal procede” (Mateo 5:37).

Aunque dejaron a Pedro en paz por un rato después de su segunda negación, no se olvidaron de él; la negación los convenció de que sus palabras no eran verdaderas. Cuando Pedro fingió que no era discípulo de Jesús, actuó de manera muy parecida a la Judas en Getsemaní cuando aparentó que era discípulo de Jesús. En verdad no engañó a nadie. Era evidente que estaba muy nervioso

y que su acento era galileo. Entonces, como no podía probar que no era uno de los discípulos de Jesús, reaccionó de la forma que es común entre los mentirosos, comenzó a maldecir y a jurar. Si sabían algo de Jesús, debieron darse cuenta de que la blasfemia no era una característica de sus discípulos. Y en ese momento de temor y vergüenza, Pedro efectivamente presentó su renuncia al oficio apostólico. Ya no era discípulo de Jesús así como tampoco lo eran Judas ni Caifás. Había repudiado públicamente a su Señor y Salvador.

Sin embargo Jesús no le volvió la espalda a Pedro. “Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo” (2 Timoteo 2:13). Después de la tercera negación, “en seguida” Pedro oyó cantar el gallo. El momento no fue pura coincidencia, refrescó la memoria de Pedro; Jesús le había advertido hacía pocas horas: “Antes que el gallo cante, me negarás tres veces”.

A este suceso le siguió otro milagro providencial muy oportuno. Jesús era conducido fuera del palacio del sumo sacerdote porque el juicio judío había terminado y lo llevaban ante Poncio Pilato. Cuando el gallo cantó, Pedro vio a Jesús. “Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro” (Lucas 22:61). Por un instante sus ojos se encontraron, no se dijo ni una palabra, pero se transmitió un mensaje poderoso. Esa mirada llevó a la memoria de Pedro un torrente de recuerdos. Como se dice que la vida de un hombre pasa delante de sus ojos antes de morir, tres años de comunión diaria con Jesús debieron pasar fugazmente delante de Pedro en un instante. “Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente.”

En Getsemaní Jesús le dijo a Pedro: “Velad y orad para que no entréis en tentación” (Mateo 26:41). Entonces Jesús practicó lo que predicó mientras Pedro dormía. Cuando a la noche del jueves le siguió la mañana del viernes, Pedro y Jesús se encontraban en circunstancias similares. Los dos estaban muy solos, ambos estaban bajo mucha presión, los dos dieron testimonio bajo juramento. Pero también había diferencias muy evidentes. El juramento de Jesús lo tomó Caifás, mientras que el de Pedro él mismo lo tomó. Jesús dijo la verdad y Pedro mintió.

Mientras Pedro tenía mucho miedo, Jesús estaba calmado, sereno y sosegado. Pedro no quería morir. Jesús sabía muy bien que estaba a punto de morir y quería pagar la deuda por el pecado de la humanidad, incluyendo el triple pecado de la negación de Pedro.

¡Oh, despierta de tu sueño,
Que tu dueño
Te concede un nuevo día!
Ven, mi alma, a servirle
Y rendirle
El tributo de tu amor.
Ruega a Él que te bendiga,
Y te siga
Con su amparo paternal.
Ruega, sí, que te convierta,
Y te advierta
Del engaño tentador. (CC 309:1,3)

Judas se ahorca

27 Cuando llegó la mañana, todos los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo dispusieron contra Jesús un plan para entregarlo a muerte. ^{2°} Lo llevaron atado y lo entregaron a Poncio Pilato, el gobernador.

³ Entonces Judas, el que lo había entregado, viendo que era condenado, devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, ⁴ diciendo:

—Yo he pecado entregando sangre inocente.

Pero ellos dijeron:

—¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú!

⁵ Entonces, arrojando las piezas de plata en el Templo, salió, y fue y se ahorcó. ⁶ Los principales sacerdotes, tomando las piezas de plata, dijeron:

—No está permitido echarlas en el tesoro de las ofrendas, porque es precio de sangre.

⁷Y, después de consultar, compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultura de los extranjeros. ⁸Por lo cual aquel campo se llama hasta el día de hoy: «Campo de sangre». ⁹Así se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías, cuando dijo: «Tomaron las treinta piezas de plata, precio del apreciado, según precio puesto por los hijos de Israel, ¹⁰y las dieron para el campo del alfarero, como me ordenó el Señor.»

De acuerdo con su propia ley, era ilegal que el sanedrín realizara un juicio de noche. Así que a la primera señal del amanecer, se reunieron en sesión formal para confirmar el veredicto al que habían llegado la noche anterior. En este momento era más probable que decidieran acusar a Jesús de traición en lugar de acusarlo de blasfemia cuando lo condujeron ante Poncio Pilato (Lucas 23:1,2).

El día de trabajo de un funcionario romano comenzaba al amanecer, de manera que Pilato ya estaba despierto cuando los principales de los judíos se lo llevaron para juzgarlo. El gobierno romano le otorgó al sanedrín libertad y autoridad considerables en la supervisión de los asuntos judíos, pero la única circunstancia en que los judíos tenían el derecho de imponer la pena de muerte era cuando un gentil invadía los recintos sagrados del Templo. Por ello debían tener el permiso de Pilato antes de que pudieran darle muerte a Jesús.

Poncio Pilato se desempeñó como gobernador romano de Judea desde el año 26 hasta el 36. Su residencia oficial estaba en Cesárea, en la costa del Mediterráneo, que para un romano era un lugar más placentero para vivir de lo que Jerusalén hubiera sido (en 1961 los arqueólogos desenterraron una piedra en Cesárea que data del tiempo de Cristo y tenía inscrito el nombre de Pilato.) Cuando Pilato tenía que ir a Jerusalén a desempeñar algunas de sus obligaciones oficiales, se podía quedar en el magnífico palacio que había construido el rey Herodes. Ese palacio estaba ubicado

al oeste y un poco al sur del Templo; era el lugar conocido como el pretorio (Mateo 27:27), donde se llevó a cabo el juicio romano de Jesús.

Cuando terminó y se formalizó el veredicto del sanedrín, Judas comenzó a darse cuenta de lo que había hecho. En verdad, no esperaba que eso resultara así, “sintió remordimiento” (NVI). El sentimiento de culpa fue tan abrumador que venció su codicia. El mismo hombre que preguntó ávidamente: “¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré?” (Mateo 26:15), ahora les devolvió las 30 monedas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos. Según parece, todavía no había gastado una sola de ellas. Aunque ya no le importaba lo que pudiera comprar, el pecado atormentaba su conciencia.

Cuando Judas acordó traicionar a Jesús, estaba diciendo entre otras cosas que ya no consideraba a Jesús como su pastor. Por lo tanto, los principales sacerdotes se habían convertido en sus pastores por no tener otra opción. En el momento que los necesitaba, Judas fue a ellos y les confesó su pecado. “Yo he pecado entregando sangre inocente.” Si hubieran sido fieles pastores, se hubieran dado cuenta de lo que estaba pasando. Cuando una de las almas confiadas a su cuidado quería confesar sus pecados, su responsabilidad era absolverla. Pero las lágrimas de Judas no impresionaron sus corazones de piedra. En lugar de predicarle el evangelio a un hombre que obviamente había absorbido todo el impacto de los golpes del martillo de la Ley, de un modo insensible lo despidieron diciéndole: “¿Qué nos importa a nosotros?, ¡Allá tú!” Y la respuesta de su duro corazón a la súplica de ayuda de Judas pudo haber sido muy bien lo que llevó a Judas hasta el límite de la desesperación.

¿No es posible que las repetidas invitaciones al arrepentimiento que le hizo Jesús a Judas estuvieran dando algún fruto? Es seguro que Jesús amó a Judas tanto como a Pedro. Cuando nos limitamos a comparar la desesperación de Judas con el arrepentimiento de Pedro, perdemos algo. A los dos les

advirtieron de antemano que Jesús sabía lo que ellos iban a hacer (Mateo 26:25,34). En ambos casos la predicción de Jesús se cumplió. Pero la diferencia es que Pedro miró a Jesús inmediatamente después de pecar (Lucas 22:61), mientras que Judas no lo volvió a ver. En lugar de acudir a Jesús, fue con los principales sacerdotes.

Hace pensar que los principales sacerdotes cometieron un pecado más grande contra Judas que contra Jesús. Por lo menos el pecado de ellos contra Jesús no lo llevó al infierno. No obstante, Jesús dice que hubiera sido mejor para Judas no haber nacido: mejor no haber nacido que morir en la incredulidad, sin el perdón de los pecados, teniendo que enfrentar el juicio eterno de Dios. En su desesperación, Judas se quitó la vida.

Los sangrientos detalles del suicidio de Judas se relatan únicamente en el libro de los Hechos. Después de la ascensión de Cristo, Pedro presidió una asamblea de la iglesia de Jerusalén en la que designaron a Matías en el lugar de Judas. En ese contexto Lucas dice: “Éste, pues, que había adquirido un campo con el salario de su iniquidad, cayó de cabeza y se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron. Y fue notorio a todos los habitantes de Jerusalén, de tal manera que aquel campo se llama en su propia lengua, Acéldama, (que significa ‘Campo de sangre’)” (Hechos 1:18,19). Sabemos por el evangelio de Mateo que Judas no compró el campo; los jefes de los sacerdotes lo compraron con las treinta monedas de plata que arrojó en el Templo.

No está completamente claro si el Campo de sangre llevó ese nombre por el final que Judas tuvo allí o por los extranjeros que después fueron enterrados allí. Mateo dirige nuestra atención al Campo de sangre porque fue el cumplimiento de una profecía del Antiguo Testamento. Aunque le atribuye la profecía a Jeremías, parece que es una combinación de Jeremías 19:1-13 y Zacarías 11:12,13. Como Jeremías es un “profeta mayor” y Zacarías es uno de los “profetas menores”, Mateo simplemente le atribuye la profecía combinada a Jeremías.

Pilato condena a Jesús

¹¹ Jesús, pues, estaba en pie delante del gobernador; y éste le preguntó, diciendo:

—¿Eres tú el Rey de los judíos?

Jesús le dijo:

—Tú lo dices.

¹² Y siendo acusado por los principales sacerdotes y por los ancianos, nada respondió. ¹³ Pilato entonces le dijo:

—¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti?

¹⁴ Pero Jesús no le respondió ni una palabra, de tal manera que el gobernador estaba muy asombrado.

¹⁵ Ahora bien, en el día de la fiesta acostumbraba el gobernador soltar al pueblo un preso, el que quisieran. ¹⁶ Y tenían entonces un preso famoso llamado Barrabás.

¹⁷ Reunidos, pues, ellos, les preguntó Pilato:

—¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás o a Jesús, llamado el Cristo? ¹⁸ (Porque sabía que por envidia lo habían entregado.) ¹⁹ Y estando él sentado en el tribunal, su mujer le mandó a decir:

—No tengas nada que ver con ese justo, porque hoy he sufrido mucho en sueños por causa de él.

²⁰ Pero los principales sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud que pidiera a Barrabás y que se diera muerte a Jesús. ²¹ Respondiendo el gobernador, les dijo:

—¿A cuál de los dos queréis que os suelte?

Y ellos dijeron:

—A Barrabás.

²² Pilato les preguntó:

—¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?

Todos le dijeron:

—¡Sea crucificado!

²³ El gobernador les dijo:

—Pues ¿qué mal ha hecho?

Pero ellos gritaban aún más, diciendo:

—¡Sea crucificado!

²⁴Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo:

—Inocente soy yo de la sangre de este justo. Allá vosotros.

²⁵Y respondiendo todo el pueblo, dijo:

—Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

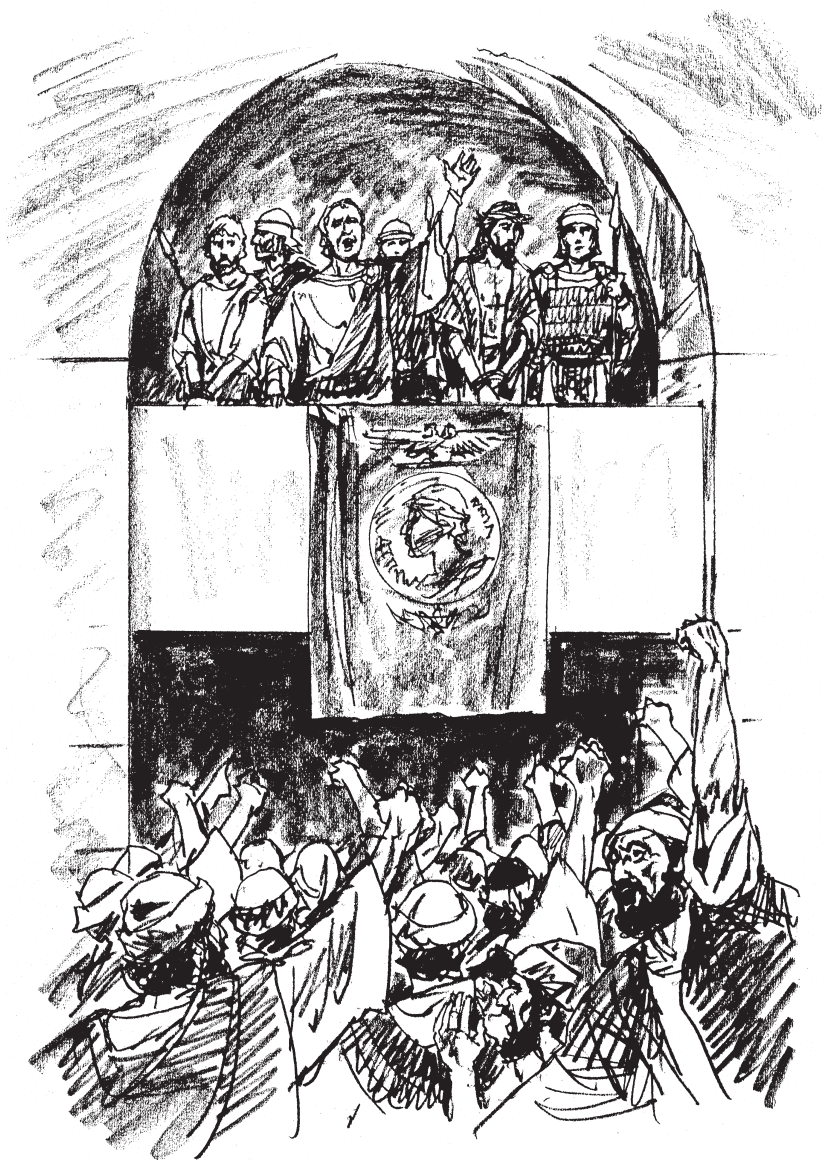
²⁶Entonces les soltó a Barrabás, y habiendo azotado a Jesús, lo entregó para ser crucificado.

Lucas 23:1,2 dice que la acusación que presentaron contra Jesús cuando lo entregaron a Poncio Pilato fue de traición y no de blasfemia. Eso explica por qué la primera pregunta que le hizo Pilato fue: “¿Eres tú el rey de los judíos?” que equivalía a preguntarle: “¿Te declaras culpable o inocente?”

Después de presentar cortésmente su respuesta, Jesús no le dice ninguna otra palabra a Pilato durante el relato que hace Mateo del juicio romano. Juan dice mucho de lo que Mateo omite aquí (Juan 18:28–19:16).

Jesús reanuda el digno silencio que le sirvió tan bien durante el juicio ante el sanedrín. Aunque Mateo no especifica qué dijeron los principales sacerdotes y los ancianos cuando dieron testimonio contra Jesús, es claro que sus cargos y acusaciones no eran dignos de refutación. Por eso, mientras Jesús mantenía un majestuoso silencio, Pilato observó que no respondió a ninguna de las acusaciones que hicieron contra él. Caifás se había exasperado con el silencio de Jesús, Pilato estaba asombrado. La diferencia era que Pilato no tenía orden del día.

Pilato estaba asombrado porque eso no se parecía a ninguna de sus experiencias previas. Sin duda la mayoría de los que llegaban a juicio en el que estaba amenazada su vida protestaban con vehemencia, y sería razonable esperar que el acusado se



¡Crucificalo!

opusiera enérgicamente, en particular si las acusaciones eran infundadas. Pilato “sabía que por envidia lo habían entregado [a Jesús]”. De manera que fue más la curiosidad que la consternación que lo conmovió a preguntarle: “¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti?”

Jesús no tenía nada que responder porque podía oír perfectamente bien y había escuchado todo la noche anterior.

Mateo es el único que narra el mensaje que la esposa de Pilato le envió: “No tengas nada que ver con ese justo, porque hoy he sufrido mucho en sueños por causa de él.” Al comienzo de su evangelio, Mateo dice que Dios habló a los magos en sueños y ahora, al final, dice que Dios le habló a otro gentil en sueños. Cuando Herodes quiso matar a Jesús, los magos lo querían adorar; cuando el sanedrín quiso matar a Jesús, la esposa de Pilato lo quería salvar (es la cuarta mujer gentil presentada de manera favorable en el evangelio de Mateo; Rahab y Ruth [1:5] y la mujer cananea [15:22-28] son las otras).

Como la acusación contra Jesús era que se oponía al pago de impuestos al César, puede ser significativo que esta mujer romana declare que Jesús es inocente. Parece haber una conexión entre el mensaje urgente que la esposa de Pilato le envió y el hecho de que, en tres ocasiones diferentes, Pilato declaró inocente a Jesús (Juan 18:38 y 19:4,6).

La palabra griega que se traduce como “inocente” (Mateo 27:19) es la misma que se traduce como “justo” en otros lugares (Mateo 1:19, 10:41; 23:35; y 25:37,46). Parece que mientras Pilato ha llegado a la conclusión de que Jesús es inocente ante la ley, su esposa ha llegado a la plena convicción de que Jesús es justo delante de Dios, una convicción que pronto haría eco en el centurión delante de la cruz (Lucas 23:47). Por eso a veces se compara a la esposa de Pilato con Nicodemo y José de Arimatea, cada uno de los cuales fue un creyente secreto, pero en el momento crítico cada uno de ellos hizo conocer su fidelidad.

Pilato estaba en aprietos y quería salir de ellos. Como era el encargado, tenía la responsabilidad de absolver a un hombre

evidentemente inocente (Juan 19:10). Sin embargo, en gran manera su autoridad se originaba en el consentimiento de aquellos a quienes gobernaba, aun si el consentimiento se hacía de mala gana. Pilato se daba cuenta de que podía presionar a los judíos sólo hasta cierto punto, especialmente durante esos días volubles de la fiesta en la que había centenares de miles de peregrinos en Jerusalén. El hecho de que estaba en Jerusalén, en lugar de quedarse en Cesárea, era un indicio de la situación explosiva de la celebración de la Pascua. Sabía muy bien que mientras los judíos recordaban la liberación de la esclavitud egipcia, muchos soñaban con el día en que serían liberados de la autoridad romana.

Por eso Pilato trató de no responsabilizarse. Cuando Jesús apareció por primera vez a su puerta, Pilato les dijo a los judíos: “Tomadlo vosotros y juzgado según vuestra ley” (Juan 18:31). Luego, cuando descubrió que Jesús era galileo, lo envió al otro lado de la ciudad a Herodes (Lucas 23:6,7). Pero Herodes lo devolvió, por lo que Pilato decidió darle oportunidad a la gente de escoger entre Jesús y Barrabás. Y cuando los principales sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud para que pidieran a Barrabás, Pilato se lavó las manos e insistió, diciendo: “Inocente soy yo de la sangre de este justo”, (suena casi como un eco de las últimas palabras de Judas: “He pecado entregando sangre inocente”). “Allá vosotros”, le dijo Pilato a la multitud (parece una repetición de la respuesta de los principales sacerdotes a Judas: “¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú!”)

¿Recuerda a *Macbeth* de Shakespeare? Después de asesinar al rey, trató de lavar la sangre de sus manos para aliviar la conciencia culpable, pero llegó a la conclusión de que todas las aguas del océano no podrían lavar la sangre de sus manos. En lugar de eso, sus ensangrentadas manos mancharían de rojo todo el océano. Pilato quería evadir su responsabilidad, pero no pudo. Se declaró inocente, pero sólo Dios puede hacerlo verdaderamente, y lo hace sólo a quienes confiesan que son culpables. El hecho es que sin el permiso de Pilato, nunca hubieran podido crucificar a

Jesús. El juez que condena a un inocente porque se deja llevar por la presión no es mejor que los que ejercen presión para hacerlo. Y así recordamos su cobarde actuación cada vez que decimos el Credo Apostólico: “Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto, y sepultado”.

Es interesante que unos cuantos manuscritos digan que el primer nombre de Barrabás era Jesús. Otra intrigante posibilidad es que Barrabás puede ser una combinación de “bar” como en “barmitzva” (hijo del mandamiento) y “abba” como en “Abba, Padre”. Barrabás entonces podría significar “hijo del padre”, y así es sorprendente la elección que Pilato le presentó a la gente. ¿Cuál Jesús queréis que os suelte? ¿El Hijo del Padre o el hijo del padre? ¿El predicador o el patriota? ¿El maestro o el revolucionario? ¿El que ama a sus enemigos o el que odia a sus enemigos?

Aunque no sabemos qué pasó con Barrabás después de todo eso, él es un representante adecuado de cada uno de nosotros. Como él, somos culpables. Igual que él, merecemos morir. Pero somos liberados porque Jesús murió en nuestro lugar. Todos los bautizados somos ahora “hijos del Padre” mediante la fe en Cristo Jesús (Gálatas 3:26,27).

Los soldados se burlan de Jesús

²⁷ Entonces los soldados del gobernador llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la compañía.

²⁸ Lo desnudaron y le echaron encima un manto escarlata;

²⁹ pusieron sobre su cabeza una corona tejida de espinas, y una caña en su mano derecha; e hincando la rodilla delante de él, se burlaban, diciendo:

—¡Salve, rey de los judíos!

³⁰ Le escupían, y tomando la caña lo golpeaban en la cabeza. ³¹ Después de haberse burlado de él, le quitaron el manto, le pusieron sus vestidos y lo llevaron para crucificarle.

Un turno de servicio en Jerusalén no era exactamente la misión que soñaba un soldado romano, ya que no había mucho entretenimiento y esparcimiento. Así que cuando Pilato les entregó a Jesús, decidieron divertirse un rato. Uno de los soldados le echó encima su manto de escarlata, mientras que otro trenzó una corona de espinas, y le dieron una caña por cetro. Ridiculizaron a Jesús con sus ruidosas carcajadas y sus burlas sarcásticas.

A todo esto le antecedió la orden que dio Pilato de azotarlo cuando les entregó a Jesús para crucificarlo. El azotamiento romano era tan brutal que a veces la víctima moría antes de que la crucificaran. Por lo tanto, el azotamiento también se consideraba como una forma severa de “misericordia”, porque reducía inevitablemente el tiempo que la víctima tendría que pasar en la cruz antes de morir.

Jesús es crucificado

³² Al salir hallaron a un hombre de Cirene que se llamaba Simón; a éste obligaron a que llevara la cruz. ³³ Cuando llegaron a un lugar llamado Gólgota, (que significa: «Lugar de la Calavera»), ³⁴ le dieron a beber vinagre mezclado con hiel; pero, después de haberlo probado, no quiso beberlo.

³⁵ Cuando lo hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes, para que se cumpliera lo dicho por el profeta: «Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes.» ³⁶ Y sentados lo custodiaban allí.

³⁷ Pusieron sobre su cabeza su causa escrita: «Éste es Jesús, el rey de los judíos.»

³⁸ Entonces crucificaron con él a dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda. ³⁹ Los que pasaban lo insultaban meneando la cabeza ⁴⁰ y diciendo: «Tú, el que derribas el Templo y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo. Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.»

⁴¹ De esta manera también los principales sacerdotes, junto con los escribas, los fariseos y los ancianos, se burlaban de él

y decían: ⁴² «A otros salvó, pero a sí mismo no se puede salvar. Si es el Rey de Israel, que descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. ⁴³ Confió en Dios; librello ahora si le quiere, porque ha dicho: “Soy Hijo de Dios.”»

⁴⁴ Del mismo modo lo insultaban los ladrones que habían sido crucificados con él.

Jesús salió llevando su cruz (Juan 19:17), pero el “misericordioso” azotamiento que había recibido aparentemente lo debilitó hasta el punto de que no fue capaz de cargarla todo el camino al Calvario. Simón de Cirene estuvo en el lugar apropiado en el momento oportuno. No podemos decir con certeza si se dio cuenta de en lo que se había involucrado en ese momento, pero Marcos 15:21 dice que Simón era el padre de Alejandro y Rufo. Al parecer, los primeros lectores de Marcos conocían a Alejandro y a Rufo. Así que puede ser que Rufo fue la misma persona a quien el apóstol Pablo le envió saludos en Romanos 16:13. Como también se menciona a la madre de Rufo, puede ser que toda la familia llegó a ser cristiana en algún momento.

Cirene era una ciudad importante en el norte de África, con una población judía considerable. No sabemos si Simón todavía vivía en Cirene y había ido como peregrino a Jerusalén para la Pascua. Quizás se había establecido en Jerusalén pero había tomado el nombre de su ciudad natal como sobrenombre, algo parecido a lo que hizo Judas, el hombre de Queriot. Sabemos que entre la multitud en Pentecostés había personas nacidas “en las regiones de África más allá de Cirene” (Hechos 2:10).

Los evangelios no dicen que el Calvario era una montaña; ni siquiera una colina. La palabra latina *calvario* y la palabra aramea *gólgota* significan “lugar de la calavera”. Pudo ser una colina con forma de calavera, o un lugar que se usaba con frecuencia para ejecuciones.

Mateo nos dice que los soldados le ofrecieron a Jesús “vinagre (‘vino’ en la NVI) mezclado con hiel”. La palabra que Marcos emplea para hiel es mirra (Marcos 15:23), que recuerda el

regalo de los magos (Mateo 2:11). Según la tradición, era algo que las mujeres de Jerusalén preparaban para los crucificados. Esto tenía el propósito de atenuar el dolor. Cuando Jesús se dio cuenta de lo que era, se negó a tomarlo porque no quería perder el conocimiento. Todavía tenía unas pocas palabras que quería decir. Quería orar los salmos. Quería ser capaz de reconocer a su madre cuando la viera. No quería tomar un narcótico al que se le atribuyera el mérito de ayudarlo a resistir la agonía de la cruz.

Sólo se crucificaba a los esclavos, a los criminales más despreciables y a los convictos que no eran ciudadanos romanos. Los autores del primer siglo dan descripciones gráficas de la agonía y la deshonra de la crucifixión. Como la cruz ha llegado a ser un símbolo usado y respetado tan ampliamente, es difícil que apreciemos las connotaciones negativas que en un principio se asociaban cuando se llamaba a Jesús “el Crucificado”. En el Imperio Romano resultaba escandaloso sugerir que la gente debía adorar a un judío crucificado como el Hijo de Dios. Y es más significativo que, aun después de la resurrección de Jesús, los discípulos se referían normalmente a él como “Cristo crucificado”. Deberíamos esperar que prefirieran llamarlo su “Señor resucitado”, pero era mucho más común oírlos decir: “Jesús, el que fue crucificado”. Hasta en las gloriosas visiones de Apocalipsis, él es el Cordero que fue inmolado. Como los apóstoles insistieron repetidas veces, la expiación es el centro del cristianismo. Toda la historia de la humanidad se centra en la cruz.

Estaba establecido que los soldados que crucificaban al condenado tenían el derecho de disponer de cualquier objeto personal que el muerto llevara con él. Una vez que los soldados clavaron a Jesús en la cruz, no esperaron a que muriera para repartirse sus ropas; sin darse cuenta, estaban cumpliendo la profecía del Salmo 22:18: “Repartieron entre sí mis vestidos y sobre mi ropa echaron suertes.” Es probable que Jesús sólo tuviera un manto y una túnica, un cinturón, un par de sandalias, y quizás algo para cubrirse la cabeza. Todo eso probablemente estaba manchado con su sangre en ese momento.

Era costumbre escribir en un trozo de madera el crimen por el que el hombre era castigado, el cual se llevaba delante de él mientras iba al lugar de la ejecución. Luego se ponía sobre su cabeza para maximizar el efecto disuasivo en todos los transeúntes. No hay duda de que la inscripción sobre la cabeza de Jesús originó algunas de las burlas que tuvo que soportar.

Algunas de las personas que pasaban trataron de provocar a Jesús diciéndole: “¡Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz!” ¡Te desafío! ¡Apuesto a que no puedes! Ésta fue otra variación de la tentación de Satanás, cuando lo desafió a que saltara del pináculo del Templo (Mateo 4:6).

Los jefes de los sacerdotes, los maestros de la ley y los ancianos del pueblo eran los tres grupos representados en el sanedrín. Se mofaban de Jesús, diciéndole: “Si es el Rey de Israel, que desciende ahora de la cruz, y creeremos en él”. Eso era simplemente una repetición de la exigencia para que les diera una señal milagrosa, a la cual Jesús se negó antes (Mateo 12:38-45). Una razón por la que Jesús nunca hizo el milagro que le pedían fue que no lo merecían. Otra razón fue que no hubiera servido de ninguna manera, como le explicó Abraham al rico que estaba en el infierno (Lucas 16:31). Pero el motivo más importante por el que Jesús no bajó de la cruz fue que entonces le hubiera sido imposible terminar su obra de redención. La respuesta del Padre a su oración en Getsemaní fue: Debes beber la copa del sufrimiento hasta los más amargos sedimentos.

Si Jesús hubiera bajado de la cruz, eso verdaderamente hubiera probado que después de todo no era el Salvador. Si hubiera descendido de la cruz dramáticamente, eso no hubiera sido tan extraordinario como las señales milagrosas que rodearon su muerte: tres horas de oscuridad sobrenatural, un temblor, la rasgadura del velo del Templo y la apertura de las tumbas de muchos de los santos. Y, desde luego, la señal más grandiosa la hizo temprano en la mañana del domingo cuando resucitó de los muertos. Si Jesús hubiera bajado de la cruz, no habría habido resurrección. En vez de darles a sus enemigos la señal que le

pedían, Jesús le dio a toda la gente una señal tan convincente que todo el que aún lo rechaza no tiene excusa.

Mateo dice: “del mismo modo lo insultaban los ladrones que habían sido crucificados con él”, Note el plural: ambos ladrones se unieron en la burla al comienzo; sin embargo, Lucas dice que después uno de ellos se arrepintió y le pidió a Jesús: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu Reino.” Ese día él fue el primero en ver que realmente Jesús era el Rey de los Judíos. Y Jesús le prometió: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:42,43).

Todo el abuso verbal que descargaron contra Jesús mientras estaba en la cruz fue realmente sólo la continuación de las falsas acusaciones que le hicieron en los juicios ante el sanedrín y ante Pilato. Y Jesús respondió a todo esto de la misma manera: con un silencio digno y majestuoso. Ninguna de las siete palabras de la cruz fue respuesta al ridículo que tuvo que soportar. Fue muy diferente a la mayoría de las crucifixiones que se realizaban. Los historiadores antiguos cuentan que los crucificados generalmente gritaban de dolor y lanzaban maldiciones a sus ejecutores. Pero todo lo que Jesús hizo fue orar por ellos: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.”

El Padre abandona a Jesús

⁴⁵ Desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. ⁴⁶ Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: «Elí, Elí, ¿lama sabactani?» (que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»).

⁴⁷ Algunos de los que estaban allí decían al oírlo:

—A Elías llama éste.

⁴⁸ Al instante, corriendo uno de ellos, tomó una esponja, la empapó de vinagre, la puso en una caña y le dio a beber.

⁴⁹ Pero los otros decían:

—Deja, veamos si viene Elías a librarlo.

La noche cuando Jesús nació, el cielo de Belén se iluminó con las huestes celestiales que se les aparecieron a los pastores, pero el día de su muerte, el cielo se oscureció. El himno de los ángeles: “¡Gloria a Dios en las alturas!”, lo sustituyó el grito: “¡Sea crucificado!”. Los magos no fueron el Viernes Santo a adorar al rey de los judíos, sólo la inscripción de Pilato que pusieron sobre su cabeza y la súplica del ladrón penitente que murió a su lado lo proclamaron como el rey de los judíos. No le dieron regalos de oro ni incienso, sólo se le ofreció vino mezclado con mirra para mitigar su dolor y él no lo quiso beber.

La hora sexta del día era la sexta hora después de la salida del sol. Entonces desde cerca del medio día hasta aproximadamente las 3 de la tarde hubo tinieblas sobre la tierra. Es imposible darle una explicación natural a eso; no pudo haber sido un eclipse solar porque nunca hay eclipses solares en luna llena, y sabemos que los judíos guardaban la Pascua durante la luna llena del mes de Nisán. El Padre estaba cubriendo a su Hijo. Era algo como cuando un paramédico extiende una sábana sobre un herido antes de ponerlo en la camilla y subirlo a la ambulancia.

Según el testimonio de la antigüedad, esa oscuridad se observó en Egipto, Grecia, Roma y hasta en China. No se limitó sólo a la vecindad inmediata de Jerusalén.

Eso recordó la plaga de la oscuridad, la novena de las diez plagas que cayeron sobre la tierra de Egipto en la época de Moisés (Éxodo 10:21-29). La décima plaga, desde luego, fue la muerte de los primogénitos, que fue ocasión para sacrificar a los primeros corderos pascuales. La historia se repetía, ya que tres horas de oscuridad precedieron a la muerte de Jesús, nuestro Cordero pascual (1 Corintios 5:6-8).

Se nos recuerda el sermón de Jesús acerca de las señales del fin: “El sol se oscurecerá” (Mateo 24:29). Como el juicio de Dios sobre el pecado fue arrojado sobre su Hijo mientras estaba en la cruz, muchas de las señales del fin aparecieron el Viernes Santo: la persecución, un temblor de tierra y la resurrección de los muertos.

Después de tres horas en la cruz, debíamos esperar que el Hombre que no pudo cargar la cruz durante el camino al Gólgota mostrara mayor fatiga. Si hacía calor, no debió pasar mucho tiempo para que se deshidratara. La sed de Jesús se calmó de algún modo en este momento cuando le ofrecieron a beber una esponja empapada en vinagre. No se debe confundir con el vinagre mezclado con hiel que le ofrecieron al comienzo de la crucifixión y que no aceptó (Juan 19:28-30).

Con los labios y la garganta humedecidos por la bebida de vinagre, Jesús pudo clamar a gran voz al final de su prueba en la cruz.

Tres de las siete palabras de la cruz fueron oraciones. La primera: “Padre, perdónalos...”, la del medio: “Dios mío, Dios mío, por qué...” y la última: “Padre, en tus manos...” Puede ser útil hacer un diagrama en forma de una v con la oración del medio en la parte inferior. Así nos podemos imaginar cómo Jesús había tocado fondo cuando clamó a gran voz: “Dios mío, Dios mío, por qué...” En vez de llamarlo Padre, Jesús lo llama “Dios mío”. No obstante, aunque falta la ternura e intimidad de la primera y de la última oración, lo importante es que notemos que Jesús todavía está orando. Aun cuando su Padre lo deja completamente solo, Jesús no deja de orar.

“¿Por qué me has desamparado?” Esta pregunta es muy diferente de todo lo demás que Jesús dijo desde la cruz. Antes mostró gran confianza a pesar de todo lo que sufría. Le prometió al ladrón agonizante: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”. Sin embargo ahora Jesús hace una pregunta: “¿Por qué, Dios?” Habla en voz alta para que todos los que están en el Calvario lo puedan oír y esto se escribió por inspiración del Espíritu Santo para que todos puedan oírlo hasta el fin del tiempo. Pero la pregunta se dirige a Dios, no a nosotros. No se nos pide que respondamos a su agonizante pregunta, más bien debemos oír cómo Dios responde a la pregunta.

No se escribe ninguna respuesta a esta pregunta en el capítulo 27 de Mateo. No hubo una voz del cielo como en el bautismo de

Jesús y en su transfiguración. ¿Por qué el Padre callaba? ¿Acaso no era Jesús su Hijo amado? ¿Ya no se complacía el Padre con él?

Cuando Jesús habló de que Dios lo había abandonado, no quiso decir que sólo se sentía como si Dios lo hubiera abandonado; en realidad Dios lo había abandonado. Nos es imposible comprender lo que eso significa en realidad. Jesús es Dios, pero fue abandonado por Dios. La primera persona de la Santa Trinidad abandonó a la segunda y sin embargo, sabemos que la unidad de la Trinidad no se puede deshacer. Es un misterio, el misterio del Dios hombre, y sólo fue posible por la encarnación. En lo más profundo de su humillación, Jesús soportó por nosotros el infierno del abandono de Dios. Era una parte necesaria de su obra de redención. “Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, habiéndose maldición por nosotros” (Gálatas 3:13). “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21).

Todos deseamos saber la respuesta a la pregunta que hace Jesús: ¿Por qué? Jesús nos muestra que no hay ningún pecado en hacer esta pregunta, pero mientras escuchamos la respuesta de Dios, es útil distinguir entre tener una explicación y recibir consuelo. Dios no nos debe una explicación; rara vez lo hace. No obstante, siempre está dispuesto a consolarnos. Nos recuerda su amor por nosotros, nos repite sus misericordiosas promesas y dice: “Confíen en mí; tengo todo bajo control.” No sabemos qué trae el futuro, pero sí sabemos quién lo controla.

La oración de Jesús: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?” es realmente del primer versículo del Salmo 22. Mientras moría, Jesús oraba este salmo. Aunque Mateo presenta a Jesús diciendo en voz alta sólo la primera parte del primer versículo de este salmo, parece probable que Jesús hubiera recitado todo el salmo mentalmente. Si así fue, en el instante en que oraba hasta el final, pudo tener la respuesta a su pregunta. “Los que teméis a Jehová, ¡alabadlo! ¡Glorificadlo, descendencia toda de Jacob! ¡Temedlo vosotros, descendencia toda de Israel!, porque no menospreció ni rechazó el dolor del afligido, ni de él escondió

su rostro, sino que cuando clamó a él, lo escuchó” (Salmo 22:23,24).

Después de orar el Salmo 22, pudo ser fácil seguir orando el Salmo 23: “Jehová es mi pastor, nada me faltará...” Y si Jesús hizo eso, podemos preguntar: ¿comenzó con el primer salmo al medio día y oró los salmos en orden hasta llegar al Salmo 22 cerca de las 3 de la tarde? Por supuesto, es sólo una especulación piadosa, pero tendría sentido que Jesús no le hiciera caso a gran parte de la burla de la que fue objeto porque en su mente estaban los salmos que había orado toda su vida. De este modo, Jesús pudo haber dado el ejemplo que muchos cristianos han seguido en su lecho de muerte. Cuando la vida se escapa, puede dar tranquilidad y consuelo cantar los himnos y los cantos litúrgicos que se han grabado en la memoria. Si la familia y los amigos se reúnen alrededor del lecho, pueden cantárselos o recitárselos cuando usted ya no pueda cantarlos por sí mismo; eso les ayudará a sobrepasar su dolor.

¿Por qué anota Mateo las palabras de Jesús en arameo, en vez de darnos la traducción? Porque quería que las relacionáramos con la reacción de los que estaban oyendo allí. Cuando Jesús dijo: “*Eli, Eli...*” pensaron que llamaba a Elías. Tal vez pensaron que comenzaba a alucinar. Pero es más probable que hubieran llegado a la conclusión de que llamaba a Elías porque comúnmente se creía que Elías vendría en momentos de necesidad crítica para proteger a los inocentes y rescatar a los justos.

Jesús muere

⁵⁰ Pero Jesús, habiendo otra vez clamado a gran voz, entregó el espíritu

Afligido y castigado,
Ved quién muere en una cruz:
Es el Cristo rechazado,
Es el Dios de mi salud,
Es aquel veraz profeta,

De David Hijo y Señor;
Por su muerte da la prueba:
Es el Verbo del amor.
Si te burlas del pecado,
No sabiendo su poder,
Dios aquí te lo ha quitado
Con la culpa infame, cruel.
El que así fue afligido,
El que lleva carga tal,
Del Señor es el ungido:
Dios como hombre es al igual. (CC 58:1,3)

Acontecimientos sobrenaturales en el momento de la muerte de Jesús

⁵¹ Entonces el velo del Templo se rasgó en dos, de arriba abajo; la tierra tembló, las rocas se partieron, ⁵² los sepulcros se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; ⁵³ y después que él resucitó, salieron de los sepulcros, entraron en la santa ciudad y aparecieron a muchos.

Todos los milagros que hizo Jesús durante los tres años de su ministerio público probaron que él es el Cristo, el Hijo de Dios. Sanó toda clase de enfermedades y dolencias, echó demonios, calmó el viento y las olas, alimentó a miles y hasta resucitó a muertos. Pero, ninguno de sus milagros se realizó sólo con el propósito de probar que era el Mesías prometido. Cuando sus enemigos le exigieron una señal que demostrara su autoridad, Jesús se negó categóricamente; cada uno de los milagros que realizó fue una respuesta misericordiosa a necesidades concretas de otras personas. Jesús no usó su poder divino para hacer más fácil su obra. Nunca hizo un milagro sólo para asombrar e impresionar a la audiencia; no era un mago. Sus milagros fueron

actos de misericordia y tenían el propósito de enseñarnos lecciones importantes.

Asimismo, los milagros que ocurrieron en el momento de la muerte de Jesús no tuvieron sólo la intención de asombrar a la gente, Dios tenía en mente propósitos muy concretos y él no nos oculta cuáles eran sus propósitos.

Para apreciar el significado de la rasgadura del velo del Templo, ayuda estar familiarizado con la disposición del santuario. El Templo tenía dos estancias, el Lugar santo y el Lugar santísimo. Las dos estancias estaban separadas por una pesada cortina que iba del techo al piso. Se describe con medidas que varían entre 20 y 27 metros de ancho y entre 7 y 10 metros de alto. Probablemente estaba hecha de 72 cuadrados unidos entre sí y era tan gruesa como la palma de la mano de un hombre. Ese es el velo que se rasgó en dos de arriba abajo cuando murió Cristo.

El Lugar santo tenía tres muebles: el candelero de siete brazos, la mesa de los panes de la proposición y el altar del incienso. Sólo los sacerdotes podían entrar en el Lugar santo.

El Arca del pacto descansaba originalmente en el Lugar santísimo, pero desapareció durante la cautividad de Babilonia. De manera que en la época de Cristo, el Lugar santísimo estaba vacío. Sólo al sumo sacerdote se le permitía entrar al Lugar santísimo y únicamente una vez al año, el día de la expiación (Yom Kippur). En esa ocasión rociaba un sacrificio de sangre para hacer expiación por sus pecados y por los pecados del pueblo (Hebreos 9:7).

Jesús murió hacia las 3 de la tarde, la hora en que los sacerdotes estaban ofreciendo el sacrificio de la tarde en el Lugar santo. Así que seguramente hubo varios testigos de la rasgadura del velo del Templo.

Se han sugerido dos maneras de entender la rasgadura del velo del Templo. La que se oye más comúnmente es que la muerte de Cristo les dio a todos los creyentes libre acceso a Dios; el sistema sacrificial del Antiguo Testamento fue declarado obsoleto. Ya no es necesario tener a uno de los hijos de Aarón como

mediador porque en el Nuevo Testamento todos los creyentes son miembros del real sacerdocio. Una segunda posibilidad es que Dios dejó los confines del templo para juzgar al pueblo que rechazó a su Hijo. Las dos interpretaciones no se contradicen necesariamente.

El Antiguo Testamento tiene numerosas referencias a terremotos como demostraciones del poder de Dios. Los malvados que fueron los responsables directos de matar a Jesús pensaron que ahora tenían todo bajo control, habían conseguido lo que querían: Jesús estaba muerto. Pero ese terremoto fue un recordatorio poderoso de que Dios todavía estaba al mando. Es como si Dios les estuviera dando un toquecito en el hombro y recordándoles: “todavía estoy aquí”. No sólo fue cierto para los enemigos de Jesús; esta demostración del poder de Dios fue al mismo tiempo una fuente de consuelo y seguridad para los que creían en Jesús.

Y como Mateo dice que la oscuridad duró tres horas, ésta aparentemente terminó en el momento en el que Jesús murió o muy poco después. ¿Se puede imaginarse al sol apareciendo repentinamente en el firmamento al mismo momento que el terremoto?

Mateo es el único que menciona que las tumbas se abrieron y que la resurrección de los santos acompañó la muerte de Jesús. Respecto a eso, sentimos la curiosidad de hacer muchas preguntas que debemos dejar sin contestar. El terremoto que acompañó este milagro de resurrección parece que presagia el temblor que sacudió la tumba de José de Arimatea cuando el ángel bajó del cielo para quitar la piedra de la entrada la mañana del Domingo de Pascua.

Por supuesto, nos preguntamos quiénes eran los santos resucitados. ¿Pudieron ser algunos de los antiguos patriarcas, profetas o reyes? ¿O eran personas que habían muerto mucho más recientemente? ¿Personas que habían visto a Jesús y habían confiado en él como su Salvador? No se nos dice. Pero sean quienes hayan sido, las personas que los vieron los reconocieron

como personas santas, santos de Dios. Y la gente sabía que habían muerto.

Aunque Mateo no lo dice, es probable que resucitaran con cuerpo glorificado. Eso puede significar que los cuerpos resucitados ahora eran inmortales y que poco tiempo después fueron llevados corporalmente al cielo. Esa sería la demostración más completa y eficaz de lo que Cristo había logrado mediante su sufrimiento y su muerte. Un pequeño detalle que da una pista sobre esto es que Mateo dice: “Entraron en la santa ciudad”. Ésta es una manera inusual de referirse a Jerusalén, la cual aparece sólo una vez más en el evangelio de Mateo, en el capítulo 4 versículo 5. Pero si leemos en el Apocalipsis, encontramos esto: “Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de parte de Dios, ataviada como una esposa hermo­seada para su esposo” (Apocalipsis 21:2).

¿Qué hicieron esos santos resucitados entre el Viernes Santo y el Domingo de Pascua? El evangelio dice que salieron de sus tumbas en el momento de la muerte de Jesús pero que no entraron a la ciudad santa hasta después de la resurrección de Jesús. Al parecer, la gente de Jerusalén vio las tumbas vacías el viernes por la tarde, pero no vio a los santos sino hasta el domingo.

Para nosotros, la resurrección de esos santos en el momento de la muerte de Jesús es un testimonio adicional de que al final de los tiempos toda carne resucitará. Y entonces podemos decir con mayor confianza y convicción: “Creo que... el Espíritu Santo... en el último día me resucitará a mí y a todos los muertos. Y nos dará vida eterna a mí y a todos los que creen en Cristo. Esto es ciertamente la verdad”.

El centurión reconoce a Jesús como el Hijo de Dios

⁵⁴ El centurión y los que estaban con él custodiando a Jesús, al ver el terremoto y las cosas que habían sido hechas, llenos de miedo dijeron: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios.»

Hubo muchos testigos presenciales del juicio y la crucifixión de Jesús, a quienes de uno u otro modo les afectó lo que vieron y oyeron. Algunos se volvieron cada vez más sedientos de sangre y blasfemos, otros llegaron gradualmente a reconocer a Jesús agonizante como el Hijo de Dios.

El centurión que estaba junto a la cruz tenía a su cargo por lo menos 12 soldados y probablemente muchos más. Eran veteranos que estaban acostumbrados a la violencia y la disfrutaban. Como soldados romanos, despreciaban a los judíos y a este hombre que afirmaba que era el rey de los judíos. Eran los mismos hombres que clavaron las manos y los pies de Jesús y después se reunieron para burlarse y ridiculizar a Cristo agonizante. Aunque eran tres hombres a quienes debían crucificar ese día, el hombre del medio era obviamente el centro de la atención de todos.

Jesús habló siete veces desde la cruz y podemos estar seguros de que el centurión y sus subalternos oyeron cada palabra. Jesús oró por el perdón de sus ejecutores y eso por supuesto los incluía a ellos, proveyó para el cuidado de su madre, le prometió un lugar en el paraíso al ladrón penitente. Después de la terrible angustia de ser abandonado por Dios, dijo que tenía sed; luego declaró en voz alta y solemnemente que su obra había terminado y con seguridad encomendó su espíritu en las manos de su Padre celestial. Esos soldados romanos habían visto morir a muchos hombres, pero jamás ninguno murió como Jesús lo hizo. La muerte no lo venció; él venció a la muerte.

El temblor y la impresión que había estado creciendo en ellos durante esas tres horas de oscuridad repentinamente se hicieron muy evidentes: “Verdaderamente, éste era Hijo de Dios”. Reconocieron que fueron responsables de la muerte, no sólo de un inocente, sino del Hijo de Dios, y estaban aterrorizados. ¿Qué castigo debían esperar que Dios les impusiera? Se acordaban de cómo se habían burlado de él y lo habían ridiculizado. Quizás también recordaron otros pecados terribles que habían cometido. Si todavía no entendían por completo que Jesús había muerto como su Salvador, seguramente tenían poderosas razones para

averiguar más acerca de él. No podían nada más irse y olvidar lo que habían visto y oído esa tarde. Al regresar a su cuartel en Jerusalén, llevaban las ropas que habían heredado de Jesús. Poco después hubo muchas personas en Jerusalén que tenían el ánimo y la habilidad para contarles más sobre Jesús. Quizás algunos de estos soldados estaban entre los “más de quinientos” a quienes Jesús apareció después de su resurrección (1 Corintios 15:6).

Ciertas mujeres son testigos de la muerte de Jesús

⁵⁵ Estaban allí muchas mujeres mirando de lejos, las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndolo. ⁵⁶ Entre ellas estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

Mateo menciona a tres mujeres que fueron testigos oculares de la crucifixión. Debieron formar parte de un grupo más grande de mujeres que “habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndolo”, porque Lucas 8:1-3 dice que Juana y Susana también les ayudaron a Jesús y a sus discípulos.

María Magdalena había estado poseída por siete demonios antes de conocer a Jesús, pero después de que él los echó fuera, ella lo siguió fielmente. Fue una de las últimas en retirarse de la cruz el Viernes Santo y la primera que vio a Jesús el Domingo de Pascua (Marcos 16:9).

María, la madre de Jacobo y Salomé, también estuvieron presentes en la cruz y en la tumba vacía el Domingo de Pascua (Marcos 16:1). Su hijo Jacobo el menor fue probablemente uno de los doce.

En el evangelio de Marcos, las dos Marías están acompañadas por Salomé. Por lo general se supone que Salomé era esposa de Zebedeo y madre de los apóstoles Jacobo y Juan. Fue la que le pidió a Jesús que les reservara lugares de honor en su reino a sus dos hijos (Mateo 20:20-23).

Juan fue el único de los doce que estuvo presente en la cruz. Las mujeres permanecieron fieles a Jesús aun en la hora de su profunda angustia y humillación. Aunque Mateo no lo menciona, sabemos que la madre de Jesús estaba entre las mujeres junto a la cruz (Juan 19:26,27). Cuando vio a su hijo sufrir y morir, se cumplió la profecía de Simeón: “Una espada traspasará tu misma alma” (Lucas 2:35).

Jesús es sepultado

⁵⁷ Cuando cayó la noche, llegó un hombre rico, de Arimatea, llamado José, que también había sido discípulo de Jesús. ⁵⁸ Éste fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato mandó que se le diera el cuerpo. ⁵⁹ Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia ⁶⁰ y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue. ⁶¹ Estaban allí María Magdalena y la otra María, sentadas delante del sepulcro.

Como el sábado comenzaba el viernes a la puesta del sol, no había tiempo que perder. Preparar un cuerpo para darle una sepultura apropiada era un trabajo que un verdadero judío no realizaría en sábado. Y José no podía esperar hasta el domingo para bajar a Jesús de la cruz, porque la ley de Moisés estipulaba que el cuerpo no se podía dejar de un día para otro (Deuteronomio 21:22,23).

Arimatea era un pueblo situado en los montes de Efraín, a unos 32 kilómetros al noreste de Jerusalén. Marcos 15:43 dice que José era miembro del sanedrín y Lucas 23:51 dice que no estuvo de acuerdo con la decisión de matar a Jesús. Juan 19:39 dice que Nicodemo, que también era miembro del sanedrín (Juan 3:1), le ayudó a José a preparar el cuerpo de Jesús para la sepultura. La mirra con la que ungieron el cuerpo de Jesús nos recuerda el regalo de los magos (Mateo 2:11).

Resulta interesante que antes de que Jesús naciera, lo cuidó un hombre llamado José, de quien sabemos muy poco. Y al final de su vida, otro hombre llamado José cuidó su cuerpo. Los dos demostraron un valor poco usual. Cuando el primer José tomó por esposa a María, la cual estaba embarazada, la gente debió hablar mucho en Nazaret. Cuando el segundo José valientemente fue a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús, pudo estar seguro de que otros miembros del sanedrín averiguaron acerca de esto.

Los cuerpos de los criminales que se crucificaban con frecuencia no los sepultaban o los ponían en una fosa común, sin ninguna ceremonia ni respeto. De vez en cuando, la madre del difunto u algún pariente cercano podía pedir permiso para enterrar el cuerpo, pero era muy raro que un miembro del sanedrín hiciera lo que hizo José. Pudo no tener precedentes. Era necesario obtener permiso de Pilato, ya que una de las razones las porque los soldados romanos eran enviados a vigilar la cruz era para evitar que los amigos o los parientes se llevaran a las víctimas antes de que murieran para hacerlos volver en sí y cuidarlos hasta que sanaran. Por lo tanto, los soldados romanos sólo cumplieron con su deber cuando les quebraron las piernas a los dos ladrones y traspasaron con la lanza el costado de Jesús (Juan 19:32-34).

La tumba que José había preparado para él y su familia estaba cavada en la roca como una cueva. Al parecer estaba lista para usarse, pero nadie había sido sepultado allí (Lucas 23:53). Después de poner el cuerpo de Jesús dentro, hicieron rodar una piedra circular por un canal inclinado o en forma de v, para cerrar la entrada de la tumba. Por supuesto, la gravedad hacía más fácil poner la piedra que quitarla.

Las dos Marías observaron todo lo que José y Nicodemo hicieron; no se podían apartar de allí. Tan pronto como pasara el sábado, regresarían. Desde luego que no iba a ser un sábado de mucho descanso para ellas, pero para Jesús, toda la agonía y la humillación habían pasado. Había entrado en el verdadero reposo sabático que queda para todos los hijos de Dios (Hebreos 4:9).

La tumba de Jesús es sellada y vigilada

⁶² Al día siguiente, que es después de la preparación, se reunieron los principales sacerdotes y los fariseos ante Pilato ⁶³ y le dijeron:

—Señor, nos acordamos que aquel mentiroso, estando en vida, dijo: “Después de tres días resucitaré.” ⁶⁴ Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vayan sus discípulos de noche, lo hurten y digan al pueblo: “Resucitó de entre los muertos.” Y será el último engaño peor que el primero.

⁶⁵ Pilato les dijo:

—Ahí tenéis una guardia; id, aseguradlo como sabéis.

⁶⁶ Entonces ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia.

El día después de la preparación era el sábado. Los principales sacerdotes no iban a permitir que las leyes del sábado les impidieran trabajar tiempo extra. Es irónico que recordaran lo que los discípulos olvidaron. En cierto sentido les estaban atribuyendo demasiado mérito a los discípulos. El impacto de la muerte de Jesús los había paralizado, apenas empezaban a llorar su muerte. Se encontraban incapacitados física y emocionalmente para realizar la conspiración que los fariseos temían.

Los temores de los enemigos de Jesús eran muy fuertes. Eso nos da a entender simplemente que no podían olvidar a Jesús ahora que estaba muerto y sepultado; estaban obsesionados con el hombre que odiaron.

La reacción de Pilato debió haber sido de disgusto y frustración. “Les di lo que querían. Jesús está muerto. Nada más váyanse y déjenme en paz.” La versión Popular dice: “Ahí tienen ustedes soldados de guardia”. La RV 1995 es más exacta cuando dice: “Ahí tenéis una guardia”. En otras palabras, tienen a sus propios hombres que lo pueden hacer. Digan a algunos de sus



Los guardias en frente de la tumba

guardias del Templo que vayan y aseguren la tumba como lo saben hacer. Una indicación más de que esto realmente sucedió se da en el siguiente capítulo del evangelio de Mateo. Después de la resurrección, cuando los guardias fueron a la ciudad a informar lo que había ocurrido, ¿a quién fueron? Fueron directamente a los principales sacerdotes (Mateo 28:11). ¿Por qué irían los soldados romanos de Pilato a informarles directamente a los principales sacerdotes?

Al sellar la piedra y poner una guardia, los principales sacerdotes hicieron todo lo que pudieron para hacer el ridículo el Domingo de Pascua. Trataron de evitar por todos los medios la posibilidad de que los discípulos de Jesús pudieran robar el cuerpo. De modo que, cuando fue evidente para todos que la tumba estaba vacía, los principales sacerdotes sobornaron a los guardias para que dijeran: “¡Los discípulos de Jesús vinieron durante la noche y robaron el cuerpo mientras los guardias dormían!” ¿Cómo podría alguien tomar en serio tal disparate?

Jesús resucita de la muerte

28 Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana, fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. ² De pronto hubo un gran terremoto, porque un ángel del Señor descendió del cielo y, acercándose, removió la piedra y se sentó sobre ella. ³ Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. ⁴ De miedo de él, los guardas temblaron y se quedaron como muertos. ⁵ Pero el ángel dijo a las mujeres: «No temáis vosotras, porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. ⁶ No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor. ⁷ E id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos y va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis. Ya os lo he dicho.»

⁸ Entonces ellas, saliendo del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos. Y

mientras iban a dar las nuevas a los discípulos, ⁹ Jesús les salió al encuentro, diciendo:

—¡Salve!

Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies y lo adoraron.

¹⁰ Entonces Jesús les dijo:

—No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán.

Jesús salió de la tumba de la misma forma que iba a entrar al lugar a puerta cerrada donde los discípulos estaban reunidos después esa misma noche (Juan 20:19). Su cuerpo resucitado y glorificado ya no estaba atado al tiempo y al espacio, sencillamente iba adonde quería. Las paredes de la tumba no lo podían detener, como un vidrio diáfano no puede detener el paso de los rayos del sol. El ángel bajó del cielo para quitar la piedra y mostrarles a las mujeres y al mundo que Jesús ya había salido de la tumba.

El terremoto que acompañó el descenso del ángel recuerda la profecía de Hageo 2:6-9. “Porque así dice Jehová de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; haré temblar a todas las naciones; vendrá el Deseado de todas las naciones y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos. La gloria de esta segunda Casa será mayor que la de la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos; y daré paz en este lugar, dice Jehová de los ejércitos.” Parece significativo que un temblor marcara la muerte y la resurrección de Jesús. Esos temblores fueron obviamente más que coincidencias de la naturaleza, señalaron que estaban ocurriendo grandes y poderosos actos de Dios. Es como si Dios Padre atara con un nudo sísmico la crucifixión y la resurrección de su Hijo. Como las mujeres también estuvieron en la cruz, pudieron haberlos relacionado.

Los guardias estaban aterrorizados y el ángel no hizo nada para calmar su temor. No les hizo caso y dirigió sus palabras a las mujeres: “No temáis vosotras”. Fue el mismo saludo que Gabriel le dio a Zacarías (Lucas 1:13) y a María (Lucas 1:30). Cuando el

Señor apareció a José en un sueño (Mateo 1:20) y cuando el ángel apareció a los pastores (Lucas 2:10), el saludo fue el mismo: “No temáis”. Ése es el evangelio en una palabra. Ése es el mensaje de la Pascua. El rey David nos enseñó a decirlo y tomarlo a pecho: “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno” (Salmo 23:4).

Al principio las palabras del ángel sonaron demasiado buenas para ser ciertas: “No está aquí, pues ha resucitado, como dijo.” Fue una forma suave de decir: “¡Se los dije! No deben estar sorprendidas. Deberían haber sabido que él ya no estaría aquí”.

¿Qué pudieron decir? Mateo no escribe ni una sola palabra que las mujeres hubieran contestado a esas buenas noticias, y Marcos 16:8 dice: “No dijeron nada a nadie, porque tenían miedo.”

Si el ángel no les hubiera dicho qué hacer, seguramente se hubieran quedado allí perplejas por un tiempo. Entonces el ángel les dijo que les informaran a los discípulos que Jesús estaba vivo y les dijeran que fueran a Galilea, porque allí lo verían.

Mateo no dice cómo reaccionaron los discípulos cuando oyeron el informe de las mujeres, pero Lucas 24:11 dice: “Pero a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creyeron”. Los discípulos no sólo creyeron que Jesús no estaba vivo, tampoco fueron directamente a Galilea, sino que fueron a la tumba para ver por sí mismos que estaba vacía. Y todavía estaban en Jerusalén, reunidos a puerta cerrada, cuando Jesús fue y se les apareció a diez de ellos la noche de la Pascua.

Antes de que las mujeres fueran adonde estaban reunidos los discípulos, Jesús las encontró y les dijo: “¡Salve!” De inmediato lo reconocieron, se postraron y lo adoraron. Jesús les repitió el mensaje que acababan de oír del ángel. De manera que cuando corrieron a buscar a los discípulos, tenían más de lo que el ángel les había dicho; ¡podían decir que habían visto a Jesús! La invitación para que se reunieran en Galilea fue una repetición de lo que les había dicho a los discípulos la noche del Jueves Santo (Mateo 26:32).

Es digno de mencionar que Jesús llama a los discípulos “mis hermanos”. Sabía que se iban a sentir culpables porque lo habían abandonado y habían huido en Getsemaní, pero quería que supieran que los había perdonado. Estaba ansioso por verlos. No debían temer lo que pudiera pensar de ellos cuando se vieran de nuevo.

Puede haber más significado en el hecho de que Jesús los llama “mis hermanos” en lugar de “mis discípulos”. Parece que los invita a pensar que son sus colegas, igual como los pastores ahora se consideran “los hermanos”. Su preparación en el seminario está a punto de terminar. Pronto estarán predicando el mismo evangelio que Jesús predicó los últimos tres años y medio mientras observaban y aprendían.

Después de esto, Jesús apareció a muchos otros, pero Mateo no menciona todas esas apariciones. Jesús se apareció a Pedro (Lucas 24:34), a Cleofas y su amigo en el camino a Emaús (Lucas 24:13-31), a diez de los once (Juan 20:19-23) y una semana después a todos ellos (Juan 20:26-31). El apóstol Pablo da una lista en la que incluye algunas de esas mismas apariciones y varias otras en 1 Corintios 15:5-8. Hay abundante testimonio de testigos presenciales del hecho histórico de la resurrección de Jesús.

Del sepulcro tenebroso
El Señor se levantó
Y las trabas de la muerte
Poderoso destrozó.
No temáis, pues el maestro
Ha tornado hoy a vivir,
Vive no sólo Él, mas todos
Los que le hayan de seguir.
Como el grano de semilla
En la tierra debe entrar,
Nuestros cuerpos, igualmente,
En la tumba habrán de estar,
Esperando aquel gran día,
En las nubes la señal,

Cuando la final trompeta
Llame a todos por igual.
A los fieles Cristo llama
A su lado siempre a estar,
Y con Él por las edades
En los cielos a morar.
No temáis, que el buen maestro
A la vida retornó,
Vive no sólo Él, mas todos
Los que aquí su amor salvó. (CC 336:1-3)

Los principales sacerdotes y los ancianos sobornan a los guardias

¹¹ Mientras ellas iban, unos de la guardia fueron a la ciudad y dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido. ¹² Estos se reunieron con los ancianos y, después de ponerse de acuerdo, dieron mucho dinero a los soldados, ¹³ diciéndoles: «Decid vosotros: “Sus discípulos llegaron de noche y lo hurtaron mientras nosotros estábamos dormidos.” ¹⁴ Y si esto lo oye el gobernador, nosotros lo persuadiremos y os pondremos a salvo.»

¹⁵ Ellos tomaron el dinero e hicieron como se les había instruido. Este dicho se ha divulgado entre los judíos hasta el día de hoy.

Mateo es el único que documenta cómo los líderes de los judíos sobornaron a los guardias. Puesto que esta historia todavía circulaba ampliamente cuando Mateo escribió su evangelio, quiso dejar las cosas claras. Cuando los guardias informaron “todas las cosas que habían acontecido”, suponemos que debieron decir la pura verdad. “La tumba está vacía. Hubo otro temblor. Un ángel descendió, quitó la piedra de la tumba y dijo que Jesús había resucitado. Todo lo que podemos decir con certeza es que los discípulos no robaron el cuerpo mientras estábamos de servicio.”

Los jefes de los sacerdotes ni siquiera se tomaron la molestia de discutir los hechos con los guardias; aceptaron el informe como preciso y verdadero. Después de todo, el informe no venía de los discípulos ni de otra parte interesada. Entonces lo primero que hicieron los principales sacerdotes fue consultar con los ancianos del pueblo. Habían trabajado juntos para acusar a Jesús ante Pilato (Mateo 27:12), ahora trabajaban juntos para tratar de encubrir la verdad. Al hacerlo, endurecieron el corazón contra Dios. Mateo no dice de dónde salió el dinero para pagarles a los guardias, tal vez vino de la cuenta de donde obtuvieron las 30 piezas de plata para Judas Iscariote.

Jesús les da la gran comisión a los once

¹⁶ Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado. ¹⁷ Cuando lo vieron, lo adoraron, aunque algunos dudaban. ¹⁸ Jesús se acercó y les habló diciendo: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. ¹⁹ Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ²⁰ y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.»

Amén.

No sabemos con seguridad cuánto tiempo transcurrió entre la aparición de Jesús a las mujeres el Domingo de Pascua y su aparición a los once en Galilea. Sabemos que Jesús apareció a varias personas en diversos lugares durante 40 días antes de ascender al cielo (Hechos 1:3). Puede ser que este incidente ocurrió al final de los 40 días.

La reacción de los once es la misma de las mujeres el Domingo de Pascua. Adoraron a Jesús. Aquí, al final del evangelio de Mateo, los once hicieron lo mismo que los magos al comienzo de la historia (Mateo 2:11). Hacemos bien en considerar que la

adoración que hacemos aquí en la tierra la haremos también en el cielo. “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” (Apocalipsis 5:12).

¿Qué significa que algunos dudaron? ¿Podieron adorar y dudar al mismo tiempo? Cuando consideramos Lucas 24:36-49 y Juan 20:19-29, casi no parece posible que hubieran dudado de la resurrección. Quizás nada más estaban confundidos en ese caso. Jesús siguió apareciendo y desapareciendo sin avisar. Nunca supieron con seguridad cuándo lo verían de nuevo o si lo volverían a ver. Tampoco estaban seguros de lo que Jesús quería que ellos hicieran ahora. ¿Qué planes tenía Jesús para ellos en el futuro?

La gran comisión es la respuesta de Jesús a sus dudas. Una razón por la que Jesús les dijo que se reunieran con él en Galilea pudo ser para que se apartaran de las multitudes y de las distracciones de Jerusalén. Y como pronto ascendería a la diestra de su Padre, quería aprovechar bien las pocas oportunidades que quedaban para instruirlos.

Así que Jesús se reunió con los once en una montaña de Galilea, quizás muy poco después de la pesca milagrosa y de la restauración de Pedro, que ocurrió a la orilla del mar de Galilea (Juan 21:1-22). Jesús no ascendió desde esa montaña en Galilea, porque Lucas nos dice que ascendió del monte de los Olivos, fuera de Jerusalén (Lucas 24:50-53 y Hechos 1:9-12).

Mateo no indica que alguien, además de los once, estuviera presente, ni su relato descarta la posibilidad de que otros creyentes hubieran estado presentes. Sin tener en cuenta quiénes estaban presentes, el relato pone en claro que la gran comisión se aplica a otros además de los once (“y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”). Así como el mandato de Jesús referente al oficio de las llaves (Mateo 16:19; 18:15-20; y Juan 20:22,23) y la Santa Cena (1 Corintios 11:23-26) se aplican a todos los cristianos y no sólo a los apóstoles, también la gran comisión de Jesús se aplica a todos los creyentes de todos los tiempos.

Para que Jesús diera esa gran comisión, debía tener la autoridad correspondiente. Jesús pone en claro que su autoridad es ilimitada; reclama toda autoridad en el cielo y en la tierra, algo que sólo Dios puede decir. Pero también dice que toda esa autoridad “me es *dada*”. Con esas palabras Jesús afirma que es el Hijo del hombre, a quien el Anciano de días le ha dado toda autoridad (Daniel 7:13,14). Ahora él les delega a los discípulos la autoridad que el Padre le delegó a él: “Como me envió el Padre, así también yo os envió” (Juan 20:21). Les da la autoridad y la responsabilidad de ir y hacer discípulos a todas las naciones bautizándolos en el nombre del Dios trino y enseñándoles a obedecer todo lo que él ha mandado. Cuando la iglesia de Cristo proclama el evangelio apostólico y administra los sacramentos de Cristo, tiene la promesa de Cristo de que siempre estará con sus seguidores, obrando por medio de su Palabra y sacramentos para hacer y guardar a las personas como sus discípulos, sus creyentes.

El uso litúrgico de la gran comisión es significativo. Aquí Cristo instituye el sacramento del Santo Bautismo. La fórmula bautismal trinitaria (“... en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”) se usa también en la invocación y en la absolución, y el *Gloria Patri* se basa claramente en ese texto. La Oración Matutina y la Oración Vespertina, que incluyó Martín Lutero en su Catecismo Menor, empiezan con las palabras: “En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, y a estas palabras nos referimos con más frecuencia para establecer la doctrina de la santísima Trinidad.

El mandamiento que Jesús les da a los once no es primeramente “¡id!”, sino “haced discípulos”. Sin embargo, la suposición de Jesús sobre lo que les dice que hagan no sucederá a menos de que vayan a la gente. Cuando nos aplicamos estas palabras a nosotros, naturalmente debemos incluir el apoyo a la obra misionera local y extranjera. Al mismo tiempo, no pasemos por alto que esa obra comienza en el hogar, con la familia. La responsabilidad que Dios les da a los padres es criar a sus hijos en el temor del Señor. Lo hacemos llevándolos a la iglesia para

bautizarlos y enseñándoles. Si cada familia toma esta responsabilidad en serio, la obra evangelística de la iglesia estaría hecha en gran parte.

Mateo quiere que escuchemos un eco de Isaías 9:1,2, la profecía que citó en el capítulo 4 cuando Jesús comenzaba su ministerio público. La referencia a “Galilea de los gentiles” (Mateo 4:15) corresponde a “todas las naciones” en la gran comisión. En hebreo y en griego, “las naciones” son los gentiles. Cuando Martín Lutero tradujo la Biblia al alemán, usó la palabra *Heiden*, que significa “paganos”. Aunque todos los once eran judíos, debían les predicar el evangelio a judíos y gentiles, para cumplir la antigua promesa que Dios le hizo a Abram: “Serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Génesis 12:3). Es significativo que Jesús dijo estas palabras en Galilea, donde judíos y gentiles estuvieron en contacto frecuente durante siglos. (Por eso Isaías la llamó “Galilea de los gentiles”).

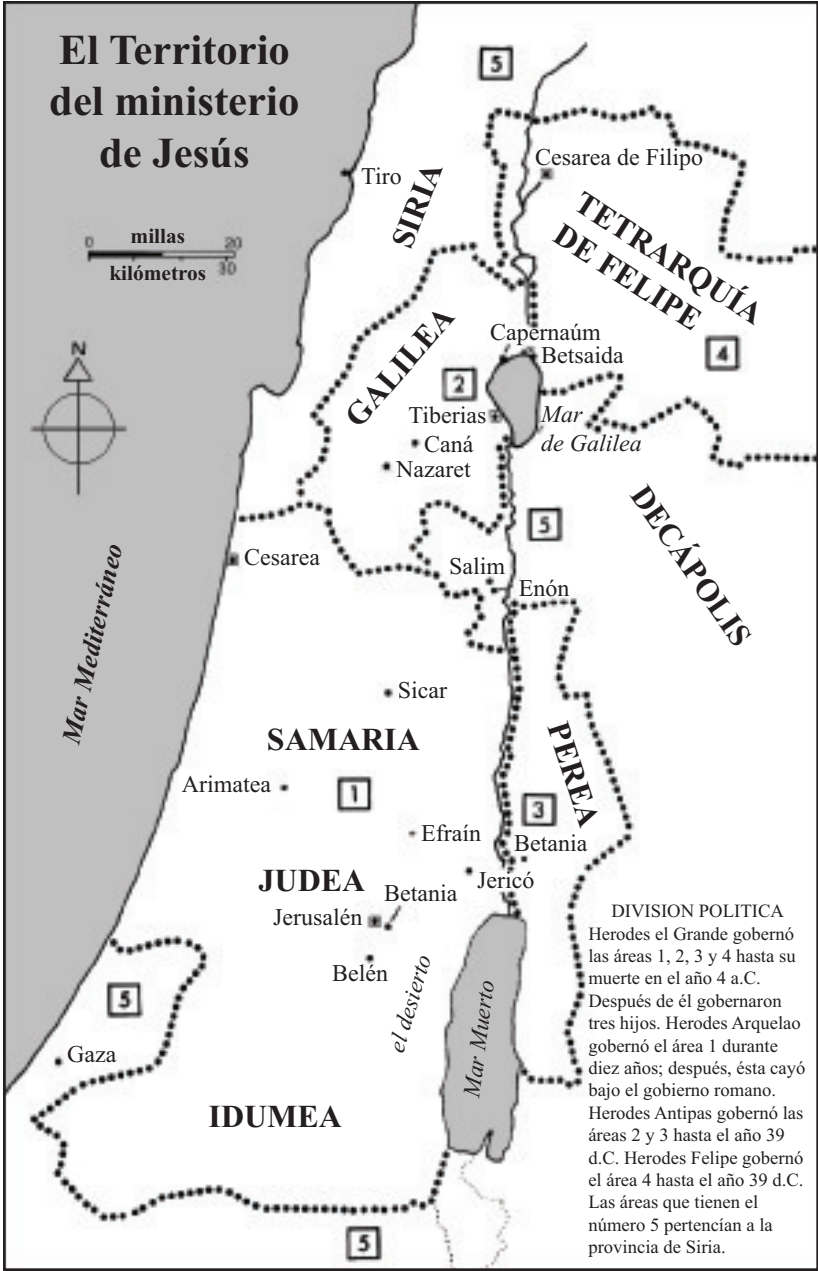
Juan el Bautista preparó el camino de Jesús “predicando el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados” (Marcos 1:4). Jesús comenzó su ministerio público yendo a Juan para ser bautizado. Jesús le dijo a Nicodemo: “El que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:5). Y los discípulos de Jesús también les administraron el bautismo a los que querían ser discípulos de él (Juan 4:1,2). Entonces ahora, cuando Jesús los comisiona para hacer discípulos de entre los gentiles bautizándolos, no es completamente nuevo para ellos. Pero lo nuevo es que el bautismo ha sido transformado por la muerte y resurrección de Jesús. El apóstol Pablo lo explica con gran detalle en Romanos 6:1-5.

Jesús dice: “Enseñándoles que guardar todas las cosas que os he mandado”. Eso significa que debemos predicar todo el mensaje de Jesús sin avergonzarnos y sin ceder nada; no le debemos añadir ni quitar (Apocalipsis 22:18,19).

Mateo pone estas palabras al final de su evangelio y parece que quiere decir que una buena manera de “guardar todas las cosas que os he mandado” es volviendo a leer este evangelio. Nadie

puede agotar la riqueza de este libro la primera vez que lo lee. Ahora que hemos llegado al final, podemos volver al principio y ver nuevas cosas en los primeros capítulos que no notamos la primera vez. Y al hacerlo, tenemos la preciosa promesa de Jesús: “Y yo estoy con vosotros todos los días.” ¿Escucha el eco del primer capítulo? ¡Emanuel le está hablando!

El Territorio del ministerio de Jesús



DIVISION POLITICA
 Herodes el Grande gobernó las áreas 1, 2, 3 y 4 hasta su muerte en el año 4 a.C. Después de él gobernaron tres hijos. Herodes Arquelao gobernó el área 1 durante diez años; después, ésta cayó bajo el gobierno romano. Herodes Antipas gobernó las áreas 2 y 3 hasta el año 39 d.C. Herodes Felipe gobernó el área 4 hasta el año 39 d.C. Las áreas que tienen el número 5 pertenecían a la provincia de Siria.

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSES	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSES	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Después de que Mateo abandonó su oficio de cobrador de impuestos en Galilea, para seguir a Jesús, se convirtió en un testigo ocular del ministerio del Salvador. En su libro, él da atención especial a las enseñanzas de Jesús y nos asegura a los creyentes que Jesús es el Mesías anunciado por muchas profecías del Antiguo Testamento. Por estas razones, su Evangelio ha llegado a ser el primer libro del Nuevo Testamento.